



ADRIANA CRIADO - MARÍA P. MARTÍN

OMERTÁ

EL JUEGO DE LAS SEIS MÁSCARAS

El juego de las seis máscaras

Libro I

Omertá

Adriana Criado

María Pascual Martín

“Para ti. Por atreverte a leer este libro.

Bienvenido/a a nuestro mundo”.

Prólogo

Adiós

“Decir adiós es como asumir que no vas a volver a ver a una persona.

Es aceptar que esa sea la última conversación que tengáis.

Así que, si no lo dices, si dejas la conversación abierta,

significa que tendrás que volver a verla”.

(Amy y Roger; Megan Matson)

9 años antes...

Como todas las tardes desde hacía años, ella esperaba sentada en uno de los bancos del gran parque. Mecía sus pequeñas piernas adelante y atrás, mientras que sus manos reposaban en su regazo, sobre el precioso vestido que llevaba esa tarde. A pesar de su corta edad, la gracia que la chica tenía para el coqueteo era innata. Con tan solo diez años ya se había dado cuenta de que su corazón latía un poco más deprisa cuando lo veía. No sabía cómo denominar a ese sentimiento, pero tampoco lo necesitaba. Estaba ahí y punto. Y le gustaba sentirlo.

No pasó mucho tiempo desde que se sentó en el banco, no muy alejada de su familia, hasta que él apareció, caminando hacia donde estaba con las manos

a la espalda. Con su misma edad, el pequeño era todo un rompecorazones. Quizás fuera eso lo que tanto le gustaba a ella: su manera de ser, tan seguro de sí mismo. De un salto, se bajó del banco, haciendo que sus graciosas y largas trenzas se mecieran con el aire. Le sonrió de la misma manera que había visto a los adultos sonreír a sus parejas, y él le devolvió la sonrisa. Sin embargo, la del muchacho rápidamente cambió y se convirtió en un gesto pícaro que indicaba que no se le estaba pasando por la mente nada bueno. Ella sin embargo conservaba su dulzura e inocencia.

–¿A qué vamos a jugar hoy? –preguntó la pequeña, pasando por alto su sonrisa. Estaba acostumbrada y sabía que no tardaría en descubrir qué había pensado.

–Hoy vamos a divertirnos mucho –Aún tenía las manos tras la espalda, por lo que las sacó, dejando ver que en las manos llevaba unas tijeras. A la chica no le hizo falta preguntar cómo su familia le había permitido traerlas al parque, pues sabía la respuesta: a él nadie le negaba nunca nada.

–¿Qué vamos a cortar?

–Tus trenzas.

–¿Qué? No. Sabes que me encantan mis trenzas –Como acto reflejo, agarró una de ellas y empezó a jugar con el pelo entre sus dedos. Le llegaban por la cintura y él siempre le tiraba de ellas cuando tenía oportunidad. Estaba

obsesionado, o eso pensaba. Pero claro, él tenía unos motivos distintos a los que la muchacha creía. A él le gustaban esas trenzas, y le encantaba ver cómo ella se ponía roja de ira y frustración cuando la picaba, lo que hacía continuamente.

–Me da igual, yo quiero jugar. Te doy diez segundos de ventaja para que eches a correr. Si te pillo, pienso cortártelas.

Y ella sabía perfectamente que de verdad lo haría. No esperó a que empezara a contar, salió a correr en cuanto él acabó de decir esas palabras. Las trenzas por las que iba a pelear chocaban en su espalda recordándole que, de momento, estaban ahí. Diez segundos después escuchó unos pasos tras ella. Sabía que la iba a alcanzar pronto, él siempre había corrido muy rápido. Bueno, ella también. Además, era muy ágil. Pero el chico siempre le había ganado en todo, algo que le sacaba de sus casillas muchas veces.

Pasó por delante de sus familias, dándolo todo en esa pequeña carrera. El corazón le latía muy rápido, no solo por el hecho de estar corriendo, sino de imaginar que podía quedarse sin su preciado pelo y de pensar que, de nuevo, estaba jugando con él.

–¡Tened cuidado! –Les gritó uno de los adultos a ambos, mirándolos con horror–. Maldita sea, ¿qué haces corriendo con unas tijeras?!

Pero lo único que el muchacho hizo fue reírse, sacarle la lengua y seguir

corriendo. No tardó mucho en alcanzar a la preciosa niña que le robaba el aliento. Pero claro, eso él nunca iba a reconocerlo, al menos en voz alta. Estiró uno de sus brazos para agarrar una de las trenzas. El tirón de pelo hizo que ella se quejase y se parase en seco, llevándose las manos a la cabeza.

–¡Suéltame! –gritó, pataleando–. ¡No se te ocurra cortarlas!

Pero él no le hizo caso. Las tijeras penetraron en el pelo de ella, haciendo que una de las trenzas quedara en la mano del pequeño. Repitió lo mismo con la otra aprovechando el estado de shock y confusión de su amiga y, luego, se echó a reír. Sin embargo, ella no reía. Las lágrimas le acudieron a los ojos rápidamente mientras miraba su pelo, ahora muerto, en manos del muchacho.

–Me las has cortado –afirmó con la voz rota.

–Claro que sí. Te dije que iba a hacerlo.

–¡Eres...!

–¿Soy qué? –interrumpió él, cruzándose de brazos aún con las trencitas en la mano. No tenía pensado soltarlas. Además, ese nuevo look le quedaba muy bien a la chica, a pesar de estar fatal hecho. Él no era peluquero, solo un travieso niño de diez años al que le encantaba molestar.

–¡Un tonto! ¡Eres un tonto! –gritó ella, furiosa.

–¿Tonto? ¿Ese es el mejor insulto que tienes para mí? He escuchado a los

adultos decir otros tacos más gordos. ¿No te atreves a decirlos, tontita? –Al decir esa última palabra, puso la voz algo más aguda, como si se estuviera riendo de ella. Las mejillas de la pequeña se encendieron como si de una bombilla se tratase y, antes de salir corriendo, le gritó de nuevo.

–¡Imbécil!

Él siguió riendo, observando como ella se iba. Aunque si era sincero, las lágrimas que recorrieron las mejillas de su amiga, hicieron algo en su corazón que no le gustó. Fue como un pellizco al que decidió no darle importancia. Apretó las trenzas con más fuerza y le silbó con gracia a la pequeña.

–¡Oye! Espera un momento.

La niña se giró para mirarlo con expresión desafiante, resultaba graciosa teniendo en cuenta la inocencia de su rostro, sin embargo, solo trataba de hacerse la dura ante su amigo, que se acercaba a ella con paso decidido.

–Déjame, no quiero hablar contigo. Eres malo –replicó la chica cruzándose de brazos, a la vez que retrocedía un paso.

–No quiero hablar, solo quería decirte ad... Bueno, nada.

–¿Qué? Ahora dime qué ibas a decir.

–Ya te lo diré.

El muchacho le dedicó una sonrisa sincera, con la inocencia propia de un

niño de su edad. Pero, al igual que siempre, ese tipo de sonrisas en él no duraban mucho, ya que rápidamente cambió de nuevo su expresión dulce por una mucho más picara, a la que todos estaban ya acostumbrados. Levantó su mano derecha, llevándosela a la frente y, con ella, aún sin borrar esa expresión de su rostro, le dedicó a la pequeña el típico gesto militar. Una vez hecho esto, soltó una sonora carcajada y salió corriendo para ir a jugar con los demás.

Ella frunció el ceño mientras lo observaba reunirse con el resto. ¿Qué iba a decirle? Estaba riéndose de ella porque se llevaba sus trenzas y la dejaba con la intriga. Además, ahora se creía militar o algo por el estilo. Aunque ese gesto le había encantado, tenía que reconocerlo. Le hacía parecer más mayor y no un mocoso corta trenzas. Un puchero acudió a su labio, y de nuevo, las lágrimas surcaron sus mejillas. ¡Mira que era tonto!

Cuando la muchacha divisó dónde estaban el resto de sus amigos, no tardó en lanzarse a los brazos de un chico también de su edad.

—Eh, ¿qué te pasa? —Le preguntó él. Por toda respuesta, se señaló el pelo—. Tus trenzas... ¿Quién ha sido? Voy a pegarle.

El muchacho sabía lo mucho que le gustaban las trenzas a la pequeña, por lo que verla llorando y sin ellas le dolía. Antes de que ella pudiera responder, otra chica los interrumpió con su risa.

—¿Qué te has hecho en el pelo? Mira que estás fea. ¿Estás llorando por eso?

–dijo riéndose, señalando a la chica que se tocaba el pelo como si así sus trenzas fueran a salir de nuevo por arte de magia.

–No te metas conmigo. Al menos mi pelo es de un color bonito.

–Envidiosa, tú ya no tienes pelo. Eres muy valiente, ¿no? –replicó de nuevo la otra chica.

–Pues sí –contestó, apretando los dientes.

–¿Sí? Demuéstralo.

–¿Cómo? –Claro que iba a demostrarlo. Ella era muy valiente, así que haría lo que fuese. Estaba harta de que esa niña que siempre se juntaba con ellos se metiera con todos.

–Pues... –La pequeña se lo pensó durante unos segundos, hasta que por fin esbozó una malvada sonrisa y señaló a uno de los chicos que jugaban un poco más apartados, también perteneciente a su grupo—. Dale un beso.

–¿En la boca?

–En la boca.

Iba a hacerlo. Quería demostrar que era valiente. Pero entonces el muchacho que momentos antes había estado abrazándola y prometiendo pegarle al causante de sus lágrimas, se metió de por medio.

–¿Y por qué no lo haces tú? A ver si eres tan valiente como te crees.

La malvada sonrisa de la pequeña desapareció en cuanto ese niño le dirigió la palabra. Le gustaba, o al menos eso es lo que ella creía. A leguas se notaba lo caprichosa que era y el muchacho que acababa de hablarle era su capricho. De nuevo, esa sonrisa malvada, nada propia en una niña de apenas diez años, asomó en su precioso rostro angelical, que contrastaba con su endiablada expresión. Se podría decir que para su edad, era una chica muy avanzada, en todos los aspectos.

–Por supuesto que soy valiente y no una mojigata como ella –dijo la pequeña, refiriéndose a la niña que ahora ya no lucía sus bonitas y largas trenzas. Ni siquiera sabía exactamente lo que significaba la palabra mojigata, pero ella estaba segura de que eso la haría quedar muy bien frente al resto.

Con cierto aire de superioridad, la pequeña colocó su faldita roja, perfectamente conjuntada con una camiseta blanca anudada al cuello, y atusó su pelo, que caía largo y ondulado sobre su espalda, cogió un pequeño mechón y jugueteeo con él entre sus dedos. Pensativa, miró al muchacho que ahora tendría que besar. Como cada día, desde que ella frecuentaba ese parque, el pequeño estaba apartado de la multitud, tan solo jugaba con otros dos niños de su edad, que tampoco hablaban demasiado. Aunque más de una vez había pillado al chico mirándola de reojo.

–¿Qué pasa? ¿Te has acobardado? Seguro que es porque no sabes besar –
La señaló mientras reía el chico que había consolado a la niña de las trenzas.
Poco a poco, el resto de niños fueron haciendo un pequeño corro alrededor de
la muchacha.

–¡No sabes besar! ¡No sabes besar! –canturreaban todos al unísono en tono
burlón.

–¡Claro que sé! –replicó la pequeña, furiosa, mirando en todas las
direcciones. Lo que le pasaba era que no le gustaba la forma en la que ese
niño la miraba, aunque fuera por motivos que ambos, en ese momento, no
podían llegar a comprender.

El niño al que la chica tenía que besar la miró con cautela, parecía mentira
que un niño de su edad pudiera mirar de esa manera tan penetrante, como si
estuviera por encima de todo ese juego de críos. No le gustaba el hecho de que
lo hubiesen involucrado a él, precisamente con esa chica. Para ella era extraño
puesto que era una de las pocas personas de ese parque a la que no había
molestado. Sin embargo, ambos sabían que no se caían bien, nunca habían
intercambiado una sola palabra, a pesar de ir a la misma clase. Con las
miradas era más que suficiente.

–Bah, me he aburrido. Está claro que no te atreves –replicó con
indiferencia el muchacho que le había propuesto el reto, agarrando a otra niña

de la mano para llevársela detrás del tobogán, allí donde todos en su inocencia hacían lo que para ellos eran <<cosas de mayores>>.

La niña apretó la mandíbula de pura rabia, a ella nadie podía rebajarla de ese modo delante de todo el mundo y menos si era por algo así. Además, el niño que a ella le gustaba se estaba yendo con otra que seguro que besaba peor que ella y, eso, no lo podía permitir. Ella siempre tenía que conseguir todo lo que quería.

–¿Que no me atrevo? Mira y aprende –Decidida, la pequeña se dirigió hacia el muchacho que no había dejado de observarla en ningún momento, pero de todos modos, lo pilló por sorpresa. Sin más preámbulos la niña agarró el rostro del chico con ambas manos y lo besó, él incluso se atrevió a rodear la pequeña cinturita de la niña mientras el resto los observaba, sin perder detalle.

En esos momentos ni siquiera ellos mismos sabrían explicar por qué el estómago les había dado un vuelco justo a la vez, mejor dejarlo pasar. Pequeños detalles que se les escapaban de las manos porque a fin de cuentas, eran niños y todo resultaba más fácil, no había necesidad de complicarse. Sin embargo, el beso apenas duro unos instantes, ya que el niño empujó a la chica contra el suelo, con todas sus fuerzas, con expresión furiosa.

–No vuelvas a besarme, zanahoria pecosa –dijo el niño, fingiendo su mayor

cara de asco mientras se limpiaba la boca, mirándola duramente.

Si no tuviera diez años habría jurado que por los ojos de la niña cruzó un atisbo de dolor, ya que brillaban más de la cuenta y, además, al caerse la arena había raspado sus brazos. Sin embargo ella no tenía intenciones de llorar y mucho menos delante de los demás. Menos mal que muy pronto no tendría que verle más la cara a ese niño tan idiota.

–Eres un gilipollas. ¡Y... besas mal! –replicó la chica, furiosa, a la vez que se levantaba y lo empujaba. Aunque por supuesto no tuvo el mismo efecto, ya que el muchacho apenas se movió de su sitio.

Con rabia contenida el chico apretó los puños, tenía muchas ganas de pegarle a esa niña, de hecho estaba seguro de que si hubiera sido cualquier otra lo habría hecho sin vacilar, pero por alguna extraña razón simplemente se dio la vuelta sin decir nada más. Nunca admitiría lo mucho que le molestaba saber que esa niña lo había utilizado y sobre todo, que él se había dejado utilizar. Ella tampoco dijo nada más. Con todo su orgullo se levantó y cogió una inseparable muñeca que llevaba con ella a todas partes. Pasó al lado del chico y lo empujó con su propio hombro.

–Capullo –siseó entre dientes la pequeña mientras se alejaba abrazando a la muñeca. De su boca salían más tacos que de la de muchos de los adultos. Ella nunca admitiría que era el mejor primer beso.

–¿Dónde está mi hermana? –preguntó con voz autoritaria el chico, haciendo caso omiso al gesto de la niña, aunque sin apartar su vista de ella.

–Esta allí –La señaló con el dedo el niño que siempre jugaba con él.

Solo entonces el pequeño apartó la vista de la niña que se alejaba con la muñeca y miró a su hermana, de la misma edad que él. Ella nunca jugaba con nadie, de hecho solo iba al parque cada tarde para poder ver a los “niños mayores” jugar al fútbol. Se sentaba en la hierba y esperaba pacientemente a que llegaran mientras comía su bocadillo. Ella no era como las demás niñas, no le gustaban los vestidos, tampoco las faldas, ni los zapatos bonitos. Mientras llegaba el equipo, la pequeña jugueteaba con los cordones de sus zapatillas, menos mal que no le había hecho caso a su madre en lo de ponerse un vestido, aunque le entraba cierto airecillo por las roturas que tenía en el pantalón vaquero, pero a ella no le importaba, puesto que le encantaba.

Los chicos empezaron a llegar, puntuales como todas las tardes para jugar su partido. El capitán del equipo azul destacaba por encima de todos. A pesar de sus dieciséis años ya se podía apreciar en él una marcada musculatura, sin duda era el más alto de todos. El muchacho había reparado en la niña en más de una ocasión, le llamaba la atención la forma en que los miraba. Parecía que esa niña los controlaba a todos con la mirada, como si estuviera por encima de ellos, no de una forma egocéntrica, sino simplemente que parecía más mayor

de lo que en realidad era.

–Ya sabéis lo que tenéis que hacer, id a por el defensa y, cuando lo tengáis controlado, me pasáis el balón –Juntaron sus manos e hicieron su particular grito de guerra. Ellos sabían que ganarían el partido, como todos los que habían jugado últimamente desde que él era capitán y controlaba el juego. Mientras iba a colocarse a su posición de delantero, miró a la pequeña con curiosidad y ella le dirigió una mirada impasible, demasiado fría para una niña de su edad.

Poco a poco la gente se fue agolpando alrededor del pequeño campo de fútbol improvisado que había en el parque. Puesto que era en llano y no había gradas donde sentarse, los adolescentes se pegaban codazos unos a otros para poder coger un buen sitio. Sobre todo las chicas, en un intento ridículo de llamar la atención del capitán. Sin embargo ninguno se atrevió a ponerse delante de la pequeña, a pesar de que seguía sentada en el suelo, en apariencia, totalmente ajena a los gritos de las chicas con sus revolucionadas hormonas.

Solo hacía veinte minutos que el partido acababa de comenzar y el equipo azul ya había marcado tres goles, todos marcados por su capitán, que era vitoreado y aplaudido por todos los allí presentes. Los que no parecían tan contentos eran los miembros del otro equipo, sabían de sobra que perderían

por una diferencia bastante considerable.

De hecho, así fue, cuando acabó el partido habían perdido con un humillante resultado de diez a uno a favor del equipo azul. Uno de los componentes del equipo perdedor, agarró el balón y lo golpeó con rabia, con una fuerza increíble, tanto que ni siquiera controló la trayectoria del balón, que fue a parar justo en la cara de la pequeña niña que todavía no se había movido de su sitio. Fue un impacto muy fuerte, los que estaban alrededor se pararon a mirarla y los chicos que celebraban la victoria también.

La chica se había llevado las manos a la cara y cuando las retiró, un hilo de sangre caía por su nariz y el ojo comenzaba a hincharse considerablemente. Sin embargo, no estaba derramando ni una sola lágrima, pero su expresión sí había cambiado, no reflejaba dolor, solo rabia.

El muchacho que le había dado con el balón se había quedado petrificado en su sitio, él no pretendía darle a la niña, pero lo había hecho. Tan solo reaccionó cuando el capitán del equipo ganador lo agarró por el cuello de la camiseta y lo empujó con fuerza.

–¿Eres gilipollas o qué cojones te pasa? Le has dado a una crí... –Sin embargo, el muchacho no llegó a terminar la frase. Una piedra le impactó con fuerza en la cabeza. Con una mueca de dolor se llevó una mano a la cabeza y al retirarla, estaba ensangrentada. Cuando se giró para ver quien había sido,

vio a la niña observándolos, ahora de pie. Los miro fríamente a ambos, la multitud ahora se había callado por completo, expectante. Sin decir ni una sola palabra y aún con la hemorragia en la nariz, se dio la vuelta, mezclándose entre los adolescentes que la miraban extrañados.

–¡Eh, mocosa! –resopló el muchacho, taponándose la herida de la cabeza con una toalla que le había dado uno de sus compañeros–. ¡Ven aquí! –El chico salió corriendo mezclándose entre la multitud, buscando con la mirada a la pequeña. Cuando la vio, andando hacia una pequeña fuente que había, probablemente para limpiarse la sangre que seguía saliendo de su nariz, fue hasta ella agarrándola del brazo, girándola en su dirección.

Ahora que estaban cerca, y a pesar de la hinchazón que se estaba formando en torno al ojo de la chica, pudo observar con detenimiento su fría mirada. Como tantas otras veces, se preguntó cómo era posible que una niña de su edad pudiera mirar de esa manera, lo ponía nervioso una cría seis años menor que él, y eso no le gustaba.

–¿Por qué me has tirado esa piedra? Te estaba defendiendo de ese chico, niña.

–¿Quién te ha pedido que lo hicieras? No haberte puesto en medio – contestó la niña fríamente.

El muchacho cada vez estaba más confundido, una niña de su edad no

debería saber contestar así, y menos con ese tono de indiferencia, ya que no había nada de inocencia en sus palabras.

—¿Te crees muy mayor o qué?

La niña lo miró durante unos instantes y después levantó su mano derecha ante el muchacho, enseñándole el dedo medio con expresión desafiante. El muchacho no lo podía creer, lo estaba tomando por idiota una cría. Iba a replicarle, le iba a enseñar a respetar a sus mayores, pero una mujer que probablemente sería su madre, la cogió en brazos de repente, observando sus heridas, preguntando qué había pasado. Aunque la niña, como era de esperar, no contestó.

—Le han dado con un balón, lo siento, señora —contestó el muchacho cuando la mujer lo miró pidiendo explicaciones.

La mujer asintió y, sin decir nada más, se alejó con la niña aún en sus brazos que seguía mirándolo, pero esta vez pudo distinguir una expresión divertida en su rostro. Realmente se estaba riendo de él. Puta mocosa.

No volvió a verla. Dejó de asistir a todos los partidos, y él jamás supo por qué.

Capítulo 1

Regreso

*“Tampoco él se reconocería
si pudiera verse a sí mismo
como era antes”.*

(Antonio Muñoz Molina)

Nikki

Es la tercera vez que me cambio de ropa. No porque no estuviera guapa con los modelitos que me he probado antes, sino porque esta tarde quiero estar espléndida, y no solo guapa. Aunque menuda tontería, yo siempre estoy

espléndida me ponga lo que me ponga.

A la tercera va la vencida, sí señor. Ahora sí estoy conforme con la ropa que me he puesto. Unos shorts rosa claro que realzan mi trasero, una blusa de tirantes con tres tonos distintos de azul, degradando cada tono desde arriba hasta abajo, y por supuesto, unos taconazos azules. Me añado los complementos que el conjunto pide a gritos llevar y me maquillo, resaltando mis preciosos ojos azules con eye-liner negro y sombra de ojos conjuntada con la ropa. Acabo peinando mi melena rubia a la que le hace falta un buen corte. He dejado que me crezca el pelo todo el verano, y ahora mismo lo tengo por debajo de los hombros. Me gusta, obviamente me queda bien, pero me siento mejor con el pelo corto, por encima de los hombros, como suelo llevarlo. El pelo largo me da un toque más infantil, más dulce. Sin embargo, con el pelo corto parezco más mayor y me queda más sexy. Seguramente no tardaré en cortármelo.

Cuando he terminado de prepararme, me echo un último vistazo en el espejo, satisfecha. Preciosa, sexy y perfecta, como siempre.

Recorro el larguísimo pasillo hasta las escaleras que conducen a la entrada. Cuando empiezo a bajarlas, mi primo Dylan entra por la puerta con una estúpida sonrisa dibujada en su perfecto rostro. Mi primo no es que sea guapo, es que está buenísimo. Bueno, como Damon, mi otro primo.

–Déjame adivinar –Le digo mientras bajo las largas escaleras–. Se llamaba... Emma.

Él suelta una carcajada y niega. Se cruza de brazos, divertido, apoyándose en el final de la barandilla. Es más que obvio que estaba con una mujer en su habitación y esta acaba de irse. Bueno, más bien mi primo la habrá echado a patadas, como siempre hace. Es un rompecorazones en toda regla: se enrolla y acuesta con mujeres a diario. Pero la cosa queda ahí: líos y sexo, nada de compromiso. Y una regla de oro: nunca repite con la misma mujer. A no ser que sea en el mismo momento.

–¿Charlotte? ¿Kathia? ¿Lola? –Sigue negando sin borrar la sonrisa y cuando llego a su lado alzo una ceja- ¿Nikki?

–Mira que eres tonta, rubia –Me revuelve el pelo a pesar de que sabe que lo odio, y yo vuelvo a peinármelo con los dedos–. ¿Vas a salir?

–No. Me he arreglado solo para ir a por un vaso de agua –respondo divertida. Sé que le encanta mi humor, porque vuelve a sonreír.

–Nikki, tú te arreglas solo para ir a beber agua. ¿Con quién has quedado?

Odio tener que mentirle, pero no puedo decirle que voy a salir con Roy o me encerrará en casa. Mi primo lo odia desde que éramos pequeños. Y bueno, el odio es recíproco. Y no solo es entre ellos, sino que prácticamente toda mi

familia piensa que Roy no es un buen chico. Y bueno, no lo es. Pero me da igual.

–Con unas amigas –Me encojo de hombros mientras camino hacia la puerta. Él sabe perfectamente que es mentira. Nos conocemos demasiado bien. Pero no dice nada, y eso es algo que me gusta mucho de Dylan.

–Ten cuidado, ¿vale? Llámame si me necesitas. Sabes que iré en un abrir y cerrar de ojos.

–Lo haré –Se acerca y me da un beso en la frente. Yo se lo devuelvo dándole uno en la mejilla, dejándole marcados mis labios rosas–. Te quiero.

–Y yo a ti –Cuando echo a andar, su voz me hace girarme de nuevo–. Por cierto, ¿no llevas demasiado escote?

Sonrío ampliamente y como respuesta, bajo un poco más mi escote. No se ve nada, solo se insinúa. Dylan rueda sus ojos azules y yo señalo su entrepierna desde la distancia.

–No, no llevo demasiado. Súbete la bragueta, anda.

Se echa a reír y mientras que se coloca bien los pantalones y salgo por la puerta, vuelve a hablar.

–Mia.

–¿Qué? –Lo miro desde la puerta, frunciendo el ceño.

–Que se llamaba Mia. La chica.

Ha merecido la pena estar tantas horas arreglándome. En cuanto Roy me ha visto, le ha faltado tiempo para comerme con la mirada. Me encanta provocarle. Además, hoy es un día especial: hacemos cuatro meses juntos. No sé cómo hemos aguantado clandestinamente tanto tiempo. Bueno, Damon y Dylan se lo huelen, pero he tenido cuidado para que no se enteren de que estamos juntos oficialmente. Solo su familia está al tanto.

Me incorporo lentamente con una sonrisa plantada en la cara, sin molestarme en tapar mi cuerpo desnudo con las sábanas. Es tontería, puesto que Roy se lo conoce a la perfección. Comienzo a darle besos lentos y suaves sobre su espalda desnuda. Está tumbado boca abajo, con la cabeza en la almohada y los brazos bajo ella.

–Esto es vida –murmuro. Roy suelta una pequeña risa y gira la cabeza para mirar el reloj que descansa sobre su mesita de noche.

–Mierda –escupe y se incorpora con brusquedad. Coge su ropa y comienza a vestirse, aunque yo me permito el contemplar su cuerpo durante unos segundos–. Tengo que irme. Ve vistiéndote. Si quieres te llevo a tu casa, no llames al chófer.

Suspiro. Ahí está de nuevo su característica frialdad. Sé que no me quiere tanto como yo a él, pero me da igual. Me basta con saber que me desea. Sin embargo, tengo que reconocer que me duele, sobre todo cuando me da esos cortes. Le miro mientras se viste, sin hacerle caso, y alzo una ceja.

–¿De verdad? ¿Tienes que trabajar hoy? Venga ya, joder. Por un día que te escaquees no va a pasar nada –Humedezco mis labios sabiendo que es un gesto que le gusta demasiado. Quizás funcione, aunque ahora mismo lo dudo, la verdad–. Quédate conmigo.

Pone los ojos en blanco al escucharme. Odia que replique. Se sienta en la cama aún con los pantalones desabrochados, me coge el rostro con ambas manos y me besa con intensidad. Mete su lengua hasta el fondo de mi boca, lo que me deja sin respiración. Correspondo soltando un gruñido y muerdo su labio antes de que se separe y me mire.

–Niña, te tengo dicho que no me repliques –Resopla frustrado. Al menos me ha llamado “niña”. Solo a mí me llama así, y es lo más cariñoso que momentáneamente llegará a decirme–. Nos hemos acostado, te he dado tu regalo. ¿Qué más quieres? Vístete, nos vamos ya.

Me dirige una mirada de forma que no queda lugar para volver a replicar. Roy impone muchísimo, y es frustrante.

–Nada. No quiero nada más –Miento. Claro que quiero más. Quiero poder

estar como su novia y no como un simple polvo diario. Pero eso es pedirle demasiado.

–Bien. Así me gusta.

Me levanto lentamente, asegurándome de que puede ver mi cuerpo desnudo al completo. Mi perfecto cuerpo. Recojo mi ropa del suelo y comienzo a vestirme sin mirarlo. Es tan misterioso... Y me encanta. Mientras me visto, él acaba de hacer lo mismo. Se pone una camisa de un tono azul claro que hace que resalten sus ojos azules grisáceos, además de su pelo rubio claro.

–Las he visto más rápidas, ¿eh?

–Cállate –Termino de vestirme y me coloco a su lado, cruzándome de brazos, lo que hace que mis pechos se realcen. Se le desvía la vista y yo sonrío. Le arreglo el cuello de la camisa, que se le había quedado algo mal. Sé que estos gestos míos le gustan, pero ahora tiene demasiada prisa y solo me dedica una sonrisa.

–No hagas ruido al salir, mi primo debe de estar dormido.

Me dirijo hacia la puerta, y la abro con lentitud, aunque sinceramente pienso que a su primo se la va a sudar el vernos juntos. Me recuerda a mi primo Dylan, con una tía distinta cada día, sin faltar ni un día a tener sexo. Conozco a Bruno, al igual que a Roy, desde pequeña. Sin embargo, con el

primero no hablo demasiado, es muy suyo. Tampoco pregunto qué hace en su casa, sé que no me responderá, y no es que me importe, la verdad. Salgo al pasillo y miro a Roy con una sonrisa.

–Los he visto más rápidos.

Rueda los ojos, poniéndose a mi lado.

–Anda, vamos. Procura no caerte por las escaleras con esos andamios – dice refiriéndose a mis altísimos tacones. Echo a andar delante de él, contoneando mis caderas al andar como tan bien se me da. Sé que me está mirando el culo descaradamente, como siempre hace. Además, le encanta cómo ando con tacones.

Bajo las larguísimas escaleras con cuidado. Me encanta hacer resonar mis tacones, pero también se caminar en completo silencio con ellos. Muchas escapadas de casa me han llevado a aprender a ser sigilosa.

–¿A qué hora acabarás? –pregunto cuando ya estoy fuera de la enorme casa.

–¿Me vas a controlar la hora? No lo sé. Puede durar una, dos o tres horas. Yo que sé, niña. De todas formas, luego pienso salir, así que no me llames.

Alzo una ceja mirándole. Seguramente sea el tío más arisco del mundo, pero puedo soportarlo.

–No te estoy controlando, Roy. Solo quería saber si podíamos vernos

luego. Pero da igual. Llámame tú cuando quieras –Al menos sé que no pasará de mí. De verdad me llamará cuando tenga ganas de verme. Lo ha hecho más veces de las que sé que le gustaría admitir. Al fin y al cabo, estamos saliendo, aunque para uno el sentimiento sea más fuerte que para el otro.

Me subo en el coche, acomodándome en el asiento. Es un precioso Lexus deportivo en color plata. Roy arranca y sale a toda velocidad del aparcamiento. Estamos a las afueras de la ciudad, pero en menos de diez minutos estamos ante las bulliciosas calles de Providence, Rhode Island. Me apoyo en la ventana mientras observo las calles de camino a mi casa. Bueno, mi mansión.

Como siempre, tiene que dejarme unas calles antes para que no le vean parar en la puerta, o se armará una buena. Solo espero que no nos acaben pillando. Roy detiene el coche para que me baje y se queda mirándome. Me inclino sobre él para darle un rápido beso en los labios, y me bajo.

–Ten cuidado. Y relájate, Roy. Trabajas demasiado.

Él asiente.

–De acuerdo. Nos vemos.

De nuevo, sale a toda velocidad, dejándome ahí. Me pongo a caminar en dirección a mi casa. No puedo evitar pensar lo mismo de siempre. Quizás

estos cuatro meses estén siendo solo un entretenimiento para él. Quizás no le importo tanto como me gustaría, pero sigue conmigo. Sigue aguantándome, y le hago sonreír de vez en cuando, lo que me llena el corazón, ya que ver sonreír a Roy no es algo común. Le gusto, lo sé. Y tiene que ser bastante para arriesgarse a estar conmigo sabiendo la que se puede liar. Solo espero que llegue a quererme al menos una parte de cómo yo lo hago.

En fin, me espera una tarde aburrida, ya que no tengo qué hacer. Seguramente arrastre a alguno de mis primos de compras para que me lleve las bolsas. Y bueno, para que me de su opinión acerca de la ropa que me pruebo.

Entro en casa con una espléndida sonrisa en mi rostro.

—¡Damon! ¡Dylan! Nos vamos de compras.

Hugo

Después de casi diez años en este internado militar, por fin ha llegado el día: hoy me gradúo. Y no solo es un gran día para mí, estoy seguro de que mis profesores también se alegran de perderme de vista. Siempre me pregunto lo mismo: ¿a qué edad puede un hombre entrar en una escuela militar? Yo entré con diez años, cosa que dudo mucho que esté permitido en algún lugar. Aunque claro, eso no importa si tengo en cuenta que mi familia puede comprar todas

las asquerosas bases militares del jodido país.

Cuando bajo al patio principal ya está todo preparado. Menuda han montado, entre la alfombra roja, las miles de sillas blancas que han puesto, el escenario y toda la comida, parece de todo menos una graduación. Menudos teatreros.

Todo está lleno de gente, han venido las familias de todos mis compañeros, menos la mía, aunque, en realidad, me da igual. Lo único que quiero es acabar con esto y largarme de aquí de una vez.

Sinceramente, lo que más me gusta de todo esto es lo guapo que estoy. El traje militar me queda demasiado bien y está claro que no soy el único que lo piensa. Desde que he bajado, las primas/hermanas/sobrinas o lo que quiera que sean de mis amigos no me quitan ojo, pero a mí la que me llama la atención es una morenita de ojos oscuros con expresión inocente. La miro con detenimiento, menudas piernas se gasta. Aun así, ¿cuántos tendrá? ¿Quince? ¿Dieciséis? Qué más da. Me gusta y con eso es suficiente.

–¿Qué haces mirando a mi hermana de esa manera? –Mi amigo John interrumpe mis fantasías.

–Vaya, vaya... ¿Esa preciosidad es tu hermana? –Alzo una ceja sin apartar mi vista de su escote.

–Hugo... Ni se te ocurra. Tiene dieciséis años –Justo como yo pensaba.
Perfecto.

–¿Cómo se llama la muñequita?

–No te pienso decir su nombre.

–Vamos, John, no seas idiota. Tengo curiosidad –Suspira pesadamente. Mi amigo tiene tendencia a quejarse por todo–. Prometo portarme bien.

–Se llama Kate, y tú no le gustas.

–Yo le gusto a todo el mundo –Sonríó encantadoramente. John rueda los ojos, aunque en el fondo me adora.

–Eres imposible.

–Preséntamela si no quieres que vaya yo mismo.

–Hugo, no. Ni se te ocurra...

La amenaza de mi amigo queda ahogada por el sonido de un altavoz anunciando que va a comenzar el acto.

–Bueno, campeón, vamos a sentarnos. Luego me presentas a tu hermanita –
Le propino una fuerte palmada en la espalda y me dirijo hacia nuestros asientos. No me hace falta mirarlo para saber que me sigue resignado. Sabe que si a mí me gusta su hermana, acabará en mi cama, le guste o no.

Cada uno tenemos asignado nuestro asiento, irán nombrándonos uno a uno y saldremos a buscar nuestro diploma. Tras un aburridísimo y “emotivo” discurso de despedida por parte del director, comienza el reparto de diplomas. Veo pasar uno a uno a todos mis compañeros hasta que por fin escucho mi nombre. Subo al escenario, recojo mi diploma y tras hacer el gesto militar al que ha sido mi capitán y encargado de mis múltiples castigos estos años, bajo las escaleras del escenario con los aplausos de mis compañeros.

Todos nos hinchamos a comer y subimos a las que han sido nuestras habitaciones todo este tiempo para despedirnos. Sé que a la mayoría no volveré a verlos. Me da pena, ya que con ellos he pasado muchos años. A todos los han castigado alguna vez por mi culpa. Los aprecio, y nos queda una noche. Una última noche para disfrutar. Me cambio poniéndome mi ropa normal, recojo todas mis cosas, que no quede nada de mí en este sitio, y me dirijo a todos en general.

–Hey, chavales –Doy unas cuantas palmadas para llamar su atención–. Larguémonos de aquí de una vez. Tenemos mucho que hacer.

Haciendo gala de mi enorme responsabilidad y respeto por las normas que me llevan enseñando todos estos años, decidí hace un par de días inscribirme en una carrera ilegal de coches que será esta misma noche. He convencido a la

mayoría para que vengan, a todos les ha gustado la idea de tías buenas y coches. Menos a John que, como de costumbre, está protestando. No se le mete en la cabeza que por un oído me entra y por el otro me sale, pero en fin, habrá que dejarlo.

–Hugo –Un día de estos me borra el nombre–. Se lo que estás pensando, y no. Mañana nos vamos de aquí, no vamos a meternos en problemas la última noche –Suelto una risita. Mi amigo es realmente ingenuo. ¿Problemas, yo?–. Además, no tenemos coche.

–No seas idiota, claro que tenemos –Sonrío de medio lado sacando mi móvil mientras lo escucho resoplar. Al tercer toque, contestan–. ¿Matt? Soy Hugo, voy a por el coche ahora mismo. Tenlo preparado.

Pequeñas ventajas de que tu tío tenga concesionarios de coches de lujo repartidos por todo el país, aunque dudo que él esté de acuerdo con esto si se entera pero... ¿A quién le importa?

–Vamos, John. Tienes que ir a por el coche con el que vamos a correr –Me levanto del sofá del reservado donde estamos todos, en la discoteca, haciendo tiempo mientras llega la hora de la carrera.

–¿Vamos? ¿Cómo que vamos? No, no, yo no me pienso subir contigo en ningún coche.

–Claro que sí, y serás mi copiloto —Estoy convencido de que subirá conmigo, y él también lo sabe—. Además —Alzo una ceja mirándolo divertido—, ya te has levantado.

–Pues... Me da igual. Que no voy, Hugo.

–Chicos, nos vemos en la carrera, voy con John a buscar el coche. No olvidéis apostar por mí, ¿eh? —Tiro de John que, a regañadientes, sale detrás de mí. Yo pienso que en el fondo le encanta hacerse de rogar.

Salimos de la discoteca y en diez minutos llegamos al descampado donde he quedado con Matt. Ya de lejos puedo apreciar el deportivo que está esperando por mí.

–Seguro que está todo listo, ¿no? —Doy vueltas alrededor del coche observando con detenimiento los detalles.

–Hugo, he revisado el coche de arriba abajo diez veces. Es una máquina. Nadie llevará un coche como este.

–Está bien. Buen trabajo —Asiento satisfecho.

–Antes de las tres tiene que estar aquí. No me metas en problemas, Hugo.

–Pero si tú ya estas despedido, que más te da. Tómatelo como... —Me apoyo en el capó del coche, meditando una buena respuesta—. Una pequeña venganza hacia mi tío por despido improcedente.

–Si se entera que he sido yo el que he sacado el coche del concesionario me buscará y entonc...

–No se enterará de que has sido tú, ya te he dicho que yo me hacía cargo. Yo siempre cumplo con mi palabra. No tendrás ningún problema, de verdad. Además... no será necesario, porque el coche estará aquí a las tres –O al menos eso espero. Parece que lo he convencido, me tira las llaves y yo las cojo al vuelo–. En un rato nos vemos, Matt.

John nos ha estado observando detenidamente desde su coche. Le enseño las llaves y le hago un gesto en señal de que me siga. La carrera está prácticamente al lado de la playa, en un descampado parecido en el que acabo de estar, pero mucho más grande.

Cuando llegamos, mi amigo deja su coche aparcado algo más apartado del resto y sube conmigo. Supongo que tiene miedo de que se lo rayen o algo por el estilo.

Música latina, concretamente reggaetón, retumba en todo el descampado todo está lleno de gente y los motores rugen por todas partes. La multitud está dividida en grupos: el de los borrachos, el de los drogados y el de las putas, aunque, en realidad, se mezclan unos con otros.

–Hugo... –Allá va otra vez–. Que... que yo esto no lo veo, ¿tú has visto lo puestos que van esos tíos?

–Mejor para nosotros. Peor conducirán si están así –Abro la ventanilla para despejarme, yo también me he tomado un par de copas. Pero estoy bien, mi cuerpo asimila muy bien el alcohol.

Además, esta preciosidad de doscientos caballos va a hacer que gane la carrera y, bueno, sobra decir lo bien que conduzco. Soy mejor que cualquiera de los idiotas que están aquí. Me hace gracia que me miren con superioridad, como si por el hecho de ser mayores que yo les diera la seguridad de que no tengo nada que hacer contra ellos. Está claro que no me conocen, no saben quién soy yo, pero se lo voy a demostrar.

–Hugo... -John no se rinde–. Todavía estamos a tiempo de irnos –Resoplo. Cuando quiere, llega a resultar bastante tocapelotas–. Va a venir la policía y nos vamos a meter en un lío de tres pares de cojones, vámonos tío.

–Vete tú –replico con indiferencia. Sé que no va a irse–. Vamos, sal del coche y vete como una nenaza. Disfrutaré mi victoria yo solo con todas esas tías buenas que están ahí fuera, una a una, mientras tú te comes los mocos.

–Eres un capullo –Resopla cruzándose de brazos, frustrado. Nunca puede conmigo y sabe que terminara haciendo lo que yo quiera.

–Lo sé –Sonrío de medio lado colocando el espejo retrovisor, por el que divisó a una impresionante morena que no me ha quitado ojo desde que hemos llegado.

Observo divertido cómo se ajusta la camiseta, pronunciando aún más su escote, y se sube la minifalda hasta el punto de que ya no distingo si es falda o cinturón. Está tremenda, sí, pero lo que ella no sabe es que no tengo la más mínima intención de tirármela. A leguas se ve que es una zorra barriobajera, y tengo unos mínimos. Yo elijo cuándo, yo elijo dónde, y yo elijo con quién. Eso sí, estoy seguro de que me voy a divertir muchísimo provocándola para después dejarla con las ganas de probarme.

Escucho cómo los motores empiezan a rugir, todos se ponen en movimiento para dirigirse hacia lo que será la meta de salida. Me coloco en mi posición y entre todos los coches se abre paso una imponente rubia, que sin pudor alguno se quita el tanga ante los gritos de todos los tíos presentes. Parece que no hubieran visto nunca a una mujer bajarse un tanga. Será que a mí, como lo hago a menudo, no me parece nada especial. Me doy cuenta de que será ella la encargada de dar salida cuando la veo alzar el brazo haciendo círculos con el tanga.

En cuanto la rubia tira la diminuta prenda de encaje al suelo, piso el acelerador a fondo. Por los retrovisores observo que he salido de los primeros, tan solo dos coches más están casi a mi altura, me pisan los talones. Cien... doscientos... doscientos veinte. No pienso dejarme alcanzar. Parece que vuelo. De reojo veo la cara de John, está acojonado y parece que va a potar en cualquier momento y me temo lo peor respecto a las alfombrillas.

Voy el primero, pero todavía no he conseguido dejar atrás a un Mercedes que me sigue de cerca. Veo el final de la recta peligrosamente cerca, el recorrido está limitado por unas enormes columnas y la carrera consiste en una ida y vuelta, así que cuando estoy a unos pocos metros de empotrarme de lleno contra ellas, doy un violento giro que hace que las ruedas chirríen escandalosamente. Piso el acelerador a fondo, desde aquí se puede apreciar la meta. Pero entonces, todo pasa demasiado rápido.

El Mercedes que venía detrás de mí, en un intento de hacer trampa, ha girado antes de llegar a lo establecido y cuando me quiero dar cuenta el morro del coche está estampado en mi deportivo y, por el sonido, no debe ser un simple golpecito.

–Me cago en tu puta madre, gilip... –John empieza a potar. Genial. Lo que me faltaba. El coche roto y el hedor a vomito se empieza a expandir por todo el coche-. ¡Joder! ¡Joder! –Me bajo del coche con intención de partirle la cara al subnormal que iba en el otro.

El humo que sale del capó no tiene buena pinta y la parte de atrás ha quedado destrozada. Pero lo mejor de todo es el sonido de las sirenas de policía que empiezo a escuchar de todas partes. Si ya sabía yo que esta noche iba a dar para mucho.

Voy a avisar a John, que sigue potando, justo cuando varios coches de

policía paran delante de nosotros. Genial. Un armario empotrado y regordete de dos metros se dirige hacia mí. Con tanta carne no sé cómo se mueve con tanta soltura. Me pone contra el coche y me coloca unas esposas. Si por lo menos fuera una tía buena, hasta me pondría cachondo la situación.

–¿Vas a cachearme, guapa? Te advierto que a lo mejor te planteas hasta un cambio de sexo después de tocarme.

–Vaya, vaya, el niñato viene con ganas de juerga. Vamos a ver qué tal te sienta el calabozo. Andando –Me empuja contra el coche de policía y me obliga a entrar. A John también lo están sacando del coche. En el fondo seguro que él también se lo ha pasado muy bien aunque ahora seguramente no quiera saber nada de mí. Pero se le pasará, siempre se le pasa.

Solo espero que el bueno de Matt haya cambiado de domicilio porque, si no, me da que el trabajo no será lo único que pierda en estas semanas cuando mi tío se entere de esto.

Estoy hasta los huevos de este maldito calabozo. Huele a mierda y me han metido justo con todos los drogadictos que estaban en el descampado de antes. Ya he llamado a mi casa, me lo ha cogido Bianca. Espero que mi querida primita sepa dar bien el recado de que me han detenido, así que probablemente mis tíos ya estén viniendo hacia aquí con la escopeta cargada.

Si ya les dije yo que aunque estuvieran muy ocupados y no pudieran venir a mi graduación, acabarían viniendo igual. Y como siempre, no me equivocaba.

–Hugo D’Lorian, acaban de pagar tu fianza. Ya puedes salir –El guardia con cara de amargado me abre la reja y no puedo evitar pensar en John. No sé en qué calabozo lo habrán metido a él. Es mi amigo y aunque me joda reconocerlo, estaba metido en este lío por mi culpa.

Y cuando salgo, ahí está mi tío, mirándome acusadoramente. Sus ojos azules clavados en mí. Podré soportarlo, solo tengo que hacer como que escucho y ya está. Sin embargo, no habla, se limita a mirarme. Yo creo que está pensando por dónde empezar.

–¿Vas a echarme la bronca de una vez o piensas quedarte mirando lo guapo que soy toda la noche? –Sonrío irónicamente.

–Hugo, no estoy para tus gilipolleces –La voz de mi tío suena amenazante y eso no es buena señal, aunque sabe de sobra que a mí me da igual. Le funciona con sus empleados, conmigo no-. Has participado en una carrera ilegal, has dado positivo en el test de alcoholemia y encima has jodido un coche que vale casi doscientos mil dólares. ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Te has vuelto loco o qué?

–¿Eso es lo que más te preocupa? ¿El coche? –digo con sorna.

–Podrías haberte matado.

–Pues empieza por ahí.

–¡¿QUIERES HACER EL FAVOR DE DEJAR DE COMPORTARTE COMO UN PUTO CRÍO?! ¡Esto es serio, Hugo, joder! ¡Es muy serio!

–A mí no me grites –digo pausadamente. Si piensa que por el hecho de ponerse así va a acojonarme, la lleva clara–. ¿Qué es serio, tío? ¿Que me haya apuntado a una carrera ilegal? ¿Que haya destrozado un coche? No estás en condiciones de reprocharme nada. Tú precisamente no.

–Hugo... –Por el tono de voz sé que estoy colmando su paciencia, me pasa a menudo. Tengo esa habilidad con todo el mundo–. Tienes casi diecinueve años, no puedes hacer lo que te salga de los huevos —Claro que puedo. Ya lo hago–. Esto no se va a quedar así, esta vez te has pasado de la raya y sabes que no estoy jugando. Tendrás un castigo.

–Vale. Pero... de todas formas, iba a volver mañana. Así no estoy solo en el avión y disfruto de tu encantadora compañía, ¿eh? –Le doy en la espalda una palmada con mi mejor sonrisa mientras me dirijo hacia la puerta.

Escucho a mi tío suspirar pesadamente. Sabe que no voy a callarme, y por mí podemos seguir discutiendo horas, no me arrepiento de lo que he hecho y volvería a hacerlo. Si se le ha estropeado su jodido coche, que se aguante,

tiene muchos iguales.

–Vámonos. El jet a Providence sale en dos horas, y tu prima y tu tía están esperando. En casa hablamos.

–Uf, me muero de ganas por verlas a las dos –Ruedo los ojos.

Cuando salgo, veo estacionar el coche de los padres de John. Me da pena mi amigo, la bronca que le va a caer es considerable. Sin embargo, la culpabilidad me desaparece de golpe cuando del asiento de atrás veo salir las preciosas piernas de su hermana.

Me mira con una sonrisa pícaro, dándome a entender que no está pensando nada bueno, igual que yo. Va andando hacia la comisaría con sus padres al lado, pero cuando pasa por delante de mí, noto su mano rozar mi paquete y juro que tengo que contenerme horrores por no empotrarla contra la pared ahí mismo. Cómo me pone la cría. Antes de entrar en comisaría, veo como les dice algo a sus padres que no llego a escuchar. Ellos entran, pero Kate, sin embargo, sigue andando hasta un callejón en la calle de al lado, dedicándome una sonrisa de lo más significativa antes de entrar. Sonríe de medio lado y busco a mi tío con la mirada. Está entrando ya en su coche.

–Ve tirando. En un rato te veo –Voy a cerrar la puerta, puesto que mi tío la había dejado abierta para que entrase yo, pero él me detiene.

–Hugo, tenemos que irn...

–Me has dicho que el avión sale en dos horas. Allí estaré.

–¿Y qué se supone que vas a hacer en estas dos horas?

–Maravillas –digo con picardía. Si mi tío supiera todo lo que tengo pensado hacerle a la niña, me obligaría a irme en este momento.

–Más te vale no meterte en mas líos, estás advertido –Sonrío de medio lado. Me voy a meter en algo mucho mejor que un lío.

–Lo tendré presente. Hasta luego –Le cierro la puerta en las narices. No me apetece seguir hablando. Tengo que aprovechar mi hora.

Mia

Como cada mañana de este último verano, estoy frente al espejo, ajustándome la peluca rubia y totalmente lisa. Me llega por los hombros, ni muy corta ni muy larga, aunque realmente da igual: su única función es camuflarme frente al resto, hacerme parecer quien no soy. Cuando voy a hacer esto me siento mejor llevándola. Es como si fuera otra persona distinta, no me siento tan mal. Me coloco el flequillo recto dejándolo justo por encima de mis ojos, mis preciosos y enormes ojos verdes. Realmente me veo genial de rubia pero, sin duda, prefiero mi color natural, no es un color muy común y eso es

precisamente lo que más me gusta.

Respiro hondo antes de seguir maquillándome, todavía me cuesta hacerlo, aunque sé que no tengo otra alternativa. Desde que llegué a la ciudad hace un par de meses algo tenía que hacer para mantenernos, aunque no es la primera vez que vivo aquí. Me mudé a España cuando tenía nueve años y, ahora, después de todo he vuelto, a pesar de la cantidad de recuerdos que me trae este sitio.

Antes de salir me echo un último vistazo en el espejo. Realmente estoy espectacular, cualquier hombre caería rendido a mis pies. Llevo un precioso vestido negro, ajustado. Realza mis curvas, que no están excesivamente marcadas, ya que soy de complexión delgada, pero todo mi cuerpo está en proporción. No soy demasiado alta, sin embargo mis kilométricas piernas hacen que lo parezca, sumado a unos altísimos tacones de color negro. El broche final a mi modelito es que, aunque no tenga escote, toda la espalda está al descubierto, hasta llegar a la curva de mi cintura y, por último, mis labios rojos, que me quedan increíblemente sexys.

Cojo la mochila donde he guardado lo que voy a necesitar para... después, y salgo de mi habitación, deseando que él esté dormido o simplemente inconsciente. Bajo las escaleras con sumo cuidado, sin hacer ruido a pesar de llevar los tacones y, cuando estoy a punto de abrir la puerta, mi deseo se ve

truncado al escuchar una voz grave, profunda y, sobre todo, alcoholizada.

–¿Se puede saber a dónde vas así vestida?

Me giro lentamente. Está totalmente borracho, con una botella de whisky en la mano, la camisa desabrochada y sucia (probablemente no se la habrá quitado en tres días), y huele que apesta: una mezcla a sudor, tabaco y alcohol. Realmente me da asco.

–No es asunto tuyo, papá –replico con frialdad-. Mejor vete a dormir la mona.

No me gusta cómo me mira, parece mentira que sea mi padre, aunque en realidad, hace años que no se comporta como tal. Suelta una sonora carcajada, le da un trago a la botella y se acerca a mí mientras se limpia la boca. Ahí está otra vez esa mirada que tanto odio. ¿Cómo es posible que mi propio padre me mire con deseo? Retrocedo un paso hasta que mi espalda choca contra la puerta. Sin embargo, él me coge con fuerza por las muñecas, y eso que está borracho y no tiene tanta fuerza.

–He preguntado que a dónde cojones vas.

El aliento le apesta a alcohol, por lo que desvió la mirada hacia el lado contrario y trago saliva. Cómo odio esto.

–Voy a asegurarme de que esta noche comemos porque, si fuera por ti, ya

nos hubiéramos muerto de hambre hace mucho –Lo empujo con toda la fuerza que poseo y consigo zafarme de él debido al estado de embriaguez en el que se encuentra, si no, estoy segura de que habría sido mucho peor. No dice nada más, ya que se ha tenido que agarrar a la pared para no caerse al suelo. Yo no pierdo la oportunidad, simplemente me giro de nuevo y salgo dando un fuerte portazo.

Anthony ya me está esperando en su precioso Audi, tan atractivo como siempre, a pesar de que es unos cuantos años mayor que yo. Nunca me he atrevido a preguntarle su edad pero calculo que me supera en unos diez años, más o menos. En cuanto me subo en el coche me repasa con la mirada, de arriba abajo, sin perder ni un solo detalle y se relame. La verdad es que me gusta sentirme deseada de esa manera. Yo le correspondo con una pícaro sonrisa y me cruzo de piernas intencionadamente, sin dejar de mirarlo mientras me relamo lentamente. No puede aguantar más, porque simplemente se lanza a mis labios y me besa apasionadamente, con deseo. También puedo notar su mano, acariciar mi pierna, subiendo peligrosamente hasta meterse por dentro del vestido y rozar mi ropa interior. Suspiro soltando un pequeño gemido. Estamos en el coche, cualquiera que pase por la calle puede vernos, y eso me da aún más morbo, como cada vez que lo hemos hecho aquí. Gruño cuando noto su mano acariciando mi sexo y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder frenarlo. Agarro su mano antes de que vaya más allá y suspiro con

la respiración entrecortada.

–Tenemos que irnos –Aún está muy cerca de mi boca y puedo notar que está tan acelerado como yo, o incluso más.

–Muñeca, estás preciosa, como siempre. Me pones demasiado –Se relame echándome un último vistazo antes de separarse por completo y acomodarse en el asiento. Me fijo en el bulto de su pantalón y sonrío de nuevo con picardía.

–Gracias, guapo –Me coloco el vestido y juego con un mechón de la peluca, enredándolo entre mis dedos. Es una manía mía, me gusta más hacerlo con mi pelo–. ¿Dónde vamos hoy?

–A donde siempre, al hotel Diamond.

Asiento, me convengo a mí misma de que solo será una hora, como el resto de las veces. Luego podré irme. He hablado muchas veces con Anthony de esto, pero él siempre me da la misma respuesta de que no es nada malo, que es lo mejor para mí, aunque yo sé que no, pero simplemente no tengo otra alternativa. Aparcamos en frente del lujoso hotel de cinco estrellas. Joder, qué rápido hemos llegado.

–Te veo mañana, preciosa –Me dedica una preciosa sonrisa de medio lado, y yo me fijo en que su pelo castaño claro y sus penetrantes ojos de color negro

resaltan aún más con el brillo del sol.

–¿No vas a venir a buscarme? –pregunto extrañada. Siempre viene.

–Tengo... unos asuntos pendientes. No puedo, pero mañana iré a buscarte y te llevaré a cenar a tu restaurante favorito –Me guiña como tanto me gusta.

–Está bien, mañana a las once –Me acerco para darle un intenso beso, de esos que tanto le gustan, y muerdo su labio antes de separarme. Le dedico una preciosa sonrisa llena de picardía y me bajo del coche. Antes de que se vaya, me agacho para pintarme los labios de ese rojo intenso que ahora también lucían los labios de Anthony y me coloco las gafas de sol. Él baja la ventanilla.

–Suite 315 –Yo asiento y sin decir nada más me dirijo hacia la puerta del hotel. Puedo escucharlo pasar con el coche justo a mi lado, preguntándome qué será eso que tiene que hacer. No puedo evitar que me joda pensar que se va con otra, aunque sé perfectamente que no puedo sentir algo más hacia él que no sea deseo sexual o atracción física, soy muy caprichosa.

Ya he subido a la tercera planta, y estoy delante de la puerta. Me cuesta muchísimo llamar, pero mejor que sea rápido. A los tres toques, me abre un hombre atractivo, calculo que de unos cuarenta y cinco años. Antes de dejarme pasar, me observa con detenimiento, sin perder detalle de mi cuerpo, pero esta vez, al igual que las otras, no me gusta esa mirada. Con una sonrisa, me invita

a pasar educadamente y yo no puedo evitar preguntarme por qué este hombre necesita una mujer como yo, si a pesar de la edad que tenga podría acostarse con quien quisiera.

–¿Quieres algo de beber, guapa?

–No, gracias –Sonrío forzadamente. No me gustan las galanterías y menos cuando los dos sabemos que vamos a acabar echando un polvo, que él me va a pagar, y yo me voy a ir. Por lo tanto me obligo a recordarme a mí misma que no soy Julia Roberts en Pretty Woman y que él no es Richard Gere.

–¿Por qué no te pones cómoda?

Asiento acomodándome en el sofá que hay justo al lado de la enorme cama, es una suite, y es todos lujos. Me fijo en las preciosas vistas de la ciudad que hay desde aquí y suspiro con nostalgia.

–¿Cuántos años tienes? –pregunta el hombre de repente, sacándome de mis pensamientos.

–¿Perdona? –Alzo una ceja–. No creo que eso sea importante para ti –digo de la forma más amable que me sale en estos momentos.

–No te enfades, solo era curiosidad. Pareces joven –responde con indiferencia. Realmente parece simple curiosidad y, a fin de cuentas, qué más da.

–Diecinueve –Aunque aún faltan unos meses para cumplirlos.

–Y... ¿te llamas?

–Karina –A todos les digo lo mismo. Aunque en este caso tengo la sensación de que sabe que le miento.

–Bien, Karina. Veo que no quieres perder el tiempo, tienes claro a lo que vienes. Solo quería que te sintieras más cómoda

–Primero me tienes que pagar –Realmente no entiendo por qué me trata con delicadeza, los demás no lo hacen. En cuanto me ven, les falta tiempo para quitarme la ropa. No sé qué me molesta más: que me traten como la puta que soy o lo que está haciendo este hombre, que me trata como a una puta con lástima.

Él simplemente asiente, saca su cartera y sobre la mesa pone cuatro billetes de quinientos. Los cojo y los guardo en mi bolso, después lo miro expectante, ahora sí, no me queda otro remedio que ser totalmente suya y hacer lo que me diga durante la hora restante. Lentamente se levanta y me ofrece una mano, yo la cojo y me levanto quedándome justo de frente a él. Baja la cremallera de mi vestido que cae a mis pies. Me siento totalmente expuesta, no llevo sujetador, solo un diminuto tanga de encaje negro. Me observa con lentitud y yo me pongo de los nervios, ¿simplemente no se puede limitar a follarme o qué?

–Eres realmente preciosa –Me dice con franqueza mirándome a los ojos. Sin embargo yo no contesto, a lo único que estoy obligada es a tener sexo, no a hablar.

Pero a él parece no molestarle, tira de mí hasta llevarme a la cama, me tumba y se coloca encima de mí. Veo que va a besarme, pero yo niego.

–Te habrán dicho que lo único que no está incluido en el precio es besar – Frunce el ceño pero después asiente de nuevo y comienza a besar cada parte de mi cuerpo con delicadeza, creyendo que me gusta más así.

Este me besa con ternura, los otros lo hacen con deseo, todo es vacío, no hay nada más. Lo único que agradezco es que haya sido un hombre así y no viejos ricachones como en otras ocasiones, ya que en cuanto terminaba me pasaba horas y horas vomitando de asco. Lentamente me baja la parte de abajo y yo lo voy desnudando a él, a pesar de que odie esta parsimonia, pero si le gusta así, tengo que dejarlo satisfecho, supongo. Se pone el condón que yo misma he traído por si acaso. Ambos ya estamos completamente desnudos y, tras besar cada parte de mi cuerpo, me penetra, comenzando a moverse con movimientos lentos y pausados. Es bueno, pero yo no consigo disfrutar, con ninguno lo hago en realidad, aunque sé fingir de maravilla. A medida que aumenta el ritmo, gimo con él, no porque esté disfrutando, pero es lo que tengo que hacer. Lo toco, lo muerdo, acaricio su cuerpo a la vez que lo rodeo con

mis piernas, hago todo lo que sé que los vuelve locos y sé que él está disfrutando muchísimo. Puedo notarlo en su respiración agitada, por cómo me toca, por cómo me mira, conteniéndose para no besarme. Noto cómo su miembro se va hinchando poco a poco dentro de mí y sé que va a terminar en cualquier momento. Cuando lo hace, no se detiene como hace el resto, sigue penetrándome con fuerza y sé que su intención es que yo también acabe, los demás no se han preocupado por eso, con disfrutar ellos es suficiente y yo lo prefiero, cuanto antes acabemos mejor. Por eso odio lo que está haciendo, quiero que pare ya, así que opto por seguir fingiendo. Fingo un orgasmo y parece que se conforma puesto que se detiene, respirando agitadamente. Está sudando y apoya su cabeza en mi hombro. Yo sin embargo tengo la mirada perdida en el techo, deseando que salga de mí de una maldita vez.

Cuando por fin lo hace, se tumba a mi lado, agotado. Tampoco hemos hecho tanto para que esté así, pero supongo que la edad pesa, para unos más que otros. Lo miro, se está quedando dormido, por mí mucho mejor ya que falta todavía un rato para que pueda irme y odiaría tener que hablar con él. Me levanto de la cama y busco en la suite un baño, supongo que será la única puerta que queda en la habitación.

Veo que no me equivoco cuando al entrar veo un amplio jacuzzi y una lujosa ducha. Me acerco al espejo para mirarme y sin que yo lo permita, una lágrima resbala por mi mejilla. Me quito la peluca dejando que mi verdadera

melena caiga ondulada hacia un lado. No quiero perder el tiempo ni quiero darme el lujo de llorar, me meto en la ducha debajo del grifo dejando al agua fría caer por mi cuerpo y me froto. Me froto con rabia, otra vez esta sensación de asco, es como si por mucho que me frotase no dejara de sentirme sucia. Me quito todo el maquillaje que llevaba encima, quiero volver a ser yo. Cuando termino de ducharme salgo envolviéndome en una toalla mi cuerpo y mi pelo. De la mochila que llevaba saco mi ropa normal. Unos short de color azul, cortos y ajustados. Me hacen un culazo, todo hay que decirlo. A juego, una camiseta blanca que me ato al cuello y deja al descubierto la mitad de mi espalda con un amplio escote en pico. Me gusta provocar, a pesar de todo, y me gusta vestir sexy. De nuevo me miro al espejo, ahora que ya no tengo maquillaje, se distinguen perfectamente mis pecas, no me gustan, a pesar de que me adulzan aún más la expresión de mi rostro, les tengo manía y tengo mis motivos.

Me seco un poco el pelo, tratando de hacer el menor ruido posible, y cuando acabo guardo el vestido y los zapatos en la mochila. Salgo lentamente del baño, el hombre aún sigue dormido, y yo no pienso despertarlo para irme.

Cuando salgo a la calle lo primero que pienso es que tengo que ir a comprar al supermercado, la nevera está casi vacía, y si no la lleno yo, nadie lo va a hacer. Después iré al casino, tengo que pagar las deudas de mi

padre, no quiero tener una visita desagradable como pasó la última vez. El problema es que solo tengo mil dólares, los otros mil se los debo dar a Anthony, ya que vamos a medias al ser el que me consigue este tipo de... trabajos. Bueno, para lo que tengo que hacer hoy, tendré de sobra y, lo que sobre, para pagarme la matrícula de la universidad, que ya casi tengo suficiente.

Sin embargo cuando estoy a medio camino... mierda. La cartera. Me la he dejado encima de la mesa de esa puta habitación. Sin ella no puedo hacer nada, tengo el dinero y mi DNI. No me queda otro remedio que volver a por ella y tengo que ver a ese hombre otra vez. Solo llamo a la puerta una vez y él ya me abre con ella en la mano, mirándome detenidamente.

–Te vas y ni siquiera te despides.

–No tengo por qué hacerlo –replico con indiferencia cogiendo mi cartera, guardándola en la mochila–. Adiós.

–Espera –Lo noto acercarse a mí por la espalda, por lo que no tengo otro remedio que girarme–. Tengo algo que proponerte –Simplemente lo miro. Sea lo que sea no pienso aceptar–. Quiero que me acompañes a una fiesta, como amiga, solo tendrás que venir conmigo y ya está. Nada más. Serán un par de horas y te pagaré el doble que ahora.

–No pienso ir –digo de forma tajante, girándome de nuevo.

–¿Por qué? Solo será una fiesta y no tendrás que hacer nada, tan solo estar conmigo y yo presumir de acompañante –No me fío de él. Pagarme el doble simplemente por acompañarlo... Aquí hay gato encerrado. Él parece darse cuenta, por lo que añade–. Vamos, ¿qué hay de malo en que un hombre soltero como yo quiera tener compañía en una fiesta aburrida? No hay nada de malo, y no tengo ninguna intención más. Te lo prometo –Y no sé por qué, pero lo creo, aunque no contesto.

–Lo pensaré –Asiento sin girarme y creo que puedo notar cómo él sonrío satisfecho.

–Hagamos algo –Dicho esto se coloca frente a mí y mete en el bolsillo de mi pantalón una pequeña tarjeta–. Si te decides, llámame. Todavía falta mucho tiempo, unos meses. Pero mejor prevenir.

–Está bien. Adiós –Llamo al botón del ascensor que tengo justo al lado, pero él no parece haber terminado de hablar.

–Te sienta bien el pelirrojo, estas aún más guapa que de rubia, y ya es decir –No contesto, lo esquivo y entro en el ascensor-. Adiós, Mia –Mierda. Seguramente habrá abierto mi cartera y lo ha visto en el DNI. Es lo único que dice justo antes de que se cierren las puertas del ascensor.

En cuanto salgo a la calle, los hombres que hay se fijan en mí, me sonríen, cuchichean, probablemente hablando de lo que harían conmigo. Yo

les sonrío de forma coqueta, me pongo las gafas de sol y comienzo a caminar con gracia, contorneando mis caderas notando las miradas a mis espaldas. Y me gusta, me gusta porque esta es la Mia sexy, la pelirroja a la que le gusta provocar y ser provocada, que me miren, la que elige cómo, dónde y con quién, y sobre todo la que decide qué hacer sin que se lo impongan, y cuando lo hace que sea por placer propio. El resto se queda guardado en esta mochila que llevo conmigo y, como tantas otras veces, su contenido se va al primer contenedor que veo por la calle.

Serena

La alarma del móvil suena: las doce en punto. Shui ya está durmiendo, y aunque me oyera, dudo que hiciese algún comentario y, principalmente, que yo llegara a entenderla del todo. Me levanto de la cama procurando no hacer ruido y voy hasta la ventana. Cuando la abro, una suave brisa me golpea en la cara, se nota que ya es Agosto, aunque en Londres nunca haga demasiado calor. Me visto con lo primero que encuentro. No he recogido mi ropa, pero realmente tampoco tengo mucha, ya que en este internado solo te permiten llevar el ridículo uniforme que nunca me he llegado a poner exactamente. Tan solo he guardado en una mochila lo realmente necesario, alguna foto y poco más. Me la cargo al hombro y echando un último vistazo a Shui, que ronca

como un camión, y a la que ha sido mi habitación en los últimos años, saco la pierna derecha por fuera de la ventana apoyándola en el gran sauce que hay justo al lado. No es la primera vez que lo hago, ni mucho menos, llevo haciendo esto desde que llegué a este sitio, así que podré sobrevivir a una última. Con habilidad, llego abajo del todo y, como no, Tom ya me está esperando.

–Hola, preciosa. Justo a tiempo –Me dedica esa estúpida sonrisita que tanto odio.

–No me llames preciosa –replico fríamente–. Y vámonos antes de que nos vean.

–Tú tan simpática como siempre.

–Y tú tan predecible –Paso por su lado caminando hacia la verja tras la que está mi libertad.

–Serena, sé más amable, ¿quieres? Te estoy ayudando.

–No –Me paro en seco mirándolo. A su lado soy un par de centímetros más alta–. NOS estamos ayudando. No te equivoques.

–Te recuerdo que gracias a mi llevas pudiendo salir a tus anchas de este internado los últimos dos años y, además, has ganado dinero -traga saliva, sé que le intimida cuando lo miro de ese modo, y no voy a negar que me gusta

saberlo.

–Y yo te recuerdo que, gracias a mí, tienes algo más que el sueldo de jardinero, así que no me toques los ovarios y abre la verja de una puta vez antes de que nos vean.

Tom hace lo que le digo. Abre la verja que hace un ruido chirriante muy desagradable, sin embargo no se da por vencido e insiste en meterse donde no lo llaman.

–Pues sinceramente, muñeca, no sé porque no te esperas hasta mañana que es tu graduación y luego ya podrás irte tranqu...

–Eso no es asunto tuyo, no me gusta que te metas en mis asuntos, así que no insistas, porque me cabreas. Y tampoco me llares muñeca.

–Vale, preciosa –Respiro hondo, y juro que tengo que contenerme por no darle una patada en las pelotas.

Tom cierra la verja, subimos en su coche y por fin nos alejamos del internado, como tantas otras veces, con la diferencia de que esta vez no tengo la más mínima intención de volver.

Estamos todos reunidos en el salón: Tom, sus dos hermanos, la mujer de uno de ellos, y yo. Se nota que en estos últimos años han ampliado su

presupuesto: los conocí siendo unos muertos de hambre que vivían casi en la calle, sobreviviendo a duras penas con el sueldo de jardinero de Tom y, ahora, viven en un chalet situado en uno de los mejores barrios de Londres.

–Que sí, que lo he entendido. ¿Podemos irnos ya? Quiero que me dé tiempo a coger el primer vuelo.

–No, tienes que cambiarte. En la habitación está lo que te tienes que poner

–Harry es el que mejor me cae de todos. Habla lo justo y es el más inteligente sin duda.

Cuando entro en la habitación y sobre la cama veo el diminuto vestido, si es que se le puede llamar así, y los andamios sobre los que pretenden que me suba, pienso que es una broma, después me cabreo.

–VOSOTROS ESTÁIS DE COÑA, ¿VERDAD? –Entro en el salón hecha una furia, con el vestido en las manos, preparada para tirarlo por la ventana–. No sabía que esta vez en el lote estaba incluido vestirme de puta.

–Serena, Serena... –interviene Nate, el más joven de los tres–. Ese vestido no es de puta, cuesta tres mil libras y es de Armani. Además –Sonríe ridículamente, se parece demasiado a Tom–, estarás increíble con él, se le va a caer la baba.

–Como si es de su puta madre, está claro que los tres mil dólares no son

por la cantidad de tela que lleva. O me dais otra cosa o voy así.

–Pero, Serena... –Dirijo mi mirada esta vez hacia Harry–. La fiesta es en un hotel de cinco estrellas, no te van a dejar entrar si vas vestida con ropa de calle.

–Además, solo será un rato. No seas cabezona, muñeca –Remata Tom, con uno de sus “inteligentes” comentarios.

–Y maquíllate más, resaltando mucho esos ojos tan bonitos que tienes. Yo te ayudo, vamos –La mujer de Nate, que hasta ahora se había limitado a escuchar, tras decir esto se levanta emocionada, pero una sola mirada mía, basta para que se siente de nuevo.

Sin una palabra más, voy de nuevo a la habitación y empiezo a quitarme mi ropa con gran esfuerzo. Cuanto más miro el vestido, menos me gusta y más diminuto lo veo, creo que no podré ni respirar de lo ajustado que es. Además, gran parte de mi espalda quedará al descubierto. Cuando por fin he conseguido terminar de meterlo, me pongo los zapatos, increíblemente altos. No estoy acostumbrada a llevarlos y probablemente, aparte de ir vestida de puta, acabe con un esguince.

Una vez vestida, me pongo frente a un espejo y me maquillo más de lo habitual, pero tampoco en exceso, con un poco de sombra y rímel será suficiente. Suelto mi melena, hasta ahora recogida, que cae sobre mi espalda

desnuda, larga y ondulada. Ya estoy lista, pero sinceramente prefiero no mirarme dos veces, porque si lo hago no voy a ninguna parte.

Cuando entro de nuevo en el salón los tres hermanos se giran para mirarme a la vez que se levantan. Lisa no está, supongo que se habrá ido a dormir, esa mujer es el último mono de esta casa. Me miran babeando, me repasan con la mirada varias veces, y me incomoda muchísimo. Incrementa el hecho de sentirme como una muñeca hinchable o un trozo de carne al que van a devorar en cualquier momento.

–Serena, estás... –Empieza Tom.

–Estás... –Le sigue Nate.

–Espectacular –Concluye Harry.

–Vámonos, lo único que quiero es tirar el vestido a la basura y lavarme la cara –Me dirijo hacia la puerta con paso decidido, dispuesta a acabar con esto cuanto antes, pero, como de costumbre, Tom no ha dicho la última palabra.

–¿Pero por qué no te gusta? Si estás increíble... Nadie puede negarte nada si vas así.

–Nunca me ha hecho falta ir enseñando las piernas o el escote para que un tío quiera acostarse conmigo, tú y tus hermanitos sois un claro ejemplo de ello –Aunque claro está, que ninguno se ha salido con la suya.

A las dos en punto estamos aparcando frente al Ritz London, uno de los mejores hoteles de Londres. Varias limusinas y coches de lujo están ya estacionados en la entrada, la fiesta va a estar llena de empresarios importantes y pijas estiradas, así que tengo que hacerlo rápido no vaya a ser que se me contagie algo.

–Bueno, entonces lo tienes claro, ¿verdad?

–Me has enseñado la foto al menos diez veces, no soy tan estúpida como tú, sé retener una cara –Resoplo. He hecho esto incontables veces y soy más inteligente que ellos tres juntos, no necesito tantas indicaciones.

–Bueno, bueno, está bien, aquí tienes tu entrada. Tienes una hora y... ya sabes lo que tienes que hacer.

–Lo haré en media.

Antes de salir me pongo un abrigo que cubre el vestido, con el que me siento mucho más cómoda. Además, por mucho que ellos digan, dudo que me dejasen pasar tal y como voy vestida, el abrigo al menos camufla la pinta de fulanilla.

–¡Quítate ese abrigo en cuanto entres! –Le cierro la puerta a Tom en las narices y, por toda respuesta y sin girarme, le enseño el dedo medio mientras

subo la escalera de la entrada al hotel.

–Buenas noches, señorita. ¿Me permite su entrada, por favor?

–Buenas noches –Le entrego la entrada falsificada que han preparado para mí.

–Excelente, pase y disfrute de la noche –Me sonríe cortésmente y lo único que se me ocurre pensar es que tiene que ser jodidamente aburrido estar repitiendo la misma frase y sonreír durante toda la noche.

Cuando entro, voy directa al salón principal donde se está celebrando la fiesta. Todo está lleno de pijos, como lo suponía. Esmóquines, vestidos de millones de dólares, comida exótica, manteles de seda, cubiertos de plata... En fin, “la crème de la crème”.

–Señorita, ¿le gustaría dejar aquí su abrigo? –El guardarropa está situado a mi lado con una amable sonrisa y los brazos extendidos.

–Eh... Sí, gracias –Me quito el abrigo y la reacción no se hace esperar. Tanto el propio guardarropa como los invitados que estaban alrededor se giran para mirarme, aunque supongo que con opiniones muy distintas entre los hombres y sus refinadas y educadas señoras.

Empiezo a mezclarme entre los presentes, buscando a la persona que me interesa. Puedo notar cómo me miran, escucho los cuchicheos de las mujeres

cuando paso por su lado, y observo cómo se agarran con más fuerza al brazo de sus maridos como si por ese motivo fueran a dejar de comerme con los ojos.

Echo un vistazo alrededor y diviso al hombre que buscaba a un par de metros de donde yo estoy, apoyado en una barra, solo. Y la verdad, no me extraña. Si en foto era feo, en persona es aún peor. Las canas se le extienden por todo el pelo, como buen cincuentón que es, y la barriga cervecera de no hacer nada también ha aparecido ya. Al parecer es un multimillonario dueño de varias empresas en el extranjero, conocido por su gusto por las señoritas... de compañía. Y la verdad es que viéndolo no me extraña que por mucho dinero que tenga, deba llegar a necesitarlas. Tengo la sensación de que esto va a ser demasiado fácil. Paso por su lado, haciendo resonar los tacones, que por lo menos sirvan para algo, y lo rozo levemente en el brazo.

–Disculpe –No me giro, simplemente sigo caminando, pero puedo notar su mirada clavada en mi espalda.

Me siento en la barra de en frente, pidiendo una copa al camarero que me atiende excesivamente amable en cuanto me siento en el taburete. Bebo mi copa despacio, saboreándola y observando a los invitados de la fiesta, hasta que el camarero me saca de mis pensamientos.

–Señorita, dice el caballero de en frente que está usted invitada –Dirijo mi

mirada hacia “mi hombre”, levanto la copa dándole un pequeño sorbo en señal de agradecimiento y sonrío levemente, con eso será más que suficiente.

Y una vez más, no me equivocaba, se levanta y lo veo dirigirse lentamente hacia donde estoy, sentándose en el taburete de al lado. Es tan predecible...

–¿Cómo es que la mujer más guapa de toda la fiesta no tiene compañía? - genial. Un baboso.

–Bueno, ahora ya la tengo –Doy un sorbo de mi copa, humedeciéndome los labios consciente de que no pierdo detalle.

–¿Cómo te llamas, preciosa?

–¿Cómo te llamas tú? –Agarra mi mano, hecho que me repugna, mirándome con un ridículo intento de sonrisa seductora, que más que molestarme, me da lástima.

–Me llamo Stephen, pero tú me puedes llamar como quieras –Besa mi mano y me tenso. Luego tendré que acordarme de desinfectarla bien-. Ahora te toca a ti.

–Selena –Miento.

–Selena... Bonito nombre –Se acerca a mí y, teniéndolo tan cerca de mi cara, las ganas de pegarle una hostia van en aumento—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos? –Dios mío. Voy a potar. Voy a potar. Voy a

potar.

–Mmm... Sí, bueno –Desvío mi mirada hacia otro lado, así, aparte de no tener que verle las arrugas, aprovecho para colocarme la melena hacia un mismo lado–. También... tengo otras cosas muy bonitas, lo que pasa es que no están tan a la vista –cuanto antes lo ponga cachondo mejor. Que quede claro que “soy puta”.

–¿Eso quiere decir que tienes intención de enseñármelas? –Coloca una mano sobre mi rodilla, comenzando a subir e instintivamente se la aparto de un manotazo.

–No me toques –No soporto que me toquen sin permiso. Me altero y no soy capaz de controlarlo. Él parece confundido y me mira extrañado, pidiendo una explicación. Me acerco a él y paso mi dedo lentamente por su pantalón haciendo pequeños círculos mientras él se pierde mirando mi escote–. No me toques.... todavía. ¿Qué te parece si nos vamos a un sitio más... íntimo? Tu casa, por ejemplo –Rozo levemente el bulto de su pantalón que comienza a hacerse notar en exceso–. Ahí podré enseñarte todo lo que quieras.

Veo que tiene intención de volver a tocarme, por lo que me levanto y, sin decir ni una palabra más, comienzo a andar hacia la salida. De reojo veo que me sigue, sin perder detalle de mi culo. Como me gustaría poder partirle la cara, quizá lo haga cuando haya terminado con esto.

–Señorita... aquí tiene su abrigo –El guardarropa me entrega de nuevo el abrigo, sin dejar de mirarnos a Stephen y a mi alternativamente. Le entrega el suyo y juntos salimos del hotel. De lejos puedo ver el coche de Tom aparcado en el mismo sitio y, antes de subirme en la limusina de Stephen, echo un último vistazo hacia el coche, convencida de que a estas alturas ya me han visto.

Me hace gracia lo fácil que ha sido convencer a este gilipollas de que me lleve a su casa. Los tíos son tan simples... Se pierden en cuanto ven dos tetas y unas buenas piernas, y así les va. ¿Acaso no se ha mirado al espejo? ¿Cómo cojones piensa que alguna tía de mi edad pueda querer acostarse con él sin cobrar? Es ridículo, a no ser que seas una puta, claro, pero hay que tener estómago.

Como era de esperar, la casa de este tío es una imponente mansión, situado en el lujoso barrio de Belgravia, el más caro de Londres. Bajo de la limusina.

–¿Te gusta, cielo?

–Vamos dentro y así ya la puedo juzgar con más criterio, ¿no te parece?

–Tienes razón. Vamos –Con una gran sonrisa pintada en el rostro sube las escaleras de la entrada principal para abrir la puerta.

Antes de entrar en la mansión, por el rabillo del ojo puedo ver aparcar el coche de Tom a unos cien metros de distancia.

–¿Selená? –Stephen me llama desde la puerta.

–Sí, voy –Subo las escaleras de la entrada principal y Stephen cierra la puerta tras nosotros. Noto como se acerca lentamente por la espalda, y antes de que pueda poner uno de sus asquerosos dedos encima, me giro quitándome el abrigo dejando que contemple mi cuerpo–. ¿Puedes guardarme el abrigo? – Se lo ofrezco sacándolo de su ensimismamiento. Este tío no ha visto una mujer en su puta vida, está claro.

–Claro, preciosa –Asiente cogiéndolo torpemente. Está nervioso–. ¿Quieres algo de beber?

–Sí, una copa de lo que quieras, sorpréndeme –Sonrío de medio lado, tratando de tener una picardía que no siento en absoluto.

–Claro, vamos, el salón es por aquí... –Comienza a andar, lo que él no sabe es que no tengo la menor intención de pisar su asqueroso salón.

–Ve yendo tú –Se para en seco extrañado–. Ahora te alcanzo, ¿el baño? – Sonríe relajando su expresión con una sonrisa.

–La primera por este pasillo, a la izquierda. No tardes, muñeca –Me guiña el ojo yendo a buen paso hacia el salón. Muñeca. ¿Por qué todos los malditos tíos insisten en torturarme con esa palabra?

–Tranquilo, no lo haré –Voy en la dirección que me ha indicado y, cuando

me he asegurado de que no puede verme, vuelvo sigilosamente a la entrada principal. Abro la puerta y ahí están los tres, encapuchados y con las pistolas cargadas.

–¿Selena? ¿Eres tú? –Escucho a Stephen desde el salón, mientras Harry, Nate y Tom entran.

–Sí, sí, espérame ahí, ya estoy yendo –Salgo de la casa y me subo al volante en el coche de Tom, encendiéndome un cigarro, mientras escucho de fondo los gritos de Stephen pidiendo auxilio.

Al cabo de unos veinte minutos salen corriendo con varias bolsas que parecen bastante cargadas. De inmediato arranco el coche mientras ellos suben apresuradamente y yo lo pongo en marcha saliendo a toda velocidad de ese barrio.

–¡Esto sí que ha sido un robo, joder, ese tío tenía más de medio millón de dólares en esa caja fuerte! –exclama Tom mientras veo volar los billetes en la parte de atrás.

No me puedo creer que esté en Providence. Después del robo, me fui con Tom y los demás a su casa para poder quitarme la ropa de fulana barata y ponerme la mía. Como hemos venido haciendo hasta ahora, ellos se quedaron

con la mitad del botín y para mí la otra mitad, por lo tanto a lo largo de estos últimos años he conseguido una buena suma de dinero para no tener que depender de nadie en mucho tiempo. Ellos también han venido, en Londres ya nos estaba siguiendo la pista la policía y cambiar de aires nunca viene mal. Pero lo que para ellos supone un cambio de vida, para mí supone un retorno. Me fui hace casi siete años de aquí, y la única persona a la que estoy deseando ver es a mi hermano. Hablamos de vez en cuando por teléfono, pero no es lo mismo. Además, ambos somos personas de pocas palabras. Físicamente llevo sin verlo cuatro años, no nos han permitido un contacto directo, Y si he aguantado más en ese internado ha sido por mis “actividades extraescolares”. Gracias a eso ahora podré mantener una vida sin tener que depender del dinero de mi... de él.

Se me hace un nudo en el estómago cuando el taxi que pedí en el aeropuerto aparca frente a la casa de mi hermano. Como era de esperar, vive en una casa enorme. Siempre le gustó lo bueno. No sé qué cara va a poner al verme, supongo que se sorprenderá, pero también supongo que me habrá echado de menos tanto como yo a él, es lo que tiene ser mellizos. A pesar de que no nos veamos, es cierto que mantenemos una conexión especial. Llamo al timbre esperando con impaciencia, dando una vuelta sobre el descansillo de la entrada, hasta que por fin oigo ruidos tras la puerta y cuando por fin se abre... ahí está.

Dios mío, cómo ha cambiado. Ahora ya es todo un hombre, un hombre de diecinueve años. La última vez que lo vi ya era un adolescente guapo, pero ahora... ahora es el típico tío por el que a cualquier mujer se le mojan las bragas. Es alto, muy alto, me saca un par de centímetros a pesar de que yo también lo soy. Lleva el torso desnudo por lo que puedo apreciar las horas que le habrá echado a esos abdominales perfectamente tonificados. El pelo revuelto de ese castaño oscuro, a juego con sus ojos de color café, exactamente iguales a los de mi madre.

–Serena... –Lo escucho pronunciar mi nombre y me doy cuenta de cuántas ganas tengo de darle un abrazo, sin embargo, algo me detiene. El olor a porro que me empieza a llegar desde dentro no me gusta y, mucho menos cuando me fijo más detenidamente en sus ojos, inyectados en sangre. Estoy segura de que no es por la emoción que está sintiendo al verme. De repente estoy cabreada, muy cabreada.

Bruno

–Eso es, preciosa. Así. Vamos, sé que puedes hacerlo mejor –Jeff sube el volumen de la música sin apartar los ojos de la preciosa rubia que baila entre sus piernas. O más bien no aparta la vista de su casi desnudo cuerpo. Y con razón.

La chica obedece y empieza a moverse más lenta y sensualmente. Contonea su cuerpo sin borrar una pícaro sonrisa de su rostro mientras le baila a Jeff. Sabe perfectamente que va a llevarse muchísima pasta hoy.

A Jeff le brillan los ojos y casi que se le cae la baba.

–Eh, Bruno –Darren llama mi atención lanzándome una lata de cerveza que me da en el brazo. Le miro alzando una ceja y soy capaz de ver cómo aprieta un poco la mandíbula, mirándome. Sabe que no le voy a hacer nada, pero me tiene miedo. Normal, si hubiese sido otra persona la que me hubiese tirado la lata, ahora mismo la tendría incrustada en el culo–. Pásame otra, anda.

Miro a mi lado, donde deberían de estar el resto de cervezas llenas, pero no quedan. Nos las hemos acabado entre los cinco y las tres chicas en menos de dos horas. Y eso que están asquerosas. Jeff no se ha molestado en comprar cervezas buenas. Pero bueno, da igual. Al menos la droga la he traído yo y es de la mejor que existe. Y no es que exagere, es que lo es de verdad.

–No quedan –Le digo a Darren–. Voy a por más.

Me deshago de un empujón de la morena que tengo sentada en las piernas besándome el cuello. Cae al suelo de culo, quejándose, pero una sola mirada mía le basta para saber que no le permito replicar.

Me pongo de pie y voy hacia la cocina.

Abro la nevera y saco varias latas. No me hace falta girarme para saber que una de las chicas ha entrado en la cocina, pues sus tacones hacen acto de presencia, resonando. La cierro y me giro. Es la otra chica rubia que había ido al baño.

Me alegro la vista contemplando su cuerpo. Es perfecto. Lleva lencería de encaje negro que hace que el bulto de mi pantalón aumente por momentos.

Me dedica una sonrisa traviesa con sus labios pintados de carmesí. Son los únicos que aún no he probado, pues las otras dos ya han dejado que les meta la lengua hasta la campanilla. Y sé que la preciosa rubia viene en busca de lo mismo.

Camina hacia mí lentamente, dejando que me deleite observando sus curvas que me llaman a gritos. Pasa su larga uña de color rojo por mi pecho, lentamente, hacia abajo, y me mira a los ojos. El pantalón me va a reventar cuando la agarro por la cintura y la pego a mi cuerpo. Mis manos recorren toda su piel desnuda, tan solo cubierta por un tanga y un sujetador. Ese simple contacto piel contra piel la enloquece, pues no tarda ni dos segundos más en lanzarse a mi boca buscando mis besos. Y yo no se los niego.

Correspondo a su beso, abriéndome paso con mi lengua por sus delgados labios. Se le escapa un gemido y me muerde el labio esperando que yo gima también. Pero no va a obtener el placer de escucharme, no si no se lo gana de

verdad. He hecho gemir a muchísimas tías, pero pocas lo han conseguido conmigo.

De un salto bastante ágil y muy provocador, la chica se sube en la isla que hay en mitad de la cocina y me rodea con sus largas piernas. Su boca desciende por mi cuello a la vez que introduce sus frías manos por mi camiseta y acaricia mi estómago. No quiero que ella tome el control, así que se lo hago saber apartando su cara de mi cuello y empezando yo a morder el suyo. Se le escapa un gemido que me hace soltar una risita, pero en cuanto sus manos siguen avanzando y se dirigen a mi espalda, me pongo serio.

Le aparto las manos con brusquedad, lo que hace que se queje y me mire con cara de pocos amigos.

—Mando yo —Le hago saber. Asiente y se lanza a mi boca otra vez y aprovecha para quitarme la camiseta y tirarla al suelo.

En ese momento suena el timbre, por lo que tengo que separarme soltando un gruñido.

—¡Bruno! —grita Jeff desde el salón—. ¿Abro yo?

—Ni se te ocurra —Le respondo entrando y dirigiéndome a la puerta. Solo me faltaba que Jeff me metiese en más líos. Que sigan a lo suyo: colocándose más de lo que estamos, y tirándose ahí, sin pudor alguno, a las tías que hemos

traído.

Llevo la camiseta en la mano, pero no me la pongo. Vuelven a llamar y suspiro.

–Que ya voy, joder. Qué inoportunos.

Abro la puerta y, entonces, mi mundo se viene abajo. No puede ser, es ella.

Su pelo moreno le cae ahora ondulado con una combinación de color, mezclando el moreno con unas mechas californianas. Sus orejas tienen el doble o triple de pendientes que hace unos años. Sus ojos azules resaltan con el poco maquillaje que lleva, nada que ver con las tías con las que me suelo juntar. Y su estilo de ropa... es más distinto aún a lo que estoy acostumbrado a tener a mi alrededor. Pantalones vaqueros ajustados, rotos por varias partes, botas militares, una camiseta sencilla que marca su cuerpo, y una chaqueta de cuero.

Lo peor, es que su fría belleza me recuerda demasiado a él. Ha crecido, ha cambiado. Pero sigue siendo ella cuatro años después.

–Serena...

Me repasa de arriba abajo con la mirada, muy lentamente. Mi intención es darle un fuerte abrazo, pero ella se adelanta y me da un empujón. También está más fuerte.

–¿Me puedes explicar qué cojones haces así? –Niega aún mirándome, mientras entra y cierra la puerta con la pierna—. Y ponte la camiseta.

Me quedo sin habla, lo único que puedo hacer es ponérmela. Cómo se nota que es hermana mía: arisca, fría, y con mala leche. Al menos esperaba una muestra de cariño después de tantos años sin vernos, pero se le ve el cabreo desde lejos. Frunzo el ceño y echo un vistazo hacia atrás. Jeff, Darren y las tres putas nos miran asombrados. Menos mal que ahora ninguno está follando, solo metiéndose de todo.

–¿Qué hago cómo, Serena? ¿Qué haces aquí? Si no me equivoco, ibas a graduarte mañana –Puede que suene frío, pero no. De verdad quiero saber qué hace aquí y cómo ha salido de ese puto internado, y un día antes de lo permitido.

–Tú lo has dicho: iba –No me dice nada más. Está ocupada observando mi casa. Más bien a las personas que hay en ella y todo lo que tenemos en la mesa. Sé que le da asco, y eso me molesta—. ¿Te crees que puedes convertir tu casa en un puto prostíbulo? ¿Pero qué cojones haces con tu vida, Bruno? No me jodas.

Abre la puerta de nuevo y clava su vista en los demás.

–Fuera –Ordena. Alzo una ceja y se me escapa una risa cuando echa a mis amigos. Me miran divertidos, como esperando que me ría en la cara de mi

hermana y diga que se vaya ella. Pero no, mi hermana es más importante.

Les lanzo una mirada y señalo la puerta con la cabeza.

–Ya estáis tardando –Me miran extrañados–. ¡AHORA! –Suelto un grito que hace que los cinco se encojan del susto y se pongan en pie de un salto.

Se dirigen hacia la puerta, pero el gilipollas de Jeff no tiene otra cosa mejor que hacer que vacilarle a mi hermana.

–Eh, preciosa. No seas tan arisca –Le dice-. Ven y únete a nosotros.

Mal hecho, chaval. Es una tía, pero sigue siendo mi hermana, es igual que yo, así que...

Serena alza una ceja mirándolo. Se acerca a él lentamente, acercando su cara a la suya casi al completo, y se humedece los labios. El muy capullo le mira el escote descaradamente y se pierde en sus labios.

–Sí, preciosa, cómeme la boca –espeta. Pues sí que va colocado, o conociéndome a mí, no habría dicho eso.

–Que te la coma tu abuela –Serena lo agarra por el cuello–. No me vuelvas a hablar en tu puta vida. Ni siquiera me vuelvas a mirar, o te mato. Y ahora... FUERA.

Le da una patada en los huevos, lo que hace que se encoja de dolor mientras lo empuja hacia la puerta.

–Vamos, que los he visto más rápidos.

Le doy una palmada a Jeff en la espalda, riéndome.

–Campeón, te lo has buscado. Venga, fuera. No hagas que mi hermana te vuelva a dar.

Jeff y Darren me miran sorprendidos y sé por lo que es: ¿desde cuándo tengo una hermana? Ellos no tienen ni idea de nada... En fin. Una de las putas, a la que casi me tiro, me da un papel con su número de teléfono, pero yo lo rompo delante de sus narices. La empujo fuera y cierro la puerta.

Miro a Serena y me cruzo de brazos.

–Puedo convertir mi casa en lo que me dé la gana –respondo ahora que estamos a solas–. Y mi vida es así, y punto.

Respira hondo, sé que para calmarse, porque yo hago lo mismo, y me señala.

–Escúchame bien, Bruno. Me he escapado del puto internado, he llegado aquí y no tengo nada –miente. Sé que miente–. Mi intención es quedarme contigo, porque eres mi hermano y tenía muchas ganas de verte. Pero te voy a dejar una cosa bien clara: si yo me quedo aquí, no quiero drogas, no quiero putas y no quiero cerdos. Si no, cojo la puerta y me largo. Sé buscarme la vida muy bien sola. Me la suda que esta sea tu casa, si yo vivo aquí, también será la

mía.

Bien. Ahora ya sé qué hace aquí. No me sorprende, ya tiene diecinueve años, mi edad. Creo que eso de ser mellizos influye, porque yo habría hecho exactamente lo mismo que ella. Y sé que lo habría hecho antes, pero algo debe de haber que se lo haya impedido o dificultado. Es clara y directa, di que sí. No te andes con rodeos, mujer...

Suspiro. Sabe perfectamente que no puedo negarme, porque la quiero más que a nadie. Es mi pequeña, y perderla otra vez sería una mierda enorme. Y sabe cómo usar eso en mi contra. Siempre lo ha hecho. Amor de hermanos.

—Serena, joder —me paso una mano por el pelo—. De acuerdo. Te quedas aquí. No pienso perderte otra vez. Mi casa es tu casa. Y supongo que mi dinero también. No tienes más que pedir lo que necesites.

Serena asiente conforme. Está claro que esperaba escuchar eso, porque deja escapar una breve sonrisa. Dirige su vista hacia la mesa donde está toda la mierda.

—De momento, quiero que limpies y ventiles todo esto. No soporto este olor y me están dando arcadas.

—Joder, acabas de llegar, no te pongas en plan mandona. Te recuerdo que es mi casa. No te aproveches de que siempre has sabido cómo controlarme. Te

recuerdo que tengo también cuatro años más desde la última vez que te vi, y he aprendido muchas cosas de la vida. Pero... –miro la asquerosa mesa–. Sí, será mejor que limpie eso. Échale un vistazo a la casa, aunque vas a tardar bastante. Puedes quedarte con la habitación que quieras. Y no se te ocurra potar, o lo limpias tú con la lengua.

–Claro, has aprendido a drogarte y a follar con putas. Eres un chico muy listo, Bruno. Bravo –Aplaude irónicamente mientras se dirige a las escaleras–. Voy a mirar las habitaciones. Cuando baje quiero todo limpio. Y si poto... te jodes –Me guiña y empieza a subir.

–No tienes ni idea de nada, Serena. Y tú mejor que nadie deberías saber por lo que estoy pasando. Es peor que hace años –Alzo la voz para que me oiga mientras sube, y luego me pongo a limpiar todo.

Diez minutos después Serena vuelve a aparecer ante mí, justo cuando he acabado de arreglar el salón, que ahora parece otro. Hasta he echado ambientador para que huela bien. No queda ni rastro de lo que había aquí hace un rato, excepto en mi cuerpo.

–¿Ya está? –pregunto. Ella repasa todo y asiente con aprobación. Pero después niega.

–No, no está –dice mirándome–. Quiero que subas, te duches y duermas. Yo voy a hacerme algo de comer, ¿de acuerdo?

–Sí que vienes pisando fuerte... ¿Por qué tengo que hacer eso? Déjame que te ayude –Aunque cocine como una mierda...

–Porque no te pienso tocar hasta que se te haya pasado la que llevas encima. Estás medio borracho y drogado. Y... personalmente, me das mucho asco así.

–Créeme, Serena, que más asco me doy yo –Suspiro negando. Me acerco a ella y le doy un beso en la frente. Después voy escaleras arriba. No sabe lo mucho que me hubiese gustado que este reencuentro hubiera sido diferente.

Marco

–Marco Reeves –Le digo al portero. Comprueba su lista, me mira y asiente, indicándome con un gesto de cabeza que puedo pasar.

En cuanto entro en el local, se multiplica la temperatura. Hace un calor sofocante, pero por una parte me gusta. Los cuerpos semidesnudos de las tías que bailan sin cesar brillan gracias al sudor, y he de reconocer que es muy sexy.

Me dirijo directamente a la barra y me siento en uno de los pocos taburetes que hay libres. En seguida una preciosa camarera me dedica su atención y me sonrío coquetamente antes de preguntarme qué quiero.

–Ron con Coca-Cola.

No pasan ni dos minutos y ya tengo el vaso ante mí. La camarera se apoya en la barra y vuelve a sonreírme.

–¿Cómo un tío como tú está bebiendo solo?

–Bueno, no estoy exactamente solo.

–Ah, ¿no? –Mira a mis lados para ver si hay alguien que esté conmigo, pero yo niego.

–Me refería a ti.

–Oh.

–¿Cómo te llamas?

–Jessica. Tengo veintiún años y trabajo aquí para pagarme un coche, ya que mis padres me pagan la univer...

Qué dolor de cabeza me va provocar.

–Espera un momento, bonita –Le hago un gesto con la mano para que se calle y espere, mientras que centro mi vista en algo que me llama la atención.

Un poco más allá de la barra hay tres tíos en una esquina algo más oscura. Entrecierro los ojos para agudizar la vista y fijarme más detenidamente en lo que están haciendo.

Uno de los hombres saca del bolsillo de su chaqueta, que lleva a pesar del calor que hace, y más dentro, varias bolsas pequeñas. Distingo perfectamente su contenido: cocaína, éxtasis y marihuana.

Los otros dos tíos sacan un buen fajo de billetes que le dan al hombre a cambio de las bolsitas, y se las reparten. Miro a mi alrededor y veo que nadie está pendiente de lo que están haciendo. Solo yo estoy presenciando esta escena, que acaba en seguida con un apretón de manos entre los tres, y cada uno se marcha por su lado.

Me encojo de hombros, quitándole importancia a lo que he visto, pues no es la primera vez que contemplo algo así, y vuelvo a fijarme en la camarera que está atendiendo a otros clientes. En cuanto le sonrío, ella viene hacia mí.

–Jessica, ¿no? –Asiente y juega con un mechón de su pelo–. Cuéntame más acerca de ti.

A los cinco minutos me he aburrido de su estúpida vida, pero gracias a Dios cuando voy a interrumpirla, lo hace ella solita.

–¿Y tú cómo te llamas? Aún no me lo has dicho.

–Marco –respondo simplemente. No necesita saber más.

–¿Qué edad tienes? –Está preguntona la muchacha.

–Veinticinco, y ya has visto qué bien los llevo –Le dedico una sonrisa de

medio lado. Ella suelta un suspiro y se muerde el labio, mirándome de arriba abajo.

Para un polvo de una noche, no está nada mal.

–Señor, su padre le está esperando en su despacho, es urgente –Me dice Carl en cuanto entro en la casa.

–En seguida voy, gracias –Carl asiente con la cabeza y me dirijo escaleras arriba hacia el despacho de mi padre. Llamo a la puerta antes de entrar.

Mi padre no está sentado en su escritorio, que es lo que suponía, sino que está en la esquina del amplio despacho, sentado mirando la mesa de ordenadores. Hay varias pantallas de alta calidad y definición y muy caras, demasiado. Y que mi padre esté mirándolas fijamente con el ceño fruncido no es una buena señal.

–Papá –digo mientras me sitúo a su lado–. ¿Qué ocurre?

–Mira esto –Señala la pantalla, y hago lo que me pide.

Pero no veo nada con claridad. Se trata de una imagen borrosa que solo permite ver varios bultos que identifico con personas. Y eso no es bueno. Por la hora que indica la grabación, a esa hora no debería de haber nadie en el laboratorio.

–Las cámaras fueron desconectadas en seguida, excepto esta. Provocaron un apagón para desactivarlas y entraron en el laboratorio completamente a oscuras, solo con linternas. Los que han entrado sabían muy bien lo que buscaban, o habrían necesitado luz para buscar algo. Menos mal que decidimos instalar esta cámara independiente de la corriente central, pero aun así no se ve nada, por lo que estamos en blanco.

–¿Dónde es?

–La farmacia que hay cerca de Park Row. No se han llevado mucho, pero está claro que sí lo que buscaban.

–¿Ha sido demasiado dinero? –pregunto. Esa no es la principal preocupación, pero bueno, también importa. Lo que de verdad importa es que no es bueno que se cuelen en una de nuestras farmacias y nos roben. Si ha pasado una vez, puede pasar más.

–Gracias a Dios, no. Es poca cantidad, aun así es una pérdida valiosa de medicamentos que influirá en todo nuestro negocio, aunque podemos estar tranquilos, apenas se notará. Solo quiero que vayas a la farmacia y hables con todos los trabajadores, por si alguno supiera algo, ¿de acuerdo?

–Eso está hecho, ahora mismo voy.

Mi padre me da un apretón en el hombro y me mira satisfecho. Sé que está

orgullosa de mí, y yo le demuestro que voy a ser un buen heredero. Se lo merece, ha pasado por mucho, y que yo esté a su lado apoyándole en todo lo que hace es lo mínimo que puedo hacer.

Cuando se va, vuelvo a mirar el corto vídeo del robo. Son varias personas, en total cinco. Miro el vídeo tres veces más, hasta que me percaté de algo que me llama la atención. Una de las figuras borrosas lleva el pelo por fuera del pasamontañas. ¿Esa es una mujer? ¿Cuatro hombres y una mujer?

Capítulo 2

Sufrir, callar, vivir.

“El sufrimiento es el medio por el cual existimos, porque es el único gracias al cual tenemos conciencia de existir”.

(Oscar Wilde)

Bruno

No tengo ningunas ganas de ir a la comida familiar que ha organizado mi padre, pero no puedo negarme. Al menos tendré allí a mi primo Roy y, bueno, a la tonta de Annie.

No me arreglo a pesar de que sé que a mi padre le gusta que lo haga. “Tienes que dar buena imagen, Bruno, siempre”, es lo que suele decirme. Y a mí la imagen me da exactamente igual. Con unos vaqueros, una camiseta básica azul eléctrico y una chaqueta de cuero, voy perfecto. Eso sí, la chaqueta y los vaqueros son de marca. Me echo el pelo hacia atrás y listo.

Antes de irme lo primero que tengo que hacer es hablar con mi hermana para que no se le pase por la cabeza hacer ninguna estupidez. Llamo a la puerta de la habitación de la que se ha adueñado, y abro un poco a pesar de que puede tirarme lo primero que pille a la cabeza por hacer eso.

–Serena, me voy ya.

Está tumbada boca abajo en la cama, con tan solo una camiseta mía. Vino apenas con un par de prendas de ropa: la que llevaba puesta y algunas mudas más que traía en la mochila, y se ha apropiado también de varias camisetas mías que usa a su antojo. Por lo tanto, me he encargado esta mañana temprano de comprar cosas que sé que le van a gustar.

Se tapa la cabeza con la almohada y gruñe, como si le molestara mi presencia.

–Lárgate, Bruno –masculla–. Estoy durmiendo, pesado.

–Entonces tienes que enseñarme esa nueva habilidad de hablar mientras duermes. Me va a ser muy útil –Me apoyo en el marco de la puerta con los brazos cruzados–. Te lo repito por última vez, porque seguramente no me habrás escuchado las anteriores: no se te ocurra aparecer por allí.

Resopla incorporándose en la cama y se levanta abriendo la persiana de un solo golpe. La habitación queda ahora muy iluminada y puedo verla mejor.

–¿Te crees que tengo ganas de verle la cara? –Clava sus imponentes ojos azules en mí–. Dime, hermanito... ¿Por qué se me iba a pasar por la cabeza el hecho de aparecer por allí cuando sé que me está buscando como un loco desde que se enteró ayer de que me he escapado? –Se apoya en el escritorio cruzándose de brazos. Tiene casi los mismos gestos que yo.

–Porque si en este mundo hay alguna persona a la que le guste más una pelea que a mí, esa eres tú –Me mantengo firme mientras la miro. A pesar de ser yo el tío, siempre ha podido conmigo. Aunque bueno, yo le he dado el poder de hacerlo y, ahora, me arrepiento. Porque tengo un punto débil.

Me encantan las peleas, en muchas de las que se llevan a cabo en Providence tengo algo que ver. Pero las únicas que no me gustan son en las que mi hermana está involucrada y en las que son con mi padre. Y está claro que no le va a hacer ni puta gracia saber que Serena, tras escaparse del

internado, está en mi casa. Y tengo que encargarme de que siga sin saberlo y, para eso...

–Sé que es una tontería pedírtelo, porque vas a hacer lo que te dé la gana, pero aun así... No provoques que el volcán entre en erupción. Quédate en casa, ¿de acuerdo? Yo me encargo de todo.

Sonríe de medio lado, cosa que no hace casi nunca, a no ser que esté maquinando algo que le gusta demasiado, mirando al frente. Joder, esta niña no tiene remedio ni siquiera tras pasar cuatro putos años en un internado.

–Te prometo que no iré a la comida –Está claro que me miente.

–Dios mío, Serena. ¿Sabes qué? Da igual. Haz lo que te salga de las narices. Me da igual –Miento también. Sabe perfectamente que no me da igual, que me importa ella más que nadie. Pero en fin, ella sabrá a qué está jugando–. Me voy. Nos vemos esta noche. O antes.

–Bruno –Se acerca y me mira con... cariño. Me coloca la chaqueta bien y sin pensárselo mucho más, me rodea con sus brazos, abrazándome con fuerza. No lo ha hecho desde que llegó ayer, y he estado esperándolo con ganas.

Suspiro y la rodeo también, apretando con fuerza.

–Sé buena –concluyo aun sabiendo que no me hará caso–. Te quiero.

A pesar de tener una amplia variedad de medios de transporte, no puedo negar que mi coche es el que más me gusta. Conducir es una de las pocas cosas que me apasionan y tener un Ferrari GTE ayuda bastante.

Llego a la mansión donde viven mis padres. En realidad... es la mansión más grande de todo Providence. Para algo mi padre es el Gobernador. Tiene todo lo que quiere en la palma de su mano. Incluyéndome a mí. Y excluyendo, únicamente, a Serena.

Al bajar del coche en la puerta, un aparcacoches me recibe con una sonrisa. Normal, le dejan cada coche que tiene que estar flipando a cada minuto.

—¿Me permite, señorito O' Connor? —“Señorito”. Juro que como vuelva a llamarme así, se traga las palabras.

—Ni un solo rayajo —Le doy las llaves y me encamino hacia dentro de la mansión.

Voy al comedor, donde una enorme mesa ya está preparada. Solo falta que nos sentemos y nos sirvan la comida. Mi tía y mi primo están hablando con mi madre. Tan solo falta mi padre, mi tío y la irritable de mi prima. Al verme, mi madre me regala una preciosa sonrisa y se acerca a mí para saludarme.

—Mi niño —dice y me da un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás, cielo?

–Bien, gracias, mamá –He aquí mi otra debilidad: mi madre. Serena y ella son mis únicos puntos débiles–. ¿Dónde está papá?

–En seguida viene, estaba al teléfono con algo importante.

–Cada vez que te veo estás más guapo, Bruno –Me dice mi tía Alice–. Tu primo y tú no deberíais ir solos por la calle.

–Sois una explosiva combinación, chicos –Corroborra mi madre.

–Demasiado guapos.

Yo miro a Roy y suelto una carcajada, negando. Creo que ambos estamos pensando lo mismo. Ir juntos por la calle debería estar prohibido, sí. Somos a cada cual más cabrón. Y eso les gusta a las tías. Y sumado a que es cierto lo que nuestras madres dicen... Él rueda los ojos y asiente mirándome, dándome la razón. Sabe perfectamente lo que le quiero decir.

–¿Qué pasa, que en esta casa no se come o qué? –dice.

–No te desesperes, Roy. Ya vamos a comer, estamos esperando a tu tío – dice mi tía.

–Tiene que estar al llegar. Voy a echar un vistazo para ver qué le queda.

–¡Primito! –La irritable voz de Annie irrumpe en el comedor. Va muy maquillada y con tacones, aunque se tambalea un poco. ¿De verdad esta niña tiene casi diecisiete años? Tendré que hacer que espabile, porque no puede

seguir así de cría. Me repasa con la mirada y me da un beso en la mejilla, aunque aun con tacones tiene que hacer un esfuerzo para llegar—. ¡Qué guapo estás! Te estábamos todos esperando.

Hago una mueca y me limpio la mejilla. No la mando a tomar por culo, otra vez, porque es mi prima. Además, creo que se piensa que mis borderías son de broma.

—Hola, Annie. No vuelvas a darme un beso. Sabes que los odio.

—Tú siempre tan bromista, primo, me alegro mucho de verte. ¿Has visto lo guapa que estoy?

—Está claro que no has heredado los mismos genes que Roy y yo —Le sonrío burlescamente a mi prima.

—Por cierto... -interviene Roy—. ¿Es verdad lo que he oído? ¿Que el sobrino de los D' Lorian ha vuelto?

Mi tío Alexandre entra en ese momento, me saluda con un apretón en el hombro, y responde a la pregunta que todos nos estamos formulando.

—Sí, hijo, es verdad. Al parecer tuvo que ir su tío Cesar a buscarlo porque lo habían detenido. Emily me lo contó ayer en la oficina.

Roy hace una mueca y asiente.

—Nunca me cayó bien ese niño.

¿El sobrino de los D' Lorian? El pasarme el día de ayer entero en casa tras haber vuelto Serena ha impedido que me entere de esa noticia.

–Hugo, ¿no es cierto? –me cruzo de brazos–. Creo que me acuerdo de él – Me paro a recordar a ver si logro acordarme de algo más que de vagas imágenes. Y... sí, creo que me acuerdo–. Siempre estaba peleándose contigo. Y se llevaba bien con Nikki –Alzo una ceja y sonrío de medio lado. Esto va a estar bien...

A mi primo se le borra la sonrisa de la cara en cuanto me escucha.

–Era un niño chulo y engreído, un gilipollas –dice entre dientes–. Y en cuanto a Nikki... eran cosas de críos. La tengo en la palma de mi mano. Probablemente ni se acuerde de él –Se encoge de hombros.

–Entonces era exactamente como tú eres, ¿no? –Suelto una carcajada. Me encanta picar a mi primo–. Y respecto a Nikki... Más te vale que sea verdad, o ándate con ojo.

–No compares a ese niño conmigo. No es más que un crío.

–Roy, no quiero problemas con él ni con nadie de su familia –Le advierte su padre, y con motivo-. ¿Está claro?

–No habrá problemas, cariño. Confía en los chicos –mi tía nos manda a ambos una mirada de advertencia.

Mi padre hace acto de presencia, y entra en el comedor con mi madre al lado.

–Perdonad el retraso –Se disculpa–. Estaba atendiendo un asunto importante con la policía.

–¡Hola, tito! –Interrumpe Annie. Le da un beso en la mejilla, lo que hace que tanto su padre como su madre, resoplen. Roy prácticamente la ignora.

– Annie, reserva energías, ¿quieres? –Le regaña mi padre.

–No te pases, cielo –Suspira mi madre.

–Ann, cariño, no interrumpas –Aporta mi tía. Ella no es una blandengue como mi madre, tiene mano dura, pero cuando se trata de mi prima, se vuelve tonta–. Perdona, David. Sigue.

–¿Policía? –Frunzo el ceño. No me gusta eso por muchas razones. Mi padre nos hace un gesto para que nos sentemos en la mesa, pero no paso por alto su mirada reprobatoria ante mi ropa. Esperaba que llevase traje.

–Sí, me han llamado para informarme acerca de un robo –Sigue mi padre.

–Hay muchos robos cada día en la ciudad, papá. ¿Por qué deberían de informarte de cada uno de ellos?

Empiezan a servirnos las bebidas y a traer los platos de comida, ya lista. Me muero de hambre.

–Porque el robo ha sido en una de las farmacias de los Reeves. Y Marco quería que se nos informase.

Ahora sí tiene sentido. Marco Reeves, el dueño de todas las farmacias de la ciudad y de varias empresas farmacéuticas fuera del país, no puede permitirse un robo. Justamente él, no. Y su hijo, y amigo mío, Marco, seguramente tenga que dejarse la piel en ver qué ha ocurrido. Más tarde le llamaré.

–Cuando terminemos de comer me informas de todo –Le dice mi tío con seriedad–. Ahora tenemos que hablar de algo que nos incumbe directamente a todos nosotros.

La tensión ahora es notable entre mi tío y mi padre, y sé por qué es. Ahora vamos a hablar del tema más importante, el motivo por el cual esta “comida familiar” se está llevando a cabo: mi hermana.

–¿Tenéis pensado hablar alguno de los dos de una vez o pensáis estar en plan perro guardián al acecho durante toda la comida? –espeto. Todos sabemos para qué hemos venido, así que mejor dejar los rodeos.

–Cuida tu boca, Bruno, no seas irrespetuoso –Me reprende mi padre, lo que me hace resoplar-. Se hablará cuando a mí me dé la gana.

–Cielo...

–Cállate, Julie. No te metas donde no te llaman.

–No le hables así a mamá –clavo mis ojos oscuros en los azules de mi padre, que me mantiene la vista–. Tengo cosas que hacer después de comer, así que empieza ya con esta estúpida reunión.

Sé que no debería hablarle así a mi padre, pero quiero saber de una puta vez qué tiene que decir sobre mi hermana.

–Ya os informé de que Serena se escapó del internado hace unos días. Hoy era su graduación.

–Si hoy volvía a casa, ¿por qué se ha escapado? –pregunta mi tía.

Resoplo de nuevo. Ni mi tía ni mi madre tienen ni idea de lo que se cuece en esta familia. Mi padre está empeñado en no involucrarlas, y por eso nunca se enteran de nada.

–Serena no iba a volver a casa –respondo.

–¿Cómo? ¿Por qué? –Mi madre me mira confusa.

–Que nos lo explique papá.

–Yo es que creo que mi prima tiene una grave falta de atención y por eso se ha escapado. Como está loca... –aporta mi prima. Juro que las ganas de matarlas son impresionantes, pero tengo que controlarme.

–Annie, cállate –Su padre la mira con dureza. Envidio a Annie y Roy por tenerle a él como padre.

–No hables así de mi hermana, Annie –Que su padre la regañe no es suficiente. Nadie habla mal de mi hermana.

–Vamos a ver –Roy suspira y alza una ceja–. ¿Alguien tiene idea de dónde puede estar? A lo mejor le ha pasado algo.

–No, no tenemos ni la menor idea de dónde puede estar –respondo.

Una empleada del servicio se acerca a Roy por la espalda, y le habla casi con miedo. No entiendo por qué a mi primo y a mí nos teme mucha gente.

–Disculpe, señor O’ Connor. Una joven le está buscando y parece muy urgente. ¿Puede recibirla?

–¿Justo ahora? –Pone los ojos en blanco–. A Nikki se le habrá roto una uña. En seguida vuelvo.

Roy se levanta y sale del comedor, haciendo así que volvamos con la conversación.

–¿Cómo puede estar Serena sola por ahí, sin nada? –pregunta mi madre notablemente angustiada-. Tiene que volver a casa.

–Exacto –dice mi padre–. No tiene nada –Me mira fijamente y entrecierra los ojos. Oh, no–. Si hubiese usado su nombre en algún sitio, se me habría

informado. Tengo a muchísima gente buscándola. Por lo tanto, solo hay dos opciones –Apoya un codo en la mesa y la cara en dos dedos, sin dejar de mirarme–. O no está en este país, que aún así lo sabría, ya que como dice Julie: no tiene nada. O bien está aquí, en Providence. Y alguien la está encubriendo. ¿Tú que dices, Bruno?

Mierda.

–Digo que te dejes de gilipolleces y te pongas a buscar a mi hermana. O bien, que la dejes en paz que viva su vida.

La puerta se abre de repente, y mi querida hermana irrumpe en el salón.

–Vaya, vaya... Creo que se está celebrando una reunión por mi culpa y yo no estoy presente –Pasea la mirada entre mis familiares, pidiéndome perdón con la mirada.

–Serena –Suspiro y me llevo las manos a la cara para contenerme–. Te juro que te voy a matar.

Serena

En realidad lo había decidido desde el principio. Pero la gota que colmó el vaso fue escuchar a mi hermano ese "yo me encargo de todo", sé lo que significa y no pienso permitirlo. Además, tiene razón, a nadie en el mundo le

gustan más las peleas que a mí y si es contra mi padre, aún más. Con las ganas que tengo de plantarle cara... Me ducho a toda prisa y me visto sabiendo que mi estilo le desagradará por completo, aunque estoy segura que cuando me vea aparecer lo último que le importará es la ropa. Me pongo unos vaqueros sencillos y ajustados, una camiseta negra de los Rolling, las New Balance de color rojo que mi hermano me ha dejado encima de la encimera cuando he bajado a desayunar (él sabe que me encantarían y ha dado en el clavo), y por último una cazadora de cuero roja. Me atuso un poco la melena y salgo de casa dispuesta a presentarme en casa de mi padre. Pero pronto me doy cuenta que todavía no tengo un medio de transporte, hablaré con Bruno del asunto más tarde, si es que después de esto me sigue hablando, claro.

Cuando bajo del taxi, el guardia de seguridad que hay en la puerta principal, me mira detenidamente. Me acerco a él y lo miro con seriedad.

–Haga el favor y ábrame la verja.

–Señorita, usted me va a perdonar pero yo no puedo hacer eso sin una autorizac...

–Soy Serena O’Connor –Su reacción no se hace esperar y lo veo abrir tanto los ojos que casi parece que se le van a salir de las órbitas.

–Señorita O’Connor, su padre la esta busc...

–Sé muy bien que me está buscando, nadie le está pidiendo que me haga un informe –Alzo una ceja clavando mi mirada en la suya, lo que hace que tenga que bajar la vista. Comienza a agotar la poca paciencia que tengo–. Abra la puta verja de una vez.

–Sí señorita, disculpe –Da una orden y al segundo la verja comienza a abrirse ante mí.

Cuando cruzo la verja, a unos pocos metros de la entrada principal puedo distinguir a dos figuras. Sin duda una de ellas es mi primo Roy, hace mucho que no le veo pero su pelo rubio y sus ojos azules son inconfundibles. De espaldas hay una muchacha de melena pelirroja, no tengo ni idea de quién es, ni de porque está ahí hablando con mi primo pero, sinceramente, es lo que menos me importa en estos momentos.

Cuando ya estoy a una distancia más que razonable, ya distingo claramente a mi primo, ha crecido mucho en todo este tiempo y se ha convertido en un hombre muy atractivo, alto y musculado, sin duda tendrá a más de una mujer loca. Él también parece haberse dado cuenta de mi presencia, ya que me está mirando fijamente y parece muy sorprendido, como es lógico. Me limito a hacerle un gesto con la cabeza a modo de saludo, si algo bueno tiene mi primo es que es un hombre de pocas palabras, como yo, así que con eso será suficiente. De refilón, me fijo en la muchacha que está con él. En otras

circunstancias me habría parado a preguntar, ya que la chica tiene en la cara unos cuantos moratones, y estoy segura que no son de haberse dado contra una puerta. No sé quién será el hijo de puta que le ha pegado a esa muchacha, que además apuesto a que tiene mi edad, pero ahora mismo no puedo perder el tiempo, si mi primo está ahí será porque la reunión familiar ya ha empezado, y no quiero perderme ni un minuto más.

Papá, estoy aquí.

A medida que me acerco al salón principal, escucho el murmullo de las voces sin llegar a entender ninguna. La que era mi casa está igual, todo perfectamente colocado, ordenado, los mismos cuadros colocados exactamente en el mismo sitio, los mismos lujos y limpio a rabiar. Me cruzo con varias empleadas de la limpieza en lo que llego al salón, al principio me miran extrañadas, pero su expresión pasa a ser de sorpresa cuando se dan cuenta de que soy yo.

Ahora ya estoy justo al lado de la puerta, puedo escuchar perfectamente las voces de todos los presentes, y como era de esperar, están hablando de mí. Por suerte llego en el momento justo, la voz de mi padre resuena por todo el salón alta y clara, a él no le hace falta gritar.

–Exacto –Le escucho decir–. No tiene nada –Casi puedo verlo mirando a

mi hermano acusadoramente, perforándolo con esa mirada que, aunque me joda admitir, es exactamente igual que la mía—. Si hubiese usado su nombre en algún sitio, se me habría informado. Tengo a muchísima gente buscándola. Por lo tanto, solo hay dos opciones —Hace una pausa—. O no está en este país, que aún así lo sabría, ya que como dice Julie: no tiene nada. O bien está aquí, en Providence. Y alguien la está encubriendo. ¿Tú que dices, Bruno? —Casi se me olvida lo experto que es mi padre cuando se trata de acorralar a alguien, sobre todo si se trata de mi hermano.

—Digo que te dejes de gilipolleces y te pongas a buscar a mi hermana. O bien, que la dejes en paz que viva su vida —Suspiro, llegó la hora de entrar. Respiro hondo y...

—Vaya, vaya... Creo que se está celebrando una reunión por mi culpa y yo no estoy presente —Paseo la mirada entre los miembros de mi familia, están todos. Busco a mi hermano, pidiéndole perdón con la mirada, aunque sé que no lo va a entender.

—Serena —Bruno suspira mientras se lleva las manos a la cara, conteniéndose—. Te juro que te voy a matar.

—No si lo hago yo antes —Ahí está, la voz de mi padre retumba una vez más. Clavo mi mirada en la suya, a mí no me intimida, y sé que eso le jode.

—David, no digas eso —Le reprende mi madre, pero él no le presta atención,

solo tiene ojos para mí y si las miradas matasen yo ya estaría fulminada.

–Serena O' Connor, ¿puede saberse qué cojones haces aquí?

–Pues nada, que he decidido adelantar mi vuelta a casa –Hago una pausa para encenderme un cigarro, sabiendo que eso lo cabreara aún más–. Así te ahorra el ir a buscarme, ¿no te alegras de verme?

–Serena –Interviene mi tío Alexandre–. No puedes escaparte del internado, llegar de repente a esta casa y hablarle así a tu padre, debería darte vergüenza. ¿Tú sabes lo preocupados que estábamos por ti? –Tengo que contenerme para no reírme en su cara, eso sí que es un chiste.

–Muy buena, tío –Le guiño irónicamente–. Bueno, qué, podemos seguir con esta maravillosa reunión familiar, ¿verdad? Ahora ya estamos todos.

–Serena –Escucho la advertencia mi hermano.

–Niña, a mí no me hables así y apaga ese cigarro. Julie, Annie, Alice, ¿nos dejáis esto a nosotros?

–Pero, cariño... –Interviene mi madre.

–Que os vayáis –La corta de forma tajante, dirigiéndole una mirada amenazante, que hace que se me revuelvan las tripas, tan solo mi hermano y yo la entendemos.

–Mamá, por favor, dejadnos esto a nosotros, luego te informo –Mi hermano

le sonrío para tranquilizarla y mira a mi tío—. Llévatelas y que no intervengan.

—Bruno tiene razón —Asiente—. Dejemos que esto lo resuelvan entre ellos — Mi tío se levanta llevándose consigo a mi madre, a mi tía, y a la retrasada de mi prima Annie que, gracias a Dios, no ha abierto la boca desde que he aparecido por la puerta.

Ahora ya estamos solos los tres, justo como mi padre quería. Desde el principio he sabido que terminaríamos así y, la verdad, lo prefiero, así no tengo que cortarme porque esté delante el resto de la familia. Nuevamente clava su mirada en mí.

—Explícate ahora mismo.

—¿Pero esto no era una comida familiar? ¿Por qué echas a todo el mundo? — pregunto con sarcasmo. Tampoco apago el cigarro, lo que sé que terminara por agotar su paciencia.

—Serena, por favor —Noto el tono casi suplicante de mi hermano, y solo por él, tiro el cigarro al suelo, suspiro y apoyo ambos codos en la mesa, mirando a mi padre.

—Mmm, ¿qué me habías preguntado, papá?

—Que qué cojones haces aquí, Serena. ¿Cómo has salido del internado? ¿Y por qué?

–Eso es asunto mío. ¿Qué pasa, papá? ¿Te jode que lo haya hecho sin tu ayuda? ¿Sin utilizar tu apellido? Pues ya ves –Me levanto, mirándolo con dureza–. No te necesito, nunca lo he hecho. Y no me vas a controlar, ni tú ni nadie, así que, te lo advierto: déjame en paz. Ya ves de lo que soy capaz sin tu ayuda. Siempre he sido más inteligente que tú.

–Serena –Da un golpe en la mesa, poniéndose en pie igual que yo–. ¿De verdad piensas eso? ¿Estás tan segura de que no necesitas mi apellido para nada? De acuerdo –Lo veo sonreír, hecho que no me gusta para nada, y asiente–. Última oportunidad. ¿Por qué te has escapado de ese internado?

–Eres un hipócrita -no me inmuto a pesar del golpe–. Me he escapado porque ambos sabíamos que no me ibas a dejar volver aquí, y si lo hacía era bajo tus condiciones y, te lo repito: no vas a controlar mi vida, ya no. Y estoy aquí para advertirte... No, para exigirte, que más te vale que dejes a Bruno en paz, porque te juro que no sabes de lo que soy capaz.

–No metas a tu hermano en esto. No tienes ni idea de nada –Bruno abre la boca para hablar pero él le interrumpe–. Cállate, Bruno –Vuelve a mirarme a mí–. Serena. A partir de ahora simplemente serás Serena. Nada de O' Connor. Porque –Sonríe de medio lado–, no necesitas mi apellido para nada, ¿verdad? Eres mucho más inteligente que el gobernador. Más inteligente que tu propio padre. De acuerdo. Me encantará ver cómo sigues adelante sin mí.

–Me tiene a mí –Interviene mi hermano, pero mi padre pasa por completo de él para seguir hablándome.

–Y si no quieres que tu hermano también se quede sin nada, no vuelvas a reprocharme o no solo te desheredaré a ti, como voy a hacer, sino que también Bruno se irá a la puta calle.

–Papá, no puedes... –Interrumpe Bruno y, nuevamente, mi padre vuelve a cortarle.

–Claro que puedo, y lo sabéis perfectamente.

Esta vez soy yo la que golpea fuertemente la mesa, y miro a mi padre con todo el odio que siento hacia él, notando cómo la rabia se me va acumulando en el cuerpo.

–¿De verdad te crees que me importa tu puto apellido? ¿O algo de lo que tienes? Por mí, te lo puedes meter por donde mejor te quepa, papá –digo lentamente, con rabia, más bien escupiendo las palabras–. Lo único que te he pedido es que me dejes en paz, que me dejes vivir mi vida y que no le hagas daño a Bruno. A mí me da igual que me quites todo, prefiero ser una muerta de hambre a tener algo que ver contigo.

–Sigue, sigue –Se sienta tranquilamente en la misma postura que antes, apoyando la cabeza en solo dos dedos–. Cuanto más despotriques contra mí,

más daño estarás haciéndole a tu hermano, porque, como bien sabes, él pagará tu ira, y no yo. A mí me da exactamente igual tener una hija repudiada que no me quiere ni a mí, ni mis cosas. Pero, pregúntale a tu hermano si él quiere vivir de la misma manera que tú, si él quiere renunciar a todo. Venga, Bruno, respóndele a Serena.

Esta vez miro a mi hermano esperando su respuesta, pero sé por su mirada que lo que tiene que decirme no me va a gustar.

–Yo... –Me mira fijamente y niega–. Serena, ya basta, por favor. Cállate ya –Y aunque suene como una orden, sé que realmente no es así. Es una petición.

Asiento mientras miro a Bruno, decepcionada. Él no puede hacerlo por mi madre, la que ha permitido que hayamos llegado a toda esta situación. Siento muchísima rabia, mi padre es un hijo de puta, mi madre no se entera de nada y mi hermano... Mi hermano vive condenado por su culpa. Mi padre sabe que él no tiene los cojones a dejar a mi madre a su suerte, pero yo no puedo evitar sentir rabia hacia ella. Aprieto los puños, clavándome las uñas con tanta fuerza que noto cómo me sangran las palmas de las manos.

–No le hagas daño a Bruno, es lo único que te pido.

–¿Daño, yo? ¿A mi propio hijo? –Niega–. Tranquila, Serena, eso no pasará.

Bruno se pone en pie con la mandíbula apretada y se dirige hacia mí

mientras me agarra del brazo.

–Vámonos. Esta comida familiar está más que terminada –Tira de mí hacia la puerta, pero mi padre no ha terminado de hablar.

–Bruno. Mañana, en mi despacho a primera hora.

Un nudo se me forma en el estómago. Mi hermano aprieta la mandíbula con más fuerza y asiente lentamente. Ahora sí que no puedo contenerme, me suelto del brazo de Bruno y me lanzo contra mi padre, pero noto los brazos de mi hermano aprisionarme nuevamente con más fuerza esta vez con ambas manos.

–Serena, basta, joder. Vámonos de una puta vez –Escucho la voz de mi hermano que me habla desesperado.

–Escúchame bien, David –Miro a mi padre con ira, noto que las lágrimas están a punto de salir a consecuencia de la rabia que siento. Pero no pienso llorar, yo nunca lloro, y no pienso darle el gusto a mi padre de que me vea hacerlo por su culpa-. No va a venir. No pienso permitir que lo haga.

–¿No puedo hablar con mi hijo de negocios? Deja de meterte donde no te llaman, Serena –Se pone en pie y se dirige hacia la puerta–. Un placer, querida –Sale y cierra tras él, mientras noto cómo Bruno me abraza con fuerza por la cintura.

Mia

*“Si no le importas a nadie en el mundo,
¿existes realmente?”*

(Cazadores de Sombras, Los Orígenes.

Cassandra Clare)

–¿Te crees que puedes hacer lo que te salga de los cojones, Mia? –Anthony da vueltas por la habitación, se nota que ha bebido, y tiene los ojos fuera de sí. Probablemente se ha estado metiendo. Se gira mirándome fijamente y me señala–. Tú me perteneces.

–Anthony –Suspiro. Creo que es la séptima vez que se lo explico. No le tengo miedo, pues no es la primera vez que lo veo en ese estado–. Simplemente te estoy diciendo que no quiero seguir con esto. No quiero seguir siendo una puta. Lo dejo.

–¡Ah! –Alza los brazos y niega soltando una carcajada exagerada–. Que lo dejas... Como si fuera tan fácil –De dos zancadas está parado frente a mí y me acorrala contra la pared mirándome con los ojos totalmente desorbitados. ¿Cuántas rayas se habrá metido?–. No lo vas a dejar, Mia, no puedes dejarlo.

–No te pases –Me zafo empujándolo con fuerza, lo que hace que se tambalee y tenga que agarrarse a una mesa–. Ya lo he dejado, yo no soy tuya, Anthony. Nuestra relación se basaba en el sexo, pensaba que te importaba un

poco, pero ya veo que solo te sirvo para abrirme de piernas y obtener tu beneficio, pero se acabó. No me llames más.

Cojo mi bolso, dispuesta a salir de esa casa cuanto antes, estoy harta de Anthony y de todo lo que tiene que ver con él. Ya estoy en la puerta, pero de repente noto la presión de la muñeca impulsándome violentamente hacia atrás. Acabo empotrada en la pared con la mano de Anthony apretándome el cuello con fuerza. Noto que me empieza a faltar el aire y toso intentando apartarlo.

–¿Qué decías, Mia? –Lo veo apretar la mandíbula con fuerza, sin dejar de mirarme con esa expresión desorbitada y, por primera vez, siento miedo. El aire comienza a hacerme falta, y noto cómo queman los pulmones.

Parece que se da cuenta, ya que de repente deja de apretar y me suelta. Se me doblan las rodillas y me llevo las manos al cuello tosiendo con fuerza, respirando con dificultad. Anthony se agacha para quedar a mi altura, empieza a acariciarme el pelo, me mira como si fuera un trozo de pan al que está a punto de devorar.

–¿Ves lo que me obligas a hacer, Mia? –Acaricia mi mejilla como tantas otras veces ha hecho, pero esta vez no noto una sensación agradable, tan solo me produce asco-. Tú no vas a irte, no vas a dejarme tirado. ¿Verdad que no, princesa?

Cuando consigo dejar de toser, alzo la vista para mirarlo a los ojos, con

altivez, sin mostrar miedo, aunque esté cagada.

–No soy tuya –digo con la voz ronca–. No te pertenezco. No pienso seguir siendo tu puta. No te vas a aprovechar más de mí. Y no me llames más.

Apoyándome en la mesa, consigo levantarme del suelo, recojo nuevamente mi bolso y me dirijo a la puerta lo más rápido que puedo. Anthony se ha quedado ahí, agachado, procesando mis palabras. Sé que va a reventar en cualquier momento, por eso tengo que salir de aquí cuanto antes.

Entonces, todo ocurre muy deprisa. Nuevamente cuando estoy a punto de salir, noto que me agarra de la muñeca girándome, pero esta vez no me empotra en la pared, sino que en un visto y no visto, me ha cruzado la cara de un bofetón que hace que pierda el equilibrio y me golpee con fuerza la cabeza en el suelo.

Me grita algo, pero el golpe me ha dejado fuera de juego y no lo entiendo, veo borroso aunque puedo distinguir cómo se coloca sobre mí. Trago saliva y noto la sangre caliente, probablemente del labio.

–Mia... Mia... ¿Por qué me obligas a hacer esto? Yo te quiero, no puedes irte así. No puedes dejarme, ¿lo entiendes? –Poco a poco voy recuperando la visión y la coordinación en mis movimientos. Noto cómo se me acumula la rabia en el cuerpo por dejarme doblegar de esa manera. Aprovechando que no ejerce presión sobre mí, hincó la rodilla hacia arriba dando un certero golpe

en su entrepierna, con toda la fuerza de la que soy capaz.

Anthony grita, y yo aprovecho para empujarlo y levantarme con dificultad yendo hacia la puerta. Consigo girar el pomo para salir, pero Anthony, que seguía en el suelo me agarra el tobillo lo que hace que pierda el equilibrio nuevamente.

Se coloca sobre mí, tiene la mirada totalmente perdida y las pupilas dilatadas. Está fuera de control, y sé que es capaz de hacerme cualquier cosa.

–Eres una maldita zorra, te voy a enseñar quién manda aquí –dicho esto, el golpe no se hace esperar. La mejilla me arde, y a ese golpe se le suma otro, y otro más. Me va a desfigurar la cara y yo soy incapaz de moverme, pues me tiene totalmente inmovilizada. Chillo, grito, pataleo, y en contra de mi voluntad las lágrimas me resbalan por la mejilla ahora hinchada.

–No te vas a ir, ¿me oyes? ¡NO TE VAS! –Me zarandea con violencia, pero ya apenas lo noto–. Dime que no te vas a ir.

Toso a un lado y veo sangre en el suelo. Creo que es la rabia y la impotencia que siento en ese momento lo que me hace sacar fuerzas de donde no las tengo. Le arañó la cara de arriba hasta abajo, con saña. Se lleva las manos a la cara y aprovecho ese momento de distracción para coger un jarrón que había sobre una mesita a nuestro lado y lo estampo con fuerza en su cabeza.

Antes de desplomarse me mira una última vez con rabia. Me habría matado en ese momento si hubiese podido, y los dos sabemos que es capaz de hacerlo. Con gran esfuerzo me levanto del suelo, cojo mi bolso por tercera vez y salgo corriendo de allí.

No sé a quién recurrir. No quiero ir a mi casa porque no soportaría que me pasase algo parecido con mi padre, hoy he llegado a mi límite y no puedo más. Me siento como una completa gilipollas andando por la calle, sin tener un rumbo fijo, ni saber a dónde ir. La única persona con la que tengo confianza es Roy, desde que volví ha sido el único "amigo" que tengo aquí. Él es una persona extraña, no habla demasiado. Pero sé que confía en mí porque en más de una ocasión entre trago y trago ha caído alguna confidencia que otra. Sé que su apellido es uno de los más importantes de la ciudad, al igual que pertenece a una familia poderosa. Yo lo conocí siendo una niña, pero apenas lo recordaba cuando volvimos a vernos. Nos entendemos bien, de hecho una vez nos habríamos acostado si no nos hubiesen interrumpido, pero hemos llegado a un punto en el que simplemente lo puedo ver como un amigo, a pesar de lo bueno que está. Por eso me atrevo a llamarlo a un número que me dio por si alguna vez necesitaba algo, pero su secretaria me informa de que está reunido en la casa familiar. ¿Qué hago? Me parece un atrevimiento por mi parte ir a casa del mismísimo gobernador, que sé que es tío suyo, pero no tengo otra

alternativa. Si es necesario lo esperaré fuera, solo espero que no se enfade. Cuando llego a la imponente casa me da bastante respeto, no puedo entrar ahí, definitivamente no. Pido por favor al guardia que está en la puerta que lo avisen, que solo será un momento y al parecer el hombre al verme en este estado, accede a avisar a una de las empleadas y me dice que espere.

Distingo a Roy en la puerta, me está mirando notablemente sorprendido de verme allí, como es lógico. Le veo hacer un gesto al guardia que me abre la verja y me deja pasar. Me acerco a él lentamente, ya que no sé lo que debe estar pensando al verme en ese estado. Cuando tan solo estamos a unos centímetros. Suspira.

–¿Tu padre?

Niego desviando la mirada, no pienso llorar, nunca lo he hecho delante de nadie, y esta no va a ser la primera. Aun así puedo notar la dureza en la mirada de Roy.

–No, no ha sido mi padre. No importa quién ha sido –Suspiro desviando la mirada, ya que me cuesta mucho decirlo–. Necesito que me ayudes.

–De acuerdo. Lo que sea, ¿qué necesitas?

Esa es una de las cosas que me gusta de Roy, sabe que si yo digo que no, es que no. No me fuerza a hablar si yo no quiero, no hace preguntas, no busca el

porqué de las cosas, y realmente se lo agradezco. Ha accedido a ayudarme sin más. Suspiro profundamente de nuevo.

–Sabes que no te lo pediría si no lo necesitara de verdad. Pero... necesito trabajo, necesito que me des trabajo en el cabaret, de lo que sea, camarera, bailarina... Me da igual.

A Roy parece no sorprenderle la petición. Él es la única persona que sabe los problemas que tengo con mi padre e imaginará que lo que le pido es por ese motivo, aunque en este caso la verdad sea otra, pero eso, es un secreto que me pertenece solo a mí y nadie más va a saberlo, nunca.

–Mmm... –Roy se lleva un dedo a los labios pensativo—. Creo que tengo un trabajo para ti. Y Damon estará de acuerdo tratándose de ti. Necesitamos a una bailarina y hasta ahora las que han venido a presentarse dan pena.

–¿De verdad? –Sonríe ampliamente, pero rápidamente me encojo en una mueca de dolor ya que mi labio se resiente. Joder, ya sé que no es lo mejor del mundo, pero a mí me encanta bailar y prefiero eso mil veces que a seguir follando con viejos-. Si quieres que haga una prueba o algo, la haré sin problema porque estoy segura que yo sí merezco la pena.

Roy sonrío y asiente.

–Sé que sabes cantar, así que de vez en cuando podrás hacerlo -se encoge

de hombros—. Ahora vamos a curarte ese labio.

Creo que quizá en alguna de mis borracheras con Roy, me excedí en confianza, ya que no recuerdo en ningún momento haber dicho que sé hacerlo, y muy bien además. Niego mirándole

—No, Roy, vuelve a la comida. No quería molestarte, ya has hecho bastante, muchas gracias -sonrío con sinceridad.

—Es una comida en la que están discutiendo como encontrar a... —Roy se queda mudo mirando en dirección a la entrada. Me giro al tiempo que veo a una chica guapísima pasar por nuestro lado, con un estilo muy marcado, algo totalmente diferente de lo que suele haber por aquí. A simple vista puedo apreciar que es una mujer peculiar. Cuando ya está fuera de nuestra vista, Roy me mira de nuevo—. Creo que la comida está a punto de terminar. Va a empezar una buena pelea, y no quiero estar en medio. Vámonos de aquí.

—¿Quién era ella? —pregunto con curiosidad.

—Mi prima —Frunce el ceño—. No me la esperaba aquí. Se ha escapado del internado donde estaba.

—Ah... —Ahora sí que estoy perdida—. Es muy guapa, parecía una persona con mucho carácter —No se me ocurre otra cosa que decir, ya que es la primera vez que veo a la prima de Roy.

–Y créeme que lo es. Al igual que su hermano, Bruno. Creo que no te lo he presentado.

Bruno. Ese nombre...

–No, creo que no me lo has presentado –Por un momento me quedo callada, pensando. Ese nombre ha hecho que me dé un vuelco el estómago, y ni siquiera sé por qué. No recuerdo conocer a ningún Bruno.

–Bueno, seguramente lo conozcas en la universidad. Empieza también este año. Ten cuidado con él, es demasiado parecido a mí.

–Yo no le tengo miedo a nadie, estoy curada de espanto Roy, créeme. Además... si es tan parecido a ti, ¿por qué iba a tenerle miedo? Contigo me llevo bien, somos... amigos –Dudo un poco antes de pronunciar esa palabra–. ¿No?

–Sí –Asiente–. Lo somos. Pero Bruno es... –Vacila–. Tiene más carácter que yo.

Asiento de nuevo y sé que ha tenido que contenerse para no decirme nada en concreto. De todas formas sigo pensando lo mismo, me han hecho tanto daño a lo largo de mi vida que creo que ya es imposible que nadie más pueda.

–Coincidiremos en la universidad, supongo –Lo miro interrogante parándome frente a su coche ya que no sé a dónde quiere que vayamos.

–Venga, sube. Vamos al Desire’s club, así podrás empezar cuanto antes –
Me dice mientras sube en el coche.

Asiento subiéndome en el lujoso Lexus.

–¿Estará Damon? –Con él he hablado mucho menos que con Roy. En las numerosas veces que he quedado con mi amigo en el cabaret para tomar algo, Damon de vez en cuando pasa por allí, y siempre me saluda. Aunque de vez en cuando más que hablar, hemos tonteado, y mucho. Damon es un cañón de tío, está buenísimo, pero ante todo es un caballero, y siempre me ha tratado con mucho respeto, aunque no me importaría para nada que se sobrepasara, la verdad.

–Sí, hoy trabaja por la tarde –Aunque realmente sé que ni Roy ni Damon trabajan allí, son los jefazos y por tanto solo se encargan de que todo esté en orden y de disfrutar de la estancia–. ¿Por qué lo preguntas?

–No, por nada en especial –Me encojo de hombros–. Me cae bien.

–Ya –Asiente dándome a entender que sabe lo que acabo de pensar–.
Bienvenida de nuevo al que será tu próximo trabajo.

Roy se acaba de marchar tras enseñarme el bar. Estoy en el que será mi camerino, el resto de chicas lo comparten, pero a mí me ha dado uno

particular, ventajas de ser amiga del jefe, supongo. Ya es tarde, así que doy por hecho que estoy sola, las bailarinas que me ha presentado ya se han ido y me imagino que el resto de personal también.

Y es solo en este momento cuando aprovecho para descargarme por completo, para soltar toda la mierda que llevo acumulada, y no solo durante el día. Llora, llora con fuerza, pero en silencio, las palabras de Anthony resuenan en mi mente una y otra vez, los golpes, todos los hombres por los que he pasado, mi padre... Es demasiado. No voy a saber agradecerle a Roy lo que ha hecho por mí, con lo que voy a ganar aquí, me permitirá mantenerme sin tener que volver a acostarme con viejos.

Me miro en el espejo frente al que estoy sentada. Tengo una pinta horrible. El rímel se me ha corrido por completo, tengo los ojos enrojecidos y los moratones hinchados. Es justo en ese momento cuando me percató de que no estoy sola. Por el espejo veo a Damon apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados al pecho, mirándome con una encantadora, y muy seductora sonrisa. Damon es tremendamente guapo, tiene un porte y una elegancia que muy pocos hombres poseen. La camisa de color azul que lleva realza su musculada figura y le hace juego con los ojos. Cuando lo miro sonrío aún más, y descruza los brazos para meter las manos en los bolsillos del pantalón negro que lleva. Si pensaba que no podía tener una pose más sexy, estaba equivocada.

–Debería estar prohibido ver llorar a una cosa tan bonita –lo veo acercarse lentamente, para terminar finalmente apoyado en el tocador, frente a mí. De cerca es aún más guapo, impone.

–No estaba llorando –miento descaradamente limpiándome las lágrimas. Trato de sonreírle, a pesar de que Roy me ha curado la herida del labio aún lo tengo hinchado, y el maquillaje, ahora totalmente deshecho, no ha tapado por completo los golpes–. Yo solo... –Niego soltando un suspiro, desviando la mirada.

–¿No? –Noto cómo uno de sus dedos se coloca en mi barbilla obligándome a mirarlo. Clava su mirada azul en mis ojos y tengo la sensación de que sería imposible mentirle. Chasquea la lengua y niega pasándose la mano por su precioso cabello de color negro azabache-. Pues es una pena que unos ojos tan bonitos se vean tan apagados.

–Yo... Es que no ha sido un buen día.

Entonces Damon hace algo que no esperaba. Sin dejar de mirarme me ofrece su mano. Vacilo un momento mirándolo a los ojos y finalmente accedo cediéndole mi mano también. Tira de mí y me coloca frente a él, observándome con parsimonia, lentamente.

Estoy más que acostumbrada a que los hombres me miren con deseo, pero realmente Damon lo hace de una forma distinta. No necesita tocarme para

acariciar mi cuerpo, tan solo con la mirada le basta. Tan seductora, tan misteriosa, tan varonil.

Trago saliva cuando detiene su mirada en mis ojos, clavándose su mirada azul, y con ello tengo la sensación de que puede leerme la mente. Suelta mi mano, aunque yo ya ni siquiera era consciente de que todavía la tenía agarrada y sube hasta mi rostro, acariciando mi mejilla lentamente con la yema de los dedos. Cierro los ojos disfrutando de la sensación, es agradable, cálida, me sienta bien y por un momento me olvido de todo.

Noto cómo coloca mi pelo detrás de la oreja, apartándolo hacia un lado, y también siento cómo se acerca a mí, posando sus labios en mi cuello, besándolo suavemente. Me dejo llevar por la sensación y lo tuerzo a un lado para dejarle mayor espacio. Ahora sus manos rodean mi cintura, pegándose por completo a su cuerpo.

Puedo notar su aroma, el perfume que desprende es finísimo, huele muy bien y me embriaga por completo. Noto sus labios acercarse a mi oído y me estremezco al notar su aliento cálido al hablarme en susurro.

–Eres preciosa, Mia.

Me muerdo el labio al escucharlo y busco su boca con la mía, rozando sus labios. Lo miro a los ojos y, de nuevo, bajo la vista hacia su boca. Acto seguido todo ocurre muy deprisa.

Damon agarra con fuerza mi culo, con ambas manos, levantándose del suelo sin problema. Me carga para subirme encima del tocador, al tiempo que tira de un plumazo todos los perfumes y maquillajes que había, y empotrarme en el espejo con fuerza. Mi cabeza se resiente del golpe, pero la excitación supera cualquier dolor. Agarro su pelo con fuerza, tirando de él hacia mí, y meto mi lengua en su boca, besándolo intensamente. Gime en mi boca, mientras toca cada parte de mi cuerpo, y yo jadeo rodeando su cuerpo con mis piernas, arrancando su camisa de cuajo.

La dulzura ha desaparecido por completo para dejar paso al deseo, a la excitación, como a mí me gusta. Mientras lo beso, acaricio su pecho perfecto, que deja ver unos abdominales trabajados, justo como yo lo imaginaba. De golpe se separa de mí, tiene los labios rojos, hinchados, pero sus ojos arden de excitación, igual que los míos. Y no solo sus ojos, ya que el bulto de su pantalón es más que evidente, y mi cuerpo lo está llamando a gritos.

Sin embargo... No puedo.

Desvío la vista hacia otro lado y me muerdo el labio, pero rápidamente noto los dedos de Damon bajo mi barbilla obligándome a mirarle de nuevo.

–Yo... Lo siento –En su rostro puedo ver reflejada la confusión. Probablemente no está acostumbrado a que lo rechacen, y es normal. ¿Qué clase de loca rechazaría a Damon Thompson?

–¿He hecho algo que te haya molest... –Le interrumpo negando energéticamente.

–No, no, no, Damon, de verdad. No has hecho nada, es que... no me encuentro bien –Suspiro–. Lo siento –digo nuevamente.

Supongo que no se lo habrá creído pero, como buen caballero que es, se limita a asentir y me sonrío.

–No te preocupes, Mia, lo entiendo. Vamos, te llevaré a casa –Y mi gesto de negación vuelve a desconcertarlo.

–Si no te importa, prefiero ir andando, necesito que me dé el aire. Estoy un poco... mareada.

–Está bien, no te molesto más. Si necesitas cualquier cosa, avísame.

–Claro, gracias por todo -le sonrío con sinceridad y él me devuelve una preciosa sonrisa, a pesar de haber sido rechazado dos veces en menos de cinco minutos.

–Hasta mañana, Mia.

–Hasta mañana.

Damon cierra la puerta tras de sí y yo no puedo evitar sentirme fatal. He rechazado a un hombre increíble. ¿Por qué no puedo evitar sentirme como una puta cada vez que voy a acostarme con alguien? «Quizá es porque lo eres»,

me recuerda la asquerosa vocecita de mi subconsciente. No. No lo soy, ya no. Sin embargo, cuando me miro en el espejo, solo siento asco.

Suspiro. Esta no es la mejor manera de inaugurar el Desire's club.

Nikki

*“Le dolía que los hechos pasaran con esa facilidad a ser recuerdos;
notar la amarga sensación de que nada,
nada de lo pasado,
podía volver a repetirse”.*

(Miguel Delibes)

–Sujetadme estas bolsas –Reparto las dos que llevo en las manos entre mis primos, y entro en otra tienda, observando todo a mí alrededor con una espléndida sonrisa en el rostro. Me llevaría todo.

–Nikki, viniste ayer de compras. ¿Tú nunca tienes suficiente o qué? – Damon resopla con frustración.

–Joder, una tienda más y juro que me revienta la cabeza. Menos mal que he quedado y te vas a quedar tú con todo el marrón –Dylan ríe y le da unas palmaditas a Damon en la espalda.

–Ayer solo compré un bolso que me gustó –Me encojo de hombros mientras

miro un precioso vestido de color azul. Me giro para mirar a Dylan y sonrío—. ¿Con quién has quedado? No irás a dejar que Damon lleve todo lo que tengo pensado comprar hoy, ¿no?

—Pues he quedado con... con... —Frunce el ceño y pone cara de pensativo—. Joder. No me acuerdo de su nombre —Los tres soltamos una carcajada—. Qué más da.

—Dylan, cualquier día te va a llegar una con un bombo. Pareces un conejo. ¿No sabes hacer otra cosa que no sea follar?

—A ti lo que te pasa es que tienes envidia.

—¿Envidia? ¿De qué? Probablemente tenga más vida sexual que tú, solo que yo tengo buen gusto y no me acuesto con la primera falda con patas que se me cruza por delante.

—Damon lleva razón, Dylan, lo siento —Agarro un vestido negro y le echo un vistazo. Estaría preciosa con él, y me gusta, pero no es lo que estoy buscando ahora mismo. Creo que voy a tener que mirar varias tiendas hasta poder encontrar lo que quiero—. Vamos a otra tienda.

—¿CÓMO QUE OTRA TIENDA? —preguntan ambos a la vez, abriendo los ojos. Sé que ahora mismo están pensando en por qué Kai no está conmigo de tiendas en lugar de ellos. Es lo que tiene que tu mejor amigo esté fuera de la

ciudad.

Alzo las manos y les hago burla exageradamente.

–¿CÓMO QUE OTRA TIENDA? Otra más, y las que quedan hasta que encuentre el vestido perfecto. Aunque tenga muchos, no tengo ninguno para la ocasión. Es un baile de máscaras para dar comienzo a la universidad. Tengo que dar una buena impresión en mi primer año. ¿Os habéis comprado ya el traje?

–Yo no creo que vaya –responde Damon.

–Yo lo tengo desde hace tiempo, no es complicado elegir, primita –Dylan se encoge de hombros.

–Los tíos vais siempre iguales. Originalidad y moda, por favor. Parecéis todos copias baratas. No te preocupes, te compraré un traje nuevo. Y... –Miro a Damon mientras salgo de la tienda con las manos vacías–. Claro que tienes que ir.

–Da igual que todos lleven trajes parecidos, porque yo seré el más guapo, prima, y nadie lo llevará como yo.

–Y yo no pienso ir a un baile lleno de críos universitarios, yo ya pasé esa etapa.

Le doy a Dylan una palmadita en el hombro.

–Eso es cierto, serás el más guapo con diferencia. Puede que hasta ligue contigo –Río caminando por el larguísimo pasillo del Providence Palace, en dirección a mi próxima tienda. Espero que esta no me decepcione en cuanto al vestido que quiero.

–Y puede que yo me deje violar –Dylan me guiña y me da una palmada en el culo.

–Y Dam, yo no soy ninguna cría universitaria, y lo sabes. Pero... es un baile de máscaras. A todo el mundo le gusta eso.

–Pero eso será solo para los que entréis nuevos a este año a la universidad. Yo no pinto allí nada, Anto.

Si yo le llamo Dam, que lo odia, el me llama Anto, que lo odio. Mi segundo nombre es horrible. ¿A quién se le ocurre ponerme Antonella? Antonella Evangeline, para ser más exactos.

–Damon, deberías de estar protegiéndome de los deseos sexuales de nuestro primo en lugar de estar quejándote o llamándome por nombres horribles. Lo que te pasa es que al ver que los de primero vamos a celebrar un baile de máscaras, te ha dado demasiada nostalgia. Tú ya eres un viejo con trabajo y nosotros estamos en plena juventud. No se pueden comparar los diecinueve con los veinticuatro –Entro en otra tienda, empezando a ver los vestidos como loca.

–Los deseos sexuales de Dylan son continuos, estoy curado de espanto – Rueda los ojos–. Además, para qué voy a ir si ya tienes un acompañante que te cuide de todos esos cerdos babosos... Aunque por supuesto yo te habría protegido mejor.

Esta es una de mis tiendas favoritas, y la frecuento mucho. En seguida, una dependienta se acerca a mí con una sonrisa para ayudarme a elegir. Le digo lo que estoy buscando, y nos lleva, tras repasar a mis primos con la mirada, ante unos vestidos determinados.

Me ayuda a elegir entre los diez que más me gustan, descartando opciones hasta que al final me quedo con tan solo tres en la mano. Esta atención especial no se debe solo a que yo sea una cliente habitual, sino también a la cantidad de dinero que suelo dejarme aquí, y a que soy Nikki Thompson, y mi nombre es muy conocido.

–Vamos, a los probadores –Le digo a mis primos–. Tenéis que verme con estos vestidos y ayudarme a elegir.

–Estás loca, Nikki, estás completamente loca –dice Dylan.

Mientras que entramos en la sala de probadores, me acuerdo de que he dejado la conversación con mi primo a medias. En cuanto he visto los vestidos me he olvidado de todo. Dejo mis cosas en uno de los sillones, en el que mis primos se dejan caer, suspirando.

Los probadores están vacíos, así que me meto en el primero que pillo. Es bastante grande, como toda la sala y la tienda en general. Es lo que tienen las tiendas de lujo, y me encanta.

–Damon, respecto a lo de antes... –digo mientras me desvisto–. Sabes perfectamente que Roy no va para cuidarme de esos cerdos babosos, si no para presumir de que su novia es guapa. Bueno, preciosa. Y que soy yo –Me acabo de poner el primer vestido y salgo, poniendo una pose divertida–. Bueno, ¿qué tal?

–No me recordéis que eres la novia de ese, porque me pongo de mala hostia –Dylan resopla y se levanta para repasarne con la mirada desde todos los ángulos posibles–. Estás que te sales de buena, prima.

–Sabes lo que pienso de Roy. Paso de decir nada más.

Damon también se acerca a mí, dándome una vuelta completa para terminar estrechándome entre sus brazos.

–Estás preciosa, como siempre –Me da un beso en la frente con cariño.

–Solo lo sabéis vosotros. Bastante que os lo conté anoche. No sé cómo no se ha enterado nuestra familia, porque los O' Connor ya lo saben –Me meto de nuevo en el probador tras regalarles una preciosa sonrisa–. Sigo sin saber por qué odiáis a Roy. Es decir, sé que no es el mejor tío del mundo, pero... no es

mal tipo.

–Es un cabrón y no me fío de él. Además es que no entien... –Lo que Dylan estaba diciendo queda en el aire. Abro el probador, ya vestida, para ver por qué, y veo que es porque está relamiéndose mirando a una tía que acaba de entrar en la sala.

Damon ríe y se deja caer de nuevo en el sillón.

–Tranquila, prima, que me parece que a Dylan se le acaba de olvidar lo cabrón que es Roy.

–Ya veo, ya. ¿Qué tal?

–¿Me vas a hacer regalarte ambos vestidos o qué?

–Espera a verme con el tercero. Creo que es el mejor –Entro de nuevo al probador a la vez que oigo que entran más chicas a los probadores.

–¡Que sí, tía! Hugo D' Lorian. Te juro que era él. Dios mío, hacía tiempo que no veía un chico tan guapo –dice una de ellas.

Me da un vuelco el corazón en cuanto oigo ese nombre. Hugo D' Lorian. El apellido D' Lorian lo conozco a la perfección, es una familia amiga. Pero, Hugo... Salgo del probador con un impresionante vestido rosa pastel sin tirantes y con escote en forma de corazón. Alrededor de la cintura tiene un cinturón de pedrería de varios colores. A partir del cinturón, el vestido es de

tu, haciendo bonitas hondas de manera pomposa. Me queda muy por encima de las rodillas, y estoy increíble.

Miro a Damon, haciendo un gesto con la cabeza hacia las chicas. Él me mira sonriendo cuando ve el vestido. Sé que quiere decir algo, pero está tan pendiente de la conversación como yo.

–Pero, ¿dónde lo viste? –pregunta otra–. Yo creo que os estáis equivocando.

–¡Que no! Que era él, le escuchamos claramente decir su nombre cuando se estaba matriculando ayer en la universidad.

Quiero creer que no es él. Que no es el mismo Hugo. Pero algo me dice que por mucho que quiera negarlo, la realidad se abre paso y sale a la luz.

–Hugo D’ Lorian –murmuro–. Damon... ¿El sobrino de Cesar?

Por favor. Dime que hay otro Hugo D’ Lorian en el mundo. Y, ¿a la misma universidad que yo? Esto no puede traer nada bueno.

–Cesar solo tiene un sobrino que se llame Hugo, así que sí, supongo que será él. Hace años que no le veo... La última vez que le vi era un renacuajo de ocho o nueve años.

–Diez –Afirmo. Tenía casi diez años, como yo, cuando se fue. No había llegado a cumplirlos. Como yo– No quiero que vaya a mi universidad –

Suspiro e inspiro hondo—. Bueno, ¿qué te parece este vestido? –Solo quiero que esas chicas dejen de hablar de Hugo, porque no quiero recordarle.

–Bueno, quizás no vaya a la misma. No han dicho nombre –responde y me mira de nuevo, examinándome—. Sin duda, es mi favorito.

–...así que seguramente este año compartiremos clase con Hugo D’ Lorian, chicas. No me puedo creer que se haya matriculado en Brown –Continúan. Yo miro a Damon casi con desesperación, y me vuelvo a meter en el probador.

–¿Te fijaste en sus ojos? Uff...

Me miro en el espejo y trago saliva con angustia. “Estás preciosa, Nikki, y nadie va a amargarte. Ni siquiera Hugo”. Solo yo sé lo que ese nombre me produce. “¿Te fijaste en sus ojos?” Yo creo que no los he olvidado. Y me maldigo por ello. ¿Qué le he hecho yo al mundo para esto? No estoy preparada, Dios mío.

–¿Pero cómo no me voy a fijar? Si solo con esa mirada ya se te caen las bragas...

Me cambio y salgo del probador, dispuesta a comprar el vestido que acabo de quitarme.

–La chica que iba con él tuvo que disfrutar mucho... Ojalá yo lo pillara.

Suelto una carcajada al oírlas y las miro. Este es mi momento. Son unas

chicas pijas, bien vestidas, aunque ni de lejos como yo. Por Dios, ¿quién se pone unos tacones rojos con una camisa fucsia? No me llegan ni a la suela de los zapatos, y eso hace que me crezca yo misma.

–Podrías dejar de babear y gruñir como perras por lo mucho que os pone Hugo D’ Lorian. O al menos dejar de hacerlo gritando a pleno pulmón en una tienda como esta, para gente con clase y nivel. A nadie le interesan vuestros deseos sexuales. Será mejor que os los guardéis para vosotras –qué a gusto me he quedado. Damon alza una ceja, sé que no se esperaba que dijese nada, aunque me conoce a la perfección como para saber que salto con nada. Pero claro, no sabe por qué lo he hecho.

Una de las chicas me mira de arriba abajo, la única que no está dentro de los probadores, la de los tacones rojos. El resto se han metido a cambiarse antes de que hablase.

–Pues si tanta clase tienes, te habrán enseñado a no meterte en conversaciones que no te incumben, bonita.

–¿Bonita? Lo sé. Más bien preciosa, me lo suelen decir –Me acerco a Damon, sabiendo que ir con un tío como mi primo les dará coraje. Él me abraza por el cuello con un brazo, pegándome a él, y yo sonrío–. ¿Era una conversación privada? Oh, lo siento. Es que como toda la tienda se ha enterado... pensaba que era un debate abierto. Ya sabes, por las voces y por la

discusión de a quién le ponía más Hugo.

–¿Se puede saber quién eres tú? –Me dice con cara de asco, aunque desvía un poco la vista ante la mirada de Damon.

Otras dos chicas salen de los probadores, cambiadas con vestidos que, por cómo son, doy por hecho que son para el baile. Me miran con el ceño fruncido, y de repente, abren mucho los ojos mirándome alternativamente a mi primo y a mí.

–Es Nikki Thompson, Lily –dice una de ellas mirando a su amiga como si hubiera cometido un delito. Bueno dos: hablarme así y preguntar quién soy–. Y él es Damon Thompson.

–No tengo ni idea de quién es –replica cruzándose de brazos.

–Está claro que no –dice la otra chica–. Si no, combinarías mejor.

Suelto una carcajada al ver que esa muchacha sí tiene sentido de la moda. Está claro que tanto ella como la otra han leído los consejos que di en una entrevista para una revista de moda muy famosa. Y entre ellos se encontraba: prohibido rojo y fucsia juntos.

–Me da igual quiénes sean –Uh, pues no debería, bonita. Y tus amigas lo saben bien–. Quiero saber por qué narices le molesta tanto que digamos que nos pone Hugo D’ Lorian.

Alzo una ceja mirándola.

–Porque estáis hablando de él como si lo conocierais de toda la vida – respondo. Ahora me da cosa por las otras dos chicas, pero me da igual–. Como si su regreso fuese algo que lleváis esperando toda vuestra vida. Cuando Hugo se marchó de Providence, solo tenía diez años. ¿Cómo es posible que lo recordéis tan bien si seguramente ni lo conocíais? Tan solo tenéis en mente que habéis visto a un tío guapo, y que su apellido es D’ Lorian. Está claro que no se trata de Hugo en sí –digo cabreada–. Nos vemos.

–Nikki... –murmura mi primo, pero yo niego mientras me dirijo a la salida de la sala.

–No. No se te ocurra preguntarlo –respondo. Porque sé lo que iba a preguntarme, y no quiero tener que responder a eso.

–¿He oído una discusión? –Me giro para ver cómo Dylan sale del último probador, aún colocándose bien el pelo revuelto–. ¿Qué me he perdido?

Le guiña un ojo a las tres chicas que ahora le miran a él. Ahora sí que suelto una buena carcajada.

–Era yo, para variar. Vámonos, por favor. Hemos cumplido por hoy.

–¿Qué pasa? –pregunta Dylan.

–Hugo D’ Lorian ha vuelto, primito. Abróchate el cinturón.

Serena

Hemos venido todo el trayecto callados. Ninguno de los dos se ha atrevido a pronunciar palabra, ya que ambos estamos demasiado cabreados y nada de lo que digamos será bueno. Cuando mi hermano aparca frente a su casa, salgo disparada del coche, pero Bruno se me adelanta para abrir la puerta. Entro en casa empujando la puerta de la entrada haciéndola casi giratoria y señalo a mi hermano con furia.

–No vas a ir, ni se te ocurra ir mañana, Bruno. Te lo prohibo.

Bruno se gira alzando una ceja.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Quedarme aquí y esperar a que venga él?

–No vas a ir a Bruno –repito–. Que venga él si quiere, pero no vas a ir – Me llevo las manos a la cara, frotándome los ojos. Estoy demasiado alterada–. Ya encontraremos otra solución.

–Serena –Lo escucho suspirar mientras se acerca a mí–. De acuerdo. No iré. Pero eso lo enfurecerá más.

–Bruno, ¿es que no lo entiendes? –Alzo la vista para mirar a mi hermano a los ojos–. No puedo seguir viendo como maneja nuestra vida a su antojo, como impone su voluntad por encima de todo y de todos. Tiene que haber una

manera de librarnos de él de una vez por todas... Simplemente no me resigno. Yo, no.

–Ya lo sé. Yo tampoco lo soporto. Pero es nuestro padre, nos guste o no. Y tú quizás puedas renunciar a él y a toda nuestra vida, pero yo no. Somos hermanos, nos criamos durante muchos años de la misma forma, pero los años que hemos estado separados las cosas han cambiado. Al menos para mí. Tienes que entenderlo.

–¿Que entienda qué, Bruno? ¡¿Qué cojones quieres que entienda?! –Exploto girándome mientras comienzo a dar vueltas por la habitación–. Claro que las cosas han cambiado, pero a peor. Nunca voy a entender lo que hace, es nuestro padre, joder, nadie lo entendería... –Niego–. No. Me niego.

Escucho a mi hermano suspirar, y no necesito mirarlo para saber que está apretando la mandíbula, como siempre hace.

–No quiero que aceptes lo que hace. Yo tampoco lo hago. Simplemente quiero que aceptes el hecho de que yo no puedo coger como tú y largarme así como así. Yo llevo un negocio, tengo que aprender cómo llevarlo correctamente, y voy a empezar la universidad. No puedo mandar todo a la mierda simplemente por no estar de acuerdo con papá. Además, está mamá.

–Yo también voy a ir a la universidad, ya he hecho la matricula antes de ir a la “preciosa reunión familiar” –digo en tono irónico–. Y en cuanto al

negocio, ¿por qué coño tienes que aprender? ¿No puedes pasar simplemente y hacer otras cosas? Eres listo Bruno, muy listo. Podrías hacer lo que te diera la gana. Y en cuanto a mamá... mejor no hablo.

Bruno alza una ceja.

–¿Vas a ir a Brown? Serena, déjalo. Tengo que seguir con el negocio familiar, y punto. Y mamá... –Niega–. Da igual.

–Sí –Asiento–. Antes de irme vi los papeles y ya he visto que tú te has matriculado ahí –Suspiro negando–. No tienes que hacer nada que tú no quieras, simplemente te has resignado a vivir así –Le miro decepcionada–. Será mejor que me vaya -me giro empezando a subir las escaleras.

Le escucho tragar saliva.

–¿No te has parado a pensar que quizás quiero vivir así? ¿Que no estoy haciendo nada que no quiera? –me paro en seco cuando le escucho decir eso y me giro mirando a mi hermano sin entender. Le veo coger sus llaves y la chaqueta, presiento a donde va, pero antes de que salga consigo agarrarle del brazo y le obligo a mirarme.

–No seas débil, Bruno, tú no.

–No lo soy –Me da un beso en la frente y sonrío–. Nos vemos más tarde.

–No me has entendido Bruno –Niego–. Me voy, pero de esta casa.

Mi hermano me mira frunciendo el ceño.

–¿Qué acabas de decir?

–Que me voy de esta casa. Solo voy a darte problemas, si quieres seguir con él y con el puto negocio, adelante, pero yo no voy a seguir viendo cómo te hace daño y tú se lo permites –Me separo de él y me giro empezando a subir de nuevo.

Escucho los pasos de mi hermano seguirme, me agarra de la chaqueta y esta vez es él, el que me obliga a mirarlo.

–Serena, no vas a irte. No pienso perderte otra vez. Quédate. Por favor.

Cojo la cara de mi hermano con ambas manos y beso su frente con cariño. Me resulta extraño ya que no estoy acostumbrada a este tipo de contacto a no ser que sea con él. Lo miro con tristeza y niego.

–No, Bruno, no me voy a quedar. No sé de lo que soy capaz si veo que te sigue haciendo daño, solo voy a joderlo más y no quiero.

Bruno niega y me coloca las manos sobre los hombros.

–Todo está bien desde hace meses, te lo prometo. Quédate, por favor –Es la segunda vez que dice "por favor" y sé perfectamente que él no pide las cosas por favor, al igual que yo, pero aun así...

–No hay nada bien, ¡joder! ¡No hay nada bien! –Le doy un manotazo al

jarrón que tengo al lado y se hace añicos a mis pies—. Nunca ha estado bien. Además, tú ya has elegido, y lo has elegido a él.

—¡SERENA! —Bruno alza la voz notablemente furioso y le da una patada a uno de los cristales que ha caído al suelo—. ¡Si de verdad no quieres ser como él, no me hagas elegir tú! —Aprieta los puños y se lleva uno de ellos a la boca para morderlo—. Demuestra que vales más que nuestro padre.

—¡Ah! Que ahora resulta que me comparas con él —Niego—. Yo no tengo que demostrar eso porque él no vale nada, pero ya veo que tú no opinas lo mismo —Lo miro con rabia—. Y yo no te estoy obligando a elegir, al contrario, me largo para no darte más problemas.

—Haz lo que te dé la gana, Serena. Ya te he pedido que te quedas. Te quiero a mi lado. Pensaba que ibas a afrontar las cosas conmigo. Pero veo que cuatro años han hecho que pierda a mi hermana. Te pedí que no fueras a esa reunión y no me hiciste caso. Solo has empeorado todo. Aun así, te aplaudo, porque yo habría hecho lo mismo. Pero... —Niega—. Después de montar ese numerito creía que te ibas a quedar a mi lado para asumir las consecuencias. No pensaba que ibas a hacer explotar la bomba para luego dejarme a mí solo limpiando las cenizas. Si te vas... Ya no me quedará nada, Serena, nada.

Me parte escuchar a mi hermano decir eso. Me siento en la escalera llevándome las manos a la cara. Si me quedo, mal, y si no me quedo, peor.

Con lo fácil que sería largarnos de aquí y así se acabaría todo. Alzo la vista, lo miro, y niego.

–Bruno, tú no me has perdido, nunca me has perdido y nunca lo harás porque eres lo único bueno que tengo. Pero... es que no lo entiendes, si me quedo contigo lo único que haré será empeorar las cosas. Sabes cómo soy, sabes que no sé controlarme, y sé que lo sabes porque tú tampoco puedes. Y si tú quieres seguir con él, pues adelante, aunque yo no lo entienda. Lo único que quiero es que no te siga haciendo daño, no podría permitirlo y no sé de lo que soy capaz. Sabes mejor que nadie que hablo en serio.

–Entonces quédate a mi lado, ayúdame a afrontarlo. Sabes que nos necesitamos el uno al otro.

Lo sé, lo sé perfectamente. Necesito a mi hermano más que a nadie en el mundo.

–Está bien -Suspiro asintiendo–, me quedo contigo –Le hago un gesto para que se siente a mi lado.

–Esa es mi niña –Sonríe y se sienta a mi lado mientras me da un beso en la cabeza–. Bueno, habrá que ampliar tu armario, ¿no?

–Lo último que me preocupa ahora mismo es mi armario, Bruno –Le rodeo la cintura con mis brazos y me apoyo en su pecho suspirando largamente.

Bruno me abraza fuerte, de manera sobreprotectora, y a mí me gusta sentirlo así.

–Sabes que te quiero, ¿verdad?

–Lo sé –Asiento–. Es la segunda vez que me lo dices desde que he llegado.

–Y las que te quedan...

Capítulo 3

El baile de máscaras

*“La belleza exterior
no es más que el encanto de un instante.*

*La apariencia del cuerpo
no siempre es el reflejo del alma”.*

(George Sand)

Marco

Seguramente todos los alumnos estén hoy frenéticos, en especial los de primer año. A decir verdad, a mí también me hace ilusión este día. El baile siempre es un evento bastante bueno y bien organizado, aunque solo se encarguen de él los profesores. Cuando participan los alumnos son aún mejores, al menos para mí. Al resto de profesores les parece que son fiestas absurdas en las que los alumnos se desfasan y pierden la cabeza. Y es que es exactamente lo que hacen. Pero, ¿acaso no consiste en eso el ser adolescente?

Me visto con el traje que tenía preparado para este día, todo bien colocado y perfectamente puesto: camisa, pajarita... Hasta la barba la llevo bien marcada Tengo que dar una buena imagen.

Una vez montado en mi Hummer negro, salgo de mi enorme mansión en dirección a la universidad. Esta preciosidad llama la atención por las calles, y me encanta que lo miren. Cuando llego a la universidad, ignoro al aparcacoches que se ha contratado y aparco yo mismo en el reservado de profesores, en mi plaza. No pienso dejar que nadie que no sea yo conduzca mi preciosidad de coche. Solo lo ha hecho Bruno una vez, y porque no había más remedio, si no, nadie aparte de mí se habría sentado frente al volante. Mi coche es sagrado para mí.

Entro en el enorme edificio y me sorprende que la música no esté retumbando ya. Quizás esté demasiado baja y por eso no suena todavía. Pero al entrar en el salón que está decorado con mucho esmero, veo que no hay ninguna canción sonando. Qué raro, el DJ debería de estar comprobando que todo está en orden. Solo faltan diez minutos para que los alumnos empiecen a llegar...

Mia

Llevo todo el día emocionada con el baile y por fin ha llegado la hora. No solo por el hecho de que el vestido que tengo es alucinante, y más aún si yo lo llevo puesto, ni porque vaya a ir a una universidad prestigiosa. Para mí es como... el inicio de una nueva etapa, y no me refiero solo académicamente sino al hecho de poder empezar algo bueno para mí, y que podré tener un futuro mejor que todo lo que he pasado hasta ahora. Este baile es el inicio de muchas cosas, estoy segura.

Después de dos horas arreglándome, he logrado mi objetivo: estoy increíble. Este vestido está hecho para mí, y Damon lo sabía muy bien cuando me lo regaló. Al principio yo no quise aceptarlo, puesto que me parecía en “compensación” de que nos acostamos de vez en cuando, y no quiero volver a sentirme como una puta. Sin embargo, él me dejó claro que simplemente me lo

regaló porque me considera una amiga y sabe que mi economía es limitada. Damon es un amor, es mi amigo, y no hay nada más allá del sexo. Es elegante, sí, pero también es sexy, muy sexy, y es precisamente esa la palabra que mejor me define a mí.

El vestido es una palabra de honor, con la particularidad de un tirante que rodea mi cuello, además de que se ajusta resaltando mis curvas. La raja de la pierna es espectacular, ya que, a partir de la cintura, el vestido cae hacia abajo de forma muy elegante. El broche final es el color, que no podía ser otro que un rojo intenso y envolvente.

Me he maquillado con esmero, tapando gran parte de mis pecas, aunque no lo haya conseguido del todo. Pero sinceramente, dudo que alguien se fije en ellas. Los labios rojos, carnosos y apetecibles, no podía ser de otra forma. Pero sin duda, la máscara negra que me coloco y mis ojos verdes son la combinación perfecta. Los resalto a conciencia y, con el maquillaje, parecen aún más grandes y expresivos.

Me miro en el espejo con una gran sonrisa. Sí, definitivamente estoy lista. En una pequeña cartera, que hace a juego con mis zapatos, meto algo de maquillaje para ir retocándolo durante la noche.

Dudo un momento antes de salir de mi habitación, no lo he visto en todo el día, pero hace un rato que he escuchado la puerta. Deduzco que está en la parte

de abajo, puesto que no he escuchado el estridente ruido que hace cada vez que sube las escaleras. Lo más probable es que esté en el salón, emborrachándose con las pocas botellas de whisky que quedan.

Bajo las escaleras haciendo ruido con mis zapatos sin preocuparme por si le molesta o no, hace mucho que dejé de tenerle miedo. Estoy a punto de salir, ya que el taxi que he llamado debe de estar ahí desde hace un buen rato. Voy a girar el pomo de la puerta, pero entonces...

–Mia –Escucho su desagradable voz ronca desde la cocina.

Estoy a punto de no ir, de largarme sin más como tantas otras veces, pero lo último que me apetece cuando vuelva es discutir con él, por eso voy hasta la cocina, quedándome en el umbral de la puerta, y no puedo negar que la imagen que veo me sorprende. No está bebido, ni tampoco lleva la ropa sucia como de costumbre. Está sentado en la mesa, con las manos colocadas debajo de la barbilla, mirando hacia ninguna parte, su rostro es serio y pensativo. Hace demasiado tiempo que no veía a mi padre sobrio, ya ni siquiera recordaba otros ojos que no fueran enrojecidos o inyectados en sangre.

Por fin dirige su mirada hacia mí y, por primera vez en mucho tiempo, puedo apreciar algo de cariño y afecto por su parte, incluso emoción.

–Hija mía –Se levanta con intención de acercarse, pero yo instintivamente retrocedo un paso, lo que hace que él también se detenga en seco—. Yo...

–Tengo prisa. ¿Qué quieres? –Mi voz suena esquiva, fría, cortante.

–Eres tan preciosa... Te pareces a tu madre –Mi padre me contempla, y esta vez sí estoy segura de que es emoción lo que veo en sus ojos. Sin embargo...

–No la menciones –No sé qué pretende mi padre con este numerito de amor paternal que le ha salido de golpe, pero yo no pienso ceder.

–Hija, entiendo que estés enfadada conmigo pero te prometo que voy a cambiar –Da un paso pero yo retrocedo de nuevo, negando con la mirada–. Por favor, Mia, dame una oportunidad, empecemos de cer...

–No –Le corto tajante–. ¿Qué te piensas? ¿Que porque un día no estés borracho voy a tragarme toda tu mierda? ¿Que voy a olvidarme de todas las palizas, los insultos, y las humillaciones que me has hecho pasar? Estás muy equivocado –Sin darme cuenta voy alzando el tono de voz y esta vez soy yo la que me acerco, para clavar mis ojos en los suyos–. Porque dudo que yo pueda sentir algo por ti que no sea odio, desprecio y asco. Así que haz como si estuviera muerta, porque yo me quedé huérfana desde el día en que mi madre murió.

Realmente lo que más me duele de todo no son los insultos, o que mi padre me pegue. Si eso ya de por sí es duro, el hecho de que me fuerce a tener relaciones sexuales con él, es demasiado humillante. Mi propio padre me ha

violado. La mayoría de las veces me ha confundido con mi madre, ya que su estado de embriaguez es demasiado alto como para saber siquiera cómo se llama él mismo. Pero nada justifica eso. Es repugnante. Es asqueroso. Y nunca jamás podré perdonarle.

No le doy pie a que conteste, no quiero seguir viéndole la cara. Me giro saliendo de la cocina sin ningún tipo de remordimiento por lo que acabo de decirle, ya que es la pura verdad. Mi cuerpo entero lo repugna, y no pienso tolerar más abusos por su parte. Ya no. Así que, no pienso dejar que mi encontronazo con él me arruine la noche que se presenta. Pinto la mejor de mis sonrisas y, cuando subo al coche, la cara de pocos amigos que tiene el taxista es notable, sin embargo se le borra en cuanto se fija detenidamente en mí. Pasa del cabreo a babear por completo ante mis narices en cero coma, lo que me divierte profundamente.

—A Brown, por favor —digo con una encantadora sonrisa, pestañeando.

—¿Qué? —Me pregunta aturdido—. Ehhh... Sí —Asiente recomponiéndose, mirando de reojo la raja de mi vestido, tratando de no subir demasiado—. Claro, señorita, enseguida.

Con una sonrisa divertida en el rostro, y las elocuentes miradas que el taxista me echa de reojo mientras vamos de camino, llego a Brown, y el cosquilleo que noto en mi estómago sin saber por qué, quiere decir que tengo

un presentimiento. No sé si bueno, o malo, pero a fin de cuentas, ahí está.

Marco

Varios profesores están trabajando en todo, asegurándose de que la gente contratada para encargarse de las bebidas, comida, luces, etc... está preparada para cuando la masa de adolescentes idos de la cabeza lleguen. Los de primer curso son todo un reto cada año, y más hoy que van a mezclarse por primera vez con el resto. Vienen muy emocionados al baile de máscaras, pensando que su primer año de universidad va a ser lo más maravilloso del mundo. Y bueno, algunos se dan con un canto en los dientes y otros acaban llorando, decepcionados. Yo tuve suerte de ser del primer grupo.

Me acerco a una de las profesoras que está dando órdenes con un papel en la mano.

–Señorita Ross, ¿necesita que ayude en algo? –Se le iluminan los ojos cuando me ve.

–¡Marco! –Me tutea. Y no me importa, es más, odio que no lo hagan–. Por fin llegas, hijo –Me coge del brazo tirando hacia la mesa de cócteles–. Menos mal que has llegado, me estoy volviendo loca. El DJ que habíamos contratado ¡se ha puesto enfermo! –Coloca el mantel adecuadamente, revisando la comida

notablemente alterada—. ¿Me puedes explicar qué hacemos sin música? —Mira a los del servicio, que traen más comida, y resopla negando—. Con más cuidado, por Dios.

Alzo una ceja. ¿De verdad? Justamente el DJ que es lo que más necesitamos...

—De acuerdo, no pasa nada —En realidad sí, pero bueno, puedo buscar una solución—. Tengo suficiente música en mi móvil para toda la noche. Puedo enchufarlo y solucionado —Aunque la verdad es que la gracia era que viniese el DJ para ir mezclando...

Me mira aliviada y suspira.

—Ay, hijo, menos mal. Ya pensaba que nos quedábamos sin música. Pero aun así, con la música del móvil no tenemos suficiente. Necesitamos a alguien que esté ahí continuamente. ¿Crees que podrías encargarte tú?

—Eh... —Me paso una mano por el pelo, pero asiento—. De acuerdo. No tengo nada mejor que hacer así que supongo que hacer de DJ será entretenido —Me encojo de hombros—. Voy a echar un vistazo y a prepararlo todo para cuando lleguen. ¿Necesitas algo más?

—Gracias, querido, gracias —Sonríe y me planta dos besos en las mejillas—. De momento no necesito nada más, tú encárgate de eso y será suficiente.

Gracias de nuevo y saluda a tu padre de mi parte cuando lo veas –Eso me lo dice a diario, pero bueno–. ¡Anne! ¡Cuidado con esas luces!

Nikki

Por fin ha llegado el día del baile de máscaras. Mi primer baile universitario como tal, ya que cuando estaba en el instituto me colé en varios. Pero ahora ya soy universitaria de primer año, y asistir a este baile es algo que llevo esperando mucho tiempo.

Todos los años se realiza, así los de primer año pueden empezar a conocer gente. Eso sí, con máscaras para conocer a la persona y no solo su físico. Al menos, eso es lo que dicen.

Dylan también empieza este año pero, a diferencia de mí, no está preocupado. Solo le interesa saber si habrá tías guapas.

Ahora mismo está tirado en su cama echándose una larga siesta. Es una marmota. Y mientras que él lleva durmiendo dos horas, yo llevo casi tres preparándome.

Mis ojos azules resaltan con la sombra rosa que me he puesto, y más aún gracias al delineador negro y el rímel. Llevo los labios también de color rosa, todo a juego con el vestido. No es que el rosa sea mi color favorito, pero me

alegre de haberlo escogido para esta noche. El vestido que compré con mis primos me queda como un guante, combinado con unos altísimos tacones negros que rompen con tanto rosa y quedan geniales. Me he rizado mi melena rubia, que cae sobre mis hombros desnudos. A Roy se le va a caer la baba.

Pero claro, eso si puedo ir al baile en lugar de quedarme intentando despertar a Dylan. Maldito Damon, tendría que haberse quedado para ayudarme a mí en lugar de irse a la fiesta. Al final se decantó por ir cuando lo llamaron para ayudar como antiguo alumno que es, en la barra, por lo que sé que tendré enchufe a la hora de pedir.

Entro en la habitación de Dylan, que está con la cabeza debajo de la almohada. No me puedo creer que siga dormido.

—Dy, despierta ya, tenemos que irnos —Ni puto caso, sigue dormido—.
Dylan.

Suspiro exasperada. Voy a su vestidor y saco el traje de Massimo Dutti que le he comprado. Insistió en que no, por lo que le compré uno barato para que se callase. Si no, sería de otra marca.

Preparo toda su ropa y entro al servicio. Lleno un vaso de agua, lo más fría posible, y se la derramo a mi primo en la cara. No me sorprendería que no se despertara, pero gracias a Dios, de un salto se levanta, soltando palabrotas, y me mira. Va a decirme de todo y a insultarme, lo sé, pero cambia su expresión

y sonrío de medio lado, repasándome con la mirada.

–Pareces una princesa –dice–. Una princesa muy sexy.

Yo río y le señalo el cuarto de baño.

–Esta princesa tan sexy va a darte una buena patada en los huevos si no te duchas y te vistes. La limusina nos espera en veinte minutos.

La limusina para en la puerta de la universidad. A través del cristal puedo ver a Roy hablando con varias chicas enmascaradas. Él también lo va, pero puedo reconocerle a la perfección.

–Vamos a divertirnos –Le digo a Dylan mientras me coloco mi máscara.

–¿Cuándo no lo hacemos?

Ambos salimos de la limusina, y sé que mucha gente nos está mirando. Normal, hemos venido en una limusina a la universidad, por lo que mucha gente sabrá quiénes somos aún con el rostro semi tapado.

Roy me ve y no se me pasa por alto el repaso que me da, tan lenta y profundamente que parece que me está desnudado con la mirada. Y sé que no tardará mucho en hacerlo de verdad.

Serena

Lo mato. Juro que voy a matar a mi puto hermano en cuanto se asome por esa puerta. Al final me ha convencido para asistir al dichoso baile de “bienvenida” y para colmo es de máscaras. Según él, no quiere ir solo. Como si para Bruno fuera un problema conseguir una chica. En cuanto ponga un pie en la universidad, todas las zorras que haya esta noche (y estoy segura de que no serán pocas) mojarán las bragas. Fijo.

Pero es que a mí lo último que me apetece es vestirme como si fuera un florero adornado, y ponerme esos andamios de quince centímetros, incómodos y deprimentes. Lo peor de todo, es que Bruno sabe lo que odio este tipo de vestidos, y por lo que se ve quiere torturarme. ¿Cómo cojones se le ocurre comprarme esto? Si es que está roto, ESTÁ ROTO. Tiene una puta raja que sube hasta bastante por encima de la rodilla, toda mi pierna queda al descubierto, lo que hace que se joda mi plan de ponerme unas converse debajo del vestido, si es que a esto se le puede llamar así. Arriba es sencillo aunque un tanto extraño, Bruno quería coronarse, está claro. Tiene una manga que me cubre el brazo por completo, unida a una pequeña abertura que hay justo por encima del escote. Mi otro brazo, desnudo. En realidad, con lo único que ha acertado es con el color, que es mi favorito: el negro.

Cuando me miro en el espejo, estoy a punto de arrancarme el vestido y

ponerme mi ropa habitual. No solo no me gusta el vestido, es que simplemente no me siento cómoda con este tipo de ropa. El pelo he optado por recogermelo, cuantas menos molestias tenga, mejor, que ya bastante tengo con llevar el vestido. Además, no me he maquillado en exceso, de hecho a simple vista se podría decir que no lo estoy si no fuera por el ahumado de mis ojos, que es lo único que destaca de todo el maquillaje.

Miro los zapatos con resentimiento, las ganas que tengo de tirarlos por la ventana son infinitas, pero ya que me he vestido...

–En fin –Suspiro. La primera y la última vez que los voy a usar, así que prefiero no preguntarle a Bruno la burrada que habrá pagado por ellos mientras me abrocho la hebilla, y sobre todo teniendo en cuenta que lo más probable es que acabe descalza.

Me contemplo en el espejo mientras me coloco la máscara alrededor de mis ojos, justo cuando escucho el sonido de unos nudillos golpeando levemente la puerta.

–¿Serena? –mi hermano está al otro lado.

–Pasa.

Bruno

No me apetece mucho ir al dichoso baile de máscaras, pero sé que habrá muchas tías buenas, y es lo único que merece la pena.

No me produce demasiada emoción el hecho de que voy a empezar la universidad este año, ni tan siquiera estoy preocupado por estudiar. Sé que aprobaré sin tocar apenas un libro, al igual que mi hermana. Siempre hemos sacado muy buenas notas esforzándonos lo mínimo. Y nuestra media de entre un ocho y un diez es de las pocas cosas que no compramos con dinero. Eso es mérito propio.

A pesar de eso, he repetido el último curso. Y no precisamente por malas notas. Estaba hasta las narices de aguantar los peñazos de los profesores, así que empecé a saltarme las clases. Me parecían aburridas, como si todo lo que dijese yo ya lo supiese desde antes. Además de que me pillaron metiéndome una raya en la biblioteca del instituto. Esas dos cosas, entre otras, colmaron la paciencia del director y me hizo repetir.

Supongo que las cosas ahora en la universidad serán distintas.

Acabo de vestirme, y me repaso en el espejo. Llevo un traje Gucci negro con el que parezco mayor y más serio. La camisa blanca está perfectamente metida por dentro de los pantalones, pero sé que acabará por fuera en algún momento de la noche, porque acabaré hasta las narices del traje. Igual que la corbata, que al final estará colgante. Me he engominado el pelo, aunque no

demasiado, y echado para un lado y hacia atrás. Algunos mechones seguramente se rebelen y se escapen más adelante. Reloj Omega, zapatos Dior. Perfecto.

Por último, me echo colonia, cojo la máscara, preparo mi cartera y mi móvil, y llamo a la habitación de mi hermana.

—¿Serena?

—Pasa —Me dice.

—¿Y ponerte a huevo que me descuartices? No, gracias. Te espero abajo, date prisa.

Cuando baja, sonrío satisfecho. Es preciosa, y con ese vestido lo está aún más. Pocas veces se la ve así de arreglada, sé que no le gusta, pero la ocasión así lo requiere. Parece mucho más alta, y está muy sexy. La raja de la pierna del vestido es muy provocativa, por lo que espero no partirle la cara a nadie hoy. Aunque bueno, de eso se encargará ella solita. Le diría lo guapa que está, pero sé que es capaz de quitarse los tacones y tirármelos a la cabeza, así que simplemente le sonrío y le guiño antes de salir.

Nos subimos en mi Ferrari. Rumbo a la universidad de Brown.

Mia

Cuando entro en el salón no puedo evitar sonreír ampliamente. Es una maravilla. Todo está meticulosamente decorado de forma muy elegante, es amplio, muy amplio, hay luces por todas partes. Se podría decir que todo es una enorme pista de baile, también hay un amplio bufete de comida, varias barras y una cabina de DJ. No falta detalle, eso está claro. No son todavía ni las doce y media y ya está lleno de gente. Como soy nueva aquí la verdad es que estoy un poco perdida, y no quiero arriesgar a perderme. La música todavía no ha empezado a sonar, así que dirijo mi vista hacia la cabina y, ahora que me fijo, distingo a un guapísimo chico dentro de ella. También va de traje, y me extraña mucho, la verdad, aunque con lo cara que es la universidad probablemente lo habrán obligado. Bueno, pues ya que estamos habrá que empezar a hacer amigos, así que me acerco hasta la cabina notando ya las miradas del sector masculino puestas en mí, mirándome sin perder detalle. Aunque la verdad, no es para menos teniendo en cuenta lo preciosa que estoy.

Toso suavemente en cuanto llego a la cabina, sonriendo de medio lado, apoyada en el marco de la puerta, observando detenidamente al hombre que está de espaldas toqueteando cables a la vez que está mirando el móvil. Sin verlo presiento que está buenísimo y eso que ni siquiera le he visto la cara, ya que esta girado. Joder, menudo culazo.

–Mmm, perdona.

–Dime, guapa –Se gira y, en efecto, no me equivocaba. A pesar de que lleva la máscara puesta distingo los rasgos de un hombre de unos veinticuatro años, muy alto, con una espalda ancha y musculado, se nota que hace deporte. Me repasa con la mirada para terminar fijándose en mis ojos, como todos.

–¿Y la música? ¿No se supone que esto es una fiesta? Porque tú eres el DJ, ¿verdad?

–Sí, el Dj de repuesto, más bien –Asiente observándome con más detenimiento durante unos instantes-. El Dj ha fallado, así que estoy liado con todo esto. Te prometo que en un par de minutos todo estará listo. Si es que me aclaro... –El buenorro deja de mirarme para centrarse nuevamente en los cables y en su móvil.

–Pues nada, el próximo día que vaya a dar una fiesta, tendré que contratar a un DJ de repuesto a ver si todos son así –Sonrío de medio lado a la vez que lo repaso con la mirada, sin cortarme un pelo–. Si te puedo ayudar en algo... Seguramente esa lista estará mucho mejor con una opinión femenina, ¿no crees?

Suelta una risa a la vez que alza una ceja.

–Claro, ven. Mete las canciones que quieras. Soy Marco. El entrenador del equipo y profesor de educación física.

Mierda. Con eso me está dejando claro que no quiere nada más. Aunque estoy segura de que si no fuera profesor... Ay, con el morbo que me da. De todas formas le dedico una amplia sonrisa a la vez que me acerco moviendo mis caderas con gracia. Cuando estoy a tan solo un paso de él le ofrezco la mano sin borrar la sonrisa de mi rostro.

–Mia Watson, es todo un placer conocerle, profesor. Estaré encantada de animar a su equipo, o más bien... de distraerlo.

–Así que quieres ser animadora, ¿no?

Suelto una risa mientras me coloco el pelo hacia un lado.

–No, no es que quiera, es que voy a serlo. Yo creo que estoy más que... – Echo un vistazo a mi cuerpo–, capacitada para ello. Además... –Sonríe de medio lado–, me sé mover muy, pero que muy bien.

No se corta en repasarme con la mirada, hecho que me encanta aunque ya esté acostumbrada. Cuando acaba con la radiografía asiente mirándome. Me está siguiendo el rollo, está claro que si no fuera profesor aquí habría algo más que tonto, seguro.

–Estoy de acuerdo. Será un placer verle con el uniforme de animadora, señorita Watson –Sonríe de medio lado, demasiado sexy–. Pero tendrás que hacer las pruebas.

–Será un placer que usted me vea, profe –Asiento y suelto una carcajada–. ¿Pruebas? Las pasaré, seguro. Es más, seré la capitana, no lo dude –Me encojo de hombros–. Echémosle un vistazo a esa lista –Me acerco a él colocándome a su lado, mirando la música que había metido hasta ahora.

–Ve sacando las garras, Mia. Muchas chicas quieren ese puesto –Me guiña dejándome su iPhone–. Ahí tienes. Tú eres más joven que yo así que seguro que sabrás que es lo que más gusta. Aunque sigo siendo un muchacho...

–Ni que tú... usted... –Le miro interrogante preguntando con la mirada si le puedo tutear mientras cojo el móvil.

–Tutéame –Asiente. Lo suponía. Sonríó empezando a curiosear las canciones

–Usted suena a viejo y, créeme, que tú tienes pinta de todo, menos de viejo –Le guiño y bajo de nuevo la vista hacia el móvil empezando a meter un poco de todo.

–Claro que no soy un viejo. Solo tengo veinticinco años –Más o menos los que yo le echaba, y no me refiero solo a los años. Conecta otro cable más y me mira–. Esto está listo.

–Y qué bien llevados... –Sonríó con picardía devolviéndole el móvil–. He metido un poco de todo, tecno, pop y... bueno, alguna lenta, de regalo para las parejas.

–Me parece perfecto –Asiente–. Solo espero que el resto de profesores no me maten por la música –Deja el iPhone sobre la mesa y sonrío–. Y ahora... –Pulsa el play a la lista de reproducción–. Que empiece la fiesta.

Asiento sonriendo con aprobación mientras la música empieza a retumbar por todo el salón.

–Ahora sí –Suspiro–. Bueno, pues como buena alumna que soy, tengo que ir

a disfrutarla, aunque usted está invitado cuando quiera ¿eh? Lo dicho, un placer conocerlo y nos veremos en el gimnasio -sonrío de medio lado sin girarme saliendo.

–Igualmente, Mia, un placer. Ya nos veremos –Y por el rabillo del ojo puedo ver cómo me guiña nuevamente, dedicándome una sonrisa muy sexy.

Empieza bien la noche, sí.

Hugo

¿Se puede estar más guapo que yo? No, realmente no. El traje negro de Armani que llevo me sienta como un guante, por no hablar de la camisa, y aunque ya sé que probablemente haya ochenta mil tíos con traje esta noche, yo destacaré entre todos, porque ninguno lo llevará con el mismo porte, la misma cara, ni se llaman Hugo.

Aunque me parece una gilipollez lo de la máscara, la verdad es que cuando me la pongo cambio de idea al notar el toque tan sumamente... provocador que me da, más de lo habitual.

Sonrío de medio lado a mi propio reflejo y me guiño un ojo antes de salir de mi habitación. Mi tía está en una de esas aburridas reuniones por las que se pasa el día fuera de casa al tener un puesto de tanta importancia, pero bueno,

que se gane el sueldo que para algo gana la pasta que gana. Y mi tío lleva desaparecido todo el día, estará en alguno de sus múltiples concesionarios adorando sus coches, a los que a veces me da la sensación de que quiere más que a nosotros.

Escucho la música puesta a todo volumen desde la habitación de mi prima. La pobre todavía se cree que puede cantar como Beyonce. Giro el pomo de la puerta asomándome un tanto, y la descubro cantando frente al espejo cual diva de Hollywood con un peine en la mano. Mi prima es guapa, pero personalmente me parece que un cactus tendría un carácter más interesante que el de ella, así que en la cama debe ser un muermo que alucinas, si es que ha follado alguna vez. Paso de despedirme.

Salgo de la mansión, y en la puerta está mi precioso amiguito esperando por mí. Por supuesto mi tío se mostró reacio al principio, y más después de mi última escapadita con uno de sus coches. Pero sabe que no le serviría de nada estar enfadado conmigo por mucho más tiempo, básicamente porque no le iba a servir de nada, yo no iba a arrepentirme, y estaba harto de tener que pedir que el chofer nos llevara a todas partes a mi querida prima, y a mí. Así que, decidí pedir mi regalo de cumpleaños por adelantado, un precioso Porsche 918 spyder que estreno precisamente esta noche.

Mientras conduzco por las calles de Providence hacia la universidad, esa

sensación extraña que he tenido durante todo el día vuelve a mí, insistentemente. Además... No sé por qué, pero la imagen de una preciosa niña con trenzas me lleva acosando durante todo el día y tengo la impresión de que no es precisamente casualidad que sea justo esta noche.

Nikki

Entro en el salón agarrada del brazo de Roy. Sorprendentemente me lo ha ofrecido él, y se lo agradezco. Sonrío ampliamente en cuanto pongo un pie dentro de la sala. La música suena y la gente está dispersa: unos bailan, otros están sentados en unos sillones y otros beben en la barra en la que Damon debe de estar ayudando.

–Esto es increíble –digo emocionada. Roy y yo avanzamos un poco por el salón para echar un vistazo. A pesar de las máscaras, llamamos la atención, y con razón. Muchísimos tíos me miran, con motivo, y lo mismo pasa con muchas chicas y Roy-. Y va a ser interesante.

Él suspira con pesadez.

–Supongo que sí. Aunque la verdad, a mí me es indiferente. He estado a punto de no venir.

–Ya, pero aunque rara vez lo admitas, me quieres demasiado y has venido

por mí –Sonrío triunfante y le doy un suave beso en los labios.

–Lo que tú digas, niña –Sonríe de medio lado negando–. Vamos a tomar algo, anda. Que, si no, no hay quien aguante este coñazo.

–De acuerdo –Me dirijo a la barra y veo a Damon tonteando con unas chicas, para variar. Lleva un simple antifaz negro, pero aun así está guapísimo–. Eh, tío bueno –Me apoyo en la barra de una manera bastante sexy.

Sonríe antes de levantar siquiera la mirada, y cuando lo hace, me repasa varias veces al igual que lo ha hecho Dylan. Solo que él le añade un poco más de ternura. Se apoya en la barra con elegancia y vuelve a sonreír.

–¿Me has llamado, rubia?

–Eh, Thompson –Le dice Roy–. Deja de babear con mi novia y ponme un whisky.

–Es mi prima, capullo.

–¿Y?

Yo los miro con una sonrisa divertida. Me encanta esta escenita de primo protector y novio celoso.

–Hay Nikki para los dos, tranquilos, chicos. Anda, Dam, ponme un Martini.

Damon alza una ceja.

–Enseguida, Anto –Sirve lo que hemos pedido, bien cargadito para nosotros, y no como se lo está dando al resto. Mi enchufe me permite además saltarme la edad legal para beber-. Pero que no te vean.

–De verdad, Nikki, que poco te querían cuando te pusieron ese nombre. Qué mal suena –dice Roy cogiendo su vaso. Sí que es verdad que se pasaron con eso de llamarme Nicole Antonella Evangeline...

–No te metas con el nombre de MI prima –replica Damon.

–La acabas de llamar así, gilipollas. Además, es MI novia.

–Pero yo puedo, y tú no.

–Eh, chicos –Doy un trago a mi vaso–. Por mucho que me excite ver a dos tíos buenos peleándose por mí... Parecéis tontos. Y el próximo que me llame Eva, o algo relacionado, se queda sin descendencia.

–Nadie está peleando por ti, no alucines –Mi novio rueda los ojos–. Es que tu primo parece no tener claro todavía quién es el que te foll...

–A ver, decidme quién es el tío más guapo de toda la fiesta –Dylan aparece de la nada y se coloca entre Roy y yo, sonriendo de medio lado. Pero en cuanto lo vuelve a mirar, bufá.

–El que faltaba –dice Roy antes de volver a beber.

Ahora sí que me echo a reír. Mis primos, que no soportan a Roy, y mi

novio, juntos. Ahí, como una buena familia. Vuelvo a beber de mi Martini y ruedo los ojos.

–Luego decís que yo estoy como una cabra. Tendríais que veros a vosotros. Y, Roy –Me muerdo el labio como sé que le gusta-, sé bueno y nos daremos un paseíto por la universidad.

–Ja, ja –Ríe Dylan falsamente–. Voy a hacer como que no he escuchado eso, ¿vale, prima? –Fulmina con la mirada a Roy sin pensárselo. Si las miradas matasen...

–Yo también –Le apoya Damon y se acerca a atender a unos chicos que le reclaman al otro lado de la barra.

Vuelvo a mirar a Roy y veo que se relame. Claro que vamos a dar ese paseo, e intuyo que va a ser muy largo. Mira a mi primo y sonrío de medio lado, de esa manera que le da más pinta de cabrón y me encanta.

–Si quieres te dejo que vengas a mirar, Dylan. Así a lo mejor aprendes algo que no sean juegos de niños.

–¿Enseñarme? ¿Tú a mí? Me da que el que necesita que le enseñen cosas es a ti, que estás amargado –Dos chicas pasan por su lado y le sonrían.

–Oh, venga ya. No empecéis ahora con esto –Acabo mi vaso.

–Yo me voy ya. Luego te veo, preciosa –Me da un beso suave en la frente

lleno de cariño—. Pórtate bien. O inténtalo.

–Lo dicho, un crío –Resopla mi chico.

–Anda, vamos a bailar antes de que mates a alguien.

–¿Bailar? –Me mira alzando una ceja—. Estarás de coña, ¿no?

–Venga, porfa –Tiro de él con suavidad—. Baila un poco conmigo. Un par de canciones. Sé perfectamente que sabes moverte muy bien.

–Sí, pero no aquí precisamente –Suspira con resignación, dejándose llevar—. Por no oírte... Pero una o dos, ¿eh? Tampoco te pases.

Yo asiento y le doy un beso, mordiendo su labio inferior un poco, para después llevarle hasta la pista donde está la mayoría de la gente.

–Vamos a demostrar quién manda aquí, hasta bailando –Me muevo al ritmo de la música frente a él. No es el estilo de música que suelo bailar, pero sé adaptarme perfectamente, así que contoneo mi cuerpo a la perfección.

Sé que a Roy no le gusta bailar, pero sabe hacerlo muy bien. Y sé que para que esté a gusto, va a hacerlo. Y así es. Rodea mi cintura con ambas manos, pegándose a su cuerpo y moviéndose a mi ritmo mientras me mira.

El contacto hace que me estremezca. Siempre es tan frío que cuando tiene gestos así todo mi cuerpo arde. Me pego un poco más conforme va avanzando la música, hasta que acaban dos canciones. Me encantaría seguir bailando

pero sé que ya ha tenido suficiente, así que sonrío y le acaricio la cara con ternura.

–Gracias, Roy –Él sonrío de medio lado, repasando mi cuerpo con la mirada, ya que aún estoy pegada contra el suyo.

–¿Qué te parece si damos ese paseo por la universidad y te enseño... las instalaciones?

Me relamo lentamente, sabiendo que el pintalabios no se irá. Cuesta una pasta y es justamente para eso, para que no se borre con facilidad.

–Por supuesto, vamos –Entrelazo mis dedos con los suyos y tiro de él hacia la puerta. Voy a estrenar bien la universidad.

Bruno

–Es que, joder, no entiendo de verdad por qué cojones tengo que entrar ahí
–Serena no ha dejado de quejarse en todo el camino hasta la universidad. Dios mío, ¿así de insoportable soy yo, que también me quejo por todo?

–Pues yo que sé, Serena. ¿Y por qué no? No tenemos nada mejor que hacer esta noche. A no ser, claro está, que quieras que nos volvamos a casa y haga lo que hago todos los días.

Su mirada se clava en mí como mil agujas, y sé que es capaz de lanzarse

ahora mismo contra mí, por gracioso.

–No me toques las narices, Bruno, o te juro que...

–Que sí, que sí –Interrumpo. Me matará por ello–. Es broma, ¿vale? Te lo prometí –Al menos el no hacerlo en casa. Cuando está ella, claro–. Vamos. Intenta disfrutar, estás preciosa.

–Parezco gilipollas. Y una puta –Bufa.

–No, no lo pareces –Y es cierto. Va guapísima. Hay otras chicas que sí que parecen que van de putas-. Y ese vestido cuesta bastante, así que intenta no cargártelo.

–No prometo nada.

Entramos en el salón de baile y en menos de dos segundos la he perdido de vista. Ay, esta mujer va a liarla seguro.

Marco

Gracias a Dios, la fiesta está saliendo de lujo. Ni siquiera la falta de un DJ profesional ha echado por alto el ánimo, pues la gente baila cualquier cosa que les ponga. Y gracias a la pelirroja y su lista de reproducción todo está más animado. Creo que hasta más que otros años. Llevo siendo profesor solo dos, pero he sido alumno antes de eso. Y sí, me atrevo a decir que esta es de las

mejores fiestas.

Pero, ¿por qué no animar más aún esto? Todavía está llegando gente, y eso que la fiesta lleva ya dos horas. Y bueno, le quedan muchas más antes de que los alumnos se empiecen a ir para poder emborracharse en las típicas fiestas que organizan después, donde se desfasan de verdad. Por lo tanto, es mi turno de hacer que de momento se diviertan más.

Cada vez que entre alguien por la puerta, le alumbraré con el foco y lo presentaré por el micrófono. Así, también la gente se centrará en quién va entrando y, al llevar máscaras, será más misterioso. Soy un buen profesor, sí.

Una chica acaba de entrar por la puerta, así que la señalo con el foco, lo que hace que se sorprenda.

–Tened cuidado, chicos, poneos las gafas de sol que esta morena deslumbra con tanta lentejuela –digo por el micrófono, provocando risas y que todo el mundo se centre en la chica.

Voy presentando a todo el que entra, haciendo comentarios que incitan a que los alumnos aplaudan y se diviertan más todavía. Al final, voy a resultar ser mejor DJ que el que tenía que venir.

Hugo

Acabo de llegar. Varios coches de lujo aparcados a las puertas de Brown, aunque ninguno supera el mío y eso está claro. No pienso entrar con la máscara, dejaré que todos vean quién soy y después me la pongo, la cara que tengo es digna de admirar. Que mis compañeros sepan quién ha llegado a Brown.

Desde el vestíbulo escucho '*Dangerous*' de David Guetta, siempre me ha gustado la música de este tío, y esta canción en concreto. Cuando abro la puerta, me tropiezo contra una chica que al parecer acaba de entrar y está disfrutando con el foco de la luz que nos da directamente a nosotros cuando la canción está rompiendo en su mejor parte.

La chica se gira para mirarme y yo le sonrío de medio lado.

–Perdona. Si no te importa... –La aparto suavemente hacia un lado, dejando que toda la luz recaiga sobre mí, observando el lugar mientras todos los presentes, que ya se habían cansado de mirar a esa chica, centran su atención en mí pero, esta vez, estoy seguro que nadie se va a aburrir de mirarme. Es imposible.

–Ese es... ¡TÍA! –Ya empezamos. Me apoyo en la pared, metiendo las manos en los bolsillos para disfrutar de los comentarios que vienen a continuación.

–Hugo D' Lorian –Así me gusta, que sepan quién soy.

–¿Cómo sabéis quién es? –Esa chica es tonta.

–No se habla de otra cosa, imbécil. No te enteras nunca de nada –Escucho susurrar a su amiga.

–Joder, cómo está –No me descubres nada nuevo.

Me encanta ser el centro de atención, para qué negarlo, además el foco sigue apuntándome y yo estoy disfrutando de lo lindo.

A esto lo llamo yo hacer una entrada triunfal. Aunque, viniendo de mí, estaba claro.

Capítulo 4

Una mirada al pasado

*“Lo que fuiste es lo que eres,
los que estuvieron, están,
y lo que te hizo sentir, te hará sentir siempre”.*

Nikki

Cuando estamos a punto de entrar de nuevo en el salón, el móvil de Roy suena, haciendo que se pare para atender el teléfono. Sé lo que va a pasar ahora, pues no es la primera vez. Tendrá que irse por petición de su padre para ayudarlo. Sé que es por él y no por su negocio en el casino, ya que Damon está aquí también. Estoy acostumbrada a que Roy me deje colgada, así que... Qué

más da.

–Tengo que irme –Confirma cuando cuelga–. Lo siento, niña –Me mira y yo suspiro a la vez que asiento. Lo entiendo, sus negocios familiares son importantes y tiene que atenderlos–. Te compensaré.

Sé que lo hará. Se acerca a mí y me da un intenso beso. Me regala una de sus pocas sonrisas, por lo que sé que se siente culpable de dejarme ahí, y se marcha con rapidez.

Entro de nuevo en el ahora abarrotado salón de baile. Es increíble, aún no me creo que esté aquí, con la de veces que he soñado con bailes así. Pero estoy demasiado decepcionada por no compartir este momento tan importante para mí con Roy...

No he dado ni tres pasos cuando de repente la luz se vuelve más tenue y un foco me apunta de lleno, deslumbrándome, por lo que tengo que entrecerrar los ojos para poder ver bien. La gente me mira, y eso me encanta, por lo que sonrío. Menuda manera de hacer que llame la atención, aunque ya lo haga por mí misma. Una voz resuena por los altavoces.

–Aquí tenemos a otra preciosa chica oculta tras su misteriosa máscara. Esta rubia llama bastante la atención, ¿eh? Me podría pasar la noche apuntando a gente, pero creo que ya habéis tenido suficiente con los que se han llevado el

honor de ser iluminados, así que... He tenido una idea –anuncia. Es el DJ el que habla, aunque por lo que he oído, es un profesor–. Vamos a bailar una canción lenta, nada que ver con lo que he puesto hasta ahora. Y yo voy a seleccionar a vuestras parejas –Se escuchan risas, quejas y exclamaciones de emoción y fastidio–. Será solo para esta canción, para que así vayáis conociendo a gente y vayáis destapando misterios. Pondré más canciones lentas después, para que podáis bailar con vuestros amorcitos, tranquilos. Pero, hay que darle emoción a la noche, ¿no? –Ríe–. Rubia, eres la primera elegida y vas a bailar con... –Mueve el foco por toda la sala, pasándolo por encima de varios chicos.

Hugo

No está nada mal la fiesta, y se va a poner aún mejor cuando me lleve a esta preciosidad. No he tardado ni cinco minutos en ligármela. Pero de repente, algo desvía mi atención de su escote. Un enorme foco blanco empieza a rodar por todo el recinto hasta pararse en la entrada. Cuando escucho la voz del DJ contando la idea que ha tenido, me pica la curiosidad por saber quién es la chica a la que ha alumbrado. Miro a la morena de la cual no recuerdo el nombre y le sonrío con picardía

–Un momento, preciosa.

Me abro paso entre los presentes que tapan y observan con atención a la chica de la entrada.

Y es entonces cuando la veo.

Se me forma un nudo en el estómago, y se me acelera el corazón a una velocidad increíble. No le veo la cara, pero distinguiría sus ojos entre mil más, esa mirada gris-azulada que aún conserva su dulzura, aunque a juzgar por su atuendo dudo que conozca el significado de esa palabra.

Ese minúsculo vestido rosa deja entrever sus espectaculares piernas, de las que no pierdo detalle, recorriéndolas centímetro a centímetro con mi mirada, que va subiendo poco a poco hasta llegar al escote, que deja más bien poco a la imaginación. Sus labios carnosos, perfectos para que los muerdan. Aún conserva su preciosa melena rubia, la que yo mismo me encargué de cortar cuando era pequeño, esas trencitas que tanto me gustaban, aunque moriría antes de admitirlo. Mi niña ha crecido, se ha convertido en una preciosa mujer y yo no puedo dejar de mirarla.

Por eso, tanto la luz que me deslumbra por completo, como la voz del DJ, me pilla desprevenido.

—Con este muchacho. Creo que a nadie se le ha olvidado la entrada triunfal que ha tenido. Y eso que no se le ve la cara...

Nikki

Sigo el foco conforme se mueve, deseosa de saber con quién me tocará bailar. Si Roy estuviese aquí, se encargaría de que no bailase con ningún otro chico. Pero, mala suerte, que no se hubiese ido.

La intriga me está matando, y mi sonrisa es cada vez más amplia, pues la gente sigue mirándome. Es normal, estoy hecha para llamar la atención. Y si me quitase la máscara que resalta mis ojos, muchos se desmayarían.

El foco se detiene por fin en un muchacho castaño que se abre paso entre la multitud. Clavo mi vista en él para ver si puedo reconocerlo, si puedo saber quién es, aunque lo dudo. Voy a darle un buen repaso de arriba abajo antes que nada, para que sepa que soy analítica, pero mis ojos se desvían directamente contra mi voluntad hacia su mirada.

Y se me corta la respiración.

Siento que el aire deja de entrar en mi cuerpo en el mismo momento en que contemplo sus ojos, y sé el porqué de que mi atención se haya desviado a ellos. Siempre lo ha hecho. Siempre le he prestado atención a esos ojos. Y él siempre ha sabido cómo captar la atención de todo el mundo sin ni siquiera pestañear. ¿Cómo no voy a reconocerlo? He visto muchísimos ojos de ese

color a lo largo de mis casi diecinueve años, muchísimos. Pero los suyos... Su verde esmeralda es impresionante. La forma que tienen, la intensidad, su manera de mirar, tan provocativa... Joder. No puedo respirar. Una sola mirada acaba de dejarme en estado de shock. Y eso no me había ocurrido jamás desde hace nueve años. Cuando se fue. Cuando se despidió de mí tras cortar mis trenzas, mis preciosas trenzas. Y desde entonces no he vuelto a tenerlas.

Con mucho esfuerzo, salgo de mi trance y me permito analizarlo. Enfundado en un traje que se nota a la legua que es carísimo, su cuerpo se marca dejando claro que bajo la ropa existe una musculatura trabajada, un cuerpo perfecto. Lleva el pelo castaño corto, ahora bien peinado. La máscara le tapa parte del rostro, pero se notan sus facciones aparentemente perfectas, incitantes. No sonrío. Me está mirando de la misma manera que yo a él. Como si hubiera visto un fantasma. Pero, no lo es... ¿verdad? Es real.

Se me acelera el pulso cuando pienso en que me muero por ver esos labios carnosos curvarse hacia arriba tal y como lo hacía cuando iba a cometer una gran travesura. Estoy delirando. Pero sus ojos se llevan el premio, son los que captan toda la atención. Son los ladrones de este momento. Porque son los que me han hecho reconocerle a pesar de no haberle visto en nueve años. Sabía que iba a estar aquí, las chicas de la tienda lo habían dicho. Pero quería creer que era un error, que no podía ser verdad. Pero lo tengo ante mí... Es real.

Está aquí. Es él. Y ni si quiera me había avisado.

Inspiro hondo, notando cómo me tiembla el cuerpo entero. Si doy un solo paso sin pensar en cómo tengo que mover exactamente las piernas, me caeré. Es lo que siempre ha provocado en mí. Pero tengo que hacerlo. Voy a bailar con él, ¿no?

–Venga, chicos, dejad de comeros con los ojos y colocaos mientras voy emparejando a más gente. Ya sabéis como va esto –dice el DJ.

Asiento débilmente mientras que el foco empieza a moverse de nuevo por la sala buscando a una nueva pareja e intento avanzar sin caerme hacia donde está.

Es mi niño, es él. Mi pequeña locura, mi travesura, mi problema de la infancia. Es él. Y cuando estoy frente a él, temblando, con la garganta seca, su nombre se me escapa en un susurro ronco, mientras que lo miro a los ojos.

–Hugo...

Hugo

Es entonces cuando nuestras miradas se encuentran. Y es justo en ese momento cuando me doy cuenta que está sintiendo exactamente lo mismo que

yo. Por un momento, el ruido de la música es inexistente, el resto desaparece y en este salón estamos únicamente ella y yo. Miles de recuerdos acuden a mi mente con un torrente de imágenes sueltas, pero todas importantes. Lo curioso es que en todas y cada una aparece ella.

Tan solo la voz del DJ me saca de mi ensimismamiento y creo que hasta tiemblo cuando la veo acercarse a mí. Cuando la tengo justo en frente, aún no he podido dejar de mirarla a los ojos, y ella hace lo mismo conmigo. No puedo evitar desviar la mirada hacia sus labios cuando pronuncia mi nombre, en apenas un susurro y con la voz ronca. Subo lentamente de nuevo hacia sus ojos y alzo la barbilla, mis labios se curvan en una pícaro sonrisa.

Por un momento me siento como el niño de hace nueve años que está a punto de hacer una trastada. Doy un paso más hacia ella, quedando a tan solo unos centímetros de su rostro sin borrar mi sonrisa.

–Nikki –asiento pronunciando alto y claro.

Mia

Me hace gracia lo que ha propuesto el DJ buenorro, cualquiera diría que es profesor. Estoy sentada en uno de los taburetes al lado de la barra, con mis espectaculares piernas cruzadas, por lo que la raja del vestido queda aún más

sexy. Observo con curiosidad a los chicos que va alumbrando el foco, la primera es una chica rubia, a la cual no distingo del todo ya que está bastante lejos. Le va a tocar bailar con el chico guapísimo que entró en la sala de los últimos, haciendo una entrada triunfal. Ambos se acercan y el foco sigue rotando por la sala.

De repente la luz blanca me ciega, y tengo que entrecerrar los ojos, sin embargo me repongo enseguida para sonreír ampliamente, ya que todos comienzan a mirarme. Suelto una risita cuando escucho las palabras de Marco mientras me alumbra.

–Uuuh, esa espectacular pelirroja es la responsable de toda la música que habéis escuchado hoy. Dadle las gracias, sin babear mucho.

Me levanto para que todos puedan observarme con claridad, esperando impaciente para saber quién es mi pareja.

Bruno

Mi hermana ha pasado olímpicamente de mí, de la fiesta y de todo. No tengo ni idea de dónde está pero, seguramente, si no lo ha hecho ya, la liará.

A Marco se le ha ido la puta cabeza, se le ha subido demasiado eso de haber tenido que sustituir al DJ. Y los comentarios que hace respecto a las

alumnas... Menos mal que tiene su puesto de profesor asegurado, si no ya lo habrían puesto de patitas en la calle.

La chica con la que estoy hablando me toca el hombro para llamar mi atención, ya que estaba mirando a Marco hacer el payaso con el foco. Parece mentira que me saque seis años. En cuanto me toca, le aparto la mano de un manotazo y la miro fijamente. Sé que puede ver mi dura mirada y mi mandíbula apretada cuando hago eso, por lo que da un paso atrás.

–No me toques –Advierto, y asiente. Creo que la he asustado, porque deja de coquetear conmigo y mira hacia la gente cuando Marco vuelve a apuntar a otra chica.

No presto atención, ya que no me interesan estas gilipolleces.

Me llevo el vaso a mis labios para beber nuevamente, pero el foco me deslumbra, y la voz de Marco interrumpe mis pensamientos.

–La pelirroja bailará con este muchacho. Menuda porte tiene, ¿eh? Seguro que os encanta, chicas. Aun con máscara se nota que es guapo, ¿verdad? –Será hijo de puta. Le lanzo una mirada amenazadora. Sabe perfectamente que soy yo, y por eso dice esas gilipolleces, creyéndose gracioso. Voy a matarlo. No pienso bailar con nadie-. Vamos, chico. No puedes quedarte sin bailar. Venga, vamos, únete a tu pareja.

La gente me mira impaciente, por lo que acabo hasta las narices. Suelto el vaso en la barra con un golpe, sorprendiéndome de que no se rompa, y me levanto sin dejar de mirarle. Juro que voy a matarle. Amigos para esto.

Me acerco a donde las parejas han ido uniéndose para encontrarme con la afortunada que bailará conmigo. Pero en cuanto me coloco frente a ella y alzo la vista para mirarla... Aprieto la mandíbula con muchísima fuerza, hasta tal punto que creo que va a crujir. Su melena roja llama la atención, es inevitable. Puro fuego que emana de raíz para quemar a cualquier hombre. A través de la máscara sus ojos verdes brillan con intensidad, de tal manera que cualquiera perdería la razón por ellos. El contraste entre pelo y ojos es demasiado atractivo. Su cuerpo es impresionante, embutido de una manera sensual y provocativa en ese vestido tan sexy. No sé por qué tengo una sensación extraña en el estómago, un nudo. No suelo tenerlos y no me gusta no saber qué me pasa. A pesar de su belleza, se me vienen a la cabeza varios insultos hacia esta chica solo por su color de pelo. No me gusta, y no sé por qué. Y su presencia me pone de los nervios. Pero me atrae de una manera irrefrenable. Engancho la bolita del piercing de la lengua entre mis dientes y la repaso de nuevo lentamente, perforándola con la mirada aún con un nudo en el estómago.

Mia

Me coloco en mi sitio, al lado del resto de las parejas que se han formado, esperando impaciente para saber quién es mi pareja. Espero que sea guapo. Se para en un chico castaño oscuro, al cual no distingo desde esta distancia, pero por los comentarios que hace y por el modo en que las chicas lo están mirando debe serlo. Cuando aparece entre la multitud y lo veo acercarse a mí el cuerpo se me tensa por completo por la forma en que lo hace. Entonces llega y se coloca frente a mí, alto, imponente.

Alza la vista y me encuentro con sus ojos, su mirada oscura me traspasa por completo y, por un momento, me cuesta mantenérsela, hace que me sienta pequeña, reducida a su lado, cuando normalmente es al contrario.

Lo veo apretar la mandíbula, hecho que me desconcierta por completo, no entiendo qué habrá pensado al verme. Debajo de ese traje negro sé que tiene que esconderse un cuerpo espectacular.

De repente, me doy cuenta que siento un desagrado increíble por el chico que tengo enfrente, ya que me hace sentir insegura de mí misma, como si él fuera más fuerte que yo, y eso no lo pienso permitir y menos a un desconocido. Porque es un desconocido, ¿verdad? Joder, ni siquiera entiendo por qué me está haciendo pensar toda esta sarta de gilipolleces, bailaremos y no tendré que verlo más.

Levanto la barbilla de forma altiva, para que sepa que no me asusta, aunque realmente no sé si es eso lo que pretende. En contra de mis propias intenciones, se me acelera la respiración y trago saliva cuando lo veo enganchar la bola del piercing que tiene en la lengua entre sus dientes. Sin pensarlo, me relamo los labios con parsimonia y me muerdo el labio. Normalmente esto lo haría para provocarlo, pero simplemente lo he hecho porque el propio cuerpo me lo pide y siento una inexplicable atracción por él.

Es... es cruelmente guapo.

Bruno

Alza la barbilla con altanería, enfrentándose a mí. Pero se relame los labios lentamente, delatándose por completo. Intento no reírme. Esta chica ha hecho lo mismo que el resto: intentar demostrar que no me teme, para acabar demostrando que le atraigo. Sin embargo, su mirada sigue clavada en mí, en lugar de bajarla intimidada. Y no me gusta su valentía.

No dejo de mirarla ni un solo segundo mientras el gilipollas de Marco sigue haciendo parejas, jugando a ser Cupido. Cuando parece que está satisfecho, vuelve a hablar.

–Y ahora... Que surja el romanticismo –Al final subo ahí y le hago tragarse

el micrófono. Pone una canción lenta. Todos sabemos bailarla, gen americano, supongo.

Lo primero que hago, como el resto, y sin dejar de mirarla, es una reverencia. Después, alzo una mano con la palma abierta. Ella hace lo mismo, colocándola frente a la mía, pero sin que se toquen. Su mano tan pequeña y delicada, la mía tan grande y ruda. Y empezamos a bailar este estúpido baile.

Mia

No pierdo el contacto visual en ningún momento. Una vez que ponemos nuestras palmas una frente a otra damos una vuelta alrededor de nosotros mismos, después la otra palma y repetimos el movimiento. Finalmente las dos palmas juntas y una última vuelta. Nunca había realizado este baile, pero todos sabemos cómo llevarlo a cabo. Lo que más me gusta es que en ningún momento podemos perder el contacto visual y eso es lo que hago, le mantengo la mirada en todo momento, y de repente me doy cuenta que estoy conteniendo la respiración. Aparto la vista durante unos segundos y miro nuestras manos, a escasos centímetros de tocarse. Me percaté de que dos de sus dedos están tatuados. En el lateral interior del dedo medio pone “Stay” y en el anular, “Gold”. Me gusta pero, ¿por qué tendrá tatuado eso? ¿Qué significará para él? Pero no tengo tiempo de pensar nada más, porque aparta sus manos,

obligándome a quitar también las mías.

Finalmente nos acercamos por completo para comenzar a bailar de verdad y, cuando lo tengo tan cerca de mí, un nudo se forma en mi estómago y algo grita dentro de mí, no sé qué es, la sensación de añoranza me invade por completo y por un momento desvío la mirada hacia sus labios mientras noto como rodea mi cintura con uno de sus brazos. No entiendo qué me pasa y no sé por qué siento esto, pero no me gusta.

Nikki

Rodea mi cintura tras los preliminares del baile y empezamos a bailar de verdad.

No sé si estoy respirando, pero el aire me consume. Se me eriza la piel cuando me noto tan cerca de él, con nuestras respiraciones sincronizándose por la cercanía de nuestros labios. Sigo hecha un flan y quiero matarme por ello. Me odio por ser tan... ¿débil? ¿Cuándo he sido yo débil? Hugo D' Lorian, ¿por qué has vuelto?

No aparto mis ojos de él, que le hacen en silencio mil preguntas mientras bailamos. Tengo el corazón en la boca y solo quiero salir de aquí corriendo para poder respirar.

Hugo

No me gusta no sentirme el dueño de mis emociones y, cuando rodeo su cintura, cuando la toco después de tantos años, está claro que no lo soy.

Igual que ha pasado cuando nos hemos mirado, ahora que estamos bailando, es como si no hubiera nadie más en la sala. Nikki me mira a los ojos, yo la miro a ella, y no hace falta más. Sé lo que siente porque es lo mismo que estoy sintiendo yo.

Desde que llegue aquí no pensé en la posibilidad de volver a verla o, simplemente, preferí no pensarlo, porque Nikki no es una chica: es mi chica, mi niña.

La niña que me tenía loco hace nueve años, mi amor de la infancia. Si está ella, no soy yo.

Serena

Yo ya no puedo más con esto. No puedo. No sé quién cojones será el puto DJ pero se le ha ido la pelota por completo. ¿Qué mariconada es esta de bailar así? Menos mal que no se le ha ocurrido apuntarme a mí con el foco ese

porque es que se lo traga.

Al que sí que ha jodido pero bien es a mi hermano, que no sé cómo ha accedido a participar en la chorrada esta. Cuando ya está a punto de acabar la canción, sin poderlo evitar, voy hasta la cabina y entro empujando la puerta con fuerza, haciendo que rebote contra la pared.

–¡Eh! ¡Tú! ¿Se puede saber que puta mierda de música es esta? –Me cruzo de brazos mirándolo realmente cabreada. O la quita él, o la quito yo.

–¿Y a ti qué te pasa? –Se gira a la vez que me pregunta, frunciendo el ceño.

Cuando se da la vuelta puedo fijarme en él con más detalle. Realmente no es el concepto DJ que yo tengo. Es un hombre joven, aunque me saca unos cuantos años, calculo que tendrá unos veinticuatro o veinticinco.

No entiendo por qué también lleva traje y máscara, se ve que la pijería aquí roza límites insospechados, tanto que hasta el propio DJ tiene que ir de etiqueta. A pesar de que lleva la máscara, parece que es guapo, muy guapo. Es alto, me saca un trozo y eso que los chicos suelen ser de mi altura. Se nota que tiene un cuerpo muy trabajado y musculado, de practicar deporte. El pelo marrón resalta su mirada del mismo color, y la barba le queda realmente sexy.

Frunce el ceño de nuevo, pero no se inmuta a pesar de mi notable cabreo.

Aprieto los labios y me cruzo de brazos señalando con la cabeza la cadena de música.

–Eso. Eso es lo que me pasa. ¿Qué mariconada es esta? Y ahora seguro que cuando acabe esta canción pondrás una de esas para que todos guarreen con todos, y ya no lo soporto más.

El tío suelta una carcajada antes de hablarme, como si le resultara divertida. Todo lo que tiene de guapo lo tiene de gilipollas, está claro.

–Esta mariconada es lo que toca ahora. Y después voy a poner más mariconadas antes de dejar que todo el mundo guarree de nuevo. ¿Cuál es el problema? Iba a preguntar por qué no bailas, pero... Me ahorraré la pregunta. Si no lo soportas, ya sabes dónde está la puerta, muñeca.

Para colmo me llama muñeca. ¿Quién coño se habrá creído que es?

Bien. Si no quiere quitar la música esa, que no la quite. Que ya me encargo yo a mi manera de que lo haga. Una idea pasa por mi mente y tengo que contenerme por no sonreír. El tío este me ha caído mal, igual que toda la gente de la fiesta, así que yo pondré el toque final. Estoy harta de esta gilipollez así que me quito la máscara, casi arrancándomela y cuando lo hago noto cómo me observa al detalle, fijándose en mi rostro con detenimiento.

–Gilipollas –siseo antes de girarme y le dedico al subnormal un corte de mangas. Qué pronto va a salir de ahí... Él y todos.

Salgo escuchando una última carcajada suya. Vamos a ver si dentro de cinco minutos se sigue riendo tanto.

Salgo de la cabina con una idea fija. Como llevo dando vueltas toda la noche por el salón, me ha parecido ver un detector de incendios justo al lado de la puerta. Voy hasta allí y, en efecto, a la derecha del marco está el detector.

Me aseguro de que en este momento no haya nadie mirando, la verdad es que están todos demasiado ocupados zorreando unos con otros. Enciendo el mechero acercándolo al detector y solo tengo que esperar tres segundos para que la alarma empiece a resonar con fuerza.

Salgo justo a tiempo antes de mojarme, ya que a modo de precaución tenían instalados sistemas de agua por todo el techo para que saltaran en caso de incendio. Salgo mientras la multitud empieza a gritar y a correr en todas las direcciones empapados, la verdad es que a más de uno le vendrá bien para el calentón. Cierro la puerta desde fuera para que nadie pueda salir y suspiro.

Ahí os quedáis todos, gilipollas. Quien ríe el último, ríe mejor.

Nikki

La canción está llegando a su fin. No quiero que acabe, porque eso significará tener que separarme de Hugo. Y también tener que enfrentarme a él, tener que hablarle, mostrarle cómo, seguramente, me tiemble la voz de nuevo al pronunciar una sola palabra. Y no quiero que se dé cuenta de mi vulnerabilidad. No quiero que vea lo que sigue provocando en mí. No es justo después de tanto tiempo.

La canción termina y trago saliva al percatarme de que tenemos que decir algo. Pero entonces, suena la alarma de incendios y el agua empieza a caer del techo, empapándonos a todos los presentes. Joder, mi vestido, mi pelo, mi maquillaje... Todo a la mierda. Me encojo a causa del agua y suelto un pequeño grito, pero no soy la única.

Mierda, ¿dónde están mis primos?

Hugo

Cuando la canción acabe sé que tendremos que hablar, aunque no sé exactamente qué decirle y eso nunca me pasa, yo siempre sé qué decir, cuándo y en el momento justo. Pero ver a Nikki nuevamente me ha pillado fuera de

juego por completo.

Cuando acaba la canción la veo tragar saliva, y me parece que voy a tener que ser yo el que dé el primer paso, ya que sé que ella no lo hará aunque se muera de ganas por saber, por preguntar.

Abro la boca para decir algo y acto seguido la alarma de incendio resuena por todo el salón y pocos segundos después el agua empieza a caer. Mi primera reacción es agarrarla de la mano, si hay fuego tenemos que salir de aquí cuanto antes, además todo el mundo está empezando a gritar y a correr de un lado para otro.

Analizo la situación buscando la salida con la mirada y cuando la localizo, tiro de Nikki con fuerza hacia allí antes de que empiecen a empujarnos.

Nikki

Todo el mundo se dirige hacia la salida. En otro momento me pararía a reírme de todas las chicas que van corriendo, pues casi todas tropiezan por llevar los tacones. Por eso, cuando Hugo me agarra de la mano y tira de mí hacia la salida, doy gracias a mi agilidad y experiencia con los tacones.

Se me encoge el estómago cuando siento su mano firme alrededor de la mía. Me está protegiendo. Otra vez. Pero cuando llegamos al vestíbulo y veo a

la gente salir corriendo, tengo la necesidad de salir de aquí más rápido que cualquiera. No tengo miedo porque haya fuego, para nada. Lo que tengo miedo es de enfrentarme a mis propios sentimientos, a mi pasado, a Hugo.

Por eso, me quedo parada en el vestíbulo mientras la marea de gente corre hacia el exterior. Le miro fijamente a los ojos. Si pudiesen temblar, los míos lo estarían haciendo, como el resto de mi cuerpo, que aún no se ha recuperado.

Quiero decir algo, pero la voz no me sale. Y me acojono. Juro que me acojono al ver que es real, que lo tengo aquí delante de mí después de tantísimo tiempo. Y es por eso por lo que suelto su mano sin decir nada y huyo hacia el exterior con el resto de gente, buscando bocanadas de aire fresco.

Hugo

Para colmo, al parecer la puerta se ha quedado atrancada, pero justo cuando nosotros llegamos consiguen abrirla de una patada y una avalancha de alumnos sale corriendo al vestíbulo.

Aprieto la mano de Nikki, sin hacer caso de la opresión que tengo en el estómago desde el momento en que la he rozado. Por fin conseguimos salir al vestíbulo, ya veo el exterior, así que estamos a salvo. Me giro aún con su mano fuertemente apretada, ha llegado el momento de decirnos algo, pero,

¿qué?

Ha pasado tanto tiempo... Ya no somos esos niños de diez años que jugaban en el parque, ella no es la niña de las trenzas ni yo el niño que se las cortó. Hemos crecido y, sin embargo, me siento como si estuviera nuevamente allí, preparado para atacar, aunque esta vez no sea con las tijeras en mano y mis intenciones sean otras.

Nuevamente me preparo para hablar cuando siento cómo Nikki se desprende poco a poco de mi mano. Alzo la vista para mirarla y juraría que sus ojos me están hablando, veo miedo en ellos. ¿Miedo de que? ¿De mí? Lo dudo. No me muevo, soy incapaz de dar un paso, pero tampoco puedo dejar de mirarla.

Ambos sabemos el porqué de ese miedo. A veces el pasado sacude muy fuerte, y está claro que Nikki es mi huracán particular. La veo salir corriendo, se mezcla con el resto pero yo la sigo distinguiendo, siempre lo haría. De todos modos, si ella estaba en esta fiesta es porque también está matriculada aquí, Brown, cómo no, así que no tardaremos en volver a encontrarnos, y esta vez no habrá escapatoria.

Bruno

La canción acaba y tengo que separarme de la pelirroja. Siento un enorme alivio cuando deja de tocarme y mi cuerpo se relaja un poco. Voy a girarme para marcharme, pues ya no tengo que bailar más. Voy a ir a la cabina a cargarme a Marco, pero la alarma de incendios suena, alarmando a todo el mundo. ¿Un incendio? Me cago en la puta, empezamos bien.

El agua nos moja a todos. Si no fuese por la situación, disfrutaría de ver a las tías empapadas, con los vestidos pegándose a sus cuerpos. Pero ahora lo que hay que hacer es salir de aquí echando hostias, por si el incendio es de verdad.

Mi mirada se dirige una última vez a la pelirroja que tanta repulsión y a la vez atracción me causa. Su máscara no es como la de la mayoría de las chicas, que le tapa de nariz hacia arriba, sino que al ser negra y transparente, sus facciones se distinguen a la perfección. Y eso es lo que más me desconcierta, el que sus facciones me resulten tan familiares.

Y entonces entiendo el porqué de todo, cuando vuelvo a clavar mis ojos en los suyos. Ya sé por qué me vienen insultos a la cabeza al verla, ya sé por qué me tenso, ya sé por qué la odio y por qué me atrae.

–Mierda –Murmuro, me doy la vuelta y me dirijo hacia la salida, dejándola ahí.

Mia

Por fin la canción acaba y tenemos que separarnos. Me incomoda el modo en que me está mirando el chico, como si me odiara. Además durante toda la canción ha estado tenso, muy tenso, hasta que se separa de mí y lo veo relajar los músculos.

No tengo tiempo de pensar más, la alarma de incendios suena y a los pocos segundos comienza a caer el agua del techo, empapándome por completo. Joder. Mi precioso vestido, mi pelo y mi maquillaje se van a la mierda. Para colmo todos gritan y empiezan a correr.

Tengo que hacer lo mismo y salir de aquí cuanto antes, pero antes de hacerlo miro de nuevo al chico que bailaba conmigo y juraría que lo hacemos justo a la vez. Nuevamente me dedica esa mirada intensa, me traspasa lleno de odio, y es eso justamente lo que me resulta tan familiar, pero no soy capaz de recordar nada. <<Mierda>>, le escucho sisear al tiempo que se da la vuelta. No tengo tiempo de pensar más, una voz conocida me grita.

–¡Vamos, Mia! –Noto cómo me aprietan fuertemente de la mano tirando de mí con fuerza hacia la salida, y es entonces cuando distingo a Damon abriéndose paso entre los alumnos para poder salir, conmigo de la mano pero, sin poderlo evitar, busco con la mirada al chico que acaba de bailar conmigo.

¿Quién es y por qué coño me suena tanto? ¿Por qué me mira con ese odio?

Capítulo 5

Por segunda vez

*“La mejor manera de librarse de la tentación
es caer en ella”.*

(Oscar Wilde)

Nikki

“–Desde luego que eres un buen partido. Tu tía debe de estar muy orgullosa de ti –La amiga de mi tía no ha parado de elogiarme desde que me pilló por banda. Y me encanta.

–Lo estoy –Afirma mi tía Dianne–. Nikki siempre se ha interesado por mi trabajo, y no sabes cuánto me complace ver que tiene un gran talento para la moda.

–Dianne, querida, no sabes cuánto me alegro por ti. Qué orgullo –Christina sigue elogiándome–. Ojalá mi hija fuera así de espabilada y

talentosa. Katy es una negada para casi todo lo que se propone. No sé qué hacer con ella, de verdad –Me mira y me señala con la palma de la mano de arriba abajo–. Y encima te veo a ti y me hundo aún más. Eres espléndida, Nikki.

–Muchas gracias, Christina –Sonríó ampliamente. Me gusta que mi tía esté orgullosa de mí, y más aún que el resto de gente me aprecie. Soy la única chica de la familia, por lo tanto la única que se ha interesado en el trabajo de mi tía. Ser diseñadora de moda es increíble. Y la verdad, no veo a Dylan o a Damon desfilando, siendo entrevistados por revistas de moda, diseñando... No sé, llamadme loca o algo, pero no los veo.

–No tienes que darlas –Christina sigue hablando durante un buen rato más, quejándose de su hija, la cual parece ser una completa inútil, y admirando todo lo que llevo conseguido hasta ahora. Llega un punto en el que creo que si sigo escuchándola, voy a explotar, así que amablemente, interrumpo la conversación.

–Disculpadme, pero voy a ir al servicio –Miento y, con una sonrisa, me aparto de ellas.

Dejo mi copa de champán vacía sobre una de las mesas que adornan el jardín, y me dirijo hacia el interior de la casa para huir un poco de toda la gente. A pesar de que me gusta estar rodeada de personas, necesito un

respiro. Ha venido muchísima gente a esta fiesta, y he tenido que hablar con casi todos los invitados. A los que más rato les he dedicado ha sido a las familias amigas: los D'Lorian y los O'Connor, a pesar de que a Cesar y Emily D'Lorian no creo que les agrade mucho verme. Aun así yo mantengo la compostura y soy cordial con ellos, que se note quién tiene educación y quién no. Aunque a veces me cueste mantenerla. Con los O'Connor siempre me he llevado bien, exceptuando a Roy, al cual no soporto. Menos mal que su hermano Scott y yo nos llevamos de maravilla y cuando Roy me molesta delante de él, impide que la cosa llegue más lejos. Da gusto que uno de los O'Connor me aprecie de verdad. Bruno no es que no lo haga, es que le soy indiferente.

Aprovecho que he usado el servicio como excusa para entrar de verdad en él. Pero no voy al de invitados, sino que subo hasta mi habitación para usar el mío propio. Me retoco el maquillaje un poco volviendo a perfilar mis ojos azules, y me pinto los labios otra vez de color rosa palo. A otra chica este color le quedaría demasiado infantil, pero a mí me da un toque muy sexy. Giro sobre mis tacones negros para verme por completo en el espejo. El vestido verde que llevo es una preciosidad, y aunque no me guste demasiado este color, he de admitir que me sienta de maravilla.

Una vez satisfecha, salgo de mi habitación ahuecando mi pelo corto, y ahora liso, con los dedos.

–Vaya con la niñita pija –Me sobresalta una voz en cuanto salgo de mi cuarto. Roy está apoyado en la pared junto a la puerta, con los brazos cruzados. Dejo mi pelo quieto y resoplo al verle.

–¿Qué coño haces aquí? –espeto. Con él no me molesto en guardar mis formas, ya que Roy tampoco lo hace.

–Soy un invitado, te lo recuerdo –responde con sorna, clavando sus ojos azules en los míos. Siempre he pensado que Roy es guapo, muy guapo. Tiene un buen cuerpo a sus veintiún años, un rostro duro, atractivo. Y lo sabe. Pero es gilipollas. Y también sabe que lo pienso, pues se lo he dicho demasiadas veces.

–No se te escapa una, ¿eh? Me refiero a qué haces en esta planta. En la puerta de mi habitación. Pensaba que ibas a tardar un poco más en buscarla, pero ya veo que ni siquiera tú te resistes.

Alza una ceja y esboza una pequeña sonrisa. Es raro verle sonreír, nunca lo hace.

–Ya quisieras tú que me metiese en tu habitación o, concretamente, en tu cama –responde. La conversación nunca se había tornado tan divertida. Habíamos bromeado acerca de esto, pero siempre acabamos casi tirándonos de los pelos. Y ahora parece que hasta es... eso, divertido. Y también raro, la verdad.

–¿Quién sabe? Podría estar bien –Me humedezco los labios casi inconscientemente y entonces sucede algo que nunca había presenciado.

Roy ríe. Suelta una carcajada espontánea, nada que ver con las falsas que ya le he escuchado antes. Se ríe de verdad y sigue sonriendo cuando me mira.

–Thompson, ¿me estás tirando los trastos? –pregunta. ¿Lo estoy? Claro que no. Descruza los brazos y se yergue, mirándome. Estamos a unos pocos pasos de distancia.

–Ya quisieras, O’Connor –Ahora soy yo la que sonrío. Me apoyo en la puerta de mi habitación, cruzando los brazos–. Eres tú el que ha subido hasta mi habitación.

–Será por lo accesible que pareces –Da un paso hacia delante. Ya estamos.

–Si lo dices por lo simpática que soy –Que evidentemente no lo dice por eso-, es porque aprendo de ti. Ya sabes, eres la persona más simpática del mundo, así que algo se me tenía que pegar, ¿no? Pero si lo dices porque consideras que me abro de piernas fácilmente... –Me humedezco los labios nuevamente, y no se me pierde el detalle de que Roy los observa con cautela–. Tendrás que comprobarlo tú mismo.

–Niña, si sigues provocándome así...

–¿Qué? –Interrumpo a la vez que suelto una carcajada–. ¿Vas a caer rendido a mis pies? ¿Vas a descontrolarte y a empotrarme contra la pared? No me digas... El duro de Roy O’Connor derritiéndose por Nikki Thompson. ¿Quién iba a decirlo?

A Roy se le borra la sonrisa de la cara y ahora muestra su expresión habitual, seria y dura. Y así es como acabamos siempre. Ahora empezaremos a gritarnos, para variar, y alguien tendrá que intervenir si no quieren que nos matemos aquí mismo.

Aprovecho que aún no ha respondido para volver a hacer una pregunta.

–¿Vas a decirme qué coño haces en mi habitación, Roy?

–Iba a preguntarte una cosa, pero ahora te vas a quedar con las ganas – responde–. Con las mismas de que te empotre contra la pared.

–¿De verdad te crees que tengo ganas de que eso suceda? –Hago una mueca–. Por favor, antes me tiño el pelo de azul.

Pero es inevitable tener esa imagen de Roy y mía en la cabeza. Y no está nada mal. Es más...

–No estarías nada mal disfrazada de pitufo.

–¿Ahora quién le tira los trastos a quién? –Enarco una ceja. Qué manera

más especial tenemos de discutir, de verdad. Roy se acerca lentamente hasta quedar a unos pasos de mí, que sigo apoyada en la puerta. Pero no me muevo.

–Sigue soñando, Nikki –pronuncia mi nombre lentamente, provocando que tenga que apretar la mandíbula–. Pero no me van las fulanas como tú.

–No se te ocurra volver a llamarme puta en mi propia casa, Roy –Ahora soy yo la que se detiene en cada letra de su nombre, haciendo que sea él el que se yerga–. No se te ocurra volver a insultarme. Precisamente tú, no.

–¿O si no, qué? ¿Tanto te molesta la verdad? Venga ya, seguro que hasta tienes una lista de todos los tíos que se han rebozado contigo en la cama.

No sé por qué, pero me molesta demasiado que Roy insinúe que soy una puta de tres al cuarto. Y más aún teniendo en cuenta que a mis dieciocho años sigo siendo virgen. No le he dado a ninguno el privilegio de tenerme en su cama y no precisamente por falta de candidatos. Pero eso Roy no lo sabe.

–Tienes mi teléfono. Cuando quieras que te suelte un par de billetes, me llamas.

Colma el vaso. Mi mano estampa en su rostro, girándole la cara. Roy traga saliva y aprieta la mandíbula con muchísima fuerza. La he cagado, pero me da igual.

La respuesta no se hace esperar. Se lanza contra mí, pero de tal manera que la puerta se abre y los dos caemos hacia atrás. Ahora ambos nos encontramos en el suelo de mi habitación, y no en una postura muy decente: yo bocarriba y Roy sobre mí. Genial, es lo que nos faltaba.

Pensaba que Roy iba a levantarse en seguida, pero no. Su cuerpo presiona el mío, y... me sorprende ver que no me molesta. Sin embargo, estoy muy cabreada con él.

–¡Apártate! –espeto, empujándole con las manos, pero es como intentar mover una pared.

–¿Me has pegado una bofetada y piensas que vas a salirte de rositas? – Sé que no, pero, ¿qué va a hacerme?

–¿Y qué vas a hacerme? –pregunto en voz alta–. ¿Vas a pegarme? Qué varonil.

–Eres una zorra. Me das asco.

–No, no soy una de tus chicas –Ataco–. Nunca voy a serlo.

–¿Ah, no? –Se eleva un poco más, apoyado en el suelo con las palmas de sus manos a ambos lados de mi cuerpo, quitando así presión.

–Jamás. Eres tú el que me da asco a mí.

Sonríe de medio lado de una forma que hace que me estremezca. Y no por

miedo. Oh. Joder. Mierda. Roy vuelve a presionar nuestros cuerpos, centrándose en la zona inferior. Será cabrón.

–Sabes que está la puerta abierta, ¿verdad?

–Todo el mundo está abajo en la fiesta –responde con tranquilidad, y vuelve a apretar su cuerpo contra el mío. Tengo que contenerme por no dejar escapar un jadeo.

–Apártate, Roy.

–No.

–Que te apartes, joder. No me gusta a qué estás jugando.

–Lástima.

–O'Connor, si no te apartas te juro que...

–¿Qué? Venga, rubia, enséñame qué me vas a hacer si no me aparto.

Podría perfectamente pegarle otra bofetada, pero no sería tan satisfactoria como la anterior. De nuevo, hace presión con el bulto de su pantalón. Así que quiere jugar a esto, ¿no? Pues va a ver que yo juego mejor.

Giro mi rostro y clavo mis dientes en su brazo con muchísima fuerza. Eso hace, además de dejarle marcados mis labios en la camisa, que se queje,

soltando un “hija de puta” de por medio. Aprovecho el momento en que su brazo flaquea para enredar mis piernas entre las suyas, impulsarme y girar.

Ahora es Roy el que está en el suelo, y yo sobre él. Pero está sonriendo. Mueve la pierna y le da una patada a la puerta, cerrándola. Después lleva sus brazos tras la cabeza, recostándose así. Al estar sentada sobre él, el vestido se me ha subido hasta los muslos. Su vista se desvía hacia ellos, pero después vuelve a mirarme a los ojos en la misma postura. Enarco una ceja.

–¿Qué vas a morderme ahora, niña? –pregunta. Y la imagen que pasa por mi mente no es precisamente buena–. Perro ladrador, poco mordedor.

–Creo que acabas de comprobar que sí muerdo.

–Los bocados se devuelven. Lo sabías, ¿no?

–No se te ocurra ponerme la boca encima o te quedas sin ella.

–Tú has empezado.

–No. Has sido tú quien ha empezado esta mierda –Y ahora me toca a mí. Sentada sobre él no es tan difícil ejercer presión entre nosotros. Roy aprieta la mandíbula, pero es inevitable que se le escape un gemido ante tal contacto. Yo sonrío satisfecha ante su mirada de odio–. Perdona, ¿qué has dicho?

Vuelve a gemir cuando presiono otra vez. Paso mi uña pintada de verde

por su pecho, bajando hasta el estómago por encima de la ropa. Su bulto es ahora más prominente.

–Joder –espetá. Y en un abrir y cerrar de ojos me encuentro de nuevo en el suelo con él encima de mí–. Te lo has ganado.

Su boca se desliza hasta mi cuello y no duda antes de morderlo, también con fuerza. Joder, eso va a dejar marca. Por desgracia, se me escapa a mí un gemido.

–¡Roy! Aparta tu jodida boca de mi cuello o te...

Lo hace. Aparta la boca de mi cuello para posarla en mis labios y callarme. Nada de delicadeza. Roy devora mis labios como si estuviese sediento, y me sorprende a mí misma correspondiéndole. Mierda. ¿Qué estoy haciendo? Mis manos intentan apartarle, empujándole, pero mis labios siguen moviéndose al compás de los suyos, profundizando el beso. Su lengua no tarda en abrirse paso para buscar la mía con ferocidad, y la encuentra, porque ya estaba esperándole.

Al ver que sigo forcejeando, Roy agarra con una mano las mías, las eleva por encima de mi cabeza y las sujeta ahí, apretándome las muñecas. Y sigue besándome. O bueno, seguimos besándonos.

No sé cuánto rato nos pasamos así, devorándonos el uno al otro. Solo sé

que, cuando se aparta, estoy sin aliento. Tengo ganas de pegarle un buen puñetazo, pero también de volverle a besar.

–¿No decías que te doy asco, Nikki? –pregunta el muy cabrón, relamiéndose después los labios, y soltando mis manos.

–Me has besado tú –replico–. Por si no te has dado cuenta.

–Pero me has seguido el beso.

–¿Acaso tenía otra opción? –Bufo.

–Podrías haberme mordido.

–¿Cómo, así? –Coloco mis manos en su nuca y le empujo la cabeza hacia mí. Atrapo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él. Roy gruñe al separarse.

–No, así no –Vuelve a gruñir como un animal.

–Entonces, ¿cómo? –Sonrío relamiéndome los labios.

–De ninguna manera.

–¿Por qué?

–Porque me dan ganas de volver a comerte la boca.

Y lo hace. Vuelve a besarme.”

Me quedo mirando a Roy mientras duerme, envidiándolo por poder hacerlo. Al parecer una noche de insomnio no es suficiente para torturarme, por lo que dos noches es lo que me toca.

Me he pasado la noche recordando una y otra vez nuestro primer beso. Después de ese nada cambió a mejor entre nosotros. Seguimos picándonos, enfadándonos, gritándonos, odiándonos... Pero a eso se le añadió el tirarnos los trastos, las escapadas a un rincón para enrollarnos tras discutir y después fingir que no había pasado nada... Hasta que me enamoré de él. Y más tarde empezamos a salir. Aunque aún siga ocultádoselo a mi familia, excepto a mis primos.

Vuelvo a recordar la escena por séptima u octava vez.

Pero no hay manera, esos puñeteros ojos verdes ocultos tras la máscara no dejan de atormentarme.

Capítulo 6

Todo comienzo tiene su encanto

*“Toda historia tiene un gran final,
pero en la vida,
un final es el comienzo de algo nuevo”.*

(Anónimo)

Bruno

Por desgracia para el mundo, he dormido una mierda, lo que acrecentará mi ya habitual simpatía. Me cuesta muchísimo salir de la cama cuando el despertador suena, a pesar de llevar horas despierto. Una ducha para

espabilarme no me vendrá nada mal, es más, la necesito.

Podría arreglarme y dar una buena impresión el primer día de universidad, pero eso sería muy poco yo, por lo que me pongo un chandal gris, dejándolo caer sin abrochar en mis caderas, a la altura de los oblicuos. De esta manera se ve el elástico de los bóxers de Calvin Klein. Una sudadera y, por supuesto, una gorra hacia atrás. Y a tomar por culo.

Una vez listo voy a la habitación de mi hermana, pues es capaz de haberse quedado dormida en su primer día de universidad. Preparado para entrar en la boca del lobo, abro. Sin llamar, que se noten los modales.

–Serena, ¿estás lista? –Un libro sale disparado hacia mí en cuanto entro, y lo esquivo de milagro. Mi hermana va como siempre: pantalones vaqueros rotos, camiseta blanca con escote, complementada con una camisa de cuadros roja y azul marino y unas Vans. Todo por cortesía mía. Apenas se maquilla, y sigo sorprendiéndome al verla así. Qué asco le darán las “amistades” que tengo...

–¿Tú no entiendes el concepto de “llama a la puerta antes de entrar”? – espeta–. Joder, no es tan difícil –Resopla y coge su bandolera azul marino–. Y sí, estoy lista.

–Creo que en las normas de convivencia no está permitido el tirarle libros a tu casero, pedazo de animal. Anda, vamos a desayunar algo antes de irnos.

En ese momento llaman al timbre, por lo que resoplo. ¿Quién coño es a estas horas? Dudo que sea Marco, pues habíamos quedado en vernos directamente en la universidad, que para algo es profesor y tiene que llegar antes, al menos hoy.

–Te espero abajo –Bajo las escaleras con tranquilidad y abro la puerta.

Me encuentro con un tío vestido de traje, con pinganillo incluido. Es enorme, un armario cuadrado con una musculatura increíble. Y sé en seguida quién es. Alzo una ceja y cruzo los brazos, apoyándome en el marco de la puerta.

–Sabes que has perdido el tiempo viniendo, ¿verdad?

–Señor O’ Connor, soy Ken, a partir de ahora seré su guardaespaldas mientras que usted acude a la universidad –informa con voz grave, ignorando mi comentario.

–Como he dicho, pierdes el tiempo. No necesito un guardaespaldas. Es más, te tumbaría yo a ti antes de que siquiera me tocases un pelo. Sé defenderme solito –Me dispongo a cerrar la puerta, pero Ken lo impide dando un paso adelante.

–Señor, su padre piensa que...

–Dile a mi padre que se meta sus pensamientos por el culo –Mal hecho,

Bruno, mal hecho—. Y que me deje al menos ir a la universidad tranquilo. Nadie va a intentar matarme —Esto de ser el hijo del gobernador es un asco.

Mi hermana se coloca a mi lado, y sé que ha estado presente desde el primer momento. Repasa al guardaespaldas de arriba abajo, con su fría mirada altiva que intimidaría a cualquier hombre.

—A mi hermano no le va a pasar nada en la universidad —Corrobora—. Dígale a ese señor que su hija, la repudiada, lo está cuidando. Buenos días — Con la pierna, le cierra la puerta en las narices.

Me contengo para no reírme en la cara de Ken, pero en cuanto Serena cierra la puerta, lo hago. Sé que lo odia, pero le revuelvo el pelo y le beso la frente antes de ir hacia la cocina.

—Vamos a desayunar, repudiada. Este cuerpo tiene que comer algo para no estar de mal humor —Cosa imposible, ya que siempre lo estoy. Me dedica una media sonrisa de esas que son solo para mí, ya que no sonrío habitualmente, y me sigue—. Un guardaespaldas —Mientras preparo el desayuno, pienso en voz alta—. Parece mentira que sea mi padre. Qué poco me conoce...

Serena se sube de un salto en un taburete, esperando para comer, en lugar de ayudar. Frunce el ceño ante lo que digo, mirándome.

—Bruno, precisamente porque te conoce es por lo que lo hace. ¿O no te das

cuenta de que ese hombre vive por y para joder? Si te ha puesto un guardaespaldas es porque sabe que te va a molestar y quiere tener motivos para... discutir contigo.

Gruño al comprender que tiene razón mientras sirvo el desayuno.

–Estoy hasta las narices de él. Bueno, no quiero seguir hablando de papá. Come y nos vamos.

Asiente y alza una ceja mientras coge una tostada y la muerde. Me conoce demasiado bien, y no se le ha pasado por alto mi tono de voz.

–¿Tienes prisa por ir?

–No. Ninguna –digo firmemente, aún masticando. Ella asiente de nuevo, manteniéndome la mirada, escrutándome con ella.

–Entiendo –Con eso ya me ha dado a entender que no me cree. Se sirve zumo y se lo bebe de un trago, para dejarlo después con fuerza en la encimera. Ruedo los ojos. Paso de darle explicaciones.

–Anda, vámonos –Dejo todo como está, ya lo recogeré más tarde–. Por cierto, ¿vas a querer algún medio de transporte?

–Sí, ya tengo miradas varias motos, solo falta decidirme por una. Pero tranquilo, yo la compro.

Abro el coche para subirnos a la vez que alzo una ceja.

–No vas a decirme de dónde has sacado suficiente dinero como para comprarte una moto, ¿verdad? –Me guiña al mismo tiempo que entra en el coche.

–Touché.

–De acuerdo. Me imagino que no tendrás precisamente poco dinero ahorrado... Guárdatelo, Serena. Yo te compraré esa moto. Y lo que quieras, lo sabes. Hazme un favor y no toques ese dinero, sea la cantidad que sea –Sabía que cuando dije que no tenía nada, mentía.

–¿Por qué dices eso? –Frunce el ceño.

–Porque sí. Porque... –Pensaba mentirle, pero es una gilipollez hacerlo, así que confieso—. Porque nunca se sabe cuándo papá va a dejarnos... dejarme sin nada. No sé cuándo me hartaré de todo, me cansaré de aguantar lo que aguanto, y mandaré mi vida a la mierda. Necesitamos una reserva, por pequeña que sea, ¿de acuerdo?

Tuerce el gesto en una mueca, mezcla de rabia e impotencia. Mira al frente y asiente.

–Está bien, no lo tocaré.

–Bien –Es lo más parecido a “gracias” que puedo decir.

Y ahora, rumbo a Brown.

Cuando he aparcado, tanto Serena como yo observamos el campus con atención. Mi Ferrari llama muchísimo la atención, van a tener que acostumbrarse a cierta gente que asistimos a esta universidad. Los Thompson, los O' Connor y ahora, el D' Lorian, que también es universitario, venimos aquí. Algunos como primer año, otros llevan ya (como mi primo), varios. Y ninguno prescindimos de lujo.

Salir del coche y que me reconozcan, ya que mi hermana ha estado varios años fuera de la prensa, llama incluso más la atención que mi coche. Me gusta que me miren, no lo niego, pero no por el motivo por el que muchos lo hacen. Las chicas sé que, la mayoría, tienen otro motivo para hacerlo... Son todas unas guarras moja bragas que solo piensan en que las lleve a la cama. Y seguramente muchas lo conseguirán.

–Bueno, tú vas para otro lado, ¿no? –Le digo a mi hermana, colocándome a su lado. Yo voy hacia la facultad de derecho y ADE, y no precisamente entusiasmado.

–Sí, yo voy a la facultad de medicina que está en la otra punt...

–Morena, que ese culo no pase hambre –Un subnormal la interrumpe, mirándola con cara de baboso. No le contesta, ya que una mirada suya basta para que se ponga serio y siga su camino.

–Como te decía, está en la otra punta, así que nos vemos a la hora de comer.

–Sé buena, anda –Me despido con rapidez de ella, dándole un beso en la cabeza, y echo a andar hacia mi parte del campus, alejándome de mi hermana.

Cuando paso por al lado del tío que le había dicho eso, le doy un empujón con el hombro y lo miro por encima de él. Eso será suficiente. Y me contengo por no hacer lo mismo con los tíos que le gritan guarradas a mi hermana mientras se aleja de mí.

Nikki

Si no fuese porque el despertador es mi propio iPhone, le daría tal manotazo que necesitaría comprarme uno nuevo. Por lo que no me queda más remedio que levantarme. Odio madrugar, de hecho, ¿hay alguien que no lo odie?

Solo saco dos cosas buenas de este día. Es el primer día de universidad, y estoy frenética, por lo que el salir de la cama se me hace un poco más agradable. Y además, es momento de empezar una nueva etapa en mi vida. Adiós al instituto, adiós a mi antiguo expediente (no precisamente bueno).

Con un gran bostezo, nada propio de una señorita, me estiro y me levanto

para darme una buena ducha. Odio ducharme a estas horas de la mañana, me da pereza, pero necesito relajarme antes de irme, o si no me dará uno de mis famosos ataques de hiperactividad. Estoy demasiado emocionada. El agua me ayuda, por lo que cuando salgo de la ducha estoy más calmada.

Y ahora llega la parte más difícil de la mañana. ¿Qué me pongo? Mi enorme vestidor contiene gran cantidad de ropa perfectamente ordenada. Podría ponerme cada día un modelito distinto y no repetiría nunca, pero aún así me cuesta decidir qué ponerme. Tras mirar mi ropa dos veces, termino sacando un precioso vestido de manga sisa de color blanco, con un estampado floral en tonos rosa oscuro y verde. Me pongo también una chaqueta beige, y acompaño al conjunto con un cinturón marrón de hebilla ovalada, grande y con un bonito relieve, un collar largo, también marrón, un bolso del mismo color y unos pendientes rosas. El vestido es corto, bastante por encima de las rodillas, con un escote bonito que no deja ver nada, tan solo insinúa mis pechos. Por último, unos tacones altos de, también, estampado floral. No soy muy alta, por lo que los tacones me estilizan muchísimo.

Mi melena, de nuevo corta, lisa, con varios mechones de los extremos hacia atrás, formando una trenza a modo de tupé. Me maquillo, pero nada exagerado, sino natural, me echo colonia y me miro en el espejo varias veces. Perfecta.

Cojo todo lo necesario y miro el reloj antes de bajar a desayunar. Una hora y cuarto desde que me he levantado hasta que he estado lista.

Dylan ya está en la cocina devorando unas tortitas cuando me ve entrar por la puerta y sonrío ampliamente.

–Buenos días, princesita –Se relame el sirope de chocolate y yo le doy un gran beso en la mejilla–. Estás espléndida.

–Como siempre –Recalco–. Buenos días, guapo. ¿Quedan tortitas para mí o te las has tragado todas?

–Ahora mismo te hago más –Alzo una ceja. Está claro que no piensa ponerse a cocinar él. Es Sophie la que se encarga de preparar más tortitas, y Dylan de echarles sirope de chocolate por encima. Me pone cubiertos, una servilleta y un zumo de naranja. Pues sí que tiene que estar contento hoy para hacer todo esto, ya que hay muchas veces que ni come por tal de no sacar nada.

Mira todo y juro que si fuese un dibujo animado, ahora mismo tendría una bombilla iluminada sobre su cabeza, pues acaba de acordarse de algo más. Va a la nevera principal y saca dos fresas, las cuales coloca en mi plato, y sonrío satisfecho. Qué bien me conoce. A él, en cambio, le gustan con sirope de manzana.

–Eres el mejor –Le guiño y empiezo a desayunar.

–Procura que Damon no te oiga decir eso.

A Dylan le gusta irse en su coche, un espléndido Bugatti, por lo que tengo la limusina entera para mí. Yo también iría conduciendo mi propio vehículo, si tuviera, claro. Pero da igual, porque me encanta llegar en esta preciosidad tan elegante.

La gente mira la limusina cuando para en el campus, y empiezan a cuchichear. Louis se baja del asiento de conductor y me abre la puerta.

–Señorita –Indica con un gesto de la mano que puedo salir, y lo hago de manera que llame más la atención, tal y como me gusta. Casi puedo escuchar la canción *Fashion* de Gaga sonar mientras saco mis piernas del coche, y después el resto del cuerpo con gracia y agilidad. Todas las miradas posadas en mí. Oh, sí.

El sol me molesta al salir, haciendo que entorne un poco los ojos, sin perder la sonrisa. Busco las gafas de sol en el bolso, me las pongo y me despido de Louis con una sonrisa antes de echar a andar por el campus, ahuecando mi pelo. Las comisuras de mis labios ensanchan mi sonrisa al escuchar los comentarios de la gente.

–Es ella. Es Nikki Thompson –Sí, soy yo.

–Menudo tipazo. Y qué ropa... –De la más cara, guapa.

–Joder, cómo está –Esta vez escucho a un chico–. Le daba por todos lados.

–Antes me la he llevado yo a la cama –dice otro, y sus amigos echan a reír casi a la misma vez que yo suelto una carcajada. Ilusos.

Comienza mi primer día de universidad, y de muy buena manera. Allá vamos, Brown.

Mia

Mi entrada en el campus ha sido absolutamente triunfal. Todos, absolutamente todos, me han mirado. Y no es para menos, con el modelito que he elegido para mi primer día. La falda de color azul se ajusta perfectamente a mi cintura y me hace un culo de infarto, además de que es bastante por encima de las rodillas y resalta mis kilométricas piernas. Llevo una camiseta, metida por dentro de la falda, degradada en distintos tonos entre el azul y el verde, lleva escote de pico, lo que insinúa mis pechos de forma sensual y deja descubierta parte de mi espalda. Las sandalias de color marrón que me he puesto con un tacón bastante alto, solo me estilizan aún más y van a juego con el bolso. Realmente, aunque no me hubiese vestido así, llamaría la atención

del mismo modo, ya que la combinación entre mi pelo y mis ojos es demasiado atractiva. Mi melena pelirroja brilla con la luz del sol, mientras subo las escaleras de la entrada principal de la universidad, por no hablar de mis ojos verdes, perfectamente maquillados y perfilados, que parecen aún más grandes de lo que ya son y destacan por encima de todo.

Cuando atravieso las puertas de Brown, dibujo una sonrisa de medio lado al tiempo que todos se giran para mirarme. Cuando comienzo a caminar por el larguísimo pasillo entre los miles de estudiantes de Brown, me siento como en una película. Mis caderas se mueven con sensualidad, al mismo tiempo que mi melena. Solo falta la música de fondo. Me encanta que todos se aparten para dejarme pasar y que a la vez me coman con la mirada. No me hace falta girarme para saber que todos lo siguen haciendo. Los comentarios vuelan y a mí no se me escapa uno. Hago resonar mis tacones con fuerza y mantengo la mirada al frente, sin detenerme a mirar a nadie en particular, pero sin borrar la sonrisa de mi rostro.

Sigo caminando con la misma seguridad hasta prácticamente el final del pasillo. Me detengo para echar la vista atrás un segundo y comprobar que, como ya sabía, todos me miran con la boca abierta. Cuando lo hago, se ponen firmes y miran hacia otro lado, pretendiendo disimular. Suelto una carcajada y me giro de nuevo para coger de mi bolso un pequeño espejito en el cual me retoco el gloss de los labios. Y es solo entonces cuando distingo por el espejo,

a tan solo unos metros detrás de mí, apoyado en la pared, a ese chico. Sin pensarlo, me giro por completo para mirarlo directamente a los ojos. Esa mirada la conozco, pues no es la primera vez que me mira de ese modo.

Aunque con la máscara puesta ya se podía apreciar que era guapo, ahora es indescriptible. Esas facciones duras, su mirada oscura, tan intimidante y sensual, tan odiosa y atrayente. Sin darme cuenta lo he repasado con la mirada de arriba abajo, de abajo arriba. Esos oblicuos y la forma de llevar la gorra deberían ser un pecado divino y, en fin, aquí está. Sin embargo no me gusta el modo en que me mira, como si se creyera superior, como si quisiera intimidarme, como si... me odiara.

De nuevo, clavo mis ojos verdes en los suyos oscuros y alzo la barbilla de forma altiva, colocándome el bolso, lista para girarme de nuevo y seguir mi camino, algo aturdida. Me cuesta empezar a caminar. Noto su mirada clavada en mi nuca y eso hace que me ponga nerviosa. Sí, nerviosa. Me ha mirado toda la universidad y estoy encantada, sin embargo, él... ¿Qué coño me pasa con ese tío? Me suena de algo, y parece que él me conoce también por su forma de mirarme. ¿No será que sabe...? No, imposible. Nadie lo sabe.

De pronto me tenso, y sé que se está acercando a mí. Me he quedado clavada en el sitio y soy incapaz de moverme ahora que sé que está a tan solo unos centímetros. Entonces lo noto. Noto su hombro rozar mi brazo desnudo.

La piel se me eriza y trago saliva inconscientemente. Sin poder evitarlo, lo miro y, cuando creo que va a seguir su camino, se gira para mirarme él a mí.

De nuevo clava esa mirada fría e inexpresiva en mí, pero se torna en un gesto de disgusto y sigue andando. ¿Pero qué coño le pasa a ese tío conmigo? Si tan mal le caigo, ¿por qué se toma tanta molestia en que lo sepa?

Bruno

Mi clase no está muy lejos, por lo que en unos minutos estoy ahí. Ya hay bastante gente, y las filas de atrás del todo están ocupadas. La clase está estructurada de manera sencilla: hay unas escaleras en medio del aula, y a los lados filas de asientos contiguos. Me dirijo hacia atrás del todo, ignorando a la gente, y llego al final. Me quedo mirando a un par de chicos y chicas, y ellos hacen lo mismo que yo.

–Apartad –Les digo. Me miran incrédulos, y es uno de los chicos el que responde.

–¿Perdona? –dice–. ¿Por qué? Hay más asientos.

–Me da igual. Apartad.

–No pienso quitarme –replica de nuevo.

–Te quitas o te quito yo de una patada, amigo –El tío que tiene al lado le

dice algo al oído, él se pone blanco y en seguida se pone en pie.

–Perdona, colega –Los dos tíos y las tías se levantan para sentarse varias filas por debajo, dejando toda esta libre para mí.

Me siento y me recuesto, colocando los pies sobre la larga mesa. Mi mirada analiza a cada uno de los presentes, uno por uno. Y cuando acabo, voy mirando a todos los que entran. Hasta que veo a la puñetera pelirroja entrar, sonriéndole a un tío que le ha abierto la puerta. Sin borrar su sonrisa, camina por la sala, moviendo sus caderas y haciendo resonar los tacones. No puede ser verdad, ¿por qué cojones tiene que venir a esta clase? Bufo.

–Cómo no, la zanahoria pecosa tenía que estar aquí –Lo digo demasiado alto, tanto que muchos se giran para mirarme, pero me da igual, yo solo la miro a ella.

Ella alza la vista, y sé lo que se le viene a la mente.

“–No vuelvas a besarme, zanahoria pecosa”.

Sé por su expresión que ya ha descubierto quién soy. Estabas tardando demasiado, pelirroja. No le salen las palabras mientras me mira, y eso me encanta. Bruno 1-0 Mía. Esbozo una sonrisa triunfal y le guiño un ojo.

La profesora entra en la sala en ese mismo momento, por lo que todos empiezan a sentarse. Pero ella no, ¿para qué? Pudiendo discutir conmigo... En

dos segundos está frente a mí y se inclina en la mesa, apoyando ambas manos en ella. Mis ojos se perderían en su escote de ser cualquier otra, pero no, le aguanto la mirada. Su boca está peligrosamente cerca de la mía. Sonrío de nuevo al tenerla tan cerca de mí, y la miro como si nada, como si fuera otra más, con indiferencia.

–Y si te beso ahora, ¿también vas a empujarme? –Se relame los labios mientras mira los míos. Su lengua me roza muy levemente, lo suficiente para enloquecer a cualquiera, y se separa con una gran sonrisa—. Tranquilo, que no volverás a tener esa suerte.

Se gira para bajar las escaleras con decisión, pero la interrumpo.

–Tendrás que comprobar si volvería a empujarte, nena –Me encojo de hombros y me estiro perezosamente, bajando las piernas de la mesa e inclinándome ahora sobre los codos—. ¿Suerte? Jamás quise besarte, muñeca, no lo olvides. Fui yo el que te apartó –La gente tiene que estar flipando, ni siquiera saben que esto pasó hace nueve años, por lo que a saber lo que tienen que estar pensando.

–Cariño, no tengo la más mínima intención de comprobarlo. Por si no lo recuerdas, nunca te presté atención, no voy a empezar a hacerlo ahora –se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

–¡A ver! ¡Los del fondo! –dice la profesora—. La clase va a empez...

¡Anda! –Se interrumpe mirándome a mí y a alguien más de una fila más adelante del lado contrario que no veo porque Mia está en medio–. Pero si veo caras famosas por aquí.

–¡Ah! Se me olvidaba –Se había girado para irse, pero vuelve a mirarme–. Tienes razón, tú no me besaste. Yo te utilicé en ese estúpido juego. Estamos en paz –Alza una ceja y sé que no “estamos en paz”. Finalmente, se gira y se sienta en primera fila.

Cuando Mia se aparta, puedo ver que la profesora estaba hablando de Nikki, la novia de mi primo. Es una rubia espectacular, con cara angelical, pero poco de esa palabra. Es una chica... preciosa. Dulce, pero con dos pares de cojones bien puestos para aguantar al cabronazo de Roy.

–¿Por qué nos os presentáis? –Vuelve a decir la profesora–. Es un honor para mí, y toda la clase, el contar con personas como vosotros en mi asignatura. ¿Señor O’ Connor? –La profesora me mira y yo alzo una ceja–. ¿Tendría el honor de bajar y dedicar algunas palabras?

–Ni de coña –Me vuelvo a recostar en el asiento ante la mirada atónita de la mujer–. Que hable Nikki, tiene más cosas que contar que yo. A mí como si queréis ignorarme. Ni siquiera estoy aquí por gusto.

–Eh... De acuerdo –La profesora mira a la rubia y le regala una sonrisa–. ¿Señorita Thompson?

–Por supuesto –Ella se pone en pie y se alisa el vestido. Ahora que me fijo, tiene un cuerpazo. Nunca me he parado a analizarla detenidamente, pues tampoco es que haya tenido oportunidad. La veo bastante, sí, cuando las familias se reúnen en alguna fiesta. Pero por unas cosas u otras cada uno acaba por un lado, y no coincidimos para hablar. Tampoco es que me guste hacerlo. Por lo tanto, cuando la he visto ha sido en casa de mi primo. Me da igual que Roy me vea analizar a su novia con detalle, como si me la quiero follar. Pero nunca le he prestado atención y ahora me permito hacerlo.

Cualquier chico se moriría por estar con ella. Al igual que Mia, tiene carisma. Llamen la atención proponiéndoselo, pero, aunque no quisieran, lo harían igualmente. Chicas como ellas son deseadas por cualquiera. Pero claro, ella es la novia de mi primo, y a la otra la odio.

Nikki baja y se coloca junto a la profesora con una espléndida sonrisa y empieza a hablar.

–Bueno, la mayoría ya sabéis quién soy, pero para quien no, me presento. Soy Nikki Thompson. Mi familia es conocida ya que mis tíos, que son prácticamente mis padres –Hace una pequeña pausa al decir eso. Todo el mundo sabe que Nikki no tiene padres, pero nadie sabe el por qué. Excepto los D’ Lorian y los O’ Connor, claro está. Y parece que le duele el admitirlo. Te cambiaría el puesto encantado, Nikki–, son los dueños de la gran empresa

hotelera *Diamond*. Además, mi tía Dianne es la famosa diseñadora de moda de la marca *Promise*. Y seguramente me hayáis visto en la prensa, revistas, televisión, desfiles de moda...

Hugo

Llego tarde, sí. Los esfuerzos de mi prima Bianca por despertarme han sido inútiles y finalmente se me han quedado pegadas las sábanas. Y claro, hay que añadirle el tiempo que he tardado en vestirme. Vaqueros oscuros, camiseta blanca ajustada que marca bien mi trabajado cuerpo, cazadora de cuero y zapatillas blancas. Por supuesto, todo de marca. Y cómo no, mis Ray-ban. Las adoro.

Cuando llego al campus está prácticamente vacío, pues todos deben de estar ya en clase. En parte eso me alegra, ya que no puedo tener mi entrada triunfal en el campus, por lo menos tendré mi minuto de gloria cuando entre en clase y todos me miren.

Voy a secretaría para preguntar dónde tengo que ir y la secretaria, entusiasmada conmigo al saber quién soy, me acompaña personalmente hasta la puerta de mi clase.

–Gracias, guapa –Le sonrío de medio lado, y solo le falta irse dando saltos

de emoción.

Es entonces, cuando al estar parado frente a la puerta, escucho una voz, su voz. No la he visto, pero sé que es ella. Estos días he tratado de no pensar demasiado en el hecho de que Nikki estudia en la misma universidad que yo, pero enterarme de que además vamos a compartir esta clase, y a saber cuántas más, me impacta a la vez que me produce un cosquilleo de pura adrenalina. Ya no tenemos escapatoria, ni ella, ni yo.

Pongo la mano en el pomo de la puerta, sonrío de medio lado y entro con decisión aún con las gafas puestas. Los murmullos y cuchicheos no se hacen esperar. Escucho mi nombre por distintos puntos de la sala, ya que está repleta, pero mi atención se centra en ella. Ahora que no lleva la máscara puesta, puedo admirarla a mi antojo. Su rostro angelical, su pelo, su mirada, su cuerpo enfundado en ese vestido que tan bien le queda. Es preciosa.

Al parecer, se estaba presentando. Nikki, al igual que yo, pertenece a una familia importante, así que por eso no me extraña verla ahí, captando la atención de todos, con motivo. Me cruzo de brazos y me apoyo en el marco de la puerta a la vez que me subo las gafas lentamente para colocarlas en la cabeza, sin borrar la sonrisa de mi rostro, y miro a la que supongo será una de mis profesoras.

–Disculpe, profesora. Lo bueno se hace esperar.

Nikki me repasa con la mirada, tal y como esperaba que hiciera y me mira a los ojos fijamente. Suspira, y por ello deduzco que se le pasan demasiadas cosas por la mente. Al igual que a mí, le habrá impactado saber que estamos en la misma clase, pero sé que tenía ganas de verme. De por sí no me cuesta saber qué piensan las personas aunque no se expresen, pero Nikki es como un libro abierto para mí, siempre lo ha sido.

–Eh... No te preocupes –dice la profesora–. Eres... Hugo D’ Lorian, ¿verdad? ¿Por qué no te presentas cuando Nikki acabe de hacerlo?

No dejo de sonreír mientras me pongo recto para cerrar la puerta tras de mí por completo. Camino lentamente hacia donde están ambas, a tan solo unos centímetros de Nikki, pues es en ella en quien clavo mi mirada cuando hablo.

–Claro, profesora. Será un placer presentarme, aunque ya todos me conocen de sobra –No dejo de repasar a Nikki con la mirada mientras hablo, humedeciéndome los labios hasta pararme nuevamente en sus ojos. Sus ojos siguen por inercia mis gestos-. Siento la interrupción, Nikki –pronuncio su nombre lentamente, con sensualidad, como solo yo podría hacerlo. Cierra los ojos e inspira hondo. Cuando los abre, le dedico una media sonrisa antes de girarme y sentarme en primera fila, justo en frente de ella, al lado de una espectacular pelirroja de ojos verdes con gesto pensativo. Juraría que ni se ha enterado de que he entrado. Me recuesto sobre el asiento de forma cómoda, y

centro mi mirada en Nikki. No pienso perderme detalle de su presentación.

Se humedece los labios pintados y sonrío, poniendo de nuevo su rostro angelical, como si nada hubiera pasado, y retoma su presentación.

–Como iba diciendo antes de que... Hugo entrase –Mi nombre le quema los labios, lo sé. Lo pronuncia mirándome fijamente–. Seguramente me hayáis visto en la prensa, revistas, televisión, desfiles de moda... –La escucho con atención. Sé que la pone nerviosa tenerme aquí delante, pero lo disimula como puede. Me gusta porque no está mirando al resto, se centra en mí–. En fin, podéis pedirme consejos de moda siempre que queráis. Estaré encantada de ayudar.

Sigue mirándome y yo sigo sonriendo, al igual que lo hacía como cuando, de pequeños, ella jugaba a robarle la ropa a su tía, que le quedaba enorme, y se la ponía y desfilaba para mí. “Algún día yo diseñaré esta ropa, y desfilaré por pasarelas llenas de focos, Hugo. Voy a ser la reina de la moda, ya lo verás”, me decía. Sus ojos me preguntan en silencio. Si ella supiera... En fin. Da por concluida su presentación y yo le mantengo la mirada durante unos segundos, sin romper ese contacto visual que tanto me gusta. Sin dejar de mirarla, empiezo a aplaudir lentamente y en seguida todos me siguen. La clase estalla en aplausos, aunque sé que en realidad Nikki no los oye, si no que sigue centrada en mí, y yo en ella. Y de nuevo, sé lo que piensa.

“–¡Oye, pero que tienes que aplaudir!” –Me decía cada vez que desfilaba para mí. Yo simplemente sonreía mirándola.

–¿Por qué? –preguntaba.

–Porque así sabré que estás orgulloso de mí y que te ha gustado. Si no aplaudes es porque no te gusta, tonto.”

Y entonces, siempre aplaudía. Excepto cuando no me gustaba algún conjunto, que era rara vez, pues Nikki siempre ha tenido un gusto impresionante.

Cuando creo que es suficiente, me levanto de un salto, y en dos zancadas estoy colocado nuevamente frente a ella. No sonrío, la miro fijamente. Su sonrisa se ensancha al verme. Ha pillado claramente el gesto del aplauso.

–Mi turno –Asiente y al pasar por mi lado me da unos toquecitos en el hombro con su mano. Mi cuerpo reacciona a su contacto. El hecho de tener una mesa justo al lado no ayuda mucho, ya que se me vienen a la mente imágenes la mar de excitantes sobre lo que le haría encima de esa mesa, en este momento, delante de toda esta gente. Pero me controlo. Y controlo también mis pensamientos si no quiero que el bulto de mi pantalón comience a notarse en exceso.

–Suerte, D’ Lorian, deléitanos. Me va a encantar conocerte –Se sienta

donde yo estaba, al lado de la pelirroja que ni siquiera repara en ella. Me mira sonriendo y apoya su cara entre sus manos.

–Bueno, pues ya lo sabéis, yo soy Hugo D’ Lorian. Mi familia es una de las más importantes junto con la de Nikki, puesto que mi tío posee concesionarios de coches de lujo y mi tía es senadora. Mi padre murió y mi madre... –al decir esa palabra tengo que pararme. Mi madre. Se me forma un nudo en el estómago y tengo que tragar saliva para continuar. No pienso dejar que esta gente vea mis emociones tan fácilmente, así que me repongo en seguida, pero dudo que a Nikki se le haya pasado por alto–. A mi madre hace tiempo que no la veo –Consigo decir–. Hace años me fui de esta ciudad para formarme en una academia militar y he vuelto hace poco más de un mes para seguir con mis estudios aquí. Así que... –Sonrío de medio lado–. Lo siento chicos, si tenéis novia, procurad que no sea guapa y, en el caso que lo sea, tapadle los ojos cuando me vea.

–Vaya –La profesora ríe–. Este chico viene pisando fuerte, ¿eh? Bien. Nikki, Hugo, muchas gracias. Puedes sentarte.

Nikki

La campana suena en el mismo instante en que Hugo iba a sentarse, a saber en qué sitio. Genial, es mi momento para salir echando hostias de aquí antes

de enfrentarme a él. Dudo que fuese capaz.

Cojo mi bolso y me dirijo hacia la puerta, sin dejar de mirarle fijamente.

–Hey –una voz llama mi atención, y se quién es. Roy está en la puerta y, al verme, entra en la clase, caminando hacia mí. Mi atención se desvía a él y rápidamente me acerco y le planto un beso, sonriendo.

–¿Qué haces aquí? –Le pregunto sonriente, y él se encoge de hombros.

– Mi próxima clase es en este aula –Claro, no iba a venir a verme así porque sí, es Roy.

Voy a responder, pero Hugo se interpone entre nosotros, dándole la espalda a Roy, y admiro su osadía. Está algo tenso, y no sé por qué. Se gira como si acabara de darse cuenta de que se ha metido de por medio.

–Perdona –Le mira con una sonrisa forzada y fingida. Después vuelve a poner su atención en mí. A Roy le molesta lo que ha hecho, puesto que se cruza de brazos y alza una ceja, mirándonos—. Ya nos veremos, Nikki. Es de muy mala educación irse sin despedirse –Me guiña un ojo que hace que se me revuelva el estómago, tanto por lo que dice, como por el gesto, y se gira de nuevo mirando a Roy. Pasa por su lado, lo roza con el hombro levemente y se encamina hacia la puerta, no sin antes añadir—. A ti también me alegro de verte, Roy O’ Connor –Y sale de clase.

–¿Ese era...? –Empieza Roy.

–Sí. Hugo D' Lorian.

Capítulo 7

Impacto

*“¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido...?”*

(José de Espronceda)

Marco

El día de hoy se está pasando bastante rápido. Al ser el primero, la mayoría de gente está emocionada y hace que todo sea mucho más ameno. De todos modos no es que yo haga gran cosa y me caliente la cabeza. Me dedico a decir lo mismo a todas las personas que se han apuntado este año a mi clase, que no son pocas. De otros años están casi los mismos. Esperaba que de primero no se matriculase mucha gente, pero me he llevado una sorpresa al ver que hay bastante. Abundan los tíos, como siempre, pero también hay varias chicas que se han apuntado. A algunas sí que las veo en chandal y haciendo deporte, pero a otras princesitas no me las imagino sudando la gota ni de coña.

Se pensarán que porque el profesor de Educación Física sea joven y guapo van a llevarse la nota regalada. Me va a encantar suspenderlas.

Aún no han llegado todos los alumnos de primero que se han matriculado a esta clase, entre los que espero a Bruno, que no veo por ningún lado. Si piensa empezar saltándose mi clase va bien...

Estamos en las pistas de entrenamiento que tiene el campus, que son enormes. Toco el silbato cuando creo que nadie más va a venir, llamando a todos para que se reúnan en las gradas y se sienten. Reconozco a las caras famosas: Hugo D' Lorian en última fila. Nikki y Dylan Thompson delante de él. No se me pasan por alto las miradas entre la rubia y el D' Lorian. Y Mia Watson, a la que recuerdo de la fiesta, en primera.

—Espero que estemos todos —Me he subido también a las gradas, apoyándome en la barandilla para mirarlos a todos—. Bien. Yo soy Marco Reeves, vuestro profesor de educación física este año. En primer lugar, quiero que me digáis quién va a querer... —Bruno hace acto de presencia, subiendo a las gradas con las manos en los bolsillos, y me saluda con un gesto de cabeza, tan tranquilo—. O' Connor, llegas tarde —Le digo. Amigos o no, soy su profesor este año dentro del campus.

—Estaba poniéndome el chándal, profe —Se encoge de hombros, pronunciando ese “profe” con burla.

–Pero si tú has venido hoy en chándal, mentiroso –Puto Bruno. No quiero hacerlo, pero consigue que me ría. Será capullo–. Siéntate, anda.

Y lo hace junto a la pelirroja, mirándola con su habitual frialdad.

–Como iba diciendo: quiero saber quién va a querer estar en el equipo de fútbol americano, quién va a pertenecer a las animadoras y quién va simplemente a cursar la asignatura. Os voy a pasar unas hojas y me escribís los nombres.

La pelirroja sonrío de medio lado y se humedece los labios antes de llamar mi atención levantando la mano y cruzando las piernas, rozando a Bruno.

–Bueno, profe, yo se lo digo ya. Soy Mia Watson –Sé quién eres, encanto–. Quiero pertenecer al equipo de animadoras. Bueno, más bien –añade sin borrar su encantadora sonrisa, mientras que Bruno la mira fijamente–, quiero ser la capitana. Porque dudo que nadie se mueva mejor que yo.

Nikki Thompson alza también la mano y sonrío encantadoramente.

–Profesor. Nikki Thompson. Animadora, por supuesto. Dudo que vaya a encontrar a otra chica como yo –Mira a Mia y después a mí de nuevo–. Y yo también quería optar por el puesto de capitana.

Genial. Vamos a tener pelea de gatitas. Las dos son impresionantemente guapas, incitantes y sexys. Y con el traje de animadoras van a estar increíbles,

lo sé. Seguramente nuestro equipo remonte en los partidos al verlas así.

–Os conozco a ambas, señoritas. Me encantaría decir que estáis dentro directamente, pero tendréis que hacer las pruebas como el resto de chicas. Y respecto al puesto de capitanas... ¿Alguien más va a optar por él? –Una chica más levanta la mano, con una sonrisa. Pero tanto Nikki como Mia le echan una mirada furtiva que hace que en seguida la baje. Sin duda, están cualificadas para ser capitanas, pero tendrán que competir con la actual-. Bien. Tendréis que competir por ese puesto.

Tanto Mia como ella asienten. Sé que son conscientes de que ambas son una dura competencia.

–Vaya, vaya... –Es Hugo D’ Lorian el que habla ahora, haciendo que se giren para escucharlo. Se quita las gafas y se las coloca en la cabeza–. Creo que todos estaremos encantados de veros mover el culo, preciosas –Las mira a ambas y finalmente se para en Nikki, que también lo mira–. Si es necesario, yo le hago las pruebas, profesor. No tendría problema y sería muy objetivo.

–Se te irían los ojos detrás de un culo en especial, ojitos –Le dice Nikki con una sonrisa–. A mí no me importa que Hugo haga las pruebas, profesor. Es más, creo que hasta disfrutaré viendo cómo se le cae la baba.

Lo que más me sorprende de todo, es que sea Bruno el que irrumpa en la conversación tan descaradamente.

–Menudo buitre, ¿no? –Le dice a Hugo. Venga ya, Bruno, si eres el primero que está deseando verlas en minifalda.

–Gracias, Hugo, lo tendré en cuenta –digo–. Cuando terminéis la lista, me la pasáis.

Pero la conversación no ha acabado ahí. Hugo vuelve a hablar, pero mirando a Bruno.

–Nikki, tienes toda la razón. Ver mover el culo de esa preciosidad –Señala a Mia–, tiene que ser todo un espectáculo, se me caería la baba sin duda –Zas. En toda la boca. A los dos, Nikki y Bruno. Que se note la tensión que existe.

Mia suelta una carcajada y se gira para guiñarle a Hugo. Nikki también ríe, pero Bruno gruñe.

–Gracias, guapo, será un placer moverme y que tú me veas.

–Chicos –Intervengo antes de que se desate una Guerra Mundial–. Creo que ya ha quedado bastante claro que estáis aquí más por las animadoras que por otra cosa. ¿Habéis acabado de apuntaros? Dadme la lista, anda.

Nikki, tras apuntar su nombre y pasar la lista hacia adelante, se inclina para apoyar la cabeza en la rodilla de Hugo y susurrarle algo. Él suelta una risita y se agacha para decirle algo en el oído antes de que ambos vuelvan a recomponerse. Mia acaba de apuntar su nombre y me da la lista. La leo por

encima cuando todos han acabado. Además de Nikki y Mia se han apuntado cuatro chicas más al equipo. Habrá que ver de las seis quién es admitida y luego hay que juntarlas con las de otros años. De los chicos, varios se han apuntado al equipo y, lo mismo, habrá que ver cuántos entran para juntarlos con los demás. El resto simplemente quiere hacer deporte para conseguir nota.

–De acuerdo. A partir de mañana en esta clase no vais a estar solo vosotros, si no que estaréis con los chicos de otros cursos. Ellos van a ser los encargados, junto a mí, de decidir quién está en cada equipo y quién no. Por hoy, eso es todo. Tenéis tiempo libre hasta el final de la clase.

Muchos empiezan a levantarse, pero otros se quedan hablando entre ellos.

–Bueno, bueno, me da que ahí tenemos otro claro ejemplo de animadora – dice uno.

Una chica acaba de subir a las gradas, mirando a todos. En cuanto escucha ese comentario, fulmina al chico con la mirada, y sigue caminando. La reconozco, claro que lo hago. Es la maleducada de la fiesta que me tiró la máscara a los pies antes de hacerme un corte de mangas e irse furiosa por no cambiar la música. Es espectacular, y esa ropa tan... poco glamurosa le queda mejor que el increíble vestido que llevaba esa noche. Sigue pareciéndome demasiado familiar, aunque no sepa quién es.

–Señorita...

–Serena –Bruno me interrumpe cuando voy a hablarle a la mujer y la llama, señalando el asiento que hay a su lado. Los miro confuso cuando ella se sienta junto a él. Ahora que los veo juntos... Imposible. Bruno me mira al verme así y suspira.

–Es mi hermana, Marco. No te comas la cabeza, ya te lo explicaré –Claro que me lo tiene que explicar. ¿Cómo no lo sabía? Será cabrón. Ahora la apariencia y personalidad de esta tía sí que las relaciono con Bruno. Asiento.

–Señorita O’ Connor. Apúntese en la lista, por favor –Le doy las hojas, aunque sepa que va a ir a por las animadoras, a pesar de no pegarle–. Soy Marco Reeves, su profesor de educación física –Le regalo una sonrisa divertida–. Y tranquila, que en esta clase no ponemos música de esa para guarrear todos con todos.

Me mira fijamente y sé que me ha reconocido. Sí, preciosa, yo era el DJ. Me coge la lista de malos modos y apunta su nombre en una de las listas, entregándome todo de nuevo de malos modos.

–Muy agudo, profesor. ¿Le viene la gracia por naturaleza? –pregunta empleando un tonto sarcástico en la palabra profesor, mirándome fríamente.

Asiento mirándola con una sonrisa.

–Todo es de nacimiento, que te diga Bruno, que se parte de risa conmigo –

Él me mira con una ceja alzada, pero no dice nada. Miro la lista y frunzo el ceño al ver dónde se ha apuntado—. ¿El equipo de fútbol? —Leo su nombre—. Serena —La tuteo—, dudo que sea una buena opción.

—Y yo dudo que tú —También me tutea—, tengas por qué juzgar si es una buena o mala opción. ¿Qué pasa? ¿Qué porque soy una tía no puedo jugar, o qué? —Alza el tono de voz, notablemente cabreada. Yo enarco una ceja.

—No se trata de que seas una tía. Se trata de que los jugadores del equipo son mastodontes, como tu hermano, que no dudarían en partirte una pierna si es necesario. Y no pienso arriesgarme a que una mujer frágil acabe destrozada.

—Mira, tío —Me señala ahora más furiosa—, yo no soy ninguna muñequita de plástico barata que se rompe a la más mínima. No me conoces de nada, no sabes nada de mí, ni tampoco sabes de lo que soy capaz. Así que si lo que estabas esperando es que me apuntase para ser zorrianimadora, te has equivocado de pleno conmigo, ¿te enteras?

Se me escapa una risa al escucharla y me encojo de hombros.

—Me parece muy bien, mocosa, pero aquí el profesor soy yo, y te digo que no puede haber una mujer en el equipo. Si no quieres ser una “zorrianimadora”, ponte a correr o a pegarle patadas al resto de tíos. Pero no vas a jugar.

–¿Sabes qué te digo? Que te metas por el culo tu puta asignatura de mierda, joder. Machista de mierda –Niega cabreada y baja de las gradas con grandes zancadas, dirigiéndose al campo.

–Tu hermana es demasiado... –Empiezo, apoyándome en la barandilla.

–¿Como yo? –Completa Bruno, colocándose a mi lado. La gente se ha dividido. Unos cuantos se han puesto a jugar con un balón a fútbol, otros se han sentado a hablar... Asiento.

–Exacto, como tú.

–Es difícil tratar con ella.

–No sabía que había vuelto –Le digo y lo miro. Se encoge de hombros y sé que no quiere hablar del tema.

–¿Quieres jugar, preciosa? –Escuchamos decir a uno de los tíos que están jugando—. Ven, que nosotros jugamos contigo a todo lo que tú quieras –Estallan en carcajadas. Creo que a veces a la gente se le olvida que sigo siendo el profesor, y eso traerá consecuencias aunque no se den cuenta.

Serena se acerca a ellos con los puños apretados y, conociendo a su hermano, sé que va a liarla.

Pero entonces el balón impacta con fuerza en su cara. Creo que hasta se marea por el golpe. Desde aquí puedo apreciar la sangre en su boca. El chico

que lo ha tirado la mira con preocupación, probablemente ha sido un accidente, pero los otros se regodean con eso. En seguida, Bruno y yo salimos corriendo hacia donde está Serena. Ella se agacha y coge una piedra. Se la lanza con magistral puntería a uno de los chicos, dándole en la cabeza y haciéndole una brecha que empieza a sangrar.

–¡GILIPOLLAS! –grita escupiendo sangre.

Esta escena me resulta demasiado familiar. Frunzo el ceño sin saber por qué me parece haber tenido un *flashback*, al menos en parte. Y de repente recuerdo por qué esta escena me es tan conocida. Nueve años atrás, esta cría me hizo una brecha porque un muchacho le dio un balonazo, producto de la ira que le produjo perder contra mi equipo de fútbol, y yo estaba en medio. Serena es aquella niña fría que se sentaba todos los días a vernos jugar, sin decir nada, sola, y luego se iba también sin hacer ruido. La muy desgraciada me hizo un corte de mangas cuando intenté ayudarla.

En cuanto llegamos a su lado, la sujetamos, apartando de mi mente ese recuerdo.

–Serena –dice su hermano.

–Serena, ¿estás bien? –De momento ignoro al otro chico. Primero porque se lo han buscado y segundo porque es una brecha sin importancia.

Serena se gira, mirándonos a ambos alternativamente. Tiene acelerado el pulso y respira entrecortadamente. Se está empapando de sangre y seguramente el labio le arda. Nos da un empujón para abrirse paso entre los dos, sin decir una sola palabra, comenzando a andar hacia la salida del campo. Yo me pongo en pie para seguirla, ese labio hay que curárselo, pero Bruno me agarra y niega.

–Déjala, Marco. Voy yo.

–Bruno, me parece muy bien que tu hermana tenga un genio de cojones, pero sigo siendo su profesor y soy responsable de lo que le pase durante mi hora de clase.

–No sabes dónde te estás metiendo.

–Creo que lo sé perfectamente, te recuerdo que soy tu amigo.

Suspira y asiente.

–No seas muy duro con ella –dice, y sé que no se refiere a mi comportamiento, si no a que intente tolerarla lo máximo posible. Asiento y antes de salir tras ella, grito señalando a los chicos.

–Ya hablaré con vosotros.

Sigo a Serena y la veo entrar en los vestuarios. Entro detrás de ella y la veo remover en el botiquín. Dios, con el labio así parece sacada de una

película de terror. Me acerco y le paro las manos.

–Para, relájate. Déjame a mí, anda.

Se tensa por completo cuando la toco, y da un salto apartándose de mí, mirándome con dureza.

–No me toques –hablar le produce una punzada de dolor, ya que ni siquiera pronuncia bien del todo–. Lárgate –Señala la puerta–. YA.

Niego.

–Serena, no puedes curarte eso sola. Déjame que te ayude. Luego puedes darme una patada si quieres, tu hermano me ha dado varias. Déjame –Cojo el botiquín, empezando a sacar lo que necesito para curarla.

Se lleva las manos a la cabeza de pura frustración. Cierra los ojos e intenta calmarse y cuando los abre, habla de nuevo.

–Vete –dice con una calma demasiado peligrosa–. No. Quiero. Que. Me. Toques –Remarca cada palabra con tono amenazante, mirándome con frialdad. Me encojo de hombros.

–No voy a tocarte –Y no lo hago. Empiezo a curarla con una gasa, asegurándome de que en ningún momento la toco yo–. ¿Ves?

Cierra los ojos cuando nota la gasa en el labio y sé que le duele horrores. Se limita a fulminarme nuevamente con la mirada y no contesta, con los

músculos en tensión a pesar de que no le esté tocando.

Vuelvo a sonreír al ver que se deja. Es guapísima, con los rasgos duros y fríos como su hermano. Lo único que la diferencia más de él son esos ojos azules, como los de David, su padre. Su mirada fría como el hielo, como ella, me penetra mientras que la curo, limpiando los restos de sangre con mucho cuidado. La gasa acaba empapada.

–Ya está.

Se aparta en cuanto termino y se mira en el espejo, con el ceño fruncido. Ya no tiene sangre, pero el labio está totalmente hinchado y su ropa, manchada. Me mira a través del espejo.

–No pienso darte las gracias, así que ya te puedes largar.

–Estoy acostumbrado –Guardo de nuevo el botiquín en su sitio y tiro la gasa.

Me dirijo hacia la puerta para salir y, una vez en el marco, me giro.

–Mañana. Si no te llevas ni un solo rasguño en las pruebas, te dejaré estar en el equipo. Si no, te aguantas –Y, dicho eso, me voy.

Capítulo 8

Las pruebas

“Tu influencia no se mide por la cantidad de seguidores que tengas, sino por la cantidad de personas que tu liderazgo inspire”.

(Neema Namadamu)

Bruno

Hoy hacemos las pruebas para el equipo de fútbol americano. Sé de sobra que voy a estar dentro, al igual que el D’ Lorian y el Thompson. No me preocupan para nada las pruebas, a diferencia de otros que parecen estar acojonados. El fútbol me gusta bastante, me sirve como distracción de toda la mierda que tengo en mente, me ayuda a soltar adrenalina.

Cuando llego al gimnasio ya hay bastante gente. Los chicos que vamos a hacer las pruebas llevamos ya el uniforme, a pesar de que no es el actual. Los muy capullos no tenían uniformes guardados para nosotros, así que nos han

dado los antiguos, que son horribles. “Por si los manchamos”, han dicho. Da igual, en unos días podré ponerme el uniforme actual y, además, nuevo.

Veo a Dylan y a Hugo sentados en primera fila con el resto del “equipo”, y me acerco a ellos. No tengo apenas relación con el Thompson, pero con Hugo no he empezado bien. Por eso, al igual que hice ayer con Mia, me siento a su lado para dar por culo.

–Primero van las animadoras, ¿no? –pregunto recostándome. Tampoco es que tenga ganas de pelearme con él, ya que es de familia amiga. Pero si me toca mucho los cojones tendré que hacerlo.

–Sí, primero van... ellas –Me responde tras asentir. Casi le cuesta terminar la frase cuando ve a las chicas empezar a salir de los vestuarios.

Todas son impresionantes. Sí que hay alguna que otra chica que no tiene un cuerpo de escándalo, pero en general todas son increíbles. Como ella. A pesar de ser de primer año, la pelirroja y la rubia destacan por encima de todas. Son unas divas en toda regla, eclipsando a las que creen que lo son. Mia, más alta que Nikki, es la que se lleva mi atención. Con unos pantalones cortos, jodidamente cortos, de color azul, una estrecha camiseta corta que deja a relucir parte de su cuerpo, en concreto su estómago, se acerca con gracia con el resto de chicas al centro. Joder, menudo cuerpo tiene la desgraciada.

Me mira durante unos instantes, antes de que la voz de la actual capitana

resuena por todo el gimnasio gracias a un micrófono.

–A ver, chicos, un poco de silencio que vamos a empezar con las pruebas – Ríe tontamente–. Bien, la prueba consiste en que me demostréis lo mejor de cada una, así que supongo que por lo menos os habéis tomado la molestia de prepararos algo, ya que aquí no entra cualquiera. ¿Alguna candidata para empezar?

Mia no pierde el tiempo. Da un paso adelante y le arrebató el micrófono con una sonrisa. Ella le mira sorprendida y a la vez molesta, pero eso a la pelirroja parece darle igual.

–Yo. Yo quiero ser la primera. Soy Mia Watson y quiero que sepas que no solo voy a estar en este equipo, si no que pienso quitarte el puesto porque, después de verte bailar, está claro que no te lo mereces. Eres bastante patética.

La reacción del público no se hace esperar. Sin duda, les ha encantado la amenaza de Mia. Puedo escuchar detrás de mí a varios tíos diciendo lo que le harían. Y yo tengo claro que ella se dejaría hacer, sin duda. Lo que dice no le sienta demasiado bien a la capitana, que en seguida va a replicar. El intento de diva universitaria da un paso adelante, pero Nikki le corta el rollo.

–A ver, capitana –Hace retintín en esa palabra–, no pierdas el tiempo discutiendo y deja que haga la prueba de una vez. De todos modos, después tendrá que enfrentarse a mí. Te queda poco tiempo de capitana, ya te quite el

puesto ella, o yo. Así que pon la música de una vez y luego discutís.

Mía asiente conforme y alza una ceja cuando la capitana replica.

–Pero... ¿Se puede saber quién os creéis vosotras? Aquí la que manda soy yo y... Si a mí me da la gana no hacéis la prueba.

Abucheos por parte del público ante esa nueva amenaza. Pero la pelirroja se hace notar de nuevo, riendo a través del micrófono.

–¿Tanto miedo me tienes, o qué, rubia de bote? Te propongo algo. Tú contra mí. Ahora mismo. No me he preparado nada, puesto que no lo necesito. Incluso te dejo elegir la canción que quieras y... Que gane la mejor –Se encoge de hombros mientras el público estalla en aplausos.

Diría que esta tía tiene dos pares de cojones, pero la verdad es que es una niña más. No dudo que sepa moverse de maravilla, en cualquier ámbito, pero sigue siendo una cría que juega a ser mayor. En fin. Me recuesto en el banquillo, mirándola fijamente. Me percató de que Hugo está también mirándola, aunque... Cuando sigo su mirada veo que está mirando a la rubia. Río y niego.

–¿De qué te ríes tú? –Me espeta. Rueda los ojos y se recuesta también para ver el espectáculo.

–Está bien, niña –Escucho de fondo a la capitana–. Tú lo has querido.

–De tu cara de embobado mirando a la Thompson –Me encojo de hombros. La animadora se prepara para empezar a bailar cuando la música suene. Mia me da un buen repaso de arriba abajo, yo hago lo mismo.

–Claro, tú a la pelirroja apenas la miras, no te jode –Rueda los ojos.

Dylan se inclina hacia adelante para mirarnos a los dos al escuchar que mencionamos a su prima, como si fuera un perro guardián.

–Cuidadito con el que se atreva a tocar a mi prima, ¿eh? –dice.

–Claro, Thompson.

–Anda, tío –Interviene Hugo de nuevo–. Eso vas y se lo cuentas al primo de este, que seguro que tiene las manos muy largas –Suelto una carcajada al oírle decir eso acerca de Roy. Creo que este tío va a caerme bien si empieza con comentarios de ese tipo. Le doy una palmada en la espalda y me centro en Mia, que va a empezar a bailar.

La música fluye por su cuerpo. Se mueve con sensualidad, sintiendo cada parte de la canción. Parece que se ha olvidado del resto. La capitana tampoco se mueve mal, baila muy bien pero al lado de Mia... No hay color. Es increíble cómo se mueve. Ni las gogos del Desire's Club lo hacen así. Tiene práctica, y eso están apreciándolo todos.

La pelirroja se acerca donde estamos, concretamente a Dylan. Lo hace

levantarse, dando una vuelta alrededor de él y le baila sensualmente, agachándose en frente de él. El muy capullo parece encantado, ya que no borra la sonrisa en ningún momento. Antes de volver a su sitio, le planta un beso en la mejilla, sonriendo. Algo me dice que ha habido más que ese estúpido bailecito entre ellos.

Se coloca nuevamente al lado de Ashley, la animadora, que ha perdido la coordinación de su propio baile por estar pendiente de ella. Mia se agacha, tocando su cuerpo con sensualidad para finalmente girarse hacia atrás y acabar totalmente abierta de piernas en el suelo.

El público estalla en aplausos, se levantan vitoreando su nombre y ella hace una reverencia, mirando con superioridad a Ashley, que no sabe dónde meterse.

El único que no se levanta para aplaudir soy yo, que me quedo sentado, a diferencia del resto, mirándola fijamente. Estoy cruzado de brazos, con un dedo sobre mis labios, pensativo, repasándola por completo. Hugo ríe y niega al ver lo que hago.

–Deberías disimular mejor, O’ Connor. Que no aplaudas no significa que no te haya gustado. Más bien demuestras lo contrario.

Lo miro de reojo.

–Cállate.

Ashley la empuja con fuerza en el hombro para alejarse de ella y ponerse con el resto de chicas.

–Esta me la pagas, gilipollas –Le suelta. Ella ríe y mira hacia Nikki, que va a ser la siguiente.

Hugo

Turno de Nikki. Lo cierto es que no he dejado de observarla en ningún momento, pero ahora con más intensidad. Mia es una tía espectacular y ha estado increíble, se nota que controla mucho el tema de baile, sí. Pero también sé que Nikki es perfectamente consciente de que puede hacerlo igual o mejor que ella, y también sé que se motiva solo con el hecho de que yo la esté mirando, porque sí, porque siempre ha sido así, y hay cosas que el tiempo no cambia.

“–Ya verás cómo sacas un diez en el examen, tonta –Hoy tenemos examen oral y Nikki está de los nervios. Con lo fácil que son los ríos, de verdad.

–No, Hugo, me voy a poner nerviosa. Cuando me pregunte no me voy a acordar de nada, ya lo verás... –Nikki da vueltas de un lado a otro del pasillo, somos los últimos en hacer el examen.

–Que no... –Suspiro. *Qué pesada es esta niña a veces, de verdad*–. Nikki, ayer estuvimos toda la tarde estudiando, y te los sabias muy bien. Vas a aprobar.

–¡No, porque seguro que me pregunta los que peor me sé! Como suspenda mi tío se va a enfadar mucho conmigo, y me va a castigar y...

–Nikki –La interrumpo colocándome frente a ella poniendo ambas manos sobre sus hombros–. Vas a aprobar, porque te lo sabes, sabes hacerlo. Vas a estar tranquila, respira hondo y todo irá bien, te lo prometo –Le sonrío para tranquilizarla.

Nikki se muerde el labio mirándome pensativa, pero creo que he conseguido relajarla, ya que poco a poco va cambiando su expresión y me dedica una sonrisa.

–¿De verdad lo crees?

–Estoy seguro –La beso en la mejilla al tiempo que veo salir a la chica que la profesora estaba examinando y, a juzgar por su cara, no debe de haberle ido muy bien.

–¿Nicole Antonella Evangeline Thompson? –Se escucha a la profesora desde dentro del aula.

Nikki me mira horrorizada. Diría que es una mezcla de miedo porque le

ha llegado el turno, junto con el hecho de que la acaba de llamar por su nombre completo. Y lo odia.

*–Vamos Nicole Antonella Evangeline, ¿no has oído que te toca, o qué? –
La miro sonriendo con burla.*

–Vete a la mierda, Hugo. ¡Eres malísimo! –Nikki me mira muy ofendida y se da la vuelta muy airada, lo que hace que sus trenzas se muevan de forma graciosa.

–Eh, Nikki.

Ella se da la vuelta justo antes de entrar, mirándome aún con expresión resentida.

–Que confío en ti –Con eso basta para que inmediatamente relaje su expresión por una mucho más dulce, a la que ya estoy acostumbrado. Me sonrío nuevamente y entra decidida al aula.”

Sacó un diez. Y ahora nos va a dejar a todos con la boca abierta, lo sé. Antes de empezar me mira, me mira a mí en vez de al O'Connor y eso me encanta. Le asiento imperceptiblemente para que sepa que tiene mi apoyo, que confío en ella, como siempre, y sé que lo ha entendido. Siempre nos hemos entendido con miradas.

Nikki empieza a bailar, y aunque me joda admitirlo tengo que controlarme

para que no se me salga del pantalón. Cuando la veo bailar de ese modo simplemente tengo ganas de ir, arrancarle ese puto pantalón rosa con una “N” de brillantitos plantada en el culo, que tan bien le queda. Le quiero arrancar toda la ropa y tirármela ahí mismo. Es un buen resumen de su baile, porque es básicamente lo que me provoca. Me provoca querer follármela a lo bestia, en mitad del pabellón y que todos disfruten con el espectáculo. Estoy demasiado salido, pero me da igual.

Hace una exhibición brillante en todos los aspectos. Combina los pasos de baile con movimientos típicos de las animadoras. Va de un lado a otro, algún que otro salto, palmadas... se luce durante toda la canción, dejando claro que sabe hacer de todo. Sé que el espectáculo está llegando a su fin, por eso me sorprende cuando Dylan se levanta y se dirige hacia ella y cuando hinca la rodilla frente a Nikki, me doy cuenta de que lo que viene a continuación.

Nikki da unos cuantos pasos atrás y cuando está a una distancia prudente, va corriendo hacia él. Apoya un pie en las manos de Dylan y, con impulso, salta por el aire haciendo una voltereta perfecta, para acabar recta. En cuanto acaba, tanto yo, como el resto del público estalla en aplausos al igual que ha pasado con Mia. Sin embargo, cuando aplaudo, no dejo de mirarla. Le sonrío y asiento.

Sí, una vez más, estoy orgulloso de ti, Nikki. Ella me sonrío ampliamente,

pero no solo con los labios, sino también con la mirada. Tengo que hablar con ella, este juego de miraditas que nos traemos está muy bien, y me encanta. Pero ya va siendo hora de estar frente a frente después de tanto tiempo.

La observo mientras va a sentarse con Mia, le dice algo, y desde donde estoy no alcanzo a escuchar qué es. Lo que está claro es que entre ellas hay una rivalidad infinita, y no es para menos después de ver lo que han hecho. El resto de chicas hacen su prueba, pero son patéticas al lado de ellas dos. Básicamente las han dejado por los suelos, y lo saben. Cuando han acabado todas, las animadoras se reúnen para hablar, y se les une Ashley, la capitana, que tras salir malhumorada por su inminente derrota contra Mia, sus días como líder están contados.

De pronto Ashley sale de nuevo hecha una furia, y una de las animadoras toma la palabra cogiendo el micrófono.

–Bien, ya tenemos los resultados de las pruebas. Rachel, Emma y Taylor, estáis dentro del equipo –Las nombradas sueltan grititos de alegría y miro confuso hacia Nikki y Mia. No es posible que ellas dos estén fuera y sé que todos en este gimnasio nos estamos preguntando lo mismo y, como era de esperar, es Mia la que interrumpe poniéndose en pie, notablemente cabreada.

–Perdona, ¿cómo has dicho? ¿Es coña, no?

–Y una mierda –Nikki replica y se levanta casi al mismo tiempo que Mía.

Sin embargo ella mantiene la calma, a diferencia de Mia que parece una pantera a punto de atacar. Por eso Nikki la agarra del brazo mientras pregunta—. ¿Solo ellas tres?

La animadora que tenía la palabra las mira a ambas y creo que hasta se ha asustado, porque la veo tragar saliva antes de hablar.

—Veréis... Lo hemos estado hablando y, bueno, la verdad es que nos gustaría que las dos estuvierais en el equipo y que ambas compartierais el puesto de capitana.

Esto se pone interesante. La que se va a liar.

—¿Qué? —replica Mia abriendo los ojos.

—Esto sí que es bueno —Nikki suelta una carcajada—. ¿Compartir el puesto? Creo que ninguna de las dos estamos de acuerdo en eso. ¿Por qué íbamos a compartirlo?

Dudo que ninguna de las dos ceda. Pelea de gatitas. Oh, sí.

—No pienso compartir el puesto con nadie, que os quede bien claro.

—Chicas, por favor, escuchad. Las dos habéis estado brillantes, y las dos seríais unas capitanas estupendas porque podríais enseñarnos lo mejor de cada una, podríamos tener un equipo brillante si aprendéis a compartir y a respetaros mutuamente, no es tan difícil.

¿Que no es tan difícil? Como se nota que esta tía no las conoce, al menos a Nikki. Claro que lo es. Se nota a leguas que tanto Mia como Nikki tienen aires de liderazgo. Dos líderes no pueden compartir lo que les pertenece.

–¿De verdad pensáis que podemos compartir el puesto? –Se cruza de brazos–. Es que es prácticamente imposible.

–Es totalmente imposible que compartamos el puesto. No nos pondríamos de acuerdo nunca. Estaríamos todo el día peleando –Añade Mia.

–Pues si no sabéis compartir entonces buscaremos otra capitana. Ser la líder no significa solo mandar, significa que esto es un equipo y que es vuestra responsabilidad que todo vaya bien, pero cooperando todas. Juntas. Y si no comprendéis eso, y ni siquiera sois capaces de poner os de acuerdo, entonces me temo que nos hemos equivocado. Para eso ya teníamos a Ashley.

Parece que las palabras de la chica han hecho pensar a ambas, ya que Mia abre la boca para replicar, pero simplemente termina por mirar a Nikki, que parece que ha pensado lo mismo que ella, ya que asiente con decisión.

–Lo haremos.

La animadora se gira mirándolas con sorpresa y sonríe ampliamente conforme.

–Eso ya nos gusta más –Se coloca en medio de ambas–. Chicos y chicas,

tengo el placer de presentaros a las nuevas capitanas del equipo de animadoras de Brown. ¡Nikki Thompson y Mia Watson!

El público estalla en aplausos, y soy el primero que nuevamente me levanto para aplaudir con fuerza, mirando a Nikki sonriendo. Si consiguen ponerse de acuerdo, que tengo mis dudas, serán las mejores.

–En quince minutos empezará fuera la prueba de los chicos.

Capítulo 9

Sentimientos opuestos

*“Déjame volver con el recuerdo
de aquellas esperanzas
del día que partí”.*
(Homero Expósito)

Hugo

“El amor nos hace mentirosos”.

(Cazadores de Sombras;

Cassandra Clare)

Cuando la animadora dice eso no la pierdo de vista en ningún momento. Quince minutos, perfecto. No necesito más. La sigo con la mirada, y la veo entrar en el vestuario. Yo la espero fuera, a la salida. Estoy seguro de que ya nadie queda en el gimnasio, pues todos han ido a coger sitio. Escucho la puerta del vestuario cerrarse y sé que es ella. Cuando sale por la puerta principal del gimnasio ni siquiera se percata de mi presencia, por eso la agarro del brazo y le coloco la mano en la boca a la vez que la acorralo contra la pared, ya que sé que su primera reacción será gritar. La miro fijamente a los ojos y aprieto mi cuerpo contra el suyo.

–Ahora sí que no te escapas.

En cuanto ve que soy yo, se relaja. Cierra los ojos al notar mi cuerpo contra el suyo, me gusta que reaccione así con mi contacto. Cuando los abre de nuevo, clava su preciosa mirada en mí, de la misma forma en que yo lo hago con ella. Dejo caer la mano que tengo sobre sus labios de forma que los acaricio suavemente, la mano se desliza peligrosamente por su cuello, y hasta

roza uno de sus pechos para finalmente caer hacia abajo. Mi contacto la enloquece, lo sé por la forma en que trata de no temblar entre mis brazos. Está claro que mi cuerpo también ha reaccionado, mi pantalón lo ha notado, sí. No dejo de mirarla y nuevamente soy yo el que hablo.

–¿Por qué me evitas, Nikki? –porque es lo que ha estado haciendo desde el primer día. Solo me mira de lejos.

–¿Que por qué te evito? –espetá, mirándome con dureza. Su ceño se frunce haciendo que sus ojos muestren ira, a la vez que dolor–. ¿Que por qué te evito? –repítelo–. Te fuiste, Hugo. ¿Por qué cojones te fuiste? Eso ya da igual, has vuelto. Pero... –Se le atascan las palabras–. Te fuiste con diez años. Entiendo que a esa edad no se te pasara por la cabeza el informarme de nada. Pero tienes casi diecinueve años, Hugo, y en nueve malditos años que has estado fuera de Providence... ¿no se te ocurrió mandarme ni una carta para decirme que estabas bien? Una carta, una llamada, una puta señal de humo... ¡¿Nada?! ¿No se te ocurrió pensar que yo sí te echaba de menos a ti?

De todas las respuestas de Nikki, esta era la que menos me esperaba. Me duele escucharla decir eso y, sobre todo, me duele porque sé que lleva razón, es normal que esté enfadada. Sin embargo... No dependía de mí, nada dependía de mí, hasta ahora.

–Nikki... Yo... –Suspiro y cierro los ojos apoyando mi frente en la suya, y

ella contiene la respiración—. Nikki, yo no quería irme, te lo prometo. Pero no me dieron opción, como tú has dicho, era un niño —Con esfuerzo me separo y miro hacia otro lado—. Respecto a lo otro, a mí no me dejaban tener contacto de ningún tipo con el exterior, ninguno. Lo que sabía me lo contaban mis tíos cuando me llamaban por teléfono o iban a verme y, ¿sabes, Nikki? —La miro de nuevo—. Nunca me dijeron nada tuyo, nunca me dijeron que habías preguntado por mí, sin embargo yo sí lo hacía. Yo no tenía opción para comunicarme contigo, tú sí y, al igual que yo, tienes diecinueve años y, si cuando eras una niña no lo hiciste, también podría reprocharte porque no lo has hecho hasta ahora. No tienes derecho a enfadarte, el que tendría que estar enfadado soy yo y, sin embargo, no es así porque no puedo enfadarme contigo.

—¿Que no hice nada? —Le duele. Puedo verlo en sus ojos y eso me provoca una sensación de vacío terrible en el estómago—. Te escribí miles de cartas, Hugo. Se las llevé a tu tío Cesar, pero me devolvía todas diciendo que "no podía mandártelas". Nunca me dio una dirección, yo no tenía ni idea de dónde estabas, nadie lo sabía. Ni un teléfono de contacto... Nada. Hubo un tiempo en el que te creí muerto. Luego oí a tu tío decir algo sobre ti, y supe que estabas bien. ¿Dónde? Solo él lo sabía —Coge aire antes de volver a hablar—. Sabes... ¿sabes lo que dolía ir acumulando carta tras carta en un cajón? No sé cuántas puede haber ahí, Hugo. ¿Por qué... por qué no me dijiste que te ibas?

Voy frunciendo el ceño más a medida que la escucho hablar. Le daba las

cartas a mi tío... ¿Por qué coño nunca me dio ninguna? En cuanto llegue a casa espero que tenga una buena explicación para esto. Siempre me pareció extraño que me mantuvieran tan aislado de Providence... Decían que era por mi bien, pero ahora ya no me trago toda esa mierda. Ya no soy un puto crío.

–No me dejaron despedirme de nadie, Nikki. Todo pasó muy rápido –Miro al suelo recordando y alzo la vista para mirarla de nuevo a los ojos–. Lo siento –digo con total sinceridad–. De verdad.

–Te fuiste, Hugo... Me dejaste –Sé que me cree, si le estuviera mintiendo ella lo sabría. Me mira a los ojos con dolor, sabe que no fue culpa mía, y sé que no me lo está reprochando, solamente está dejando ver lo que tanto tiempo ha tenido callado, y lo entiendo. Se le empañan los ojos cuando vuelve a hablar, y me duele. Me duele mucho verla así–. No sabes... Lo duro que fue. Lo muchísimo que me costó adaptarme a estar sin ti... –Traga saliva–. Cada jodida carta dolía más que la anterior. Nueve años de cartas sin dirección... –Alza una mano y me acaricia la cara con ternura, lo que provoca que se me erice la piel al momento–. Pero aquí estás, Hugo... Hecho un hombre –Sonríe y sé que no puede evitar dejar escapar esa lágrima que resbala por su mejilla, lo que me provoca una punzada en el pecho–. Pero has vuelto demasiado tarde...

La miro a los ojos y niego al escucharla decir eso, ya que sé lo que me está queriendo decir, y sé que esas palabras esconden un nombre, pero me da igual.

Agarro su mano con fuerza y nuevamente la pongo contra la pared, mirándola a los ojos, pero esta vez mucho más cerca. Nuestros labios se rozan al hablar y puedo notar su respiración en mi boca.

–¿Tarde para qué, Nikki? Dime, ¿tarde para qué? –Pego mi cuerpo al suyo por completo, haciendo presión–. Yo no creo que sea tarde y, ¿sabes por qué? Porque a ti solo te tiemblan las piernas conmigo, como en este momento, porque solo yo te entiendo sin necesidad de hablarme. Dime, Nikki ¿con él también te pasa? ¿También se te sale el corazón por la boca cuando lo tienes a dos centímetros?

Sus ojos reflejan un mar de dudas, y sé que por su mente están pasando en este momento un torrente de pensamientos demasiado rápido. Me mira a los ojos y traga saliva antes de responder.

–Sí –miente–. Sí, con él también me pasa, Hugo.

Nikki miente fatal. Bueno, a mí me miente fatal. Ya que dudo que el resto sea capaz de descifrar sus palabras tan bien como yo lo hago. Es imposible.

Voy a replicar, pero de reojo veo salir a Dylan del gimnasio, subiéndose la bragueta, así que probablemente se haya estado tirando a una animadora. Se queda parado mirándonos, y finalmente habla.

–Nikki –Ella lo mira agradecida, está claro que Dylan se ha dado cuenta de

que nuestra conversación la tiene bastante nerviosa y quiere ayudarla a zafarse de mí—. ¿Vamos? Va a empezar la prueba.

Ella asiente, me mira, y me empuja con suavidad para apartarme.

–Si me disculpas... –Va hacia su primo para caminar junto a él, pensando que así yo no podré replicar nada más.

Lo que mejor de esto no es que Nikki me haya mentido. Lo mejor es que Nikki sabe perfectamente que yo lo sé. Sonrío de medio lado, más que conforme. Adelanto a Nikki y a su primo con calma, sin pararme a mirarla.

–Alguien debería decirle a Roy que tiene un serio problema –Niego aún sonriendo y acelero el paso para llegar al campo, notando la mirada de Nikki clavada en mi espalda.

El juego acaba de empezar, y no me refiero al fútbol, y yo siempre gano.

Siempre.

Bruno

“Eres el ángel que pasea por mi infierno sin quemarse”.

(ZPU)

Me estoy meando, así que como hay quince minutos de descanso hasta que

empiecen las pruebas, aprovecho para ir al baño. Tengo que ir al de los vestuarios, o tendré que irme a la quinta puñeta para mear. Voy rápido, y cuando termino y vuelvo a pasar por el vestuario de las chicas, la vista se me desvía inevitablemente al ver que la puerta está medio abierta. Y qué sorpresa me llevo cuando veo a la pelirroja con un culote rojo frente al espejo. Me quedo mirándola uno segundos, ya que no se percató de mi presencia.

Dudo que Mia se deje ver en público así: con el pelo recogido, el maquillaje estropeado, y sudando. Sin parte de abajo sí me creo que se deje ver. Se empieza a retocar el maquillaje, sin percatarse de mi presencia, por lo que abro un poco más la puerta y me apoyo en el marco con los brazos cruzados. Es espectacular, lo juro. Es el demonio encarnado en una figura femenina.

Se retoca los ojos, se echa perfume y se unta el cuerpo con crema hidratante, apoyando una de las piernas en el lavabo para masajearla. No dejo de mirarla en ningún momento. Es sensual hasta sin tener a nadie delante a quien demostrárselo. Y entonces se gira y me mira. Baja la pierna y alza una ceja, mirándome sin vergüenza alguna. Evidentemente, no hay nada de lo que avergonzarse, su cuerpo es perfecto. Yo también alzo una ceja y me yergo, me giro, y me marcho sin decir nada. El espectáculo ha acabado.

Pero la escucho detrás de mí, y me silba para llamar mi atención. Ahora es

ella la que se apoya en el marco de la puerta.

–Eh, tú. ¿Te gusta mucho espiarme, o qué?

Me giro, parándome y repasándola lentamente con la mirada, de abajo arriba, hasta llegar a sus ojos. Cualquiera desearía tenerla en su cama.

–¿Decías? –pregunto. Se humedece los labios y de nuevo enarca la jodida ceja, imitándome.

–¿Así te gustaría que fuera? –espeto descaradamente. Se me escapa una carcajada y me acerco lentamente hacia donde está apoyada. Coloco una mano a cada lado de su cabeza, apoyadas en el marco de la puerta.

–¿El qué, nena? –pregunto en un susurro sobre su rostro. Quiero que lo diga si tiene cojones. Se mantiene en su sitio, sin pestañear, como si no le afectara, pero yo sé que sí. Se relame los labios y clava sus ojos en los míos al hablar.

–Es obvio que me estabas comiendo con la mirada. Me estabas espiando – Me da un buen repaso con la mirada hasta subir de nuevo a mis ojos–. Y... Por la forma en que me miras, está claro que me comerías de otras formas – Sonríe con diversión. La gatita quiere juego.

–¿No lo he hecho ya? –Le recuerdo. A los diez años nos besamos por primera vez. Esta niñata estúpida fue mi primer beso. Y la que se muere por besarme de nuevo será ella porque yo, desde luego, no–. Mmm... No,

preciosa. No te lo creas tanto, porque no a todos nos gusta la misma zorra –Me aparto de ella y vuelvo a sonreír–. Ahí te quedas.

Pero entonces, ella sonrío también de forma falsa y me suelta un bofetón a la vez que cambia su expresión, mirándome enfadada. Oh, no, mal hecho.

–Simplemente te gusto y eso te jode. Pero claro, te crees muy guay con la pose de durito cabrón. No eres nadie para insultar a una tía. Qué asco –Niega y se gira para entrar de nuevo en el vestuario. En el momento en que me ha pegado, me he activado.

Nadie me toca, nadie. Y eso lo sabe todo el que se ha atrevido a hacerlo, pues nadie ha quedado bien parado. ¿Que es una mujer? ¿Y a mi qué? ¿No queréis igualdad? Pues toma igualdad. Entro detrás de ella, la giro agarrándola del brazo y después la agarro del cuello, estampándola en la pared. Mi cuerpo hierve de rabia, y mis músculos tensos y mis venas marcadas lo demuestran.

–Mira, pequeña arpía –hablo muy cerca de su boca–. No se te ocurra volver a tocarme, ¿te enteras? Nunca –Porque no respondo de mis actos. Hago un poco de presión en el cuello, y después me aparto de golpe. Por cómo la he agarrado sé que no va a estar en condiciones de volver a replicar. Salgo de ahí echando hostias, dirigiéndome al campo para hacer la prueba. La odio. Odio a esta tía hasta la saciedad.

Todos se están reuniendo ya en el centro del campo, pues Marco está dando

unas instrucciones.

–...de otros años serán los que lo decidan. Igual que con las animadoras. ¿Alguien va a optar para ser el quarterback? –En seguida, el D’ Lorian y yo levantamos la mano. Y tres chicos más–. Bien. Pues más os vale demostrar que valéis la pena y que no sois unas nenazas. Ya sabéis que aquí se necesitan dos pares de huevos.

–¿Y qué hace él aquí entonces? –Uno de los chicos de otros años señala a un chico de primer curso, que lo mira y se cruza de brazos.

–Sabes que el ser gay no implica no tener huevos, ¿no?

El que le ha insultado va a contestar, pero algo desvía su atención detrás de mí. A él y a todos. Alguien me agarra del brazo y me gira. La pelirroja está muy furiosa, y se nota.

–¿Te creías que me habías acojonado, o qué? –Hinca con fuerza la rodilla en mis huevos. La muy hija de puta se ha atrevido a darme delante de todos. Me encojo por el dolor. No es la primera vez que me dan, pero aun así duele muchísimo. Joder, qué desgraciada-. Y ahora, si tienes cojones, vuelves a tocarme tú a mí, hijo de puta –me mira con asco y se encamina hacia las gradas ante la mirada atónita de todos.

–Eres muy valiente cuando no estamos a solas –digo antes de que se vaya.

Los tíos se descojonan de risa en lugar de preguntarme si estoy bien. Seguramente piensan que me la he merecido. Y así es. Pero no pensaba que tuviese los cojones necesarios para hacerlo. Pero me ha tocado de nuevo. Y esto no se queda así.

Me incorporo y mando una mirada asesina a todos los que se están riendo, que en seguida se callan y apartan la vista.

–Si no queréis que mi rodilla se encuentre con vuestras pelotas, más os vale estar calladitos. Podemos empezar.

No me puedo creer que mi hermana esté ahí de pie, vestida con la equipación. De verdad va a hacer la prueba... No sabe dónde se mete, pero... Sé que puede.

Marco no deja de mirarla durante todo el rato en el que hace la prueba con los chicos, con los labios fruncidos en una línea recta. Está claro que no le hace ni puta gracia que una mujer esté haciendo la prueba, y más que nada porque si le pasa algo, él es el responsable, por permitirlo.

Los ejercicios son sencillos, al menos para los que estamos en forma. Obstáculos, fondo, lanzamiento del balón, placajes, defensa... En resumen, que estoy dentro del equipo.

Marco

No me gusta que esté haciendo la prueba. Para nada. Pero se está desenvolviendo bien, para mi sorpresa y la de todos. Eso sí, los tíos no paran de reírse de ella, pero no precisamente porque lo esté haciendo mal, sino porque les avergüenza que una tía esté haciendo todos los ejercicios mejor que muchos de ellos, y les da coraje. Serena no va a tenerlo fácil con todos estos animales en el equipo, porque está dentro.

Los chicos de último año, tras acabar de hacerle la prueba a todos, hace que se reúnan para decir quién está dentro del equipo y quién no a través del micrófono para que todos lo oigan. Dylan Thompson, Hugo D' Lorian y Bruno entran de cabeza, además de otro chico de primer curso, y unos cuantos de otro. El equipo es grande, por lo que muchos se quedarán en el banquillo más de una vez. Una vez que han acabado, frunzo el ceño. No han admitido a Serena. Y ella se queja, por supuesto que lo hace.

—¿Perdona? ¿Cómo que no estoy dentro? —Le pregunta al actual quarterback, pues seguramente en unos minutos cambie.

—Pues como que no estás dentro, preciosa. No lo has hecho bien.

—¡Los cojones! —Serena tira el casco al suelo con rabia y lo señala—. He hecho las pruebas mejor que muchos de vosotros, no me vaciles.

–Eso no es cierto. No nos has gustado, por lo que no estás dentro del equ...

–Está dentro –Intervengo entonces. Al fin y al cabo, el entrenador soy yo y, si no estoy de acuerdo con algo, mando yo. Serena no me mira agradecida, ni sorprendida, ni nada. Simplemente alza una ceja mirándome. Exactamente igual que Bruno, sin dejar ver sus emociones.

–Pero, entrenador... –replica el quarterback–. En los placajes y defensas la han derribado demasiadas veces.

–Y se ha levantado todas y cada una de ellas, sin emitir una sola queja, y no ha abandonado como otros lo hacéis muchas veces –Me cruzo de brazos ante su mirada atónita–. O’ Connor, estás dentro.

–Bien –responde ella. De nada, mujer. Veo a Bruno asentir a modo de agradecimiento cuando lo miro.

–Bolton, dejas de ser el quarterback –Va a replicar, pero lo callo con un gesto–. No puedes dirigir bien el equipo si eres incapaz de apreciar el trabajo de los demás. A mí tampoco me hace gracia que haya una mujer en el equipo, pero si lo ha hecho bien, es lo que hay –Resopla indignado y niega–. Bien. Bruno O’ Connor y Hugo D’ Lorian. Chicos, elegid entre ellos dos.

Bruno y Hugo se miran. Mi amigo se encoge de hombros mientras que todos se ponen a hablar para decidir quién será el nuevo quarterback.

–Que sea él –dice–. A mí me da igual.

–Que así sea. Nuevo quarterback: Hugo D’ Lorian.

La multitud estalla en aplausos y vítores, dándole la bienvenida a los Bears de este año.

Capítulo 10

Cruda realidad

“What’s seen forever is just a moment”.

(Feel the light;

Jennifer López)

Marco

–Miami.

–¿Miami? Estás de coña, ¿verdad? –pregunta Bruno tras darle una calada al cigarro.

–Para nada. El año pasado también fuimos ahí y estuvo genial. Hace más ilusión que Nueva York.

–Pues normal. Tías buenas tostándose al sol en bikini, tíos petados tras ellas, alcohol, drogas y sexo. ¿Cómo no vamos a preferir Miami?

–Eres el primero en saberlo –Doy un trago a mi cerveza antes de seguir hablando–. Mañana se les informará al resto del viaje.

–Solo vamos los de primero, ¿no? –Bruno alza una ceja y yo sonrío. Se cree que lo conozco menos de lo que en realidad lo hago.

–Sep.

–Borra esa estúpida sonrisa ahora mismo si no quieres que te parta la cara

–Me espeta con tranquilidad y sé que, aunque sea su amigo, lo hará.

–Vale, vale, relájate, que nos vamos a Miami. He hablado con James Thompson para alojarnos en el *Miami Diamond*. Va a hacerle a los alumnos un buen descuento. Ha puesto a nuestra disposición las mejores habitaciones, por lo que la estancia va a ser increíble –explico. No me ha preguntado y sé que probablemente no le interese, pero da igual. Ha venido a mi casa y ahora toca aguantarme como buen amigo que es.

–Sabes que no todo el mundo va a poder pagarse un viaje a Miami, ¿verdad? –Suelta el humo sin dejar de mirarme. Puedo ver el gran parecido con su hermana, los mismos rasgos duros y la misma mirada fría.

–Lo sé –respondo–. La mayoría sí que puede. No va a salir muy caro, por lo que poca gente va a quedarse fuera. Pero, Bruno, esto es Brown. Estamos en Providence, es raro que alguien no pueda consentirse ese viaje. Quien no pueda, tendrá que quedarse en tierra.

–Mientras que no se te pase por la cabeza pedirme dinero para alguien...

Te recuerdo que yo tengo que pagar dos –Suspira y se frota los ojos. Parece que el tener a su hermana aquí le supone bastante, pues lo he visto demasiado agotado desde que empezó la universidad. Más que de costumbre. Ni siquiera le pienso preguntar por qué tiene que pagar él ambos viajes.

–¿Estás bien? –Es lo que acabo preguntando. Él me mira sin decir nada. No va a responder, por lo que ruedo los ojos y asiento–. De acuerdo. ¿Por qué narices no sabía que volvía tu hermana? Llevo siendo tu amigo años, pensaba que eso incluía ser informado de estas cosas.

–Nunca salió el tema –Se encoge de hombros, me quita mi cerveza, ya que se ha terminado la suya, y le da un trago.

–Ya, claro –Me la devuelve–. Oye, no me hace gracia tragarme tus babas, ¿sabes? Todavía me llaman la atención las mujeres, aunque me siento halagado por tus intentos de hacer que me fije en ti. Pero no eres mi tipo, lo siento.

–Voy a darte una patada en el culo como no te calles, imbécil –Bruno rebosa simpatía por todos los poros de su piel, sep.

–Vale, vale. Guardaré el secreto de que estás enamorado de mí y... –Me mira alzando una ceja (se pasa el día haciendo eso), por lo que me callo–. Eres un pésimo amigo.

–No soy tu amigo.

–Lo que tú digas.

Mi móvil suena, así que lo saco del bolsillo para ver quién es.

–Espera un momento –Se encoge de hombros y descuelgo–. Dime, papá.

–Mira el vídeo que acabo de mandarte. Ya sabes qué hacer –Y cuelga.

–¿Qué pasa? –pregunta Bruno al verme con el ceño fruncido, evidentemente preocupado.

Abro mi portátil y busco lo que mi padre me ha mandado. Es un vídeo de seguridad de otra de nuestras farmacias. Este es más claro y nítido que el anterior, pues es de las cámaras buenas. De nuevo, cuatro tíos encapuchados están llevándose cosas de los armarios, pero hay uno especialmente protegido por varias cerraduras casi imposibles de forzar, por lo que deduzco que de ahí no se han llevado nada. Pero entonces, uno de ellos se acerca, se mete una mano en el pasa montañas y saca lo que parece ser una horquilla. Bruno y yo no perdemos detalle de todo lo que pasa. Esa es la mujer del otro vídeo, está claro. Con la horquilla, trastea en las cerraduras, evidentemente en vano, pero... En menos de cinco minutos las ha abierto.

–Imposible –Susurro. Esas cerraduras son de alta seguridad. Ni siquiera yo soy capaz de forzarlas, y eso que se me da bien. Es imposible que lo hayan hecho. Acaban de burlar la máxima seguridad con una puta horquilla.

Bruno frunce el ceño y los labios, sin apartar la vista de la pantalla. Ha visto algo que le ha llamado la atención, pero sé que no piensa decirme qué es a menos que crea que es realmente necesario.

Bruno

*“El niño no volvió a llorar, y nunca olvidó lo que había aprendido:
que amar es destruir, y que ser amado es ser destruido”.*

*(Cazadores de Sombras;
Cassandra Clare)*

“Cuando llego de clase sin mi hermana, estoy preocupado. Mamá me ha dicho que se ha portado mal en clase y la han expulsado. Serena, al igual que yo, es un terremoto desobediente. Y eso tiene consecuencias, y muy graves.

Mamá, como siempre, se olvida del tema y se queda en el salón leyendo un libro. Yo, en cambio, subo a buscar a mi hermana. No me gusta dejarla sola con papá. A él nunca le han gustado las mujeres y me obliga a que a mí tampoco, porque dice que los hombres somos mejores. Pero yo no quiero odiar a Serena igual que lo hace él, es mi hermana y la quiero. Es la única persona además de mamá a la que quiero de verdad.

La oigo llorar cuando paso por el despacho de nuestro padre. No es la primera vez que lo hace, aunque a ella no la oigo gritar. Es muy fuerte, pero es inevitable llorar, aunque no quiera hacerlo.

El sonido de los latigazos es horrible. Y lo peor es que, sin verlos, los reconozco. Odio saber qué es lo que está haciendo mi padre.

Entro sin llamar a la puerta, cosa que odia. Mi hermana está tirada en el suelo, con la espalda roja, algunas heridas y cubierta de lágrimas. Mi padre me mira con el cinturón levantado.

–Fuera, Bruno –Me ordena, y yo niego. Serena me mira horrorizada–. Tu hermana se ha portado mal en clase y ha desobedecido al profesor, por lo que estoy castigándola. ¡Ha desobedecido a un hombre!

–Déjala –Me atrevo a decir–. No tendrías que pegarle a tu hija.

–Oh. ¿Quieres que te pegue a ti? –pregunta sonriendo. Yo trago saliva, ya que no va a ser la primera vez.

–¡No! –grita mi hermana. Eso provoca que se lleve un nuevo latigazo que me duele hasta a mí. Eres estúpida, Serena. Deja de meterte en el infierno por mí...

–Cállate, niña. Bruno, ven aquí. Quitate la camiseta.

No, joder”.

A mis once años, no era la primera vez que me intercambiaba con mi hermana para que no le pegase a ella. Tampoco era la primera vez que me desmayaba, que no podía dormir por no poder tumbarme boca arriba, o que el agua me escocía horrores.

Maduré demasiado pronto, crecí muy deprisa y me hice un hombre exageradamente rápido.

Mia

Listo. Ha costado, pero por fin he conseguido cerrar la maleta. Esta mañana ni siquiera me ha costado madrugar, y es que apenas he dormido pensando en que en poco menos de una hora estaré rumbo a Miami.

Pensaba que la universidad iba a ayudar a los estudiantes que, como yo, no podíamos permitirnos este viaje. Cuál fue mi sorpresa al ver que no nos han dado ni un duro. Me pensaba quedar en Providence, pero tanto Roy como Damon se enteraron y me prohibieron no irme de viaje. Entre los dos me han pagado el viaje, a lo cual me opuse, pero no ha servido de nada. Solo sé que estoy en deuda con ellos. De nuevo.

Nos quedaremos en un lujoso hotel, perteneciente a la familia de los

Thompson y, por lo que he visto en internet, debe ser todo increíble.

Hago un repaso mental de todo lo que debo llevar en mi maleta, a pesar de que ya no quepa ni un solo alfiler. Recuerdo de pronto coger algo de dinero ya que, aunque allí tengamos todo pagado, no me gusta salir sin nada. Voy hasta mi armario, donde tengo guardada la caja fuerte y, al retirar la manta que la cubre, el sonido de un cristal haciéndose añicos me sobresalta. Cuando miro al suelo y veo de lo que se trata, se me forma un nudo en el estómago y, sin quererlo, tengo que contener la respiración.

En la imagen parecíamos felices, de hecho lo éramos, y mucho. Mi padre está mucho más guapo, no solo por ser más joven, sino también por su expresión. Viva, sin problemas, sin tristeza, en definitiva, feliz. Y en cuanto a ella...

“-¡Papá! ¡Papá! -Llego corriendo a los brazos de mi padre que está sentado en la terraza del jardín tomándose su café de todos los días mientras lee el periódico deportivo.

-¿Qué pasa, princesa? -Me aprieta con fuerza entre sus brazos y me llena de besos sentándome sobre sus piernas-. ¿Ya has terminado tus deberes?

-Ay, papá, pica -Río mientras me acurruco en su pecho frotándome la mejilla raspada por la barba-. Sí, ya he terminado. ¿Jugamos al escondite?

–Termino de leer y jugamos, prometido.

–¡Date prisa! –Me bajo de sus piernas y salgo corriendo para buscar a Simba, mi cachorrito, es tan pequeño y el jardín tan grande que lo suelo perder.

–¡Mia! ¡Ten cuidado y no corras tanto, que te vas a caer!

Me giro al escuchar la voz de mi madre. Está saliendo a la terraza con una bandeja en sus manos con pastas de chocolate. Qué guapa es mi madre. Tiene una preciosa y larga melena pelirroja, y sus ojos son exactamente iguales que los míos, del mismo verde y la misma forma. Mi padre dice que cuando sea mayor seremos idénticas, y a mí me encanta la idea. Mi madre es perfecta.

Deposita la bandeja que llevaba en sus brazos al lado de mi padre a la vez que le da un tierno beso en la boca. Mi padre la mira embobado, como en esas pelis románticas que ven los mayores. Cuando están juntos no dejan de besarse y hacerse cosas ñoñas, supongo que estarán enamorados. Todos los mayores se enamoran, y me imagino que si mis padres están tan contentos no debe ser tan malo, ¿no?

Con el calor que hace me entran muchas ganas de bañarme en la piscina, lo malo es que con este sol, las pecas me aumentan considerablemente, a pesar de que mi madre diga que a mí todo me queda bien.

–¡Mia, cariño! –Escucho a mi madre nuevamente–. Ven, nos haremos una foto todos juntos.

–¡Stiiii! ¡Me encantan las fotos! –Cojo a Simba, y me dirijo corriendo hasta mis padres.

Mi madre me sienta en sus piernas, me rodea con sus brazos alrededor de mi abdomen, abrazándome con cariño. Mi padre hace lo propio colocándose detrás de ambas y nos abraza a las dos.

–Venga cariño, sonríe –Abrazo a Simba que me lame la cara con efusividad mientras intento sonreír.

–A la de tres, ¿eh? –Nos avisa Martha, la empleada encargada de hacernos la foto–. Una, dos...”

Y tres. Noto cómo una lágrima resbala por mi mejilla hasta caer sobre la foto. Ojalá pudiera echar el tiempo atrás y regresar a ese momento, quedarme ahí y parar el tiempo. La echo tanto de menos... Si ella siguiera conmigo, todo habría sido muy distinto.

Me limpio la cara y cuando termino de recoger los cristales, me guardo la foto en el bolso, la llevaré conmigo. Cojo la maleta y, a pesar de que no tengo intención de despedirme, no puedo evitar asomarme con precaución a la habitación de mi padre.

Está profundamente dormido. Durmiendo la mona, más bien. Sabía que a pesar de que me prometió que no volvería hacerlo, caería de nuevo. Cierro la puerta y, sin hacer ruido, bajo las escaleras. Sabrá apañárselas solo, le he dejado la nevera llena, y el dinero justo para esta semana, a no ser que se lo gaste en alcohol, claro.

Estoy a punto de abrir la puerta, cuando lo veo aparecer por las escaleras, cerveza en mano y con dificultades para bajarlas, ya que va de un lado a otro a consecuencia de la borrachera. Suspiro pesadamente y niego, es un milagro que no haya caído rodando.

–Deberías dormir, no tendrías que haberte levantado.

Mi padre se acerca a mí con parsimonia, mientras bebe a trompicones la cerveza. Cuando está frente a mí se limpia la boca desagradablemente y el hedor a tabaco y alcohol es insoportable, lo que me hace girar la cara con asco.

–Mia, estás prrr...eciosa –sisea, arrastrando las palabras y con notable dificultad para pronunciar.

–Adiós, papá –Me giro sin mirarlo y salgo dando un portazo.

Mientras me dirijo al taxi que ya me está esperando desde hace rato para llevarme al aeropuerto, me da por pensar en cuánto echo de menos a mi padre.

Al de la foto. Ya que lo que se ha quedado tras esa puerta, poco tiene de padre. Y duele, duele mucho.

Suspiro al entrar en el taxi y miro el reloj. Mierda, las nueve y media.

Llego tarde, muy tarde.

Capítulo 11

Traición

*“La razón humana es capaz de disculpar cualquier maldad:
por eso es tan importante que no confiemos en ella”.*

*(Divergente;
Verónica Roth)*

Bruno

No entiendo por qué cojones tengo que ir hasta Miami en un avión normal y corriente repleto de gente teniendo un puto jet privado que puede llevarme

directamente en un abrir y cerrar de ojos. Pero Marco nos ha pedido por favor a todos los que teníamos un medio alternativo de transporte que no lo usáramos, si no que fuéramos todos juntos para, primero, que no le llamasen la atención y, segundo, para que todos estuviéramos prácticamente igualados, sin preferencias. Y sé por las caras de mi hermana, Hugo y Nikki que tampoco les hace ni puñetera gracia esta idea.

A la que no he visto es a la pelirroja pero, como un fantasma invocado, llega en cuanto pienso en ella, corriendo, justo cuando Marco se disponía a explicarnos el reparto de habitaciones antes de llegar. Todos se giran para mirarla.

–Siento el retraso –Es lo único que dice, y se pone detrás de todo el mundo, al final. Es extraño que no se luzca delante de todos como suele hacer. Se va la última con la cabeza gacha, y yo frunzo el ceño. Algo le pasa, eso está claro. Pero me da igual, es su problema.

–No te preocupes, Mia –dice Marco–. Bien, lo que iba a decir es el reparto de habitaciones ahora que tenemos tiempo, así al llegar no lo perdemos en el hotel.

–Señor Reeves –Una chica levanta la mano–. ¿Por qué no se nos ha dado antes en clase?

–Yo lo que quiero saber es por qué no hemos podido escoger con quién

vamos en las habitaciones –Interviene otro. Marco suspira.

–Creo que lo he dicho más de una vez en clase, pero bueno. Lo repetiré hasta que se os grabe en la cabeza. El viaje es para disfrutar, sí. Es vuestro primer año de universidad y no todos os conocéis. Han pasado varias semanas desde que empezasteis el curso y aun así muchos no sabéis el nombre de la persona que tenéis a vuestra derecha. Así que es una buena oportunidad para mezclaros todos y empezar a hacer nuevas amistades. Si os pusierais en las habitaciones de la gente que ya conocéis de antes, volveríais de Miami conociendo a la misma gente. Así que digo ahora cómo os hemos repartido, que ha sido al azar, y punto. Es lo que hay. Si alguien tiene algún problema con sus compañeros, que venga y nos lo diga –A él y a la otra profesora que lo acompaña, que no tengo ni puta idea de dónde está ahora mismo. Se fue con la excusa de ir al baño y no ha vuelto. Su miedo a los aviones no es algo que me incumba.

Sé que a Marco realmente le da igual quién vaya con quién. Por él, habría dejado que todos se metieran en una misma habitación. Pero sigue siendo un profesor y está obligado a cumplir su trabajo.

–Bueno –Hugo suspira notablemente aburrido–, pues dilo ya, así sabrán cuanto antes quién tiene el privilegio de compartir habitación conmigo.

–Anda, D’ Lorian, cállate la boca que estás más... Bueno, iba a decir

guapo, pero a mí me resultas igual de desagradable que cada vez que abres la boca –Serena rueda los ojos a la vez que todos ríen. Eso es, haciendo honor al apellido O’ Connor.

–Sé que te encantaría compartirla conmigo, preciosa –Le responde él.

–Dios mío, callaos. Y como empecéis a pelear, os quedáis en tierra – Marco empieza a decir las habitaciones. Evidentemente, chicos y chicas separados, pero tres por habitación–. Bruno O’ Connor, Hugo D’ Lorian y Kyle Smith –No sé quién es ese tal Kyle hasta que le veo girarse para mirarme, algo acojonado. Yo le mantengo la vista y finalmente me encojo de hombros. Dudo que ese chaval quiera ir de listillo conmigo. Además, con el D’ Lorian compartiendo el mismo aire dudo que vayamos a tener muchos problemas con él. No me molesta compartirla con Hugo, aunque quiera todo el oxígeno para él solo, en el fondo me cae bien–. Nina Black, Mia Watson y Serena O’ Connor –De puta madre. A ver cómo se aguantan. Marco termina de decir las habitaciones mientras que la gente grita emocionada o se queja–. Y por último... Nicole Thompson y Dylan Thompson.

–¿Perdona? –dice una chica, indignada–. ¿Por qué ellos dos pueden ir juntos y además son solo dos?

–Porque son primos, y no creo que el incesto les vaya mucho. Y porque ellos van en una suite.

–¿UNA SUITE? –replica otra tía–. ¿Por qué? No es justo que ellos vayan a estar mejor que nosotros.

–Todos vais a estar en habitaciones muy lujosas, pero Nikki y Dylan van a una suite porque, por si no habéis leído el folleto que os repartí del hotel... Es de su familia. Y gracias a ellos dos y a su tío James Thompson, el alojamiento os ha salido por menos de la mitad a todos vosotros. Así que si tenéis alguna queja acerca de ellos dos... Decídselo a su tío.

–No me mires así si no quieres quedarte sin habitación en menos de un minuto –Le espeta Nikki a la chica que ahora la mira con asco.

–Empezamos bien...

–Pero, ¿qué os importa? Venimos a disfrutar, apenas vais a estar en las habitaciones. No seáis escandalosas –una chica sensata.

–Pues yo voy a seguir quejándome –dice otro–. Se supone que esto es un viaje de grupo, ¿no? Aunque su tío sea el dueño del hotel no entiendo por qué tienen que tener preferencias. Deberían de ser ellos mismos los que dijeran que prefieren integrarse y estar con el resto, como los demás.

–Déjalos –Interviene una muchacha rubia–. Está claro que se les sube el apellido demasiado rápido a la cabeza.

–Oye guapa –Ahora es Dylan el que habla–, si estás mal follada no es

culpa nuestra. Será amargada la tía...

Serena resopla. Está igual de estresada que yo y se nota.

–Pero vamos a ver, ¿qué cojones os importa a los demás dónde se queden? Cada uno tendréis una puta cama donde dormir, y ya está. Por mí como si los llevan en burro hasta la habitación.

–El limón tiene razón –Genial, Dylan, genial.

–¿Cómo me has llamado? –Mi hermana alza una ceja.

–Limón –El Thompson sonrío de medio lado.

–Vuelve a llamarme así y te meto un pal...

–Pues te dará igual a ti, monada, a mí no –Interrumpe otra tía que la mira con asco–. Igualdad para todos, así que yo propongo votación.

–De verdad, sois todos unos amargados envidiosos –Nikki se cruza de brazos, lo que realza sus pechos y desvía muchas miradas a ellos–. Como si quisiera mezclarme con vosotros... Dylan y yo tenemos la suite, y punto.

–¿Podéis parar ya? –habla de nuevo Marco–. Callaos todos ahora mismo. ¡SILENCIO! –Todos se callan ante su grito. Hasta la gente que hay desperdigada por el aeropuerto nos mira–. Aunque quisiera, no puedo sacarlos de una habitación que prácticamente les pertenece. No me apetece que venga su tío a reprocharme nada después del gran favor que nos ha hecho a todos.

–Menos quejas, que muchos no habríais podido venir sin la rebaja de mi tío.

–Yo sí –Resopla una.

–He dicho muchos, no todos.

–Como sea –Marco se pasa una mano por el pelo–. Las habitaciones se quedan así, no hay votación de ningún tipo. Cuando ya estéis acomodado en el hotel, si tenéis alguna queja de vuestros compañeros, venís a hablar conmigo, ¿de acuerdo? Bien. Pues en marcha, porque mientras gritabais nos han avisado de que podemos pasar a facturar las maletas y embarcar.

Rumbo Miami.

Todos nos ponemos en marcha. Estamos deseando llegar para poder relajarnos de una vez, al menos yo. Necesito meterme una raya.

–A mí me habría gustado ir contigo –Oigo a una chica decirle a Nikki, que va delante de mí con... ¿Tres maletas? Ella lleva dos, y Dylan, además de la suya, lleva otra. Y dudo que la de purpurina dorada sea suya–. A mí me caes genial. Siempre leo tus revistas.

–Gracias –Nikki le sonrío y la repasa de arriba abajo–. Tienes estilo. Pero cuando quieras, podemos mejorarlo. No dudes en preguntarme.

–¡Claro! ¡Gracias!

–Señor –Oigo una voz detrás de mí antes de que me toque en el hombro. Instintivamente me giro y le doy un manotazo por tocarme. Ken, el guardaespaldas, me mira fijamente.

–¿Qué cojones haces aquí? –espeto.

–Su padre me manda para vigilarlos a usted y a su hermana –En cuanto la menciona, hace acto de presencia, pues no estaba muy lejos de mí.

–¿Qué cojones hace este aquí? –repito mi pregunta, mirándolo con asco.

–Nuestro querido padre piensa que necesitamos protección.

–Señor y señorita O’ Connor... Sois los hijos del gobernador, no pueden ir sin protección, no se sabe qué puede pasarles.

–Yo sé lo que va a pasarte a ti si no te vas por donde has venido –Serena le señala con un dedo–. Y dile al gobernador que deje de tocarme los cojones. La repudiada no necesita protección y mi hermano menos todavía. ¿No hemos tenido ya esta conversación?

–Sí –Afirmo. Ken se mantiene impassible mirándonos–. Así que, Ken, vete. No queremos protección. No queremos que nos vigilen. A la mierda todo, si nos matan, nos han matado. Genial. Chachi piruli.

–Señor...

–Ni señor ni hostias –Gruño–. Que te vayas. Que vayas a decirle a mi

padre que estoy hasta la polla de él y sus vigilancias. Que me deje en paz en un puto viaje de la universidad. Y punto. No tengo nada más que decir.

No se me pasa por alto que todos nos están mirando. Hemos alzado la voz demasiado, llamando la atención de todos los alumnos, medio aeropuerto, y Marco, que me mira con el ceño fruncido.

–¿Qué cojones estáis mirando todos?

–A lo vuestro, gilipollas –añade Serena.

Ken se queda donde está mientras que nos alejamos. Pero eso no quiere decir que no vaya a aparecer en Miami para vigilarnos.

Marco

–¡Miradlo, ahí está! ¡Señor Reeves! –Una chica y un chico se acercan a mí corriendo. Los reconozco, Nina y Kyle–. Menos mal que lo encontramos aquí.

–¿Pasa algo? –Claro que pasa algo. Lo veía venir. Dejo los papeles que estaba firmando y se los doy al recepcionista.

–Pues que no soporto a Hugo D’ Lorian –dice Kyle–. Con esos aires de grandeza que se cree que la habitación es suya. Es inaguantable, en serio. Y el O’ Connor tres cuartos de lo mismo. Casi me pega una hostia por rozarlo con el hombro –resopla.

–Y yo no aguanto a la pelirroja –Interviene Nina–. Ha sacado toda mi ropa del armario porque dice que si no la suya no entra. Y lo peor es que Serena O’ Connor está loca. Se ha puesto a gritarnos como una histérica. De verdad que me da miedo esa chica. Yo no puedo estar con ellas.

Suspiro y me froto los ojos. Lo peor es que me lo creo, todo me lo creo. Sabía yo que estos iban a traer problemas.

–De acuerdo. Iré a hablar con ellos para intentar hacer un cambio de habitación –Que ya lo tenía pensado–. A ver qué se puede hacer. Qué problemáticos sois.

–Problemáticos son ellos –Kyle se encoge de hombros–, que se creen los dueños del mundo por tener un apellido conocido. Así que haga algo, profesor, cuanto antes.

Nina asiente corroborando, y yo también acabo asintiendo.

–De acuerdo. Ahora mismo voy. Luego os busco, ¿vale? –Me voy de ahí y me dirijo hacia las habitaciones de cada uno para hablar con ellos. Primero la de los chicos, llamo y me abre Bruno, que me ha mira alzando una ceja–. Venid. Los dos. Ahora mismo –Echo a andar por el pasillo en dirección a la de Serena y Mia. Hago lo mismo, sin dejarles tiempo a replicar, y me dirijo hacia la suite de Nikki y Dylan.

–Joder, ¿qué pasa? –pregunta Hugo, tras de mí–. Es mi hora de la siesta.

–Yo me quiero ir a la playa a tomar el sol –Suspira Mia.

–Sí, a ver si coges algo de color –Le dice Bruno.

–Imbécil.

–Dios mío, dame paciencia –Resopla Serena.

–Más te vale que nos lleves a una habitación llena de tías en pelotas, porque no es hora de dar por culo.

Los fulmino a todos con la mirada, cansado de ellos.

–No os sacaría de vuestras habitaciones si no dieseis por culo vosotros –
Llamo a la suite y abre Nikki, que nos mira con el ceño fruncido a todos.

–¿He organizado una fiesta y no me he enterado?

–¿Podemos pasar? –pregunto.

–Claro –Nikki se aparta de la puerta para que entremos todos. Menuda suite tienen los cabronazos.

–A ver, chicos... –Suspiro pasándome una mano por el pelo–. Se han venido a quejar vuestros compañeros de habitación de vosotros cuatro. Sois un desastre. No quieren compartir habitación con los niños ricos, porque os comportáis como niños ricos.

–Yo no he hecho nada. Si ese tío se ha quejado es porque tiene envidia de que soy más guapo –Sí, Hugo, seguro que es por eso.

–Oye, que yo no soy rica, ni tampoco me las he dado de serlo. Simplemente he dicho que deje espacio para mi ropa, que tengo más que...

–Tú me dijiste el otro día que aquí casi todos somos iguales –Bruno interrumpe a Mia y se encoge de hombros.

–No, Bruno, no te equivoques. Sabes perfectamente que todos los alumnos o casi todos de esta universidad son adinerados. Pero nadie tiene lo mismo que tenéis vosotros. Me parece muy bien que presumáis de dinero, pero que no se os suba a la cabeza.

–Me cago en la puta –Vuelve a hablar–. Que no hemos hecho nada, joder. Sabes perfectamente cómo soy desde hace años, Marco. Si no le gusta a nadie, bien.

–A mí me caéis bien –Ahora es Nikki la que se encoge de hombros.

–Vuestra actitud me cabrea –Resoplo.

–Eres como nosotros, y lo sabes –Añade Bruno. Le miro amenazadoramente. No quiero que abra la puta boca para insinuar nada. No puede hacerlo. Soy el profesor.

–Señor Reeves –Al menos Nikki tiene educación–. ¿Qué pintamos Dylan y

yo en esto?

–A eso iba. Como parece ser que entre vosotros sí que os aguantáis –Les miro para que me dejen acabar antes de reprochar–, vamos a hacer cambios en las habitaciones.

–Qué pesados sois –aporta Serena.

–Callaos ya. El caso es que sois insoportables para vuestros compañeros, y ya está. Acabamos de llegar y ya estáis dando problemas. De verdad que sois increíbles. Me lo esperaba de los O’ Connor, pero no del resto.

–Eh, eh. A Dylan y a mí no nos metas –Nikki se cruza de brazos.

–Gracias por lo que me toca –De nada, Bruno.

–Sí, os meto por lo del aeropuerto. Da igual, dejad de interrumpirme –Me pellizco el puente de la nariz y suspiro. Maldita la hora en que me hice profesor–. Bien, voy a tener que hacer algún que otro cambio en las habitaciones del resto de la gente por vuestra culpa, pero lo principal es apartaros a vosotros de ellos. Sois tres y tres. Poneos de acuerdo, porque los chicos os vais a una habitación y las chicas a otra. Me da igual quién se quede la suite, Dylan o Nikki. Eso ya es problema vuestro –Veo cómo me miran todos, con ganas de arrancarme los ojos–. Si sois incapaces de convivir entre vosotros que sois del mismo palo... Os voy a tener que mandar a Providence

de nuevo, y sabéis que no quiero hacer eso, así que no me obliguéis. Ahora, antes de que alguno me salte al cuello para degollarme... Voy a hablar con vuestros compañeros para ver qué hago con ellos. Y no permito quejas –dicho eso, me abro paso, salgo de la habitación y me voy fuera. El resto ya es problema suyo.

Nikki

–Bueno –dice Hugo cuando Marco ya ha salido. Mi vista se desvía hacia él–. Pues habrá que ponerse de acuerdo, ¿no? De verdad, lo que armáis. Menos mal que soy el único que no da problemas...

–¡Nikki! ¿Pero qué pasa? ¿Quién ha ven...? –Dylan estaba duchándose, por lo que tras salir del baño, se acerca, con solo una toalla alrededor de la cintura, mientras se seca el resto de su musculado cuerpo con otra, y se queda parada al vernos a todos reunidos. Mia le da un buen repaso de arriba abajo, y yo me río.

Sigo sin creerme lo que nos ha hecho Marco. Para empezar, la presencia de Hugo en mi habitación no es nada que me alegre. Dependiendo de cómo se mire, claro... Parece que las que más problemas vamos a poner somos las chicas, pues somos demasiado diferentes y ya hemos tenido nuestros encontronazos. Bruno y Hugo ya estaban juntos, y dudo que la presencia de

Dylan les incomode más que el hecho de estar ellos dos juntos, pues también son muy diferentes. Tras explicarle a mi primo lo que ha pasado, ambos nos miramos. La cuestión es... ¿quién se queda la suite? Una sola mirada y un puchero será suficiente.

–Dy...

–Ah, no, no, no –Ve mis intenciones desde lejos–. Me quedo yo, tú te vas a hacer amigas, primita –Me besa en la frente mostrándome su encantadora sonrisa.

–Manda huevos –Serena resopla–. Por una puta habitación... –Se apoya en la pared, cruzándose de brazos, exasperada.

–Y una mierda –Miro a Dylan indignada y niego–. Tú te llevas bien con ellos –Señalo a Bruno, no a Hugo–. Y a nosotras tres no nos hace falta mucho para tirarnos de los pelos. Necesitamos más espacio. Además... –Ahora señalo hacia dentro de mi dormitorio–. ¿Dónde pretendes que meta toda mi ropa? Porque si la junto con la de Mia... tendríamos que salirnos de la habitación.

–No es mi problema, preciosa –Dy se encoge de hombros–. Además, no...

–Yo tengo otra idea –Hugo se coloca detrás de mí, y trago saliva. Odio tenerlo tan cerca–. Podéis quedaros todos en la suite esta, entráis de sobra.

Nikki y yo nos iremos a la habitación. Tendrás espacio de sobra para tu ropa – Me susurra eso último en el oído, erizándome la piel–. ¿Qué te parece, rubia?

Dylan alza una ceja y lo mira con ese instinto protector que amenaza con matarlo si me toca. Yo abro la boca en cuanto lo escucho. Estará de coña, ¿no? Mi mirada huye hacia Dylan, pidiendo ayuda, pero ha pasado de mirar a Hugo a comerse a Mia y Serena con la mirada, por lo que no va a percatarse de que lo necesito ahora mismo.

–No. Ni hablar –replico y me giro para mirar a Hugo–. No pienso irme a la habitación contigo. La suite es mía, así que las tías nos quedamos aquí, y los grandullones os vais a la habitación.

–A mí me parece bien lo que dice el D’ Lorian –Fulmino a Bruno con la mirada en cuanto dice eso. Tiene una sonrisa traviesa pintada en la cara y le brillan los ojos. Genial. De esta nadie se libra. Hugo lo mira con el ceño fruncido–. Podemos quedarnos todos en la suite, hay espacio de sobra, sí. Mi hermana estará más tranquila si está conmigo y... –Mira a Mia y la repasa lentamente con la mirada, sonriendo de medio lado–. Tanto al Thompson como a mí no nos importa tener que ver a la zanahoria pecosa en pijama. Además – Ahora me mira a mí–, ¿qué te asusta de irte con él? Solo sois amigos, ¿no?

–No me asusta nada. Es solo que tengo novio, que te recuerdo que es tu primo, y no me apetece irme a dormir con otro, y menos sabiendo que le odia.

–Yo no voy a decirle nada. Ni ninguno de nosotros –Asegura–. Además, tú lo has dicho. Tienes novio. Nada debería de pasar entre Hugo y tú, ¿no? –Se está divirtiendo, se nota. Puto Bruno, ¿por qué haces esto?–. Si tanto te preocupa es por algo, ¿verdad, Hugo?

–Bien –Intervengo, cabreada, y acepto. Nadie me vacila, y menos dando a entender que me asusta que pase algo con Hugo–. Hugo y yo nos vamos a la puta habitación.

–Bruno, que si lo que querías era quedarte en la misma habitación que la pelirroja, solo tenías que decírmelo –dice él.

–Bueno, mirad, ya me he hartado. Que me importa tres cojones quién se quiera quedar con quién o los intereses que tengáis cada uno –Serena es una burra, como su hermano–. Yo lo que quiero es una jodida habitación y se acabó. Así que, venga, si el señorito *soygilipollas* y la princesita son los que se tienen que largar, pues rapidito.

–Madre mía, tienes que tener unas telarañas en el coño flipantes para estar así de amargada –En cuanto Dylan le espeta eso, Serena le cruza la cara, pero el muy retrasado se ríe y se acaricia la mejilla, repasándola con la mirada–. Me gusta este reparto de habitaciones, sí.

Esto va a ser un puto show.

–El señor Reeves va a matarnos como se entere –Suspiro.

–A nadie le importa lo que diga Marco –Se nota que Bruno y él son amigos–. Si tiene algún problema, que me lo diga a mí.

–Malditas amistades... –Susurro. Y tan malditas. Tengo que irme a la puta habitación con Hugo, y no quiero estar a solas con él. Ahora sí que no hay escapatoria. Ya ni siquiera Dylan puede salvarme de él. Joder. Adiós a las semanas que he conseguido evitarlo.

–Pues entonces todo aclarado –Interviene Mia, y camina hacia fuera de la sala–. Roza el brazo de Bruno, que se aparta, pero le mantiene la vista–. Tendré que hacer el esfuerzo de aguantar a este gilipollas, pero bueno.

–Yo no soy gilipollas, pelirroja –Mi primo llama su atención–. Te haría un recorrido por la suite, preciosa, pero he quedado... Otra vez será. De nuevo – Dylan sonrío con picardía. Entiendo a lo que se refiere, no sé si el resto también.

–De nuevo... Ya veremos –Mia le guiña un ojo, dándole plantón sutilmente, y se despide con la mano–. Voy a por mi ropa.

Noto de nuevo a Hugo tras de mí, acercándose por segunda vez a mi oído.

–¿Nos vamos?

Jodido Hugo. Ya no hay marcha atrás, así que, si él va a jugar, yo también.

Planto mi mejor sonrisa y le doy un repaso de arriba abajo.

–¿Me ayudas con mis cosas?

–Eso, ayúdala con sus cosas. Vamos a ayudarla –Bruno nos mira y alza una ceja. De verdad que no comprendo a este chico.

–Claro, yo soy un caballero. Vamos.

–Genial –Contoneo mis caderas al girarme y dirigirme hacia mi armario, sabiendo que Hugo va a mirarme el culo descaradamente. Me ayuda a empezar a meter todo de nuevo en la maleta, mientras Bruno se dedica a mirarnos de brazos cruzados. No sé por qué nos incita a quedarnos solos si ahora se queda ahí plantado cual carabina. Lo dicho, no le entiendo, pero lo agradezco. La frialdad de Bruno me pone nerviosa, me recuerda demasiado a Roy, a pesar de que este es el triple de seco y borde que mi novio. No me cae mal, pero no sé si yo a él sí. Su bromita y ganas de juego no me han hecho gracia, a diferencia que al resto, parece ser.

–Oye... –Hugo decide romper el hielo–. Estoy pensando que si la suite tiene dos habitaciones, Serena y Bruno dormirán juntos como buenos hermanitos, y Dylan y Mia... Bueno, dudo que ellos dos duerman, la verdad – Qué cabrón es. Todos nos hemos percatado del juego de miradas que se traen la pelirroja y Bruno, pero que Hugo le quiera cabrear... Río al escucharle, y Bruno instintivamente alza la mirada para clavarla en él.

–En realidad... Dylan y Mia ya se han acostado –Aporto. Y es cierto. Dylan me lo dijo antes de que yo la conociera.

–Dudo que mi hermana quiera dormir conmigo –Es todo lo que dice. Su fría fachada no deja ver sus emociones–. Le gusta dormir sola. Alguien tendrá que dormir en el sillón. Y no voy a ser yo.

–Pobre Bruno –Ríe con sorna mientras coge mi maleta para arrastrarla–. Querías divertirte y al final eres tú el que acaba durmiendo en el sofá –Va hacia la puerta, pero se detiene y nos manda callar. Nos llegan unos claros y altos gemidos desde la habitación de al lado–. Oh, sí. Los hay que ya han empezado a divertirse.

No puedo evitar reír, y después señalo a Hugo.

–¿Dónde vas? Quedan dos maletas más –Abro otro armario lleno de ropa y zapatos. Queda la maleta en la que va esto, y la del maquillaje. Todas son de color dorado, con purpurina y una enorme N preciosa en negro–. Mi primo es insaciable, lo juro –Añado al escuchar los gemidos más altos.

–A mí me da igual que el hotel sea de vuestro tío, Nikki. Si Dylan me toca mucho los cojones voy a ponerlo de patitas en la calle y se va a tener que ir a dormir con vosotros. No pienso estar escuchado los gemidos de la hortaliza y el gracioso mientras yo intento dormir. Cuando yo no esté, que hagan lo que quieran.

–Díselo a ellos, no a mí –Me encojo de hombros–. Además, no es Mia. Se está tirando a otra, una tal Sidney, la estaba esperando. Mia se ha ido a por su ropa. ¿Es que no escucháis cuando hablan, joder? –Resoplo. Pero al ver cómo Bruno aparta la vista, sé que sí escucha, solo que no quiere que parezca que lo hace.

–Lo haré.

–Nikki... Vamos a estar aquí cuatro días, no un mes –Hugo abre los ojos al ver toda la ropa que falta por meter–. No vas a poder ponerte toda esa ropa ni de coña.

–¿Quieres ver cómo sí me da tiempo a ponerme todo? Además, son siete días, imbécil. Es posible que hasta me falte ropa –Bufa y después mira a Bruno, que gruñe cuando los gemidos se hacen más intensos.

–Déjalos disfrut...

–O PARÁIS, U OS JURO QUE VÁIS A SABER QUIÉN ES SERENA O' CONNOR –Los aporreos en la puerta son impresionantes. Serena va a echarla abajo–. A FOLLAR A LA PUTA CALLE, QUE YO NO PIENSO ESTAR ESCUCHANDO VUESTROS BERRIDOS.

–Creo que no va a hacer falta que digas nada –Hugo y yo nos descojonamos–. Me pone tu hermana.

–Sep, sin duda esto ha sido una buena idea... Y no se te ocurra ponerle una mano encima a Serena, o te quedas sin ambas.

–Uy, qué miedo –dice con ironía mientras alza ambas manos–. Que tu hermana no tiene cinco años, Bruno. Es toda una mujer. Y qué mujer, uf...

–Voy a partirte las piernas, D’ Lorian.

–Estos se van a enterar de quién soy yo, pero no te jod... –Serena se calla al pasar por mi puerta y ver que seguimos aquí. Agradezco sus gritos, pues me mantienen distraída de los comentarios de Hugo, aunque sean acerca de ella. Serena es guapa, muy guapa, como su hermano. Y no debería de molestarme que dijese eso acerca de ella.

–Esa es mi chica –Bruno asiente.

–Bueno, esto ya está –informo. Hugo se recrea mirándola de arriba abajo, después se gira y me mira.

–¿Decías?

–Juro que como los vuelva a escuchar, tiro la puerta abajo –Serena sigue quejándose.

–Y yo te ayudaré, no lo dudes –Le apoya su hermano.

–Que esto ya está –repito yo, clavando mis ojos en lo verdes de mi niñ... de Hugo–. Podemos irnos.

–¿Y vosotros dos no os largáis ya, o qué? Más escenitas románticas no, por favor –Serena suspira y nos mira con asco. Hugo ríe y le guiña.

–Tranquila, guapa, que Nikki está deseando que nos vayamos.

–Uy, sí, no sabes cuánto –Y sí, no sabes cuánto, Hugo... Joder. Esta semana va a ser una puta condena–. Vamos, que tengo que volver a deshacer las maletas.

Hugo me ayuda a llevarlas, aunque pone los ojos en blanco tras mirar de nuevo todo mi equipaje.

–Me quedaré dormido entonces.

–Pues es tu problema, no el mío. Tú lo has propuesto –Resoplo y me despido con una sonrisa–. Adiós, chicos... Suerte.

Todos la vamos a necesitar.

Roy

*“Hay que tener un par de cojones y mucho,
pero que mucho coraje para enamorarte,
porque aquel que te sonríe
es el mismo que una mañana te dejará las sábanas frías
y un hueco imposible de llenar en tu cama”.*

(Loreto Sesma)

La observo apoyado en el escritorio de mi despacho. Piernas largas, cuerpo bien trabajado, las tetas están en su sitio y una cara bonita. En los últimos días han pasado multitud de chicas impresionantes por mi despacho, el problema es que no basta solo con tener un físico, tienen que saber moverse. Lo malo es que después de ver a Mia sobre el escenario, todas parecen poco a su lado. No solo es espectacularmente guapa sino que, además, ha conseguido que el Desire's doble su cifra de ingresos en un tiempo récord. Es la estrella del cabaret.

–Está bien, cuando quieras.

La morena se dirige hacia la cadena de música, pulsa el play, y la música da comienzo. Se mueve muy bien, es sensual y sabe seducir con la mirada. Observo atentamente cada uno de sus movimientos y, a pesar de que lo hace despacio, puedo notarla cada vez más cerca de mí. Se muerde el labio y acaricia su cuerpo de forma lasciva, recreándose en sus pechos que resultan más insinuantes que nunca. Ambos sabemos que ya no está buscando pasar la prueba, sino que se la meta hasta el fondo.

Ahora está a tan solo unos centímetros de mi cuerpo, casi no tengo que extender la mano para rozarla. Pero no pienso mover ni un dedo. Estoy seguro que hace esto con la convicción de que así tendrá el puesto asegurado, pobre

ilusa. Se acerca aún más y, esta vez, puedo notar su aliento sobre mis labios, la respiración es agitada a causa de la excitación y eso que ni siquiera la he rozado. No muevo ni un músculo, me mantengo en mi posición, mirándola indiferente. Y creo que es precisamente eso lo que la excita. Me suele pasar con el resto de tías a las que me tiro. Si lo que pretende es ponerme cachondo va a tener que hacer mucho más que mirarme con cara de guarra.

Se acerca a mi cuello y comienza a morderlo con intensidad. Es entonces cuando noto su mano deslizarse a través de mi abdomen, bajando peligrosamente. Me besa sin permiso, y yo se lo permito. Sus labios se mueven sobre los míos durante unos segundos hasta que, finalmente, soy yo quien toma el control y la besa a ella.

La chica es buena. Tanto abriéndose de piernas en mi escritorio, como de rodillas ante él. Sin embargo, no es mi chica. Siempre que estoy con otra, pienso lo mismo: no es Nikki. No pueden igualarla. Nikki es todo sensualidad, provocación, picardía... con ese toque dulce y aparentemente inocente que solo ella tiene. Y no conozco a otra tía como ella. La quiero, sí, pero yo no pertenezco a nadie.

Cuando termino con esta tía, espero impacientemente a que se vista. En cuanto lo hace, la conduzco hasta la puerta.

–No te quiero volver a ver por aquí. Nunca –No le da tiempo a replicar,

puesto que le cierro la puerta en las narices.

Y es cierto, no quiero verla por aquí nunca más, aunque a ella en estos momentos no parece importarle. Ha conseguido lo que quería, y yo añadir una más a la lista de descartadas.

Capítulo 12

Explosión

“Ella amará a otro hombre.

Yo voy lejos, andando hacia el olvido.

*Y puede suceder que alguien me nombre,
pero ella fingirá no haber oído.*

Ella amará a otro hombre:

*el tiempo pasa y el amor finaliza,
y es natural que lo que fue una brasa
acabe convirtiéndose en ceniza.*

*Aunque nadie lo quiera,
envejecen la vida y las cosas,
y es natural también que en primavera
los rosales den rosas.*

*Es natural. Por eso,
ella amará a otro hombre y está bien.*

*No sé si ya olvidó mi último beso,
ni me importa con quién.*

*Pero quizás, un día,
oyendo una canción,
sentirá que esa vieja melodía
le cambia el ritmo de su corazón.*

*O será algún vestido
que yo le conocí,
o el olor del jardín cuando ha llovido,
pero algún día ha de pensar en mí.*

*O puede que sea un gesto,
o un modo de mirar,
o ciertas calles, o un botón mal puesto,
o una hoja seca que voló al azar.*

*Y de alguna manera
tendrá que recordarme, sin querer,
escuchando unos pasos en la acera
como los míos al atardecer.*

*Será en algún momento,
no importa cuándo o dónde, aquí o allá,
porque el amor, por parecerse al viento,
parece que se ha ido y no se va.*

*Y si en ese momento ella suspira
y el le pregunta por qué,
le tendrá que inventar una mentira
para que nunca sepa por qué fue.*

*Y él no verá esa huella,
eso tan mío en lo que ya perdí;
y, aunque la pueda amar más que yo a ella,
ella no podrá amarlo más que a mí.*

(Rafael Turia)

Hugo

Me ha estado evitando todo el día. Esta mañana cuando hemos llegado a la habitación apenas hemos hablado. Nikki se ha limitado a sacar montones y montones de ropa de las maletas para colocarla en el armario. Me he dedicado a observarla, no me he acercado más de lo necesario, al menos todavía, y le he dejado su espacio. En el fondo me divierte el hecho de que no haya sido capaz de mirarme ni una sola vez a los ojos, me gusta saber la influencia que mantengo sobre Nikki en ese sentido, ya que por mucho que disimule o, más bien, intente disimular, conmigo no funciona y eso lo sabemos los dos.

Cuando ha terminado de colocar su ropa se ha despedido con un “hasta luego, Hugo”, seco, demasiado seco y, ¿sobre actuado? Sí, ya que se esfuerza demasiado por demostrarme en lo descontenta que está con el hecho de compartir habitación conmigo, aunque sé que lo que realmente le jode es que

le guste el hecho de que va a dormir conmigo las siete noches restantes, y es normal. Cualquiera chica que fuese a compartir habitación conmigo debería tener miedo sobre su propio autocontrol, sobre todo si tiene novio, ya que entiendo que cualquier tío sale mal parado a mi lado y mucho más teniendo en cuenta que la chica es Nikki, mi Nikki, y que el otro es el rubiales sin gracia.

Estoy en la terraza, desde aquí hay unas vistas espectaculares de la playa. Como inauguración hay una fiesta en la misma en la que hay que ir de blanco, yo ya llevo preparado un buen rato, para vestirme no he tenido que complicarme mucho: pantalones blancos y camiseta blanca ajustada que realza mis músculos y el perfecto moreno que tengo. Estoy esperando a Nikki, que estoy seguro de que está haciendo tiempo en el baño con la esperanza de que me vaya sin ella, ya que, aunque tarde horas en arreglarse, es imposible que no haya terminado, eso, o se la ha tragado la taza del wáter, cosa que dudo.

Nikki

Gracias al cielo he conseguido no intercambiar más de dos palabras con Hugo en todo el día. Puto Hugo, puto Bruno y putos todos. ¿Qué cojones ha hecho que termine en la habitación con él? Joder, que tengo novio. Estoy con Roy, y hasta ahora no había sentido nada igual: confusión. ¿Por qué con Hugo me siento así? Bueno, está claro. Fue mi primer amor. Mi único amor de

verdad, hasta Roy. Joder.

Esta noche hay una fiesta temática, por lo que todos iremos de blanco. A pesar de que todos vamos a ir del mismo color, está claro que unos destacarán más que otros. Y yo seré una de esas personas. Podría haberme vestido perfectamente en la habitación. No es la suite que tenía, pero es enorme, preciosa y con espacio suficiente para varias personas, por lo que podría haberme preparado ahí con Hugo, y no nos habríamos molestado. El problema es que no creo que desnudarme delante de él, aun quedándome en ropa interior, ayudase mucho a la tensión que hay entre ambos. Me habría encantado lucirme, provocarle... Pero que tengo novio, cojones.

Me he puesto un vestido blanco corto. Traía otro largo, pero, ¿por qué ocultar mis bonitas piernas? Me llega muy por encima de las rodillas, pero sin llegar a enseñar nada. Es de tirantes, con un bonito escote que realza mis pechos de manera sensual y provocativa. En lugar de dejar mi corta melena lisa, me la he rizado, lo que me da un toque más salvaje y sexy. Mi rostro está perfectamente maquillado, con los ojos delineados, el colorete resaltando mis pómulos, y mis labios... Mierda. ¿Dónde me he dejado el pintalabios? Genial. Está fuera. Llevo un buen rato ya preparada, con unas cuñas blancas altas incluidas. He estado más de media hora solo mirándome en el espejo fijamente para encontrar alguna imperfección que, por supuesto, no ha aparecido. Tenía la esperanza de que Hugo se fuera sin mí, pero el muy capullo está ahí fuera

todavía, seguramente esperándome. Ah, y no solo me falta ponerme el pintalabios rojo, sino que también se me ha olvidado perfumarme. Guay. Ahora tengo que salir ahí fuera y buscarlo. Joder.

Inspiro hondo antes de abrir la puerta del baño y salir. Hugo está apoyado en el balcón, admirando las vistas. Está guapísimo todo de blanco. Tan... puro. Suelto una carcajada inevitablemente, sin dejar de mirarlo. Hugo, ¿puro? Por Dios, ni de pequeño lo era, ni ahora lo será. Ay, joder. Por qué narices habrá vuelto, por qué... Y ahora, tengo que buscar el pintalabios y el perfume rápidamente para encerrarme en el baño de nuevo y evitar así hablar con él.

Hugo

Sin girarme, sonrío triunfante al escuchar la puerta del baño abrirse. Sé que tendría que hacerlo, conozco demasiado bien a Nikki y, por supuesto, estoy seguro de que ella no puede salir sin echarse perfume, ni pintarse los labios. Pero tengo la ligera impresión de que no encontrará ni una cosa ni la otra, no al menos hasta que yo quiera que lo haga. Me giro lentamente con el cigarro en los labios, doy una larga calada y suelto el humo mientras la observo con detenimiento. De arriba abajo, repasándola lenta y sensualmente, como solo yo puedo hacerlo. Está increíble, como siempre, sin duda ese vestido está hecho para romperlo. La insinuante forma de sus pechos me llama, lo que hace que

me relama antes de dar una nueva calada al cigarro. Tranquilo Hugo, tranquilo, luego tendrás tu momento. Toso para llamar su atención, ya que nuevamente sé que se está centrando en no mirarme, sino en buscar lo que se le ha perdido.

–¿Qué se te ha perdido, rubia? –Sonrío de medio lado con picardía, sobre todo teniendo en cuenta que sé muy bien lo que se ha perdido y dónde puede encontrarlo.

Bruno

*“Cerrar los ojos y pretender que algo no sucede
no hace que deje de ser verdad”.*

*(Cazadores de Sombras;
Cassandra Clare)*

Veo la gilipollez más grande del mundo el tener que vestirse entero de blanco. ¿Qué somos, fantasmas? Tiene cojones... No sé ni en qué momento metí el conjunto blanco en la maleta, porque es horrible ir entero de blanco. Pero en fin. Un pantalón algo ajustado, una camiseta básica de tirantes, y una camisa de manga corta abierta encima. Todo de color blanco, claro está. Y lo peor es que estoy guapo, y las chicas que hay repartidas por la fiesta no se molestan en disimular que se les caen las bragas por mí.

–¿Qué cojones miráis? –Le grito a un grupito de chicas que no dejan de reír

cuando me coloco a su lado en la barra para coger un vaso de mojito—. Esta mañana estabais quejándoos de los niños ricos y ahora no paráis de fantasear sobre que os la meta hasta el fondo –Las chicas me miran algo asustadas por mi reacción, aunque una de ellas sigue comiéndome con los ojos.

Es guapa, una rubia espectacular que se muerde el labio mirándome de arriba abajo. Puede que esa hasta tenga la suerte de ser empotrada en cualquier lugar. O su amiga, la morena que juega con un mechón de pelo. La muy atrevida alza una mano y me toca el hombro como si estuviera sacudiendo algo de ahí.

–Tenías un bicho –dice sin dejar de sonreír. Yo le dedico una sonrisa pícara.

–Podéis comerme con la mirada todo lo que queráis, preciosas, pero... – Cambio mi expresión por una seria, mostrando que estoy cabreado—. No se toca sin permiso –Y dicho esto, le derramo el vaso de mojito encima a la morena, que se queda atónita ante el hecho.

Corriendo las chicas se van entre grititos.

–Eh, rubia –Ella se gira para mirarme—. No te pierdas mucho, luego nos vemos –cojo otro vaso de mojito y me giro para volver a la fiesta.

Es entonces cuando veo a la puta pelirroja de mierda alejarse de la playa para meterse entre la maleza, ya que estamos en una zona de la playa apartados

para no molestar. Esta es mi oportunidad de acojonarla y dejarle las cosas claras de una puta vez. Me bebo el vaso de un solo trago, lo dejo, y voy tras ella.

A pesar de que intenta caminar firme, se tambalea de vez en cuando. Normal, parece haber bebido más de la cuenta y lleva unos andamios que no son ni normales. Lo que no me gusta es la dirección que está tomando, pues estamos subiendo una pendiente que lleva hasta un acantilado que da a la playa. No es demasiado alto, pero si te caes... Y Mia parece ir directa hacia ahí. No me importa, la verdad. Como si quiere saltar voluntariamente, pero no me hace ni puta gracia que lo haga delante de mí, y que yo sea testigo de su suicidio. Se detiene en seco cuando se da cuenta de la altura a la que está, y se apoya en un árbol, cerrando los ojos. Perfecto. Me acerco a ella sigilosamente, ya que sé muy bien cómo moverme sin hacer ruido. La agarro por los hombros con firmeza, y le doy un empujón para asustarla, haciendo que por unos segundos crea que va a despeñarse, aunque la tengo sujeta.

Suelta un grito al notar el empujón, y se gira con toda la fuerza que tiene, notablemente cabreada, aunque su vista no debe ser demasiado precisa en estos momentos. Pero sé que me distingue a la perfección.

–¿Se puede saber qué coño haces? ¿Te has vuelto loco o qué? –Me empuja con toda la fuerza que posee en estos momentos, lo que hace que se tambalee

ella y no yo—. ¿Y qué cojones haces siguiéndome?

Ignoro todo lo que dice, además de sus empujones, que me cabrean aún más. La agarro con fuerza de las muñecas, ya que en este estado es casi imposible que se suelte de mí. No tiene nada que hacer contra mí, y no solo por el hecho de estar borracha.

La estampo en el árbol con fuerza, y la acorralo con mi cuerpo, impidiendo que se mueva de forma alguna, pues también atrapo sus piernas.

—Vamos a ver, muñequita. Tú y yo vamos a tener una conversación. ¿Te acuerdas de la patada en los huevos que me diste delante de todos? ¿Eh? ¡Responde!

—Ayyyy... No me grites, joder —Es lo que dice. Cierra los ojos y respira hondo. Intenta soltarse, pero es misión imposible. Abre los ojos y me mira directamente, a pesar de que no me altero—. Está claro que te gustó, ya que como no me sueltes ahora mismo te vas a ganar otra.

Está más borracha de lo que pensaba, sep. Mejor

—Nena, eres incapaz de mantenerte en pie tu sola, y con un solo gesto puedo tirarte por ese acantilado. Yo que tú no jugaba con el diablo —Hago más presión entre nuestros cuerpos. Definitivamente es imposible que se mueva—. Escúchame bien —Pego mi boca a su oído y susurro con voz grave—. No se te ocurra volver a tocarme, ¿entendido? Porque aquí mando yo y, créeme, no

quieres que te lo demuestre de otra manera. Jamás te atrevas a vacilarme de nuevo, y menos en público. Porque, nena, no me hago responsable de mis actos. Puedes comprobar mi expediente académico si quieres y ver todo lo que he hecho en el instituto. Oh... Espera, no puedes. Mi querido papi se encargó de que desaparecieran todos mis expedientes negativos, que no eran pocos. Porque soy el hijo del gobernador y tengo ese poder. Así que... ¿qué crees que me impide tratarte como a cualquier persona? Total, saldré impune.

Una pequeña risa que me toca los cojones sale de su cuerpo a la vez que se le cae el rostro hacia un lado. El alcohol tiene que estar subiéndole más. Se repone nuevamente en unos segundos y gira la cara para mirarme nuevamente, frente a frente. Se acerca de tal manera que sus labios rocen los míos al hablar, pero yo no me aparto.

—No te tengo miedo, Brunito —Me vacila—. Te puedes meter tus amenazas por el culo, y también tu bendito expediente de delincuente juvenil, porque me lo paso por el forro, hijo del gobernador —pronuncia esas últimas palabras con sorna y sonrío en mis labios, separándose para apoyar la cabeza en el árbol nuevamente. No tiene ni puta idea de qué está diciendo—. Suéltame —Añade.

Sé muy bien cómo putearla por tanta vacilada, aunque sea a causa del alcohol. Aunque sin estar borracha también lo haría.

—De acuerdo —respondo y me lanzo a su cuello, provocándole un calambre por todo el cuerpo.

Lo muerdo con brutalidad, clavando mis dientes y después paso mi lengua por la marca. Mis labios y mi lengua se ponen en marcha, y empiezo a hacerle un chupetón en el cuello, hasta que se le quede morado. Y repito el proceso varias veces por todo su cuello. Mis manos no pueden estarse quietecitas, no, por lo que se unen al chupetón. El problema es que lo del chupetón es voluntario, y lo de las manos, no. Acaricio su cuerpo con brusquedad. Aunque quizás así sea más realista. Cuando se le pase la borrachera y se vea el cuello... Estoy seguro que mi tacto no podrá olvidarlo, así que será muy fácil hacerle creer que me la he follado aquí, en el bosque, aprovechándome de ella. Y que luego no se acuerde. Soy un genio.

Durante todo el proceso, Mia se deja hacer, sin quejarse. Hasta que sus manos van hasta mi pecho, acariciándome. Una de ellas me sorprende, pues baja hasta desabrochar el primer botón de mis pantalones, y tiene la intención de meterla dentro de los bóxers, donde hay un bulto bastante prominente. Joder, esto no estaba en mis planes... Pero tengo que oponerme. Agarro su muñeca con fuerza para que no pueda mover la mano, alejándola de esa zona.

—¿Qué cojones haces? —Es lo único que murmuro, con la mandíbula apretada. Mi mano libre sigue en uno de sus pechos y mi boca en su cuello, apretándolo entre mis dientes.

Pero tira de mi pelo para obligarme a mirarla, y yo clavo mis ojos en los suyos verdes, brillantes a causa de la borrachera.

–Bésame –espete con voz ronca. ¿Qué? Se muerde el labio con fuerza–.
Bésame, Bruno. Hazlo.

¿De verdad acaba de pedirme que la bese? Qué fácil sería inclinar la cabeza y comerle la boca. O deslizar mis dedos por debajo de su falda. O bajarme los pantalones ahora mismo y follármela contra este árbol. Fácil. Muy fácil. Como todas las demás. No sé por qué hago esto, pero lo hago. Aparto la mano de Mia de mis pantalones, y los abrocho de nuevo

–No pienso hacerlo –murmuro mientras la miro. Sí que le diré que me la he follado, pero no pienso besarla para que luego no se acuerde. Justamente a ella no.

Mira al suelo, llevándose las manos a la cara, y niega. Suspira y cierra los ojos.

–¿Ya te vas?

Frunzo el ceño mirándola. ¿Qué cojones le pasa? Además del hecho de que está borracha. Aunque la principal pregunta es: ¿por qué narices sigo aquí?

–Sí, ya me voy. Y tú deberías volver a la fiesta. O irte a la suite –Porque cuando empiecen a preguntar acerca de su cuello, no sé qué va a responder. Aunque mañana le daré yo una respuesta–. ¿Puedo irme o tengo que hacer de canguro, zanahoria?

No responde. Simplemente se acerca a mí, caminando lentamente hasta estar parada de nuevo enfrente mía. Levanta su mano derecha y acaricia mis

labios lentamente, haciendo que me tense. Suspira y se acerca para susurrarme en el oído.

–Lo mejor es que yo no me acordaré de esto y tú, sí. Lo recordarás todos los días –dice mientras desliza los labios desde mi oído hasta mi boca. Cierto. Ella no se acordará de nada, y yo tendré estas imágenes para siempre en mi mente.

–Como si quisiera recordar algo de ti –Pero me calla con un beso. Me da un simple pico que dura varios segundos, pero sus labios sobre los míos me producen una sensación extraña, a pesar de que no muestro ningún tipo de expresión.

–No es necesario. Puedo sola –Pasa por mi lado rozándome con el hombro, mientras se encamina hacia la playa.

La veo marcharse e, inconscientemente me relamo los labios lentamente. Rápidamente sacudo la cabeza e inspiro hondo. Espabila, Bruno, espabila. Pero me cuesta centrarme. Por lo que solo me queda un solución para borrar de mi mente la imagen de Mia acariciando mi miembro, pidiéndome que la bese, besándome...

Me dirijo hacia la playa de nuevo y veo a la rubia de antes. Un simple gesto de cabeza es suficiente. Cinco minutos después, estamos en su habitación, desnudos, ella gimiendo entre mis brazos, y yo gruñendo mientras la penetro una y otra vez.

Y después, pienso pillarme la borrachera de mi vida.

Nikki

No lo mires, no lo mires, no lo mires. Mi vista se clava en él cuando me habla. Genial, Nikki, di que sí, si no te haces caso ni a ti misma, ¿a quién se lo vas a hacer? Joder, Hugo. Se ha girado para mirarme, apoyándose en la baranda, con un cigarro entre los labios. ¿Cómo puede ser tan sexy hasta fumando? Lo odio. Juro que le odio. Y en cuanto pregunta eso, sé que ha sido él quien ha cogido mi pintalabios y mi perfume. Claro que ha sido él, ¿cómo se me iba a olvidar a mi aquí fuera si todo mi estuche de maquillaje lo he metido en el servicio? Jodido Hugo.

Suspiro y me cruzo de brazos, lo que resalta más aún mis pechos, gesto que sé que no se le pasará por alto.

–¿Dónde están mis cosas, Hugo? –Alzo una ceja y me relamo los labios, a pesar de que sé que no me los va a dar. Resoplo y sin dejarle tiempo a responder, me pongo a buscar por toda la habitación, abriendo y cerrando cajones. Incluso registro el cajón en el que Hugo tiene sus bóxers.

–Arg. ¡Hugo D'Lorian! No sé dónde le ves la gracia a esto, así que ya estás devolviéndome mis cosas.

Hugo

“Lo que fuiste, es lo que eres.

Los que estuvieron, están.

Y lo que te hizo sentir,

te hará sentir siempre”

No pierdo detalle de sus pechos cuando los realza de ese modo y, nuevamente, los pensamientos guarros acuden a mi mente. Y tan guarros... Uf, así no hay quien pueda. Suelto una carcajada al escucharla. Le doy una última calada al cigarro antes de tirarlo, y me cruzo de brazos observándola con diversión mientras revuelve mis cosas. Alzo una ceja cuando llega al cajón de los bóxer y, con una traviesa sonrisa, me acerco por la espalda.

–¿Te gustan mis calzoncillos, Nikki? Me quedan de maravilla –Sin borrar la sonrisa me acerco aún más, hasta rozar su oído con mis labios y añadir susurrando–. Si me vieses sin ellos te gustaría mucho más.

Se le eriza la piel al escucharme, y más aún cuando me acerco para susurrarle.

–No lo dudo, ojitos –Se gira para encararme y clava su mirada azul en mis ojos y yo hago lo mismo–. Es evidente que eres una alegría para la vista –dice

señalándome de arriba abajo a la vez que sonrío—. Pero me bañé contigo cuando tu cosita era, eso, una cosita. Muy pequeña. Verte desnudo no supondría nada nuevo para mí —Qué mal miente la pobre. No dudo que sea una fantástica mentirosa con el resto, pero tengo claro que conmigo no funciona. En esto no me ganas, preciosa.

—Está claro que el que está deseando ver cómo me queda, o como estoy sin ella, eres tú respecto a mi ropa interior, ya que no dejas de mirarme las tetas. Y ahora que hemos aclarado todo esto, ¿me das mi pintalabios y mi colonia?

No puedo evitar soltar una sonora carcajada al escucharla, profunda y sexy.

—Te aclaro que yo no he negado en ningún momento que quiera verte sin ropa, de hecho te vas a quedar con las ganas de que te la arranque porque, como tú bien has dicho, tus tetas me lo están pidiendo a gritos y mi "cosita" también —Sonrío dulcemente, lo que contrasta con mis palabras—. En cuanto a tus cosas... Mmm.. —Desvío la mirada, esta vez sonriendo con picardía, mientras me rasco la barbilla—. Te las doy con una condición —añado mirándola de nuevo.

Inspira hondo, parece nerviosa. Probablemente ya se habrá dado cuenta de que mis intenciones no son buenas, según se mire, claro.

—Lo que sea, dame mi puñetero maquillaje, Hugo. Todo el mundo está en la fiesta ya.

Sin decir ni una palabra, doy un paso más hacia delante, lo que hace que Nikki tenga que retroceder si no quiere chocarse conmigo. Otro paso más y nuevamente debe retroceder, pero ahora su espalda choca contra la pared. Coloco los brazos a ambos lados de su cabeza y me relamo los labios mientras me acerco a ella. Nuestros labios se rozan cuando hablo.

–¿Estás segura que haces lo que sea?

Se lo que está pensando, y me encanta. Casi puedo notar el calambre que recorre su cuerpo, aunque ella pretenda ocultarlo. Desde que he llegado no ha hecho otra cosa que tratar de evitarme precisamente por esto. Nikki sabe que sé cómo provocarla, sé cómo jugar con ella, en este juego yo soy el rey, y ella es el peón que está a mi merced. Hace justo lo que esperaba que hiciese, esos arrebatos suyos de valentía para no mostrarse débil ante mí. Se humedece los labios lentamente, demasiado, provocando que su lengua roce mis labios mientras asiente.

–Estoy segura.

Oh, que la nena quiere jugar. Pues juguemos. Mi miembro hace acto de presencia en cuanto su lengua roza mis labios. Ay, Nikki, no sabes dónde te estás metiendo. Nunca mejor dicho. Pego mi cuerpo al suyo por completo, y doy un empujón contra su pelvis de tal forma que pueda notarlo. Nikki gime. Gime en cuanto nota mi miembro duro pegado a su cuerpo.

–¿Te sigue pareciendo cosita? –susurro en su boca y me relamo yo, rozo sus labios y me provoca un gruñido. Pego mi frente a la suya, ella cierra los ojos unos segundos y se muerde el labio con fuerza, y juro por Dios que tengo que controlarme por no meterle la lengua hasta la campanilla. Calma Hugo, calma, tú tienes el control. Siempre. Con un dedo perfilo la línea que dibuja su escote, y susurro—. Vas a quemarte Nikki, has entrado en mi juego.

Vuelve a morderse el labio con más fuerza. No, joder, no hagas eso. Su cuerpo reacciona con un escalofrío cuando mi dedo se desliza por su escote, hasta que por fin consigue hablar.

–¿Cuándo me ha asustado el fuego? –Eso es Nikki, tu sigue provocándome—. Y respecto a tu cosita... Sabía que te gustaba, pero no sabía que era capaz de ponértela tan dura con tan solo rozar tus labios. ¿Qué pasaría si nos besáramos, Hugo? ¿Te correrías nada más meterte la lengua en la boca? –Nikki. Para—. ¿Y si te tocara? –Para, joder. Uff... Como no deje de provocarme la voy a ahogar con la lengua—. Huguito... Te recuerdo que yo también soy fuego. Y combatir el fuego con fuego solo provoca una llamarada más grande. Ahora... –Se muerde el labio con picardía—. ¿Vas a darme mi maquillaje, o vas a seguir restregándote?

A la mierda el autocontrol, a la mierda el juego y a la mierda todo. Tú te lo has buscado, Nikki. La agarro con fuerza el culo, haciendo impulso para

levantarla. La estampo con fuerza contra el tocador, tirando todo lo que hay encima. La miro durante unos instantes a los ojos antes de agarrarla del pelo, tirar con fuerza y besarla con ansiedad.

Sí, la beso. No es un beso bonito, es un beso esperado, un beso con rabia, un beso que lleva esperando diez años, por lo que me vuelco por completo en él. No existe nada más. Pierdo la noción del tiempo, no sé cuánto rato la estoy besando, ni tampoco me importa, disfruto de sus labios, los muerdo a mi antojo, al igual que ella me muerde a mí, enreda su lengua con la mía y acaricia mis hombros, mi espalda, mi rostro... Joder. Como necesitaba esto. Y sé que ella también, ya que me ha correspondido por completo, volcándose por completo en este momento, al igual que yo.

De pronto tengo la necesidad de mirarla, por lo que, haciendo un esfuerzo terrible, me separo con suavidad de su boca, pero quedándome cerca, muy cerca. Tiene los labios hinchados y enrojecidos. Qué guapa está así, joder, y el pulso sumamente alterado, al igual que yo, ya que en estos momentos, se me está saliendo el corazón por la boca.

Le tiemblan las piernas, sí, y traga saliva mientras me mira, sus ojos azules brillan con lujuria, probablemente igual que los míos. Relame sus labios sin dejar de mirarme, saboreando el resto de mi saliva, y se muerde el labio.

No hagas eso. No te muerdas el labio de esa manera, joder. No sé qué

decir. Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué decir. Ahora que la he besado puedo decir que lo deseaba desesperadamente. Sería demasiado estúpido por mi parte decir algo que jodiese el momento, porque nada lo puede igualar, ni nada sería lo suficientemente bueno para llenar este silencio después de lo que acaba de pasar.

Sonrío con picardía y me lanzo de nuevo a sus labios, levantándola del tocador, apretando con fuerza su culo mientras ando con ella en brazos hasta la cama. Me tumbo sobre ella y acaricio su cuerpo con brusquedad, sin dejar de besarla en ningún momento, con la misma necesidad y la misma rabia, porque ningún beso me parece lo bastante bueno para llenar estos diez años.

Sus labios no rechazan los míos, sino que me siguen el juego, besándome con pasión. Sus manos recorren mi cuerpo como si se lo conociese por completo.

—Hugo... —susurra antes de que la calle metiendo mi lengua en su boca de nuevo. No. No voy a parar—. Hugo, por favor. Para —Que no. No quieres que pare, tu cuerpo me desea por completo. Puedo sentirlo—. Hugo, tengo novio...

¿Y? A la mierda su novio. No me detengo en ningún momento, cuanto más me pide que pare, con más ansia la beso. No pienso parar, ya no, Nikki lo sabe, o debería saberlo. Tan solo me detengo un momento para mirarla a los ojos con firmeza, encendidos a causa de la excitación, mientras le subo el

vestido para quitárselo, tal y como deseaba hacer desde el momento en que la he visto salir del servicio o, bueno, más bien desde que llegué.

–Nikki –digo con voz ronca mientras me deshago de lo que queda del vestido–. Deberías aprender a conectar lo que sueltas por la boca, con lo que me pide tu cuerpo –La beso–. Con lo que me piden tus ojos –Le muerdo la oreja lentamente–. Y lo que me piden tus labios –susurro mientras me acerco para volverlos a morder–. Porque tú lo que quieres es que te folle –digo mientras le coloco ambos brazos a los lados de su cabeza, presionando sus muñecas con fuerza–. Y voy a hacerlo, voy a hacerlo de tal forma que te van a doler tanto las piernas que estarás pensando toda la semana en cómo levantarte de la cama, y no en tu jodido novio –Me lanzo a sus labios y los sigo devorando como hasta ahora, con más ansia, si cabe.

De pronto, es ella la que mete su lengua en mi boca, llegando hasta el fondo, lo que me arranca un gemido. Nikki tiembla bajo mis brazos, puedo notar sus escalofríos, su piel erizada bajo mi cuerpo. Me quita la camiseta y acaricia mi cuerpo con ansia.

Sí, joder, sí. Por fin se deja llevar, por fin corresponde a mis besos por completo. En este momento es solo mía. Y pienso cumplir lo prometido, voy a follarla como nunca antes lo hayan hecho, y como dudo que nadie lo haga. Me dispongo a quitarle el sujetador justo cuando unos malditos golpes en la puerta

me sobresaltan. Alguien está aporreando la puerta. ¿Quién cojones puede ser tan inoportuno? Me cuesta centrarme a causa de la excitación, hasta que reconozco la voz de Dylan.

–Nikki! ¡Hugo! Por Dios, si estáis ahí, abridme. Necesito que Hugo venga conmigo ahora mismo. ¡Joder, que os oigo respirar! ¡Me da igual lo que estéis haciendo ahí dentro, pero tenéis que dejarlo aunque sea un rato! Esta noche lo retomáis si queréis. ¡Hugo, joder! ¡Bruno está pegándole hostias a todo lo que pilla!

Ambos suspiramos a la vez, probablemente pensando en el jodido don de la oportunidad que tiene Dylan. Me levanto pesadamente poniéndome la camiseta, voy hasta la puerta y salgo fuera, donde me encuentro a Dylan notablemente alterado.

–¿Qué coño pasa?

–Eso quiero yo saber, qué coño le pasa a Bruno. Ha llegado a la suite y se ha puesto a tirar y romper todo lo que tenía a mano. Por no decir la de puñetazos que le ha dado a las puertas y paredes. Está como una puta cabra, no sé cómo no se ha roto ya un brazo o algo. Casi me pega a mí también. Tienes que venir.

Asiento. A este se le ha ido la olla, está claro.

–Está bien, vamos –Me encamino hacia la suite con Dylan, pensando en cómo me gustaría volver a la habitación con Nikki y terminar lo que he empezado. Menudo dolor de huevos–. Oye, ¿y la loca de su hermana? –pregunto, ya que probablemente ella podría calmarlo mejor que nadie.

–Y yo que sé –Se encoge de hombros–. Si estuviera por aquí estaría intentando tirármela. Pero el principal problema es que Bruno deje de cargarse toda la suite. A este paso va a tirar las camas por la ventana y me niego a dormir en el suelo. A ver si tú tienes más suerte que yo...

Asiento justo al tiempo que llegamos a la suite y entramos.

–¡LA PUTA QUE ME PARIÓ! –Veo volar un jarrón por los aires, hasta estamparse contra la pared. Es el recibimiento que nos da Bruno en cuanto atravesamos el umbral de la puerta. Veo que Dylan no exageraba. La suite está destrozada.

–Genial –Ruedo los ojos en cuanto observo el panorama. Definitivamente a este tío se le ha ido la puta cabeza. Me acerco a Bruno con decisión, corriendo el riesgo de llevarme una hostia, por lo que estoy prevenido para esquivarla–. Eh, tío –Lo agarro del brazo con fuerza–. ¿Pero qué cojones te pasa? ¿Se te ha ido la puta cabeza o qué?

Serena

¿Noche de blanco? ¿Qué será la próxima gilipollez? Conmigo que no cuenten, porque paso. No entiendo cómo les puede gustar tanto estas ridiculeces. No entiendo por qué le tienen que poner un jodido nombre a algo que yo lo llamo follar y emborracharse, pero nos vestimos de blanco porque así nos creemos todos más “guays”. En fin, gilipollas. Está claro que no tenía la menor intención de ir, por eso he salido del hotel para dar una vuelta. Si no estoy con mi hermano, prefiero estar sola, se me da mucho mejor que estar rodeada continuamente de gente, me agobio y, de vez en cuando, me gusta tener mi espacio. Lo malo es que al ser esto una urbanización llena de hoteles pijos, solo puedes encontrarte eso: pijos. A estas horas no hay demasiada gente, por no decir nadie. Unos metros más allá, diviso la entrada de un parque que a simple vista parece bastante grande.

Me siento en uno de los bancos y me enciendo un cigarro. Me estiro para relajarme mientras suelto el humo justo cuando empiezo a escuchar los murmullos a mí alrededor. ¿Qué cojones...? Me giro y, a unos metros, veo a tres tipos. No les distingo la cara puesto que es de noche, pero parecen de mi edad.

—Eh, preciosa, ¿por qué no vienes con nosotros?

Alzo una ceja.

–Que os den por culo –Me vuelvo a girar. No tenía ganas de bronca pero, en fin, parece que vamos unidas la una con la otra. Escucho las carcajadas y los pasos que se aproximan hacia mí por detrás. Se sientan a ambos lados de mí, y me miran.

–Para ser tan guapa eres bastante borde, ¿no te parece, muñequita?

Muñequita. Me acaba de llamar muñequita. Lo miro a los ojos, fríamente y, por un momento, noto cómo se echa hacia atrás algo intimidado, pero consigue recomponerse para mostrarme de nuevo una estúpida sonrisa de suficiencia.

–Si me vuelves a llamar muñequita, te juro que cojo un palo del árbol y te lo meto por el culo.

–Uhhhhhhh –Canturrean a coro los muy subnormales. Está claro que no saben con quien se están metiendo. Por la ropa que llevan se nota que tienen dinero, pero no deben estar en mi clase, puesto que las caras no me suenan de nada. Probablemente serán de otra excursión parecida a la nuestra. Nenes ricos sin oficio ni beneficio, genial.

–Qué valiente es la muñequita... –No le dejo terminar. Estampo con fuerza la mano en su mejilla, y le cruzo la cara de un bofetón al tiempo que me levanto tirando el cigarro. Ya me he cansado de tanto niñato, han conseguido ponerme de mala hostia. Entonces, el gilipollas con el que hablaba hace lo último que debería haber hecho si no quería terminar de encender la mecha. Se

planta delante de mí y me agarra del brazo con fuerza, mientras noto como sus tres amigos se ponen a mis espaldas.

–¿A dónde te crees que vas, puta?

Oh, oh. Ahora sí que la has cagado colega. Con un movimiento rápido de muñeca me deshago de su opresión, rematándolo con una magistral patada en la entepierna, digna de todos los años de entrenamiento a pesar de haber estado en el internado. Supongo que de las pocas buenas que mi padre hizo con nosotros fue apuntarnos a clases de defensa personal desde muy pequeños, apenas habíamos cumplido los cuatro años.

Se encoge de dolor y cuando uno de los amigos me agarra por detrás, tan solo tengo que darle un cabezazo que, sin duda, le acaba de romper la nariz.

–Maldita perra –Le escucho sisear a la vez que escupe sangre y consigue darme un puñetazo en el labio, lo que le vale una patada directa al estómago. No he medido la fuerza, por tanto va a parar derecho a la fuente que tenía detrás. Probablemente si alguien me viera pelear así, se extrañarían, así que en parte agradezco que no haya nadie cerca. Los otros dos no se han quedado quietos, y uno ya viene contra mí, pero antes de que consiga acercarse del todo, tiene mi talón plantado en la boca. Al suelo. De reajo veo venir al del principio, parece que no le ha quedado suficiente con una patada, sino que viene a por más. Me giro para encararlo de nuevo, sin embargo, el golpe que

noto en la cabeza por detrás, me viene con demasiada fuerza, inesperadamente.

Entonces, todo se vuelve negro.

Marco

Katherine sabe cómo seducir. A pesar de que no es una mujer excesivamente guapa, se sabe sacar partido. Lleva un vestido blanco, largo. Su melena castaña la lleva ondulada, sus labios de un rojo intenso muy seductor. Sus ojos castaños me han repasado varias veces en lo que llevamos de fiesta, que no es mucho. Es la profesora de otra universidad de Nueva York que también está viaje, y que están celebrando la fiesta blanca con nosotros y otra universidad a pesar de no alojarse en el Miami Diamond. Es normal que se haya fijado en mí. Es una profesora joven, bastante mona, y con buen gusto. Y yo sigo siendo un jovenzuelo de veinticinco años al que le gusta la diversión. Al ver que en la fiesta todos se están comportando medio bien, y que Rachel, la otra profesora que ha venido conmigo, tiene todo controlado, le he hecho el favor a esta morena de seguirla. ¿Dónde vamos? Me da igual.

Hemos rodeado el hotel, alejándonos de la playa y metiéndonos por un callejón de la gran urbanización. Por un extremo se accede de nuevo a la avenida principal que da a la playa, y por el otro puedo ver un parque de lejos. Aunque tampoco me fijo mucho, ya que en cuanto estamos refugiados

ahí, Katherine se lanza a mi boca para empezar a besarme. No la rechazo. La aprieto contra mi cuerpo para sentirla pegada a mi mientras mis labios se mueven al compás de los suyos. Oigo jaleo, pero seguramente provenga de la fiesta, por lo que lo ignoro. Agarro a Katherine y la giro para estamparla a ella en la pared, y acorralarla yo, mientras toco todo su cuerpo a la par que la beso.

Mientras beso a Katherine vuelvo a escuchar de nuevo jaleo, pero esta vez me percató de que no proviene de la playa, sino del parque. Debería de darme igual qué está pasando por ahí, pero como tengo unos alumnos especialistas en meterse en problemas, mi instinto me dice que vaya a echar un vistazo por si es alguno de Brown. Solo rezo porque no sea ninguno de los cinco consentidos, que bastante he tenido con lo de las habitaciones. Katherine me muerde el labio, por lo que gimo. Con mucho esfuerzo, tengo que separarla de mí.

–Espera –Ella mira hacia donde yo estoy mirando, el final del callejón.

–¿Qué pasa? –pregunta, pero la callo colocando un dedo sobre sus labios. De nuevo vuelvo a escuchar jaleo, demasiado alboroto. Seguramente sean algunos borrachos o algo, pero tengo un mal presentimiento.

–Quédate aquí –Le ordeno. Me encamino a salir del callejón, para dar al pequeño parque.

Lo que veo me deja sin aliento.

Cuatro tíos están alrededor de un cuerpo que hay en el suelo. Uno de ellos está desabrochándose los pantalones. Otro parece alterado, pero los otros dos están divirtiéndose de lo lindo. Van a violar a esa chica, la cual no se defiende, por lo que me temo lo peor.

–Voy a follármela hasta que ya no pued...

–Eh –Me acerco sin miedo a ellos, y les llamo la atención. Lo peor es cuando veo quién es la chica.

Oh, joder.

Los chicos se quedan mudos al verme. El que estaba hablando, que tiene los pantalones bajados, se los sube rápidamente. Todos están blancos, y tragan saliva. Se miran entre ellos y asienten.

Veo sus intenciones de lejos. A pesar del impacto que es ver a Serena tirada, indefensa, el cabreo que siento es mucho mayor. ¿Cómo pueden ser tan poco hombres? Aunque yo no sea el más indicado para decirlo, pero eso no importa ahora. Han estado a punto de violar a Serena O' Connor. Casi desatan la Tercera Guerra Mundial. Por mí, porque soy el profesor responsable de ella. Por ella, que está como una puta cabra. Por Bruno, que creo que es la peor parte de todo. Y porque es la hija del gobernador de Providence. Madre

mía, la que se iba a liar.

–Ni se os ocurra dar un solo paso –Les digo–. ¿Qué cojones creíais que hacíais?

Katherine, por supuesto, obedeciendo mis órdenes, suelta un pequeño grito que hace ver que está ahí, y no en el callejón esperándome.

–¿Qué demonios se supone que estáis haciendo? –pregunta mirando a los chicos–. ¡Brett, Darren, Stephen, Ian! ¡Exijo una explicación!

–¿Son alumnos tuyos? –Le pregunto a Katherine. Ella asiente. Se nota que esta cabreada, abochornada y no sabe qué hacer–. Han estado a punto de violar a mi alumna. ¿Sabéis acaso quién es? –pregunto. Aunque eso no sea lo más importante ahora, quizás se lleven un buen susto–. Serena O' Connor.

Se ponen aún más blancos al escuchar el apellido de Serena. Sí, imbéciles, es la hija del gobernador de Providence. Miran al suelo, conscientes de que no sirve correr. Ni siquiera parecen estar en muy buen estado. Solo hay un chico que mantiene la vista arriba, y mira a sus compañeros.

–Yo... Verás, Katherine, es que... –Uno de los cabizbajos busca apoyo en sus amigos, que lo dejan tirado. Excepto el valiente.

–Pues yo creo que las explicaciones aquí sobran –dice–. La tía está buenísima, se puso tonta y... Bueno, la cosa se nos fue de las manos, no es

para tanto.

Van colocados. Cocaína, seguro. Y mezclada con el alcohol no les ha sentado demasiado bien.

Voy a darle un puñetazo, lo juro. Pero no puedo hacerlo si no quiero cargármela yo también.

—¿Pero tú eres gilipollas? —Ea, insultar sí que puedo—. ¿Cómo se os ocurre? ¡¿Que no es para tanto? ¡Ibais a violarla! ¡Cuatro tíos! Voy a llamar a la policía —La situación no puede ser más irónica... Pero, en fin, es mi trabajo, ahora mismo soy profesor.

—Marco —Interviene Katherine, con voz desesperada—. No llames a la policía, por favor. Yo me hago cargo de ellos. Mañana mismo se vuelven a Nueva York, avisaré a sus familias y tendrán un buen castigo. Pero, por favor, no llames a la policía.

—A mí nadie me va a castigar —De nuevo el valiente al que le quiero partir la cara. Cruza los brazos de forma prepotente, desafiando—. A mí nadie me va a castigar, a mi padre se la suda lo que yo haga. Además —Mira a Serena—, fue la fierecilla la que empezó —Se señala el labio, notablemente partido. Creo que es el único momento en que agradeceré que Serena sea una bestia-. Ella nos provocó.

–Brett. Esto no vamos a dejarlo pasar. Tu padre te castigará, al igual que la universidad. Os habéis pasado, chicos. Esto es demasiado hasta para vosotros
–Así que estos son los equivalentes a mis cinco pijos.

Veo que Serena se frota la cabeza. Está incorporándose, por lo que ignoro al resto y me arrodillo ante ella, sujetándola con delicadeza por la espalda.

–Serena.

–Pero si está bien –Vuelve a hablar Brett, el de los cojones bien puestos–.
¡Mírala! Es ella, que va provocando, menuda pinta de zorra amargada, seguro que luego se las come a pares.

Serena se tensa al intentar apartarse, pero no tiene fuerza suficiente. Cierra los ojos unos segundos, ya que no parece ubicarse, y cuando los abre parece ver con claridad. Mira directamente a los cuatro chicos, y entrecierra los ojos en una fina línea. Si fuera un dibujo animado, estarían destellando de ira. El azul de sus ojos casi se le sale de las pupilas, se vuelve tormenta, más de lo normal. Tiembla, y sé que es de rabia. Sin previo aviso, se incorpora con un ágil salto que no mucha gente es capaz de hacer, y se lanza contra ellos. No esperaba menos, pero tampoco esperaba que reaccionase tan rápido.

–MALDITO HIJO DE PUTA, TE VOY A MATAR –Se lanza al cuello del primero que pilla, Brett, tirándolo al suelo. Y aprieta. Va a ahogarlo, y sé que es capaz, no hace falta más que verla para saber que, si nadie la detiene, lo

matará ahí mismo, como ellos han estado a punto de hacer con ella.

Resoplo y me incorporo para agarrarla y tirar de ella por sus axilas.

–Serena. ¡SERENA! Para. ¡¿Quieres parar?! Me cago en la puta –No me hace ni caso–. Niñata mocosa, engreída y cabezona. ¡SERENA O’ CONNOR! ¡PARA AHORA MISMO SI NO QUIERES QUE LLAME A TU HERMANO!

Menos mal que eso la hace reaccionar y se aparta. Brett se lleva las manos al cuello, cogiendo grandes bocanadas de aire para no desfallecer. Agarro con fuerza a Serena, levantándola, aunque la muy hija de puta se resiste.

–Vamos –Miro a Katherine-. Encárgate de ellos, Katherine. Voy a llevármela antes de que mate a alguien.

–Siento todo esto, Marco, de verdad... Vosotros –Mira a sus alumnos–. Al hotel, ahora mismo. Se os va a caer el pelo.

–Tranquila –Tranquila, sí, porque voy a ser yo mismo el que se encargue de que la policía vaya a por esos tipos. ¿Un castigo? Es un intento de violación, no un simple tirón de pelo. Van a arrepentirse de esto. Tiro de Serena en dirección a la playa nuevamente. Se sigue removiendo con fuerza, y temo por mi integridad física.

–Ni se te ocurra volver a agarrarme, y mucho menos decirle nada a Bruno. Estás avisado –Toda la adrenalina que tenía en el cuerpo parece bajar. Su

cuerpo se resiente y tiene que sujetarse a un árbol para no caerse cuando la suelto. Cuando se lleva la mano a la nuca, se le empapa de sangre.

–¿Cómo pretendes que le oculte esto a tu hermano? ¿Estás loca? –Pero la muy cabezona echa a andar ignorando la sangre. Camina echando hostias a pesar de su estado. Esta mujer no es humana, no lo es—. ¡Tengo que...!

–MARCO –Nikki se acerca corriendo hacia nosotros, notablemente agitada, y suspira—. Por fin te encuentro. Te necesitamos. Es Bruno.

Serena parece recomponerse en cuanto la ve.

–¿Qué coño pasa con él? –Le pregunta con su amabilidad.

–No sé. Dylan ha arrastrado a Hugo a la suite diciendo que está rompiendo cosas como loco. Os necesitamos a los dos –Mira a Serena—. A ti sobre todo.

–Vamos –digo.

Bruno

En cuanto... ¿Hugo? Sí, es Hugo, me agarra el brazo, le doy un puñetazo, aunque solo logro darle en el hombro, ya que ni quiero hacerle daño, ni sé a dónde cojones he apuntado.

–Suéltame. ¡Suéltame, cojones! –Me zafó de su brazo y le doy una patada a

algo que he tirado antes—. ¡Dejadme tranquilo, joder! ¡Estoy hasta los cojones de esa niñata de mierda! ¡No la quiero ver ni en pintura! –grito furioso. Lo que tiro ahora es un móvil que había sobre la mesa, destrozándolo.

–¡Eh, tío, que ese es mi móvil! –Se queja el que creo que es Dylan. Qué más da.

–Perdona –Recojo el móvil del suelo, y se lo lanzo con todas mis fuerzas—. ¡Pues te lo metes por el culo, gilipollas!

Otra vez Hugo intenta hacerse el machito, pero esta vez consigue salir victorioso. Me inmoviliza con una rápida llave, colocando mis brazos detrás de mi espalda y estampándome contra la pared, presionando con fuerza. Puedo con él, o eso creo. Pero en estas condiciones, aunque tenga muchísima fuerza, no voy a poder partirle la cara. Dejo que me inmovilice, aunque tampoco es que pueda defenderme muy bien, si estoy hasta tambaleándome. Gruño y aprieto los puños, tensándome porque me tiene agarrado.

–¿Te vas a calmar de una jodida vez y me vas a explicar qué cojones te ha hecho Mía para que estés así? –pregunta.

–No menciones a esa zorra. Solo quiero que desaparezca de mi puta vista, porque juro que la mato si no lo hace.

–¿Pero se puede saber qué...? –Se interrumpe porque se oye algo. Creo

que es la puerta abrirse, pero no estoy seguro. No presto atención.

–Hugo, suéltame de una puta vez. ¡HUGO! –Gruño removiéndome. Necesito pegarle a alguien, descargarme, liberar mi ira.

–¿Qué pasa, preciosa? –Oigo la voz de un tío que no reconozco, por lo que, como puedo, miro hacia la entrada. Mia acaba de entrar con un tío que la tiene agarrada por la cintura.

–Bruno... Lo mejor es que te vayas a dormir, joder. Pareces un puto crío de cinco años –Me dice. Se cree que no lo he visto haciéndole gestos a Mia para que se vaya, pero ella parece igual de borracha que yo, y no hace ni puto caso.

Lo que hace es tirar de ese tío, dirigiéndose a la habitación de la suite.

–Vamos, Danny –Es lo único que murmura, pues nos ignora.

Me pongo enfermo. Por ella. Por él. Porque Hugo me está tocando. Por todo.

–Me voy a dormir –Afirmo–. Suéltame.

Hugo frunce el ceño. Sé que no se cree que vaya a hacerlo, pero no puede hacer nada. Hace menos presión, sin llegar a soltarme del todo.

–¿Seguro?

Oigo la puerta de la habitación cerrarse.

–Seguro –En cuanto afloja la presión, veo mi momento. Me giro con fuerza y le doy un puñetazo en la mandíbula, solo para que me deje en paz durante unos segundos. Me lanzo contra la habitación en la que se ha encerrado Mia, abriendo la puerta de un empujón, con furia. Ni siquiera sé por qué hago esto.

–¡Dylan, joder, sujétalo! –Oigo gritar a Hugo.

–Sí hombre, para que me pegue a mí. Calla, calla, que esto se pone interesante –Son gilipollas. Los dos.

El tal Danny está acariciando las piernas de Mia sin cuidado, y ella no se opone. Le agarra la cara y la besa. Ni siquiera se ha percatado de que casi echo la puerta abajo, hasta que doy varios pasos adelante, cuando ella le está tirando del pelo.

–¿Qué cojones quieres, tío? –Me espeta el muy cabrón–. Lárgate.

–Levanta –Le ordeno. ¿Qué cojones hace Mia correspondiendo? Está demasiado borracha, no se entera de qué está haciendo. Y el gilipollas este ya me había mirado mal alguna que otra vez. Creo. Da igual. Tengo ganas de pegarle a alguien, y esta es mi oportunidad. No obedece, así que... Lo agarro por la camiseta, levantándolo de la cama y apartándolo de la zanahoria–. ¿Quién te crees que eres? Puede que esa –Señalo a Mia–, sea una hortaliza, pero me parece que no está en condiciones de ser comida. No sabe ni dónde está. Y tú estás en mi suite –Le pego un puñetazo con fuerza, descargando toda

mi ira en él.

–Toooooo hostia, por lo menos ya no me destroza los muebles del hotel –
Dylan está gracioso hoy.

–Eres idiota, Dylan –Suspira Hugo, aunque habla como si tuviera el labio roto. Ah, claro. Se lo he tenido que partir yo–. Hey, Bruno. Déjalo. Lo has tumbado de un puñetazo.

Mía lo único que hace es agarrarse la cabeza, aún sentada en la cama, mientras que Danny intenta recuperarse del golpe, y yo me preparo para darle otro.

–Le habría metido la polla hasta el fondo si no hubieras llegado tú a interrumpir, subnormal –Es lo que dice cuando se recompone, y me da un puñetazo a mí, aunque no me hace daño. La rabia me consume.

–Voy a enterrarte, hijo de puta –Meto mi mano dentro de mi pantalón, pero alguien se lanza contra mí a la vez que grita.

–¡¿QUÉ COJONES HACÉIS AHÍ PARADOS EN LUGAR DE DETENERLE?! –Ah, sí. Es Marco. Me da un puñetazo con fuerza. El cinturón negro en karate se cree que puede conmigo. Me tira al suelo, y se sienta sobre mí. Está claro que ha visto mis intenciones y ha llegado a tiempo para detenerme, si no...–. ¿QUÉ COJONES HACES, BRUNO? ¿ESTÁS LOCO?

Lo miro con odio, a pesar de que se me nubla la vista. No le respondo, solo me quedo quieto. Total, he conseguido lo que quería.

–¿Se puede saber qué cojones le habéis hecho? ¿Por qué está así? –Esa voz sí la reconozco a la primera. Es mi hermana. Y está cabreada. Como yo.

–Eh, eh, tranquila, gatita –responde el Thompson. Voy a matarle por llamarla así. Lo veo moverse junto a Hugo, acercándose a Danny para agarrarlo a la vez que Marco me tiene inmóvil para él, a pesar de que me he quedado quieto–. No es nuestra culpa que tu hermano se crea Rambo.

–¿Estás bien, Serena? Tienes s...

–Sí. Estoy perfectamente –Interrumpe a Hugo–. Largaos ya. Llevaos a este de aquí. ¿Quién cojones es este?

A mí lo que me pasa es que no me entero de nada. No sé quién está hablando ni qué están haciendo. La cabeza me da vueltas.

–Nikki, hazte cargo de Mia, por favor –También está la princesita aquí–. Vosotros echad a Danny –dice el que está encima de mí. Ah, Marco.

La habitación se queda rápidamente más tranquila. Hasta que se escuchan los quejidos de Mia, que parece estar intentando levantarse de la cama con ayuda de la rubia.

– Bueeeeno –Resoplo, pasando de todo–. ¿Vamos a quedarnos toda la

noche aquí, o qué? Marco, puedes quitarte de encima si no quieres que te parta la cara –Y lo hace, pero quejándose, aunque no oigo lo que dice–. Serena, ayúdame, anda.

–Si es que lo sabía. Yo sabía que ibais a traer problemas todos. TODOS. Es la última vez que hago un viaje de estudios con niños ricos. ¡Qué cojones! Con vosotros –Me duele la cabeza aún más de tener que escucharle–. Sois lo peor. Vais a costarme mi puesto de trabajo, y eso que lo tengo asegurado. Adiós al profesor guay. Os vais a volver todos a Providence de una patada en el culo. ¡Que os den! Lo dicho. Que Nikki se haga cargo de Mia. Que Bruno se toque la polla si quiere, aunque seguramente se vaya a dormir la mona. Que Serena deje de meterse en líos y se acueste. Que Hugo y Dylan se encarguen de Danny. Y que todos os vayáis a la puta mierda –Creo que sale de la habitación, porque su voz se escucha más lejana. Todos han salido ya de la habitación, excepto mi hermana. Hugo y Dylan se han llevado al gilipollas, y Nikki a Mia.

–¿En qué cojones estabas pensando, eh? –Me pregunta mientras me ayuda a levantarme, pasando uno de sus brazos por encima de mis hombros.

–Cállate y llévame a la cama. No tengo ganas de dar explicaciones. Hoy no –Ni nunca. Entramos en la otra habitación, la nuestra.

Cuando miro a mi hermana, frunzo el ceño.

–¿Eso es sangre? –pregunto al ver su labio.

–No. Métete en la cama y duérmete. Yo... necesito ducharme. Buenas noches, Bruno.

No pasan ni dos minutos antes de que me tumbe en la cama y me quede dormido.

Capítulo 13

Confusión

“El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones”.

(Opal;

Jennifer L. Armentrout)

Nikki

Todo es una locura. Llevamos un solo día en Miami y ya ha pasado de todo. Mi vida nunca ha sido fácil, es más, siempre ha sido ajetreada por diversos motivos. Pero desde que Hugo D' Lorian volvió a Providence y mi mirada se cruzó con la suya en el baile de máscaras... El cambio fue radical. Me rompió todos los esquemas, todos mis malditos y perfectos esquemas. Y de eso hace ya... ¿cuánto? ¿Un mes? ¿Más? Es increíble lo deprisa que pasa el tiempo. Y después de un mes... Nos hemos besado. Jamás pensé que iba a pasar. No así. No es nuestro primer beso. Cuando yo aún era una cría con largas trenzas, tuve el valor de darle un suave beso en los labios. Pero claro, nada que ver con lo que hemos hecho hoy. Casi nos acostamos. Y juro que quiero a Roy y por eso he intentado detener a Hugo, pero... Joder. ¿Qué me pasa con él? ¿Por qué pierdo el control de esa manera cuando lo tengo cerca? Siempre fue así, siempre. Desde pequeños. Parece ser que las viejas costumbres nunca cambian. Y me da coraje. En parte, agradezco que Dylan nos interrumpiese, pues no podía llegar más lejos con él. Pero también lo maldigo porque

necesitaba más de esos besos hambrientos, de esos besos deseosos de recuperar tantísimos años perdidos. Tras avisar a Marco de todo y lavar y acostar a Mia, me vine a mi habitación. A pesar de que no me cae muy bien, me ha dado pena verle en ese estado. Para mí no ha sido nada el tener que ducharla, vestirla y acostarla. El problema lo va a tener ella cuando vea cómo va a tener el cuello por la mañana. No sé qué le habrá pasado, pero las marcas de chupetones son inconfundibles, y las tenía muy rojas.

Y aquí estoy, tumbada en la cama, boca arriba, mirando el techo como si él tuviese las respuestas a todas las preguntas que crecen en mi interior. Enfundada en un sexy pijama de Victoria's secret, de pantalón corto de leopardo y camiseta, corta, rosa, intento relajarme. Pero es imposible. Las imágenes de Hugo devorándome acuden a mi mente haciendo que me sea imposible quedarme dormida. Eso, y el saber que en cualquier momento aparecerá por esa maldita puerta para meterse en la cama conmigo, porque estoy segura de que va a ignorar que hay dos. Estoy jodida, muy jodida.

La fiesta sigue y yo me la estoy perdiendo por su culpa. Con lo que me gusta una fiesta, joder. Maldito Hugo, de verdad. No me cansaré de maldecirlo en mi mente. Escucho la puerta, y tengo el tiempo justo para cerrar los ojos y hacerme la dormida. Aunque es Hugo, sabrá que estoy fingiendo. Siempre lo sabe. Siempre me lee. Y lo odio por ello.

Sabe perfectamente que no estoy dormida. Y era de esperar que se le

pasara por la cabeza alguna travesura. Con nueve años más o sin ellos, siempre será Hugo. Lo que no me esperaba es lo que está haciendo. ¿Se está quitando la camiseta? Es imposible. Seguro que lo veo mal, ya que tengo los ojos entrecerrados, los abro un poco más. Joder, sí, se ha quitado la camiseta. Y va... ¿va a quitarse los pantalones? Joder. Cierro los ojos de nuevo. Hugo intenta provocarme, sabe que lo está haciendo, sabe jugar. Siempre ha sabido. Escucho los pantalones caer al suelo con suavidad. Y lo siguiente que noto me corta la respiración. Primero escucho cómo juega con el elástico de sus bóxers en su piel, haciendo ruido para que sepa que ahora va a quitarse esa prenda. Y lo hace, digo que si lo hace. No abro los ojos para comprobarlo, ya tengo que estar roja de vergüenza. Puto Hugo. Lo que hace que me percate de que se los ha quitado, es que coloca sus bóxers en mi escote, hechos una bola. Será desgraciado.

Me contengo para no inspirar hondo ni abrir los ojos, y es cuando escucho sus pasos alejarse, tras soltar una profunda y sexy carcajada. Me permito girar el rostro y abrir los ojos a tiempo para ver su perfecto culo moverse hacia el cuarto de baño. Me incorporo rápidamente, sacando sus bóxers de mi escote, pero quedándomelos en la mano. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. No entiendo por qué me hace esto. Hugo puede tener a todas las tías que quiera en la palma de su mano, a pesar de su actitud altamente egocéntrica. Y... ¿me elige a mí, sabiendo que tengo novio? Puede que "elegir" no sea la palabra exacta,

ya que tengo claro que Hugo va a ir tirándose a todas las tías que se crucen en su camino. Suspiro y tiro los bóxers a un lado, con rabia. Será cabrón. Si antes no podía dormir, ahora puedo menos. Y claro, hacerme la dormida de nuevo no es una opción, ya que seguramente el muy capullo me haga alguna trastada de nuevo, como si fuera un niño chico.

Por lo tanto, cojo una revista que hay en la mesita de noche para leerla a ver si me entra sueño de verdad. Es una revista de moda muy famosa, y creo recordar que también salgo en ella. Empiezo a leerla, pasando las páginas solamente tras leer todas y cada una de ellas y contemplar con detenimiento las fotos. Siempre queda algo por aprender. En la página diez salgo yo. Es un reportaje que me hicieron de varias fotos de distintos estilos de ropa, y una pequeña entrevista. En la primera foto salgo con un vestido turquesa, largo, pareciendo una niña buena, dulce e inocente. Lo que soy, claro está. En otra de las fotos salgo completamente contraria a la primera. Con unos pantalones de cuero ajustados, una camiseta gris también ajustada, con escote y de tirantes, un cinturón ancho un poco más abajo de los pechos, y una chaqueta de cuero negra. Además de complementos que me dan un toque más... malvado. Ahí sí que no parezco una niña buena, y mi pícaro sonrisa y mi profunda y sensual mirada confirman que no lo soy. Me pregunto, en lo más profundo de mi ser, si Hugo habrá visto todas estas revistas. Cuando me presenté en clase el primer día, aplaudió mirándome, dándome a saber que estaba orgulloso de lo que

había logrado. Pero no sé si solo lo sabía por haberlo oído, o si de verdad me habría visto en televisión y revistas.

Mi vista se dirige hacia él cuando sale del baño. Es perfecto. A mi mente solo vienen ahora mismo imágenes nada inocentes por culpa de la toalla que resalta su bronceado. Su pelo aún mojado, echado hacia atrás, resalta sus ojos verdes, increíbles y preciosos. Tiene ojos de gato, siempre se lo he dicho.

–Vaya, pensaba que estabas dormida –dice con voz inocente mientras se pasea delante de mí hasta llegar a su armario para coger unos bóxers limpios.

–Lo estaba –respondo con tranquilidad–. Hasta que se te ha pasado por la cabeza la fantástica idea de colocarme tu guardapolla en las tetas –Voy a volver a mirar la revista, donde se ve ahora una foto mía en bikini, muy sexy, pero lo que hace me impide apartar la vista.

Se quita la toalla sin pudor, tirándola a la cama, y se pone los bóxers lentamente. Ver a Hugo desnudo es algo que cualquiera querría. Y estoy segura de que es capaz de ofrecer este espectáculo a cualquiera. Virgen santa. Madre del Señor. Ay, Dios mío. Me humedezco los labios antes de hablar, ya que no puedo quedarme sin decir nada.

–Lo que yo decía. Una cosita –Y vuelvo a mirar mi revista.

Suelta una carcajada.

–Hace un rato, cuando iba a metértela hasta el fondo, no parecías opinar lo mismo. De hecho, habrías disfrutado mientras te dolía –dice de forma natural y pausada. Se queda en bóxers, y supongo que va a dormir así. Echa un vistazo general a la habitación–. ¿El botiquín?

Voy a responderle, pero cuando pregunta por el botiquín frunzo el ceño. Dejo de pasar las páginas y le miro.

–¿Para qué necesitas el botiquín?

Alza una ceja y se relame los labios. Los observo, ya que sé que eso es lo que quiere que haga, y me percató de algo.

–¿Qué...? –Me incorporo y me acerco a él para mirarlo de cerca. Tiene un poco de sangre en el labio a pesar de haberse duchado, y se nota una herida–. ¿Bruno te ha pegado?

Rueda los ojos.

–No es nada. Y... ya que no te habías dado cuenta, deduzco que debo de estar tan guapo como siempre –Sonríe con picardía mirándome fijamente. Ahora soy yo la que rueda los ojos.

–Sí, sí, estás igual de guapo que siempre. Ven que te cure eso, anda. Siéntate, voy a por el botiquín –Me levanto y voy en busca de él. Siempre he odiado la sangre y las heridas... Creo que lo sabe. Pero hay que joderse.

–Nikki, no hace falta. Puedo hacerlo yo –Me sigue como una mosca cojonera. Recuerdo el día que me caí del tobogán y tuvo que curarme él, ya que yo solo podía llorar–. Dame el botiquín y lo hago yo.

–Cállate –Lo cojo y me giro, pero me topo con su pecho y choco con él. Reacciono rápidamente y doy un paso atrás, clavando mi vista en él–. Siéntate, Hugo. Se te va a infectar.

Asiente y accede, sentándose de nuevo en la cama. Abro el botiquín y suspiro al mirar todo lo que hay. ¿Qué cojones tengo que hacer? Como nunca he soportado la sangre, nunca he curado a nadie. Ni siquiera heridas pequeñas. Siempre me he librado dejando que otra persona lo hiciese, y no tengo ni puñetera idea de qué hacer. Él se da cuenta, porque suspira y coge el alcohol y un algodón.

–Nikki, puedo hacerlo yo. No es nada. Además... –Susurra sonriendo con picardía–. Así te evitas el hecho de ponerte nerviosa por estar tan cerca de mí, y te ahorras el fingir que no lo estás.

–No me pone nerviosa estar cerca de ti –Miento–. Me pone nerviosa ser una inútil que no sabe curar una simple herida. Dime qué tengo que hacer. Curarte a ti mismo es penoso.

–No sé si te he hablado de lo mal que mientes. Menos mal que solo te pasa conmigo. No tiene mucho misterio, hazlo con cuidado y ya está. Desinfectalo –

Pone el algodón y el alcohol en mis manos. Asiento ignorando su comentario. Soy una fantástica mentirosa con el resto del mundo. Pero claro, él tenía que ser la excepción.

–A ver... –rozo su labio con el algodón con cuidado, sobre la herida, delicadamente para no hacerle daño.

–Me cago en la puta –Se le escapa. Cierra los ojos y aprieta la mandíbula, también aprieta los puños, pero se queda quieto. Yo aparto la mano rápidamente.

–Perdón –ver cómo se queja por el dolor, a pesar de que no es gran cosa, me sienta mal–. ¿Qué ha pasado? –pregunto. Es cierto que quiero saber qué ha pasado, pero también quiero distraerle mientras le curo. Cuando he estado arriba no me ha dado tiempo a centrarme en nada, ya que rápidamente nos hemos puesto todos en marcha a pesar de que ha parecido que hemos estado una eternidad. Ni siquiera he tenido tiempo de fijarme en Hugo y ver que estaba sangrando.

–Sigue como has empezado –Suspira–. Pues ha pasado que a Bruno se le ha ido la cabeza y ya has visto que ha destrozado toda la suite.

–Ya, pero, ¿por qué?

–Porque ha discutido con Mia o, bueno, en realidad no sé si habían

discutido, pero era por ella –Hace una mueca, haciendo saber que le escuece.

–Entre esos dos hay algo –Me encojo de hombros y él asiente mientras que termino de curarle–. Creo que esto ya está. ¿Tengo que hacer algo más?

–No, con esto debería de bastar, pero si hay hielo, estaría bien –Se pone de pie, lo que hace que nos quedemos aún más cerca, y se queda parado, mirándome. Le mantengo la mirada, y asiento.

–Sí, hay. Voy a por él –Tardo unos segundos en darme la vuelta, aún mirándole, y lo hago tras soltar un suspiro. Putos nervios.

–En realidad has tenido suerte de que Bruno me haya roto el labio.

Saco de la pequeña nevera hielo, y me acerco nuevamente a él, alzando una ceja y sonriendo. “¿Por qué?”, es lo que seguramente espera que pregunte. Pero sé perfectamente a qué se refiere.

–Tendré que darle las gracias –Ya lo hago en mi mente.

–En realidad, estabas deseando que te comiera los morros otra vez, simplemente te da miedo admitirlo –Su mirada es mucho más profunda ahora, a pesar de que no me intimida. Me siento en la cama, en el mismo lugar donde estaba tumbada antes, y coloco de nuevo la revista entre mis piernas, por la página de mis fotos.

–No, Hugo. No así.

–¿Así, cómo?

Teniendo novio. Volviendo sin avisar tras tantísimos años. Irrumpiendo mi vida como si fueras el dueño de ella, como si tu lugar hubiese estado reservado para que, cuando vinieses, abandonase todo por ti.

–Da igual.

–¿Porque tienes novio? ¿Porque ha pasado mucho tiempo? –dice adivinando mis pensamientos. Chasquea la lengua y niega. Me quita la revista, obligándome a mirarle—. Él nunca será yo, Nikki. Y yo no dejaré de ser Hugo por mucho tiempo que pase.

Inspiro hondo y, aunque quiero apartar la vista, le mantengo la mirada.

–Sí, porque tengo novio y porque ha pasado mucho tiempo. Jamás será tú, lo sé. Y jamás dejarás de ser Hugo, también lo sé. Y ese es el problema. Que tú siempre serás tú y yo siempre seré yo. Y ambos sabemos perfectamente que nadie podrá sustituirnos, que nadie ocupará tu lugar, nadie me llenará como tú lo hacías cuando era una cría de diez años. Pero nadie te llenará a ti como yo lo hacía. Como sé que sigo haciéndolo. Pero... –No sé ni explicarme. Todos mis argumentos se van a la mierda cuando le tengo delante—. No puedo abandonar mi vida, todo lo que he conseguido durante nueve años, porque te hayas encaprichado de la Nikki de ahora. Porque sabes perfectamente que en el momento en que tú y yo demos un paso hacia adelante, será un paso en falso

a nuestro alrededor. Todo cambiará, y sabes a qué me refiero.

Claro que lo sabe. Pero no dice nada al respecto.

–Lo primero, nadie te ha pedido que abandones la fantástica vida que has construido en estos años sin mí. Pero en algo tienes razón, supongo que será solo un capricho. Lo cierto es que me la pones dura demasiado rápido, el polvo que me pierdo es demasiado bueno. Pero podré superarlo.

Me duelen sus palabras, no lo niego. Tampoco voy a admitirlo en voz alta. Creo que mis ojos hablan por sí mismos y, aunque nadie sea capaz de leerlos, sé que él sí. Y sabe que me ha hecho daño. Y lo ha hecho queriendo.

–No seré tu puta –respondo. Sé que eso no es lo que pretende, pero al decirme que no quiere que abandone mi vida, que seré un polvo más... Le arranco la revista de las manos de nuevo, la pongo en mi mesita de noche, y me meto en la cama–. Buenas noches, Hugo.

Deja los hielos sobre la cómoda más cercana y se mete también en la cama sin decir nada, en la misma que yo, dejando la otra vacía. Se tumba a mi lado, mi espalda contra su pecho, pegados. Ya había cerrado los ojos, pero los abro en cuanto noto su cuerpo pegado al mío. No vacila cuando me pasa el brazo por la cintura para abrazarme y pegarme más a su cuerpo. Me aprieta con fuerza y besa mi cuello dulcemente, apenas en un roce. No pregunto qué hace, pues lo sé a la perfección. “Perdón” no es una palabra que diga con facilidad,

nunca lo ha hecho, y esto... Esto es lo más parecido a tragarse su orgullo que va a hacer. Y lo agradezco. El beso en el cuello me eriza la piel, y hace que me encoja un poco.

–Sabes que nunca te trataría como a una puta –susurra en mi oído mientras nos tapa a ambos. Asiento.

–Lo sé... –susurro. No me quejo por cómo estamos. Es hasta doloroso ver cómo su cuerpo encaja a la perfección con el mío. Duele, vaya que si duele. Cierro los ojos de nuevo, pero antes de intentar dormirme, poso mi mano sobre la suya, la que rodea mi cintura, y encajo mis dedos entre los de Hugo. Él los aprieta, y apoya la barbilla en mi cabeza.

Y así, es como me duermo.

Mia

Dios mío. Joder. Me va a estallar la cabeza. Me duelen todas y cada una de las partes de mi cuerpo. El golpe que suena en el salón termina de despertarme y se clava en mí como un cuchillo. No soy capaz de abrir los ojos, ya que si lo hago, tengo la sensación de que la habitación va a seguir dando vueltas. Juro que es la última vez que bebo así. Trato de recopilar información acerca de lo que pasó anoche, pero solo tengo lagunas. Imágenes sueltas se agolpan sin

sentido en mi mente y apenas consigo recordar. Con un soberano esfuerzo me incorporo en la cama y me llevo las manos a la cabeza. Entre quejidos consigo levantarme de la cama, me llevo las manos a mi estómago y camino hacia el baño. Cuando estoy frente al espejo me percató de que alguien se ha tomado la molestia de ponerme el pijama. Mi camisón de seda rojo favorito.

Juro que es frustrante no recordar nada. Me miro al espejo y tengo un aspecto terrible debido a que gran parte del maquillaje se ha corrido bajo mis ojos, que con este aspecto parecen más grandes de lo que ya son. Me lavo la cara a conciencia y me seco con la toalla. Mucho mejor, a pesar de que no estoy maquillada ya no parezco una loca salida del psiquiátrico. Me recojo el pelo en una coleta alta ya que lo tengo algo enmarañado, y es entonces cuando me fijo en mi cuello. Joder. Está morado. Muy morado. El que hizo los chupetones se ensañó a conciencia. Entonces, una especie de flashback acude a mi mente y la imagen de Bruno frente a mí, acariciando mi cuerpo se hace algo más nítida.

Cierro los ojos y casi puedo sentir sus fervientes caricias de nuevo, su boca en mi cuello... joder. JODER. ¿Qué cojones pasó? ¿Me lo tiré? No... No puede ser. A él precisamente no. Si realmente me lo follé, hay que ser muy cabrón para hacerlo en el estado que estaba, ya que si hubiera estado sobria, jamás lo habría permitido. Con él no. Salgo del baño hecha una furia y voy hacia su cuarto, donde supongo que estará. O eso espero.

–BRUNO –chillo en cuanto abro la puerta de su habitación.

Cuando entro, se incorpora en la cama de golpe. Y al verlo de esa manera, casi se me olvida el cabreo que llevo encima. La manta tan solo le cubre hasta la cintura dejando al descubierto su perfecto y escultural cuerpo, deduzco que debajo tan solo lleva los bóxer. Está bueno hasta decir basta. Él hace lo propio conmigo y me repasa de arriba abajo lentamente para hacerme saber que le gusta mi atuendo. El muy capullo me sonríe con maldad al mirarme los chupetones y alza una ceja. Lo sabe. Sabe perfectamente por qué estoy aquí.

–¿Qué cojones quieres?

Lo miro con dureza y me cruzo de brazos, lo que realza el amplio escote de mi camión.

–Eres un hijo de puta –digo lentamente, con calma fingida–. ¿Qué coño pasó anoche?

Se recrea mirando mi cuerpo, sabe que ahora es él quien tiene la sartén por el mango. Puede decirme lo que quiera y yo no podré negárselo ya que no me acuerdo. Hace una mueca fingiendo sorpresa y se lleva una mano al pecho teatralmente.

–¿Cómo? ¿No te acuerdas? Me ofendes... ¿Cómo has podido olvidar nuestra noche?

Respiro hondo. Su despotismo hace que mi cabreo incremente y tengo que controlarme por no lanzarme a su cuello y estrangularlo. Está disfrutando, se está regodeando y lo sé. No sé qué me jode más: si el hecho de que se haya aprovechado de mí, que yo no me acuerde, o simplemente que sea él quien lo haya hecho.

–Deja de tocarme los cojones, Bruno. No estoy para juegos. ¿Lo... hicimos o no? –pregunto con un hilo de voz.

Se encoge de hombros.

–Es posible. Pero, ¿a qué te refieres con "hacerlo"? Esos términos de niña chica no los entiendo. Háblame claro.

Resoplo. Se va a llevar una hostia más grande que un piano. Lo estoy viendo.

–Que si me metiste la polla o no, joder –Espeto, elevando el tono de voz.

Suelta una carcajada al escucharme y se recuesta, con las manos tras la cabeza. Joder, a pesar de lo cabreada que estoy tengo que reconocer lo sumamente sexy que está en esa postura. Genial, Mia.

–Hasta el fondo, nena. ¿Cómo es posible que no te acuerdes?

Se acabó. La rabia me llena por completo y aprieto la mandíbula. Joder, ¿por qué me molesta tanto que lo haya hecho?

–Eres...eres... –Sin pensarlo voy hasta la cama y me lanzo contra él golpeándole el pecho con fuerza mientras le insulto—. ¡Eres un cabrón de mierda! ¡Estaba borracha, joder! ¿Cómo puedes aprovecharte así de una tía?

Estoy cansada. Estoy demasiado cansada de que los hombres se aprovechen de mí. Si no era mi padre, era Anthony y los babosos que tenía que follarme. Eso se acabó, joder. Se acabó. Quiero ser yo la única que decide cuándo, cómo y por qué, sin la necesidad de tener que sentirme todo el rato como si fuera una puta.

Deja que me abalance sobre él, pero en cuanto recibe dos golpes por mi parte, me agarra las muñecas con fuerza. Su cuerpo se tensa, pero rápidamente consigue tener el control, y la tensión disminuye. Me tumba en la cama, boca arriba, y se coloca sobre mí girando, ya que él ya estaba tumbado. Me inmoviliza las piernas con las suyas, y los brazos por encima de la cabeza. Su mirada es fría, aunque conserva un poco del brillo divertido de antes. Me observa fijamente en silencio y, la verdad, me gustaría saber qué se le pasa por la cabeza en este momento.

–¿Has terminado? –pregunta alzando una ceja.

Estoy furiosa. Se ha aprovechado de mí y me jode que haya sido él. Demasiado. Cuando se coloca encima de mí y me inmoviliza de esa manera mi cuerpo se divide en dos.

Por una parte, estoy demasiado cabreada. Tengo ganas de matarte. Pero por otra... mi cuerpo reacciona involuntariamente y yo también me tenso. Aunque me jode admitirlo no me molesta su cercanía. Simplemente es una sensación extraña... Bueno, qué cojones, nada de extraño. Que me pone, sí, pero hay algo más, aunque evito darle vueltas precisamente en este momento.

Le odio, no le soporto y se ha aprovechado de mí, es lo único que cuenta. Su mirada es fría, a pesar de que conserva un ápice de la maldad de antes, pero no me intimida. Clavo mis ojos verdes en los suyos, si la suya intimida, la mía impresiona, y no pienso agachar la cabeza. No me doy cuenta de lo acelerada que estoy hasta que noto el pecho subir y bajar apresuradamente. Trago saliva antes de hablar y me mojo los labios.

–Suél-ta-me –digo pausadamente, marcando cada silaba.

Me ignora. No sé qué coño será lo que esté pensando cuando me mira de ese modo tan penetrante, pero me pone de los nervios. Agarra mis muñecas con una sola mano y con la otra... Oh Dios. Me acaricia el cuello, sin cariño, pasando los dedos por encima de los morados.

Dios mío, cómo me pone el hijo de puta. Se me eriza la piel y durante un momento cierro los ojos. Pero no. Con él no, joder. No sé cómo puede producirme tanto desagrado y a la vez ponerme tanto.

–Nena –susurra con voz ronca–, viniendo a mi cama vas por mal camino si

lo que quieres es reprocharme... No es el mejor lugar. ¿No crees?

Trago saliva al escucharlo, pero de pronto las imágenes de anoche acuden otra vez a mi mente. Bruno acariciándome, mordiéndome el cuello, yo lo beso... ¿lo besé? Dios no puede ser. Con una mueca de asco giro el cuello a un lado y me remuevo para apartarme, pero lo miro a los ojos al hablar.

–No me toques. Me das asco.

–Anoche no decías lo mismo –dice instantáneamente.

–Hijo de puta –Siseo removiéndome aún más–. Te odio, TE ODIÓ -repito pegada a su cara–. Eres patético. Aprovecharte de una tía cuando esta borracha. De nada te sirve lo bueno que estás, eres muy poco hombre.

Y se ríe. El muy cabronazo, se ríe.

–Sé que estoy bueno, y no sabes lo mucho que me pone escucharlo de tus labios, zanahoria –Se acerca a mi oído para susurrarme–. Ayer, cuando gritabas mi nombre, no te parecía poco hombre. Más bien lo contrario.

Y se me eriza la piel de nuevo y el estómago se me revuelve. Mierda.

Me está cabreando, me está cabreando muchísimo. Pero... Joder... Ya no sé si estoy tan cabreada por el hecho de que se haya aprovechado de mí, o por lo que provoca en mí. Es odioso. Lo odio. Me remuevo con más fuerza y lo miro con todo el asco que puedo, mientras chilló.

–¡QUE ME SUELTES! Espero que tu polla lo disfrutara, ya que dudo que vuelvas a tener a una tía así en tu vida.

–Demasiadas putas pasan por mi cama, nena –Engancha el piercing de su lengua entre los dientes, se encoge de hombros y me suelta sin delicadeza, apartándose y poniéndose en pie. Se estira, luciendo su cuerpo tan solo cubierto por unos bóxer que le marcan el paquete, y qué paquete, Dios mío, y señala la puerta. Si no fuera por lo cabreada que estoy juro que es para violarlo sin parar. Aunque en este momento solo tenga ganas de matarlo, <<y de tirártelo>>, me recuerda la vocecita de mi subconsciente, pero la ignoro. Concéntrate, Mia, joder.

La ha cagado. Uno: no soporto que nadie me llame puta, ¿paradójico? Sí. Pero no lo soporto. Y dos: no se puede ser más cabrón, ni tampoco estar más bueno. Dos hechos que no deberían estar unidos en una misma persona. En cuanto me suelta, tardo un segundo en reaccionar, y me pongo en pie de un salto. Me dirijo a él y sin pensarlo, le doy un bofetón con rabia, le cruzo la cara. Se lo merece. A mí nadie me va a volver a tratar así. Nunca.

–Vete antes de que te lances de nuevo a mi boca.

–Que te den por culo, Bruno –Me giro yendo hacia la puerta, ahora mucho más relajada. El bofetón me ha sentado bien, pero...

En seguida me agarra del brazo para que no me vaya. Lo sabía. Me giro y

me estampa contra su pecho con fuerza. Alza la mano, como si fuera a pegarme un bofetón, pero la baja, reprimiéndose apretando la mandíbula y me agarra por la barbilla para que lo mire a los ojos, y lo hago, fijamente. Me he acojonado, pensaba que me iba a reventar la cara, sí.

–No me vuelvas a tocar –Sisea–. No sé cuántas veces tengo que decírtelo. A ver si te das cuenta que la que sale perdiendo eres tú, zanahoria de mierda. No juegues con el peligro, porque no tienes ni puta idea de quién soy, ni de lo que soy capaz. Piérdete de mi vista, ¿te enteras? Procura no cruzarte conmigo, porque te juro que como lo hagas, te mato –Trago saliva al escucharlo. Da miedo–. Vete. Ahora mismo –Me suelta con brutalidad, y me empuja hacia la puerta.

Sabía que iba a reaccionar violentamente. Pero no tanto. Y tengo la sensación de que realmente sería capaz de matarme. Está loco. Pero qué cojones, a mí no tiene por qué hablarme así, y demasiados hombres me han levantado ya la mano, demasiados. No se lo permito. Lo empujo con fuerza señalándolo con el dedo.

–Escúchame bien, muñequito. No sé quién cojones te crees que eres. Bueno, sí, el hijo del gobernador. Pues me importa una puñetera mierda, ¿te enteras? No se te vuelva a ocurrir levantarme la mano, no me amenaces y no te vuelvas a acercar a mí. ¿Qué te crees? ¿Que me asustas con tus amenazas de

niñito consentido? ¿Te crees que tienes el mundo a tus pies? Y UNA MIERDA, métetelas por el culo, porque tú tampoco sabes de lo que yo soy capaz por defenderme –Le repaso de arriba abajo con asco–. Me das pena.

Y se ríe. El gilipollas se descojona en mi cara.

–No tienes ni idea de nada, preciosa. Ni idea. Adiós.

Niego mirándole. No sé a qué se refiere, pero me la suda.

–Estás advertido, no te vuelvas a acercarme a mí –abro la puerta y salgo.

–Como quieras, hortaliza –Me despide con la mano mirándome con superioridad.

Le hago un corte de mangas y cierro de un portazo.

Lo odio. Lo odio con toda mi alma. Sin embargo, mi mente se empeña en recordarme lo cerca que hemos estado, mi beso, el beso que le di, sus labios contra mi cuello, sus manos acariciando mi cuerpo... Un escalofrío me recorre de arriba abajo, y cierro los ojos.

Lo odio, sí.

Serena

No he dormido nada en toda la noche. Menos mal que Bruno tenía que

dormir la mona, sino se habría dado cuenta de que algo había pasado. La cabeza ha estado a punto de estallarme a causa del golpe y tengo la mejilla algo hinchada, pero el hielo me ha calmado bastante. También he vomitado varias veces, solo de pensar en lo que pudo pasar anoche, las náuseas me sacuden y la rabia aumenta dentro de mí. Esto no se va a quedar así, averiguaré quienes eran esos tipos. Van a arrepentirse de haber nacido, lo juro. Todo el mundo estará durmiendo todavía, ya que apenas ha amanecido. No importa. Necesito solucionar este tema cuanto antes, y lo primero que tengo que hacer es ir a hablar con el puto Marco para que no abra la boca. Nadie puede enterarse de esto y mucho menos Bruno. Voy a la habitación donde sé que se está quedando Marco y aporreo la puerta con fuerza. Supongo que seguirá dormido pero, bah, que se joda.

Tarda un rato, pero finalmente la puerta se abre despacio y aparece bostezando. Va sin camiseta y tan solo lleva un pantalón de chandal encima de los bóxers. Si no fuera por el asco general que le tengo a los hombres, me permitiría admitir lo sumamente guapo que es.

Aún así, me permito mirarlo durante unos segundos tratando de no fijarme demasiado, además estoy segura de que mis ojos no muestran el mas mínimo rasgo de emoción. Sin decir nada, entro sin preguntar, apartándolo a un lado, echando un vistazo general a la habitación mientras hablo.

–Tenemos que hablar, vístete.

De reojo veo como se rasca la nuca, se encoge de hombros, y empieza a buscar su camiseta.

–La primera tía que me dice que me vista, oye –Se la pone y se sienta en su cama, bostezando de nuevo–. ¿Qué quieres? –pregunta mirándome–. Oye, tú eres humana, ¿verdad? Porque no sé qué haces despierta a estas horas y más después de lo de ayer. El resto del mundo querríamos dormir días seguidos.

Respiro hondo. Todavía no me acostumbro al estúpido humor de este tío. Seguramente se creerá muy gracioso el gilipollas. Ignoro todo el comentario y me cruzo de brazos mirándolo fijamente.

–No puedes contar nada de lo que paso ayer a nadie. ¿Te queda claro?

Alza una ceja.

–¿Pretendes que no se lo cuente ni siquiera a tu hermano?

–Perfecto. Me encanta que me entiendas cuando hablo –digo con cierta ironía–. A él menos que a nadie.

–A ver, mocosa –Como vuelva a llamarme mocosa...–. Tu hermano es mi mejor amigo. Casi te violan esos que iban colocados. ¿Y no se lo voy a contar? Entiendes la situación tan... –Se nota que no tiene palabras para describirla. Normal, yo tampoco–. Irónica. Descojonante. Absurda, que es,

¿no? Tengo que decírselo.

Claro que la entiendo. Sé que tiene razón. La situación no puede ser más irónica, pero me da igual. Él no se puede enterar. Yo me encargaré de esto sola. Además, si se lo cuenta a Bruno, se organizará aquí la de Dios, y eso trae consigo a mi padre. No puedo permitir que mi padre se entere de esto, lo quiero lejos de mí, y de mi hermano. Solo hay una cosa que no sé con certeza, pero tampoco quiero preguntársela: ¿qué es lo que sabe Marco? Siendo amigo de mi hermano, ya que él no tiene, pues los drogadictos que conocí la otra vez son solo eso, drogadictos, debe de saber mucho más de lo que pienso. Y eso parece.

–La situación será todo lo irónica, descojonante y absurda que tú quieras, pero me la suda. No quiero que mi hermano se entere de esto y punto, joder. No me toques los cojones –Suspiro para calmarme ya que noto cómo me altero en cuanto hablo más de la cuenta–. Si quieres que Bruno quemé Miami, adelante, cuéntaselo.

Suspira y se frota los ojos. Sé que con eso lo he convencido. Marco no quiere más problemas de los que ya le hemos dado y sabe que, si le cuenta lo sucedido a Bruno, no tendrá tranquilidad en lo que queda de semana, porque ocurrirá algo mucho peor.

–Es verdad –Me mira–. Pero si algún día se entera, vendrá a cortarme los

huevos por no habérselo dicho. Le diré que me pusiste una pistola en la frente y me amenazaste para que me quedara callado. Me creería –Se encoge de hombros.

Por supuesto que lo haría, haría todo con tal de evitar tener a mi padre cerca.

–Puedes decírselo. Me habrías obligado a hacer algo peor si no aceptabas por las buenas .

–Ay, Dios mío. Qué le habré hecho yo al mundo... ¿Tan malo soy? –Suspira de forma dramática–. Ala, mocosa, puedes irte. Juro voto de silencio. Pinky promise. Todo lo que quieras. Pero déjame dormir. Y no te metas en más líos.

Este es gilipollas. ¿Pinky promise? ¿Pero de qué árbol se ha caído?

–Como me vuelvas a llamar mocosa te parto la lámpara en la cabeza. Verás como así duermes del tirón, gilipollas –Niego dándome la vuelta caminando en dirección a la puerta. De reojo veo que me sigue.

–Pero qué manía tenéis todos de olvidar que soy vuestro profesor. Que esté bueno y sea enrollado no quiere decir que podáis tomarme por gilipollas. Seguro que con el resto no eres así –Voy a contestar, pero el tío no se calla y sigue con su perorata–. Te vas a ganar una buena expulsión y seguro que a Bruno eso le va a encantar, teniendo en cuenta que él paga tus estudios –Ya la

ha cagado. ¿Por qué coño se tiene que meter donde no lo llaman? Me voy a girar cuando justo me pone una mano en la espalda para empujarme fuera, me tenso y parece darse cuenta ya que la aparta enseguida, pero mi cuerpo ya se ha activado—. Buenas noches. O días, o lo que sea –Concluye, y va cerrarme la puerta en las narices pero pongo un pie en el marco de la puerta antes de que la cierre del todo y lo empujo con fuerza hacia atrás.

Lo agarro por el cuello de la camiseta y lo estampo en la pared, clavando mis ojos en los suyos. Tengo fuerza, pero se nota que se ha dejado.

–Uno: no vuelvas a tocarme nunca, en tu vida. Dos: me importa una mierda que seas mi profesor. Tres: no te tomo por gilipollas, eres gilipollas. Y cuatro: me llegan a expulsar por tu culpa y te mato.

Me mira con indiferencia y cuando termino de hablar, el muy gilipollas tose de mentira. Tengo el pulso acelerado y no me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración hasta que lo suelto, doy un paso atrás y aflojo la mandíbula.

–Joder con la mocosa loca. Que me vas a ahogar y te van a expulsar por asesinato y no voy a ser yo. Y yo que pensaba que no había nadie peor que tu hermano. Jesús bendito. Adiósooooooooos –Señala la puerta—. Tengo sueño, muuucho sueño.

Estoy segura que un atisbo de confusión pasa por mis ojos. Frunzo el ceño,

pero rápidamente adopto de nuevo mi mirada habitual. No lo entiendo. ¿Por qué no me responde mal? Tendríamos que discutir, ¿no? Además, es un profesor y yo lo acabo de amenazar. ¿Por qué no me castiga para poder seguir con la pelea? En vez de eso, hace estas gilipolleces y se comporta como un crío de cinco años. Me quedo un rato pensando, no sé exactamente cuánto rato. Finalmente lo miro y no puedo evitar decir:

–Eres realmente idiota.

–Y dale con insultar. PRO-FE-SOR. Que soy tu puto profesor, niñata maleducada, borde, antipática –Luego soy yo la que insulto–. Es que todos los niños ricos sois iguales, tooooodos. Qué angustia de vida, de verdad. Tendría que haber venido yo solo a Miami. Pero, ¿te puedes ir ya?

–Tú también me estas insultando, gilipollas. Y a mí no me compares con esos putos niños ricos, porque no lo soy –Soy la repudiada de mi padre y me ha retirado su apellido, pero eso me lo ahorro.

Me giro yendo hacia la puerta, aún confundida. Debería reaccionar como el resto cuando les hablo así, contra mí, para pegarme o simplemente para demostrarme que es mejor que yo. Como todos los asquerosos hombres.

–Pero, ¿qué dices? Yo no te estoy insultando. No inventes. Y quita ya esa cara mezcla de mala leche y confusión porque al que confundes es a mí –dicho eso de reojo lo veo girarse y lanzarse contra la cama, hundiendo la cara en la

almohada-. Cierra la puerta cuando decidas irte.

Le oigo, pero no le escucho. Sigo con mis cavilaciones mentales. Giro el pomo de la puerta para salir, pero justo antes me giro para mirarle. Juro que no sé por qué voy a hacer esto. Y de hecho creo que será la primera y la última. Joder. Cómo cuesta. Venga, Serena. Una vez. Solo una.

–Marco.

Puedo ver la sorpresa en su rostro, no esperaba que lo llamase por su nombre, sin insultarlo, supongo. Levanta la cabeza y me mira.

–¿Sí?

–Gracias –digo de forma seca, y fría. <<Gracias por evitar que me violasen ayer y gracias por no contárselo a mi hermano>> Pero me callo. Ya bastante he tenido con pronunciar la puta palabrita, creo que hasta me ha quemado la boca.

Sonríe y me guiña un ojo. Pero nada de chulería, nada de superioridad. Simplemente un guiño.

–No me las des.

Aggggh. Pero dilo con otro tono. Como lo haría el puto D' Lorian, o cualquier otro tío en el puto mundo. Con esos aires de "apláudeme, que te he salvado", con ese ego propio de la mayoría de los tíos cuando consiguen hacer

algo bien en su maldita vida. Joder, ¿por qué no lo haces? Sería lo normal. Te odio. Te odio. No puedes hacer esto. Maldito profesor de pacotilla. Estoy loca, y lo sé. Nadie podría pensar lo que yo estoy pensando ahora mismo. Debatiendo por qué no me tratan mal. Le miro enfadada con la mano en el pomo de la puerta.

–Que te den –Salgo dando un portazo. Sí, joder, estoy muy enfadada. Esto no estaba en mis planes.

–¡Duro! –grita antes de que cierre.

Gilipollas. No lo soporto.

Capítulo 14

El dolor de la decepción

*“Quédate con lo que fuimos,
yo me quedaré con lo que hubiésemos sido”.*

(Desconocido)

Nikki

–Tardabas demasiado en llamarme, rubia –Me dice Kai en cuanto descuelga el teléfono. Río mientras me pongo las gafas de sol Gucci que tenía en la cabeza y me recuesto en la tumbona–. ¿Sigues en Miami?

–Es imposible localizarte. Y sí, nos vamos mañana. Y tú, ¿cuándo vuelves de Los Ángeles?

–Lo sé. Esto es una completa locura, me es imposible usar el móvil y eso

que lo llevo siempre pegado en la mano. Vuelvo en unos días, estoy deseando verte.

–Y yo a ti. Te echo de menos. No sabes todo lo que ha pasado... Te necesito, Kai.

Kai es mi mejor amigo. También viene de una familia rica, no tanto como la mía, pero es una familia importante en el mundo de la moda. Kai Hummel, el único hijo del famoso diseñador Chris Hummel y la estilista Linda Hummel. Y, como era de esperar, mi amigo rápidamente se interesó por la moda y, a sus diecinueve años, tiene una concepción increíble de este mundo. Es atrevido a la hora de vestir, pero todo lo que se pone le queda como un guante, aunque se vistiese con un mono verde pistacho. Kai es guapo. Tiene cara de niño, pelo castaño con reflejos rubios y unos impresionantes ojos azules claritos que destacan por encima de todo. No está excesivamente musculado como Hugo, o Bruno, Marco, Dylan... Pero tiene un buen cuerpo, con una tableta que está trabajada. Su sonrisa es preciosa, con hoyuelos a los lados cada vez que sonrío, como yo. Y es gay.

–Lo sé, preciosa. Cuéntame, ¿qué ha pasado? Ya mismo me tienes contigo para vivir tu día a día de locos juntos.

–¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

–Mmm... –Puedo imaginármelo dándose toquecitos en el labio con un

dedo—. Justo el día antes de irte a Miami. Así que lo único que me queda por saber es tu seguramente desastrosa semana.

–Y tan desastrosa...

–No sé cómo lo haces, Nikki, pero con lo fabulosa que eres siempre acabas metida en problemas.

–Yo qué quieres que le haga, los problemas acuden a mí. Pero si tienes valor de llamarme a mí problemática es porque todavía no conoces a Serena O' Connor en persona –La veo a lo lejos, en la orilla de la playa, dándole gritos a unas chicas que le han dado con un balón hinchable. En lugar de devolvérselo, lo desinfla y lo tira a la arena. Sin duda, Kai no tiene ni idea de cómo es alguien problemático de verdad.

–Después de la que lió en la universidad ya me imagino. Bueno, venga, ponme al día. Me muero porque me cuentes cosas de Hugo.

Ay, joder. Kai y yo nos conocemos desde los doce años, por lo tanto hay mucha gente nueva para él. Lleva tres meses en Los Ángeles trabajando con sus padres en una nueva línea de moda con diseñadores muy famosos, por lo que se ha perdido el inicio de la universidad y la llegada de muchas personas. Tan solo conoce a Roy, por ser mi novio, y a Bruno por ser su primo. También conocía a Scott, el hermano pequeño de Roy, de mi edad, que lleva unos dos años fuera. Yo me llevaba muy bien con él, pero Kai y Scott no se soportaban.

Bueno, Roy lo soporta, pero como desprende simpatía por todos los poros de su piel... Ya le hablé de Mia, Serena y, por supuesto, Hugo. Le puse al corriente de toda la infancia que tuve con ellos y de que Hugo fue el amor de mi vida. Y claro, Kai está convencido de que lo sigue siendo. Es equipo Hugo cien por cien. Y cuando le cuente lo que pasó...

Primero le cuento toda la movida del primer día, la que se lió con las habitaciones, y que al final terminé yo con Hugo.

–Te lo has tirado –Afirma Kai, interrumpiéndome.

–No, no lo he hecho –Suspiro–. Pero sí que nos hemos enrollado.

–OH, JODER –Ahora me lo imagino dando saltos de alegría y sonriendo con picardía–. Cuéntamelo todo.

Le cuento cómo pasó. Todo lo que nos dijimos, textualmente. Kai se indigna con la interrupción de Dylan y, evidentemente, no se cree que para mí fue un alivio.

–Déjame acabar de contarte todo y luego comentas todo lo que quieras, porque si no vas a perderte –Le digo cuando me interrumpe por décima vez.

También le informo acerca de la borrachera de Bruno, los chupetones de Mia, a Dylan metiéndosela a toda la que pillá, Serena metiéndose en líos... Y continúo día a día. Hemos hecho varias fiestas a lo largo de la semana, las

cuales han acabado sin incidentes para las personas normales. Porque claro, el resto (con el resto me refiero a mi... grupo, por así decirlo, porque solo nos soportamos entre nosotros, y ni así), han seguido haciendo de las suyas. Mia y Bruno terminaban dándose voces, insultándose, humillándose mutuamente y casi pegándose. Siempre tenían que separarlos y en la suite tenerlos controlados para que nunca se quedasen solos, o se matarían entre ellos. Serena es una completa antisocial, a pesar de que a mí me cae bien por los cojones tan bien puestos que tiene. Ella a mí me odia, está claro. Uno de los días escuchó a dos chicas hablando mal de ella mientras comíamos en el restaurante del hotel, por lo que una de ellas acabó con la cabeza metida en el plato de sopa. También hicimos carreras de motos acuáticas por parejas, compitiendo tres. Bruno fue con su hermana, Mia con Hugo y yo con Dylan. La primera ronda de cuatro la ganamos nosotros, lo que hizo que Dylan se confiara más de la cuenta. La segunda ronda la ganaron Bruno y Serena. Y las otras dos, como era de esperar, Hugo. Él jamás pierde, por lo que seguramente se dejó ganar en las otras dos. Dylan fue haciendo el payaso, y Bruno iba peleándose consigo mismo, o con el aire, porque en una de las rondas acabó lanzándose al agua y dejándole la moto acuática a su hermana, para irse nadando hasta la orilla y perderse de la vista de todos.

Lo peor de todo es que no entiendo por qué en un mes, parece que estos se han convertido en mis nuevos amigos, porque realmente no lo son.

–Está claro, Nikki –responde Kai–. Todos tenéis un estatus más alto que el resto y os conocéis desde pequeños. Y a pesar de todo el tiempo que habéis pasado separados, fuisteis amigos.

–Sí, pero todos han cambiado. Y tampoco es que se pueda decir que éramos todos mejores amigos... Los O' Connor, los D' Lorian y los Thompson siempre hemos tenido relación. Pero Hugo no estaba, Serena tampoco, y Bruno no se relacionaba demasiado conmigo, más bien pasaba, hablábamos rara vez. Y Mia ha vuelto también este año de España. Todos hemos estado mucho tiempo separados. No entiendo por qué ahora estamos todo el día juntos. Sí, a Mia ahora también la recuerdo. No era de familia amiga, creo recordar, pero siempre rondaba por el parque con nosotros. Y no nos llevábamos nada bien.

–Lo sabes perfectamente. Hugo, Bruno, Serena y tú pertenecéis a familias amigas, por lo tanto sabéis que vais a estar a partir de ahora compartiendo mesa en muchas comidas, cenas, eventos... E inconscientemente os estáis juntando ya. Y, repito, os conocéis de antes. Es más fácil estar cerca de gente con la que ya te has relacionado a empezar con personas nuevas. Y más siendo ellos, y teniendo el mismo...

–¿Entorno? Sí, sé a lo que te refieres –Claro que lo sé, y no podemos hablar abiertamente de ello. Pero ambos sabemos de qué estamos hablando–. Y Mia es más por mi primo. Bueno, también se junta con Roy. Creo que son

amigos, no sé más. Porque realmente con ella apenas me juntaba, la odiaba.

–No voy a volver a repetirme. Pero si no estás a gusto con ellos, sabes que puedes separarte en cualquier momento. A ti te adoran, Nikki. Ellos son “famosos” por ser hijos de gente rica y muy importante en Providence. Tú lo eres por eso, y por ser Nikki Thompson. Sales en la portada de muchas revistas, en televisión, blogs de moda... Nicole Antonella, sabes que la gente mataría por pasar tiempo contigo.

–Kai –Le reprocho, pero él ríe. Sé que lleva razón, pero...–. Sorprendentemente, estoy a gusto con ellos, a pesar de todo. En fin, las cosas son muy distintas a como esperaba. No tenía planeado que Hugo volviese, ni Mia, ni Serena.

–El destino es el destino, preciosa, ya lo sabes. Es así de caprichoso.

Y tan caprichoso. Miro la hora y veo que ya llevo más de hora y media hablando con él. Tengo que ir a ducharme y vestirme para comer por penúltima vez en el restaurante, ya que mañana nos vamos. Me vuelvo a colocar las Gucci en la cabeza, y recojo mis cosas aún con el móvil en la oreja. Ahora es Kai quien me pone al día de esta semana en Los Ángeles.

Camino por la arena en dirección a la entrada del hotel, sabiendo que varios tíos me miran. Me encanta que lo hagan. Me encamino hacia mi habitación, pensando en qué jugarreta me hará hoy Hugo si está en la

habitación. Se ha pasado la semana escondiéndome cosas que sabía que iba a utilizar, como cuando éramos pequeños. Además, no hemos dejado de tirarnos los trastos, a pesar de que mis principios me lo impedían. O lo intentaban. No hemos vuelto a besarnos, a pesar de que no han faltado acercamientos por parte de ambos para provocarnos. Pero se ha quedado en eso: provocaciones que no han ido a más.

–Está claro que Hugo está colado por ti –Me dice Kai tras acabar de relatarme su semana, evidentemente más rápido que yo a él.

–No, Kai. Soy solo un capricho. Me aprecia, lo sé, y yo a él. Es normal. Pero... no hay nada más.

–Ya te digo yo que Hugo va a ir a por ti y hacer que dejes a Roy. Ese va a luchar por ti.

–Lo dudo... –Cierro los ojos y suspiro. No quiero creerme las palabras de Kai, porque luego acabaré con el corazón destrozado por segunda vez en mi vida. La primera fue cuando Hugo se marchó sin avisar-. Y no voy a dejar a Roy de momento.

–Te esperaré.

–No lo hará.

Estoy ya en la puerta de mi habitación, por lo que abro a la misma vez que

Kai me responde.

–No siempre llevas razón, Nikki.

En cuanto abro, se me corta la respiración. Hugo está en la cama que hemos estado compartiendo toda la semana, pero no está solo. Ni siquiera está vestido. Está tirándose a una chica morena que le araña la espalda con cada embestida que da, no precisamente suaves. Y presenciar esto... Joder, mi estómago.

–Esta vez si la llevo –murmuro con la voz rota–. Luego te llamo, Kai.

Cuelgo, y Hugo se vuelve al escuchar mi voz, pues parece que no había escuchado la puerta. Se queda quieto, aún dentro de la chica, que me mira y se tapa la cara con vergüenza. Yo solo puedo mirarlo a él, a sus ojos verdes. Era de esperar que se acostase con otras, pero que lo haga en esta habitación sabiendo que yo iba a aparecer en cualquier momento... Es exactamente lo que le dije la primera noche. Simplemente soy un capricho, nada más. Ese amor que sentíamos cuando teníamos diez años ha desaparecido. Ni siquiera entonces conocíamos el significado de esa palabra. Y lo único que siento ahora mismo por él es... decepción. Porque había mil formas de hacerme daño, y ha escogido una de las peores, y lo sabe.

–Podéis seguir, no os cortéis por mí –Le digo a la vez que me acerco al armario. Saco la ropa que voy a ponerme, notando cómo Hugo me sigue con la

mirada en lugar de retomar lo que estaba haciendo. La chica parece una estatua, esperando a ver qué narices va a hacer él, que ni siquiera me responde, sabiendo que eso me jode aún más.

Cuando cojo todo, me meto en el cuarto de baño y le dirijo una última mirada antes de cerrar la puerta. Segundos después, los gemidos vuelven a resonar por la habitación, por lo que no tardo ni dos segundos en meterme bajo el chorro de la ducha para intentar que así no se oigan.

Puede que ahogue los sonidos. Pero las imágenes siguen en mi cabeza.

Y duelen.

Capítulo 15

Vuelta a casa

*“Todos los elementos,
cuando están fuera de su sitio natural,
desean volver a él”.*

(Leonardo Da Vinci)

Scott

–Ya te he dicho que está todo en orden, papá. No te pongas pesado.

Las vistas de Chicago desde la habitación de mi apartamento son increíbles, y más ahora que apenas está amaneciendo aunque, sin duda, las que tengo en la cama son mucho mejores. La morena que me tiré anoche duerme plácidamente sobre mi cama, totalmente desnuda. Simplemente le permití dormir conmigo porque estaba demasiado borracho como para esforzarme en echarla.

Mi padre sigue hablando pero ya simplemente he optado por no escucharlo, sé muy bien como tengo que hacer mi trabajo, por algo me mandaron a mí, y en estos dos años no han tenido ni una puta queja. Decido zanjar la conversación.

–Papá –Le interrumpo–. Iré personalmente a comprobar el cargamento, como siempre, y después cogeré el avión para allá. Deja de aburrirme, nos vemos luego –Y cuelgo.

Aunque aquí he vivido de puta madre, la verdad es que en parte tengo ganas de volver para ver cómo está todo por allí. Aunque por lo que me ha contado mi hermano, nuestra familia no pasa por el mejor momento.

Me meto en la ducha y, cuando salgo, me visto sin complicarme demasiado. Una sudadera y unos vaqueros, me peino el pelo mojado hacia atrás y me

acercó hasta la cama, donde la tía sigue durmiendo. La verdad es que no recuerdo su nombre, pero tampoco me importa.

–Eh, tú –La muevo sin demasiada delicadeza y obtengo un gemido de protesta por respuesta.

–Un ratito más... –dice con una estúpida voz de niña pequeña, y se da la vuelta hacia el otro lado de la cama abrazando la almohada.

No tengo tiempo para estas gilipolleces, si no sale de la cama por las buenas tendré que echarla por las malas. Me giro y cojo el cuenco con los hielos donde está metida la botella de champagne que nos bebimos anoche. Saco la botella y, con el cuenco en las manos, me acercó hasta la cama vaciándolo por completo sobre la cabeza de la morena, que pega un chillido levantándose de golpe.

–¡¿PERO, QUÉ...?! –Comienza a hablar mirando aturdida hacia todos lados hasta clavar su mirada en mí, muy ofendida.

–Fuera –Me limito a decir mientras busco las llaves de mi coche, si no me doy prisa llegaré tarde.

–Pero... Pero si todavía es pronto y apenas esta amanecien... –callo sus quejas con una mirada, por lo que agacha la cabeza intimidada.

–¿Acaso no me has oído? Que te largues. Tengo que irme.

Me giro para darle a entender que no pienso escuchar nada más. ¿Dónde coño he metido las llaves?

–¿Buscas esto? –Me giro al escucharla. Sostiene las llaves de mi coche con una sonrisita de suficiencia de rodillas sobre la cama. La verdad es que es muy sexy.

Me acerco a ella sin hacer ningún comentario para quitárselas, pero las esconde detrás de la espalda sin dejar de mirarme y niega sin dejar de sonreír, esta vez mordiéndose el labio.

Miro el reloj; si no fuera porque tengo demasiada prisa, me la tiraría otra vez sin dudarlo. Pero... La agarro del brazo, le quito las llaves de un tirón y la levanto de la cama. La empujo fuera de la habitación tirándole su ropa a la cara a pesar de sus quejas.

–Lárgate. Ahora. Más te vale que cuando salga de esta habitación no estés ahí –No le dejo contestar y le cierro la puerta en la cara. Qué pesada.

Hago tiempo antes de salir, solo para no tener que encontrarme con esa tía. Aunque si sigue en la puerta cuando salga, voy a tener que explicarle que se vaya de otro modo mucho menos agradable.

Gracias a Dios, cuando salgo ya se ha largado. Mi Aston Martin one-77 recién estrenado está esperando por mí, donde lo dejé anoche. Compruebo que

no tiene ningún rasguño y me subo. Hemos quedado en un descampado a las afueras de Chicago, donde siempre, las chicas ya estarán preparadas, solo tengo que seleccionar a las mejores para mandarlas. Enciendo el manos libres y espero. Contestan al segundo toque.

–Aquí Michael –Distingo la voz de uno de mis hombres.

–Soy Scott O’Connor. En dos horas iré al aeródromo. Quiero el jet preparado para Providence.

Capítulo 16

Lazos rotos

“Tu hermano siempre será el enemigo que más quieres”.

(Desconocido)

Bruno

Serena lleva todo el día fuera. No sé si para bien o para mal. No me extrañaría que me llamase para decirme que ha acabado en el calabozo de alguna comisaría y necesita que vaya a recogerla antes de que nuestro padre se acabase enterando. Por suerte para ella, me tiene a mí. Yo no la he tenido durante mucho tiempo, por lo que mis horas de calabozo siempre han acabado con un castigo de mi padre. Puedo evitarle eso a Serena. De hecho, lo he hecho más de una vez desde que llegó. Ella no tiene ni puta idea, y espero que no se entere. Aunque bueno, no es tonta, ni mucho menos, ambos tenemos un coeficiente intelectual por encima de la media, aunque no recurramos a él, por lo que quizás si se haya percatado de que mi padre me ha dado más de una paliza desde que ella llegó. Y me extraña que no lo haya matado todavía. No sé qué pensar, la verdad. Quizás crea que dejó de hacerlo hace años.

La rebeldía de mi hermana me pasa factura a mí. Cada vez que alza el tono de voz hacia mi padre, se niega a lo que él manda, le responde mal... Hace que mi espalda reciba una nueva paliza. Cada vez que en la universidad se han quejado de su comportamiento... también lo he pagado yo. Como si mi padre no fuera a enterarse, siendo el gobernador... Si Serena supiese todo lo que su comportamiento y actitud ante el mundo me hace a mí, estoy seguro de que

cambiaría radicalmente. Pero no quiero que haga eso, no quiero que cambie. Hacerlo sería perder su esencia, perderse a sí misma. Sí me gustaría que fuera... feliz, pero ambos sabemos que ninguno de los dos lo seremos jamás.

–Bruno –Jeff interrumpe mis pensamientos–. Se ha terminado la coca.

–Siempre soy yo quien os mantiene –replico mientras me levanto. Jeff se esnifa la última raya.

–Porque tú tienes la mejor droga siempre –responde Darren, recostándose en el sillón–. ¿Van a venir las putas, o qué?

–Porque sois unos inútiles de mierda y no sabéis conseguirla –Y porque yo tengo el mejor contacto que puede tenerse para conseguir la mejor droga de todo el país.

–Como sea, trae más coca –Le miro amenazadoramente y Darren se tensa. Sabe perfectamente que no puede hablarme así–. Perdona, tío.

–Bueno, y las putas, ¿qué? No has respondido.

–Hoy no hay putas. Abro un cajón y saco una nueva bolsa llena de coca. Me vuelvo a sentar y empiezo a hacerme una raya, pasándoles después la bolsa para que ellos sigan.

–¿Y la loca de tu hermana? –En cuanto me la esnifo, miro a Jeff fijamente–. ¿Qué? Está loca, no me mires así.

–Ya, pero no es algo que tengas que decir por tu sucia y asquerosa boca. Es más, no te atrevas a mencionarla nunca más si no es para decir algo bueno de ella. Y ni así. No te atrevas a mencionarla, ni siquiera a pensar en ella. Y ni se te ocurra fantasear con su apariencia, porque sé que lo haces, si no quieres que te corte los cojones y los cuelgue del techo de tu habitación para que los veas cada noche al tumbarte en la cama. ¿Queda claro?

Y tan claro. Jeff asiente con rapidez y Darren, a pesar de no estar hablándole a él, también.

Serena

Llevo todo el día dando vueltas sin rumbo. Todavía no me acostumbro a estar de nuevo en Providence, aunque hay cosas que no han cambiado. De vez en cuando me apetece estar sola, de hecho lo necesito, perderme en mis pensamientos a veces es lo único que me ayuda a no volverme aún más loca. El viaje a Miami y lo que allí ha ocurrido me ha tenido ocupada estos días, aunque trato de evitarlo. No paro de darle vueltas al hecho de si mi padre se habrá enterado o no de todo.

Sin darme cuenta se ha hecho de noche, son casi las ocho y está oscureciendo. De pronto me entran ganas de ver a mi hermano, aunque cuando estamos juntos no nos digamos demasiado, no es eso lo que echo en falta, su

sola presencia me hace bien. Calma mis demonios interiores y me relaja. En poco más de media hora he llegado a casa, aparco la moto en la puerta y me quito el casco sacudiéndome el pelo. Entro en casa y escucho ruido en el salón.

Por un momento me tenso cuando pienso que podría ser mi padre, pero anulo esa idea al darme cuenta de que mi padre no se tomaría la molestia de venir aquí, simplemente nos haría llamar para que fuésemos nosotros. Cuando entro en el salón me quedo paralizada al observar la escena. Los dos gilipollas que eché el primer día de esta casa están en el sofá, metiéndose una raya, aunque en cuanto me han visto están mucho más centrados en repasarne con la mirada, con una cara de babosos que ganas me dan de ir meterles el pie en la puta boca para que la cierren. Y lo haría. Lo haría si no fuera porque Bruno también estaba esnifando. Clavo mi mirada en él, con fijeza. Supongo que mi mirada es una mezcla de enfado, rabia y asco. No soporto que haga eso, no lo soporto. Aprieto los puños y dejo el casco que llevaba bajo el brazo sobre la mesa con fuerza, demasiada fuerza, lo que hace que se parta el cristal.

–Bruno –digo simplemente, sin alzar la voz, pues no lo necesito para que suene intimidante.

Bruno

No hacía falta que dijera mi nombre, pues llevo mirándola desde que ha entrado en el salón. El golpe que da en la mesa con el casco hace que se parta el cristal, mezclándose en el suelo los cristales con la cocaína que había encima. Joder, que es de la cara. La miro con la misma altivez que ella a mí, sabiendo que va a ponerse hecha una histérica.

– Serena –Es lo que respondo. No le gusta, y lo sé.

Jeff y Darren van a desaparecer en menos de un minuto, en cuanto ella los eche. Y tendremos una charla muuuuy entretenida, seguro. Aunque esta vez no es solo ella la que va a hablar y a quejarse, pues yo también quiero hablar con ella de algo importante.

Serena

–Ni Serena, ni hostias –Le miro negando, casi puedo notar cómo me salen las chispas por los ojos. De dos pasos me coloco frente a los dos gilipollas y los levanto a ambos por el cuello de la camiseta–. FUERA –digo mientras los empujo hacia la puerta.

–Pero, Bruno... –Empieza a protestar el que creo que se llama Darren, pero lo callo con una sola mirada.

–QUE TE LARGUES –digo dándole un nuevo empujón–. Ah –Miro a

Bruno—, y la próxima vez que yo llegue y me los encuentre aquí, los pienso echar, pero con los pies por delante. ¿Me oyes? —Sabe que no es ninguna broma, y que hablo totalmente en serio. Estos tíos no son más que mierda, y mi hermano ya tiene demasiada.

Darren parece haber captado el mensaje puesto que se dirige hacia la puerta sin hacer ningún comentario más. Mejor. Por su bien.

—Preciosa, deberías follar. Se te ve demasiad... —No le dejo terminar. Me vuelvo hacia él y lo callo de un puñetazo en cara. Se lleva las manos a la nariz ensangrentada dando un grito, probablemente esté rota. Lo veo apretar los puños, probablemente decidiendo si defenderse o no. Por su bien, espero que no sea tan estúpido.

—¿Decías? —Le reto alzando una ceja.

Bruno

Ya está. La fiera ha sido desatada. Jeff me mira como si esperara a que me levante y mande a mi hermana a su habitación de una patada. Pues la lleva clara. Darren, con la nariz sangrando, no para de quejarse. Menudo nenaza. Yo simplemente me he recostado en el sofá, con las manos tras la cabeza, esperando a que se vayan para oír todo lo que mi hermana tiene que decirme, y después hablar yo de algo que seguramente no se espera.

–Fuera –digo simplemente una vez. Es lo único que necesitan para irse sin decir ni una sola palabra más.

Miro a mi hermana cuando ya estamos solos y alzo una ceja.

–Empieza.

Serena

Me cruzo de brazos. Encima con chulería. Me lo encuentro metiéndose una puta raya con esos desechos y tiene los cojones de ponerse chulo. Claro que los tiene, es mi hermano, qué iba a esperar. Pero estoy demasiado enfadada y va a tener que escucharme.

–¿EMPIEZA? ¿PERO QUÉ COJONES TIENES EN LA CABEZA, BRUNO? JODER –Voy hacia la mesa, o lo que queda de ella, y cojo una bolsa que por lo que veo acababan de empezar y la sostengo con asco–. ¿No te parece que ya tienes suficiente mierda encima como para meterte más? ¿Es que no te das cuenta que esas... esas... –Ni siquiera encuentro palabra para describirlos–, ratas solo te quieren para que les des esta puta mierda y de vez en cuando le traigas putas? Vas a dejar esta mierda, Bruno, no pienso ver cómo te destruyes a ti mismo, ya tenemos suficiente con el resto –Voy al servicio aún con la bolsa en la mano y la vacío en el váter. Sé que puede conseguir más cuando él quiera, pero me da igual.

Bruno

Escucho todo lo que dice sin dejar de mirarla, sin alterarme, porque sé que luego llegará mi momento, y por una vez será ella la que tenga que darme explicaciones. Dejo que coja la coca, me levanto y la sigo hasta el cuarto de baño, para ver cómo todo se pierde por el váter. Como si eso fuese a impedirme conseguir más.

–Me da igual –respondo–. Sé que esos son sus intereses. ¿Qué te hace pensar que yo tengo alguno por ellos? Esas ratas simplemente pasan el tiempo conmigo. Es más divertido colocarse y follar en grupo –Hago una pausa en que la miro y me dirijo de nuevo hacia el salón–. No me estoy destruyendo, Serena y, ¿sabes por qué? Porque ya lo estoy. Desde hace muchísimo tiempo.

Serena

Me parte oírlo hablar así. Y lo peor es que sé que lleva razón, puesto que yo también lo estoy desde hace demasiado tiempo, incluso más de lo que Bruno piensa. Si él supiera... No. Mejor que no lo sepa. Lo agarro del brazo mientras lo sigo al salón, obligándolo a que se gire a mirarme de nuevo.

–Bruno, no vas a meterte más. No al menos en mi presencia –Ya que muy a mi pesar sé que lo hará cada vez que le dé la gana, cuando yo no esté presente,

y no puedo hacer nada para impedirlo por mucho que me duela.

–Vale –Se encoge de hombros–. No estabas aquí cuando he empezado. Ahora que hemos aclarado –dice con sarcasmo esa palabra–, todo esto, ¿puedo hablar yo?

Ruedo los ojos al notar el sarcasmo. Me dirijo hacia la... mesa, y cojo el casco, inspeccionándolo por si se ha roto con el golpe.

–Habla –digo sin prestar demasiada atención.

–Solo te diré dos palabras. Estoy seguro de que sabrás perfectamente qué quiero decir –Seguro que será cualquier gilipollez. Algo que no le ha gustado de lo que hago, ya ves tú. Está claro que si por nosotros fuera nos pasaríamos el día echándonos mierda a la cara–. Reina llave.

Sin embargo, en cuanto escucho esas dos palabras, me quedo quieta de golpe sin dejar de mirar el casco. Reina llave. Probablemente nadie sepa utilizar ese truco tan bien como Bruno o yo. Él me enseñó cuando era pequeña a forzar prácticamente hasta lo imposible. Y me ha servido, me ha servido muy bien para los robos. Pero... No puede ser. Bruno no puede saber nada de eso, es imposible. ¿O no? Mierda. Joder.

Sé que tan solo me he quedado parada durante unos instantes, aunque habrán sido suficientes. Sigo inspeccionando el casco como si tal cosa, y me doy la vuelta poniéndolo bajo el brazo.

–Gran truco. No se me ha olvidado, tranquilo –Me dirijo a las escaleras para subir.

Bruno

Es justo lo que esperaba. Serena ha vacilado durante unos segundos solamente, pero los suficientes como para que me percate de que sabe perfectamente a qué me refiero. Disimula rápidamente, pero estoy seguro de que también sabe que me he dado cuenta de su reacción. Ahora llega la parte gorda de la conversación. Reina llave es un truco para forzar cerraduras muy complejo. Sirve para cerraduras casi imposibles de forzar, y requiere paciencia, técnica, precisión... Y práctica. Muchísima práctica. Lo aprendí de pequeño observando cómo mi padre lo hacía. Solo fue necesario verle una vez para que mi mente aprendiese cómo hacerla. Fui practicando hasta que jamás se me resistió una cerradura. Y luego se la enseñé a mi hermana. Poca gente sabe hacerla.

–¿En qué cojones estás metida, Serena? –Le pregunto mientras se dirige hacia las escaleras—. Ven aquí. Ahora.

La miro con seriedad. Sin duda, la mujer del vídeo que Marco me enseñó, es ella. Mi hermana robando en una de las farmacias de Marco.

Se para y respira hondo. Se gira y me mira. Camina hacia mí sin vacilar y

me mira con expresión neutra. No va a dar su brazo a torcer.

–No sé de qué me hablas –Se limita a decir.

–Yo creo que lo sabes perfectamente –Su actitud pasiva me cabrea. Me cabrea muchísimo, porque lo sabe, y lo niega. Me miente en mi puta cara sabiendo que conozco la verdad-. No me vengas con tus gilipolleces, niña. Dime ahora mismo por qué cojones apareces en dos putos vídeos de seguridad de las farmacias de Marco robando, Serena. Y no me digas que no eres tú, no me vuelvas a mentir a la cara. No se te ocurra hacerlo si no quieres perder mi respeto, porque esto es serio. Créeme que es muy serio, sé lo que me digo. Solo tú, aparte de mí, eres capaz de hacer la Reina llave con esa rapidez.

Serena

Marco. Marco es el dueño de esas farmacias. Joder. Esto es nuevo. Trato de disimular la sorpresa de mi rostro, y probablemente lo consiga ya que estoy demasiado acostumbrada a esconder mis emociones pero... esto es demasiado. Marco. Mi puto profesor, tenía que ser precisamente él. A juzgar por lo que había en ese armario la última vez que robamos... Joder. Joder. Él también es... mierda. Mierda. Mierda. Ahora tiene sentido. Mis sospechas eran ciertas. Cuando en Miami pensé que Marco sabía más de lo que aparentaba... estaba en lo correcto. No es que simplemente sepa todo, es que está metido de lleno

en ese mundo. Él pertenece a los nuestros.

Mi mente procesa toda la información rápidamente. Miro a mi hermano con altivez y me encojo de hombros. No pienso dar mi brazo a torcer.

–Pierde lo que te salga de los cojones, Bruno. Estás colocado, así que metete en la cama.

Bruno

–¡Y una mierda! –grito, poniéndome en pie y le señalo–. Serena, no me toques los cojones. ¿Tienes idea de lo que has robado? Claro que la tienes. Sabíais a lo que ibais, ¿verdad? Ese robo estaba planeado. ¿Quién cojones son esos tíos? De ahí es de donde has sacado todos tus ahorros. Dime, Serena, robar, ¿por qué? –Una clase de moralidad no es lo más indicado viniendo de mí. Ni siquiera lo es. No le estoy regañando por robar. Le estoy regañando por a quién le ha robado, lo que ha robado y por negármelo en mi puta cara.

Serena

–No me grites –digo sin alzar el tono de voz. Suspiro y me apoyo en la pared adoptando la misma actitud indiferente. Es grave, claro que lo es. Pero nunca pensé que Marco... Nuevamente se me viene a la mente lo que ocurrió el

último día en Miami, con él. Sacudo la cabeza tratando de sacar esos pensamientos de mi mente y me centro de nuevo en la conversación. Miro a mi hermano y alzo una ceja—. No es asunto tuyo.

—Serena —gruñe—. Habla. O hablas conmigo, o hablas con Marco. Tú decides.

—Bruno —replico—. No me amenazas. Sabes que no voy a hablar si no quiero —Y mucho menos con Marco—. Me voy a dormir —Voy hacia las escaleras por enésima vez.

—Eres una cobarde —espetea. Se dirige también hacia las escaleras, y me adelanta. Señala la mesa destrozada—. Eso lo limpias tú. Ya que vives aquí, podrías hacer algo aparte de robar. Y no voy a gastar dinero para que alguien limpie solamente ese destrozo que te ha dado la gana de hacer. O lo limpias tú, o inviertes tu dinero robado —Y dicho eso, se encierra en su habitación.

Eso sí que me jode. Que me llame cobarde, porque sabe perfectamente que nadie tiene más cojones que yo.

—¿DE VERDAD PIENSAS ESO? PUES, ¡QUE TE DEN POR CULO! NO TIENES NI PUTA IDEA —chillo para que me oiga antes de que se encierre y doy una patada a uno de los cristales del suelo—. Y NO PIENSO LIMPIAR TU MIERDA. PAGARÉ CON MI PUTO DINERO ROBADO PARA QUE LO HAGAN, GILIPOLLAS —No puedo contárselo. No se da cuenta que saber esto

solo sería algo a favor de mi padre, podría destruirnos a los dos. Subo las escaleras y me encierro en mi habitación dando un portazo.

Capítulo 17

Mamá

*“Un hombre quiere a su primer amor más que a cualquier otro,
a su mujer mejor que a nadie,
y a su madre la quiere durante más tiempo que a cualquiera”.*

(Anónimo)

Hugo

–Que no, Hugo, no vas a ir y no insistas.

Doy un golpe en el escritorio y apoyo ambas manos mirando a mi tío.

–Tengo todo el derecho de ir y ni tú ni nadie me lo va a prohibir. Llevo años sin verla.

–El tratamiento que sigue es muy fuerte, ni siquiera te va a reconocer.

Joder. Cómo duele que me diga eso de mi madre. Ella me reconocería donde fuera y como fuera, lo sé.

–Ese es mi problema. Voy a ir con o sin tu autorización.

–Hugo –dice mi tío con tono amenazante–. Tu madre es una enferma mental,

y no es conveniente que reciba visitas fuera del periodo establecido.

–Que me da igual el puto periodo, tengo todo el derecho de ir a ver a mi madre cuando me salga de los cojones –espeto y él se pone en pie mirándome con fijeza, como si con ello fuera a conseguir intimidarme.

–Ni si te ocurra volver a hablarme de ese modo, Hugo, te lo advierto. Tu madre es mi hermana y quiero lo mejor para ella, igual que para ti.

–Claro, como con las cartas de Nikki, ¿no?

Frunce el ceño. No se esperaba que yo ya lo supiera, sin embargo, relaja enseguida su expresión y se encoge de hombros de forma indiferente, mientras toma asiento de nuevo.

–Eso lo hice por ti. Si seguías teniendo noticias de esa niñita nunca te ibas a acostumbrar a vivir lejos de casa.

–Ese era mi puto problema, no tenías ningún derecho. Quiero esas cartas.

–No las tengo.

–¿Dónde están?

–Se las devolví todas a ella. Por Dios, Hugo, deja de hacer el imbécil, ¿ahora resulta que te interesan las cartas que una cría te escribió hace años?

Alzo una ceja. No pienso repetir la frase. <<SÍ, ME INTERESAN. Y

SIGUE SIENDO MI JODIDO PROBLEMA>>

–Pídeselas a ella. Yo no sé nada.

–Bien –Me giro y voy hacia la puerta del despacho, pero cuando tengo la mano en el pomo su voz me retiene.

–¿A dónde vas?

–Ya te lo he dicho, voy a ver a mi madre.

Cuando llego al centro psiquiátrico tardo unos segundos hasta que me decido a bajar del coche. Siempre me han dado mal rollo este tipo de sitios, de hecho solo vine un par de veces cuando era más pequeño después de que internasen a mi madre. Supuestamente esta es una de las mejores clínicas del país, especializados en casos como el de ella, pero aún así no me gusta.

Los recuerdos que tengo de mi madre son escasos, pero muy vivos. Me separaron de ella cuando apenas tenía cinco años, después de que en un ataque psicótico ella tratase de matar a mi tía Emily, aunque hasta luego a entenderlo, ya que a veces yo también siento el irrefrenable deseo de matarla, puesto que es insoportable. Al menos esa fue la historia que me contaron cuándo crecí, y pensaron que tenía la suficiente madurez para comprenderlo.

Me acerco a la recepción, donde una atractiva enfermera no me quita los

ojos de encima desde que he entrado por la puerta. En cuanto estoy lo suficientemente cerca del mostrador para poder escucharla, se levanta y me dedica una encantadora sonrisa.

–¿En qué puedo ayudarle, señor?

–Soy Hugo D’Lorian –Me encanta ver como su expresión coqueta cambia a una mucho más formal en cuanto escucha mi apellido–. Vengo a ver a mi madre.

–Disculpe, señor... –dice bajando la vista–. Pero la señora D’Lorian tiene prohibidas las visitas un día como hoy.

–Me parece que no me has entendido bien... –Dirijo la mirada hasta su escote, pero no para mirarle las tetas, sino porque ahí tiene plantada una chapa donde me indica su nombre–. Samantha –digo tras leerlo–. No he dicho que quiera ver a mi madre, exijo verla. Ahora mismo, así que más te vale que me lleves ahora mismo hasta donde está ella si no quieres que con una sola llamada te ponga de patitas en la calle, y sabes qué puedo hacerlo. ¿Me he expresado con suficiente claridad o necesitas que vuelva a repetírtelo?

–No, señor –dice claramente intimidada, sin atreverse a mirarme–. Si me permite, tengo que consultarlo con su médico.

– Consúltalo con quien te dé la gana, pero rápido.

Asiente y sale de la recepción sin decir nada más. A los cinco minutos la veo aparecer nuevamente claramente aliviada. Eso es buena señal, probablemente le hayan dado permiso.

–Si me acompaña, por favor... –dice, y yo asiento comenzando a seguirla a través de un pasillo, cogemos el ascensor y subimos hasta la última planta.

A medida que nos acercamos me noto cada vez más nervioso. No puedo creerme que después de tanto tiempo vuelva a verla. ¿Cómo estará? ¿Habrá cambiado mucho? ¿Me reconocerá? El sonido de la voz del ascensor anunciando que ya hemos llegado a la tercera planta me saca de mis pensamientos. La enfermera sale y yo la sigo por un nuevo pasillo, totalmente distinto al que hay abajo. Este parece mucho más... acogedor. Dentro de lo que cabe. Será por la decoración, se nota que esta es la planta en la que están los pacientes de las familias con dinero.

–Es aquí –anuncia la enfermera tras pararnos frente a la última puerta blanca de todo el pasillo–. El doctor me ha dicho que como mucho veinte minutos, por favor, no me pida más –dice casi en tono suplicante. Finalmente decido asentir y espero hasta que se ha alejado por completo.

Me quedo mirando la puerta durante unos instantes hasta que por fin me decido a girar el pomo y entrar. La habitación es amplia, se podría decir que hasta lujosa. Tiene todas las comodidades posibles, sin embargo, a mí me

sigue pareciendo fría.

Noto el pulso en la garganta cuando diviso a mi madre. La distingo sentada en un enorme sillón frente al gran ventanal de su habitación, de espaldas a mí. Trago saliva, ni siquiera he pensado qué voy a decirle, aunque probablemente mi tío tenga razón y ni siquiera me reconozca. Tampoco me salen las palabras, ni siquiera sé cómo me siento al saber que tengo a mi madre tan cerca y a la vez tan lejos. Cuando por fin me atrevo a rodear el sillón donde está sentada, observo que tiene las rodillas abrazadas, sobre las que apoya su barbilla, y la mirada perdida, ausente.

Recuerdo que mi madre era una niña preciosa. Y sí, digo niña porque me tuvo con apenas dieciséis años. La observo con detenimiento, clavado en el sitio, ya que soy incapaz de decir una sola sílaba. Su cabello negro, lleno de rizos, contrasta con su tez blanca y brilla de forma natural. En sus mejillas destacan las pecas que con tanto cariño recuerdo, aniñando su rostro. Me arrodillo ante ella para observarla más de cerca, y en sus ojos verdes, idénticos a los míos, me veo a mí. Decir que mi madre es preciosa se queda corto. Se ha convertido en una mujer bellísima, sin duda, Sara D' Lorian es la mujer más guapa que he visto. De mi padre nunca supe nada.

—Mamá... —Me sorprendo a mí mismo con una voz rota. Tengo ganas de abrazarla, de contarle muchísimas cosas, pero, ¿para qué? Ella no me va a

escuchar, solo hay que verla. Probablemente no se dé cuenta de que estoy aquí.

Sin embargo, de pronto mi madre dirige su mirada hacia mí, clavando sus ojos en los míos. Y puedo distinguir perfectamente cómo algo se ilumina en ellos. Distingo el dolor y la tristeza de forma predominante y, en ese momento, sé que me reconoce. Levanta la mano lentamente y me acaricia la mejilla suavemente. Cierro los ojos para disfrutar de su contacto y, entonces, me doy cuenta de cuánto la he echado de menos. Los abro, y veo que está llorando. Mi madre tiene la cara bañada en lágrimas.

–Soy yo, mamá, soy Hugo. Me reconoces, ¿verdad? –digo mientras le limpio las lágrimas de la mejilla–. Siento no haber venido antes, pero... ¿mamá?

Desvía la mirada, y la noto nerviosa. Se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos. Es como si estuviese intentando hablar pero no le salieran las palabras.

–¿Mamá? –pregunto de nuevo–. Tranquila, soy yo. Dime algo, por favor –suplico.

El hecho de verla así, tan perdida, me duele. Esta mujer es mi madre, con ella tengo los recuerdos más felices de cuando era un niño. Ella me enseñó a hablar, me enseñó a andar, y me contaba cuentos todas las noches. No entiendo qué fue lo que pasó, lo único que sé es que no es justo que un niño de cinco

años deje de disfrutar de su madre tan pronto.

–Yo... yo... –Empieza a tartamudear, y le cojo la cara con ambas manos para que me mire.

–¿Tú qué, mamá? Eso es, háblame.

–Yo no fui... –dice totalmente apenada mientras empieza a sollozar. No, joder, no. No soporto verla llorar.

–No te entiendo, mamá, pero... cálmate. No llores. ¿No fuiste a dónde?

–Yo no fui, yo no fui... –Niega sin parar de llorar abrazándose las rodillas, moviéndose hacia delante y hacia atrás, volviendo a tener la mirada pérdida.

Me levanto llevándome las manos a la cabeza, sin saber qué hacer. Si llamo al médico me echarán de aquí y tendré que darle la razón a mi tío. Pero necesito saber a qué se refiere, necesito saberlo...

–Mamá, por favor –Me arrodillo nuevamente ante ella–. Escúchame, necesito que me digas a qué te refieres. Si no te calmas, vendrán los médicos y me sacarán de aquí.

–Yo no fui, fueron ellos... ellos, fueron... ellos...

–¿Quiénes? ¿Quiénes son ellos? –Niega y se pone las manos en la cara sollozando de nuevo. Me cago en la puta.

–MAMÁ, ESCÚCHAME –La cojo por las muñecas obligándola a que me mire, desesperado–. TÚ NO ESTAS LOCA, JODER. SÉ QUE NO ESTÁS LOCA. ASÍ QUE DEJA DE LLORAR Y DIME DE UNA MALDITA VEZ A QUÉ TE REFIERES –Le grito, y me arrepiento casi al instante de haberlo hecho, pero veo que surge efecto porque se calla y fija de nuevo sus ojos en mí, como si me escuchase de nuevo–. Eso es, muy bien. Y ahora dime a qué te refieres con eso que has dicho. Yo sé que Emily no tien...

En cuanto pronuncio el nombre de mi tía, mi madre se levanta del asiento como un resorte, sus ojos cambian de nuevo, salta por encima de mí, y corre hacia una esquina, chillando.

–YO NO FUI, YO NO FUI, YO NO FUI... –repite una y otra vez sin parar.

–Mamá... –Intento acercarme a ella, pero en cuanto doy un paso, se levanta y rompe una de las lámparas contra el suelo, y retrocedo–. Tranqu...

–FUERON ELLOS, ELLOS... ELLOS SON MALOS –Me señala con la mirada perdida, neurótica, pero a la vez con la inocencia propia de una niña.

–Dime quién...

La puerta se abre de golpe y cuatro enfermeros entran. Mi madre corre de nuevo hacia la esquina, escondiéndose, con la mirada llena de terror, sollozando.

–YO NO FUI, SON ELLOS, SON ELLOS, YO NO FUI... –Las palabras me taladran la mente. Dos de los enfermeros la agarran por el brazo para levantarla. Ella grita removiéndose. No me doy cuenta hasta este momento que tengo los ojos llorosos. Ver a mi madre en este estado es demasiado para mí.

–¡NO LA TOQUÉIS! –grito furioso acercándome a ellos.

–Pero señor...

–He dicho que no la toques. Suéltala. Ahora mismo.

La sueltan y mi madre cae al suelo de nuevo, sin parar de sollozar y repetir las mismas palabras. Me agacho para abrazarla y la estrecho entre mis brazos.

–Shh, tranquila, volveré pronto a verte. Te lo prometo –susurro en su oído–. No te voy a dejar sola, he vuelto a por ti.

Noto como se calma en mis brazos. De reojo veo como uno de los enfermeros le pincha en el brazo. Le habría dado un puñetazo de no ser porque tengo los brazos ocupados, estoy seguro de que es toda esa mierda la que tiene a mi madre así.

La cojo en brazos y la llevo hasta la cama, depositándola con cuidado. Está medio dormida, probablemente le habrán inyectado un calmante. La tapo y le acaricio la cara con dulzura. No me cansaré de decir lo guapa que es.

–Te quiero, mamá –susurro en su oído y me incorporo dirigiéndoles una

mirada de advertencia a los enfermeros que agachan la mirada.

Ya tengo un pie fuera de la habitación cuando escucho su voz.

–Hugo... –dice mi madre en apenas un susurro, pero lo suficientemente alto como para escucharlo. Me giro y me está mirando. Nuevamente distingo ese atisbo de cordura en sus ojos, abre la boca para hablar, pero observo cómo se le van cerrando poco a poco los párpados.

Ella no está loca, sé que no lo está. Tengo que descubrir qué fue realmente lo que pasó ese día, sea como sea.

Capítulo 18

La cena

“Two can keep a secret

if one of them is dead”.

(Pretty Little Liars)

Nikki

Cena en casa de los D’ Lorian con ellos y los O’ Connor. Las tres familias estaremos hoy al completo. La última vez que comimos todos juntos fue hace nueve años, ya que las cenas desde que la mayoría se fueron hasta ahora han contado solamente con los adultos, Damon, Dylan, Bruno, Bianca, Annie, Roy y yo. Y Bruno se saltaba la mayoría. Ahora también están Hugo y Serena que, aunque sean solo dos, abultan mucho y hacen notar su presencia. Me muero por ver qué va a salir de la cena de hoy.

Subo en la limusina junto a mis cuatro tíos. Damon y Dylan, como siempre, vendrán más tarde. Me he puesto un vestido ajustado por encima de la rodilla y de manga sisa. El vestido es azul marino, con parte de las mangas en color negro. Tiene dos pliegues en la cintura también negros, dos franjas en los costados, desde la cintura hasta el final, y otra en medio, cruzada. Me he hecho un recogido sencillo y elegante: el flequillo a un lado de la cara, perfectamente peinado, y todo mi corto pelo recogido en la parte baja de la cabeza, un poco en el lateral con un sencillo y desenfadado moño que deja salir todas las puntas de manera graciosa. Unos pendientes negros Swarovski, tacones azules y un maquillaje sencillo.

Mientras llegamos a la mansión, observo a través del cristal de la limusina, ignorando la conversación de mis tíos, el cielo encapotado. Estando ya en Octubre, el otoño ha entrado con demasiada tranquilidad en comparación a otros años. Temo al invierno. Los inviernos en Providence siempre han sido fríos, aunque hace nueve años para mí empezaron a serlo más. Las nubes oscuras anuncian que no van a dar un respiro al sol durante varios días. Y así es, pues cuando llegamos a casa de los D' Lorian, las primeras gotas de lluvia empiezan a caer sobre el cristal de la limusina.

La casa es impresionante. De estilo antiguo y ladrillo claro. Desde fuera se pueden apreciar tres plantas y una buhardilla, pero tiene en total cinco. La casa parece un castillo, con su tejado azul, sus imponentes estructuras en forma de torres adosadas a los laterales... Por la parte trasera, la casa tiene unos ventanales el doble de grandes que los de la delantera, con escaleras en los dos lados que llevan hasta el patio en el que hay una piscina gigante. Lo dicho, es impresionante.

Por dentro, conserva parte del encanto antiguo que muestra el exterior, pero el lujo moderno solo hace que impresione más.

Cuando llego, no todos están ahí. El comedor de los D'Lorian es muy amplio, prácticamente como el mío. El lujo abunda por todas partes: los muebles, la lámpara de araña que cuelga iluminando toda la sala, los cuadros,

vitrinas... Es como estar en casa. Sé que suena egoísta y vanidoso, pero yo no sabría vivir sin todo este lujo. Los D' Lorian son los únicos que están al completo, ya que son los anfitriones.

Cesar D' Lorian está charlando con David y Alexandre O' Connor, mientras que Emily D' Lorian intercambia unas risas con Julie y Alice O' Connor. En seguida, mis tíos, los cuatro, James y Dianne (padres de Damon), y George y Grace (padres de Dylan) se unen a las conversaciones, dividiéndose en hombres y mujeres. Annie O' Connor está sentada en un sillón que hay en una esquina con Bianca D' Lorian. Tan solo faltan los jóvenes: Bruno, Serena, Dylan, Damon, Roy y... Ahí está Hugo. Lleva un traje negro, camisa blanca y no lleva corbata. Está guapísimo, como siempre. Mi mirada se encuentra con la suya. Si pensaba que iba a apartarla, la lleva clara. Le mantengo la vista, pensando en lo mucho que lo odio en estos momentos. Tras volver de Miami no le he dirigido la palabra, y él tampoco ha hecho el amago de hablarme. Llevamos un mes sin ni siquiera mirarnos fijamente. Y espero que no me dirija la palabra en toda la noche porque, si no lo ha hecho en la universidad cuando ha podido, dudo que escoja una cena en la que están todas las familias y, además, Roy. Pero claro, estoy hablando de Hugo, así que claro que es capaz.

–¡Nikki, querida! –Alice O' Connor llama mi atención, haciéndome un gesto para que me acerque a las mujeres. En cuanto lo hago, me da dos besos que yo le devuelvo encantada. Mi suegra es encantadora. Tiene una melena

rubia ondulada y unos ojos verdes preciosos. Sus rasgos son dulces, pero afilados, mostrando a una mujer con carácter. Hay veces que me recuerda a mi tía Dianne, solo que Alice es más... niña-. Estás preciosa. Con razón mi hijo se desvive por ti.

Oh, mierda. Era muy raro que hasta ahora, en alguna comida en las que hemos estado las familias juntas, no hubiese salido a la luz la verdad. Pero parece que ahora es el primer tema a abordar.

-¿Cómo? -Mi tía Dianne frunce el ceño y veo que Grace hace lo mismo. Ambas se parecen bastante. Mi tía Dianne es más soberbia, con el pelo corto y negro y ojos castaños. Mi tía Grace tiene el pelo largo, castaño, y los ojos verdosos. Dianne es más mujer, por así decirlo. Y su rostro confuso demuestra ahora mismo que no le hace gracia lo que va a oír a continuación y sabe que saldrá de la boca de Alice.

-Que entiendo qué ve Roy en Nikki. Hacen una pareja increíble. Parece que al fin ha encontrado esa alegría que le hacía falta a su amargado carácter.

-¿Roy y Nikki están saliendo? -pregunta Grace. Al parecer, son las dos únicas que no lo sabía, pues Julie asiente, dando a entender que estaba al tanto. Julie O' Connor es una mujer también guapísima. De pelo y ojos castaños, dulce y tranquila. Demasiado tranquila, diría yo.

-¿Nikki? -Dianne me mira fijamente. Sé que no le gusta Roy. Ni a ella, ni a

nadie de mi familia. Es grosero, borde y antipático. Como Bruno, aunque no tanto.

–¿Podemos hablarlo más tarde? –pregunto en el mismo momento en que Roy entra por la puerta–. Si me disculpáis...

Sonrío forzadamente y me dirijo hacia él. Ya da igual que nos vean. Roy alza una ceja cuando ve que avanzo hacia él en lugar de fingir que nos odiamos.

– Ya lo saben –Informo antes de que pregunte.

–Pues mejor, ya era hora. Estaba hasta los huevos de hacer el paripé –Se inclina para darme un casto beso en los labios. Va guapísimo. Con un traje azul marino, reconozco que Dolce & Gabbana, que se ajusta a su tonificado cuerpo, y el pelo rubio engominado hacia atrás, sus duras facciones no le hacen parecer tan... malo.

–Ya no tienes que hacerlo más.

–Vaya, vaya, Roy, me alegro de que hayas venido. Habría sido una pena que no acompañases a tu novia.

Me giro cuando oigo la voz de Hugo tras nosotros. Puedo ver a mis tíos Dianne y James intercambiar miradas y después mirarnos a Roy y a mí. Y no solo ellos, todos se vuelven para mirarnos. Aparto mi vista rápidamente y la

centro en Hugo, sabiendo que siguen contemplándonos. A Roy no parece hacerle mucha gracia el comentario de Hugo, no porque haya dicho nada malo, sino porque no le hace gracia cada vez que abre la boca, básicamente.

–Pues ya ves, aquí estoy con ella. Aunque algo me dice que no te alegra del todo verme –responde–. Una pena –Vuelve a fruncir el ceño al percatarse de que todos nos miran y habla en voz alta–. ¿Qué estáis mirando todos?

–Roy, no seas insolente –Le reprende su padre, lanzándole una mirada amenazadora.

–Tu mal carácter debería de ser castigado, sobrino. Cuida tu boca –Las palabras de David hacia su sobrino, al igual que hacia sus hijos, siempre son duras. No consiente que se le falte el respeto a los adultos, y menos a los hombres.

–En realidad –Hugo ha esperado a que terminen de reprenderle para hablar y así asegurarse de que le oyen–, me hace toda la gracia del mundo. Por ti más que nada –sonríe encantadoramente y se gira, dejándonos ahí. Roy no lo ha entendido, pero yo sí. Condenado Hugo. Hace unas semanas estaba besándome...

Ignoro a Hugo, ya que, gracias a Dios, mis primos llegan el momento oportuno. Son increíbles, demasiado perfectos. Dylan y Damon entran hablando y se nos quedan mirando a Roy y a mí mientras Hugo se aleja. Sus

expresiones me hacen saber que querrán un resumen más adelante.

–Estás guapísimo, cielo –Mis tías se han acercado para adular a sus respectivos hijos. Grace le da un beso a Dylan, cogiéndole la cara con ambas manos.

–Ya, mamá, ya lo sé –Sonríe y se limpia disimuladamente (para mí es un descarado, pero Grace no se da cuenta), el pintalabios que le ha dejado marcado.

–Te sienta como un guante el Armani, cariño –Dianne besa a Damon y le coloca bien la camisa celeste que tan exquisitamente ha elegido.

–Y tú cada día estás más guapa, mamá –La besa en la frente con ternura.

Las adulaciones hacen que Roy resople aburrido, por lo que le doy un pequeño codazo y saludo a mis primos a pesar de haberlos visto hace un rato.

–Yo os daba –Informo.

–Yo a ti también, rubia –Dylan me guiña un ojo.

–Hola, Dylan –Bianca, la prima de Hugo, se ha acercado para saludarle, dejando a Annie en el sillón observando cual maruja. Se coloca un mechón de pelo y sonríe. La expresión de mi primo me hace soltar una pequeña risa. Está claro que alguien ha malintencionado a mi primo...

–Hola, Bianca.

–Natalie, podéis ir trayendo los aperitivos, solo faltan tres invitados –Oigo a Cesar decirle a una de sus empleadas. En seguida empiezan a entrar varios camareros con aperitivos en bandejas y bebidas. ¿Tres invitados? Pensaba que solo faltaban Serena y Bruno. ¿Quién es el tercero?

–Nikki –Mi tío James me hace un gesto con la cabeza para que me acerque. Sorprendentemente, Roy me sigue. Ambos se miran durante unos segundos y, finalmente, mi tío se dirige a mí-. ¿Por qué no estaba al tanto de vuestra relación?

–No pretendía ocultarlo –Miento-. Es solo que...

–Tampoco viste necesario contárnoslo, ¿no?

–Venga, James, no seas duro con ella. Son adolescentes –Le interrumpe Alexandre dándole un golpecito en el hombro con gracia-. Déjalos disfrutar.

–La dejo disfrutar, Alex. Es solo que... –Suspira-. Sabes que te aprecio, pero tu hijo no me gusta para Nikki.

–Es una lástima no poder ser del agrado de todos –Resopla.

–A eso me refiero –Insiste mi tío.

–Roy. Ya basta. No te lo vuelvo a repetir –Mi suegro le reprende nuevamente, a pesar de que Roy se lo va a pasar por el forro.

–A tu hijo le hacen falta dos guantazos, hermano –Vuelve a intervenir

David.

–Cuanta agresividad –Añade Cesar–. Solo necesita modales.

–Y dado que mi hermano los tiene, está claro de quién es la culpa.

–David, no metas a mi mujer en esto. Alice tiene unos estupendos modales.

–Los tiene, lo sabes –Afirma Cesar. Roy y yo nos miramos como si así pudiéramos escapar de esa conversación.

–Entonces a Roy le hacen falta cuatro guantazos –David hace de nuevo alusión a su opinión. Siempre ha sido algo machista y muy duro, pero no lo había escuchado hablar así en público acerca de su familia.

–Siento los modales de mi hijo, James –Le dice Alexandre–. Pero estoy seguro de que los mejorará. Me gusta tu niña para él. Dale una oportunidad.

–De acuerdo –Mi tío inspira hondo y asiente. Mira a Roy y le señala, a la par que mi tía, que ha estado escuchando, se acerca a él–. Pero como se te ocurra hacerla llorar, humillara o partirle el corazón, te partiré yo otra cosa.

–Quedas avisado, Roy –Añade Dianne.

–Claro, señor –responde él–. Está en buenas manos.

–Ahí están tus hijos –informa Cesar.

–Mi hijo y esa repudiada –Le corrige David. No es ningún secreto que

repudió a su hija hace un par de meses. Es más, la propia Serena fue la que nos lo ha hecho saber a todos más de una vez cada vez que alguien se ha referido a David como "su padre".

– No deberías hablar así de tu hija, David –Le dice mi tía.

–Agradecería que no me dijese cómo debo dirigirme a ellos –Le sonrío falsamente.

–¿Vamos? –Tiro de Roy y él asiente. Le apetece tan poco como a mí el quedarse a escuchar cómo los adultos dicen gilipolleces, por lo que nos unimos a Dylan y Damon, ya que sé que no le desagradan del todo.

Bruno y Serena han entrado en el comedor con sus frías miradas fijas en su padre. Es Bruno el primero en apartar la mirada y alejarse de ahí, dejando a su hermana sola en la entrada, cosa que me extraña, puesto que nunca se separa de ella cuando David anda cerca. Se acerca a Hugo y se queda a su lado sin decir nada, con las manos metidas en los bolsillos de su traje. Bruno también es impresionante, y con ese traje está imponente. Hugo simplemente le da una palmada en la espalda a modo de saludo, que hace que Bruno se tense y se aparte de mala manera, pero se queda en el sitio.

–JO-DER –espeta Dylan cuando ve a Serena así vestida. Damon también le da un buen repaso, pero no es tan descarado como Dy.

Serena, ahora sola en la entrada, pasea la mirada por la sala sin fijarse en nadie en particular, y entra con decisión, pero su madre le interrumpe el paso.

–¡Serena! Cariño, estás... ¡Estás preciosa! –Julie tiene intención de darle un beso, pero Serena aparta la cara instintivamente.

–Hola –responde fríamente, haciendo que su madre frunza el ceño con dolor.

Serena está increíble. Jamás la había visto así de guapa, tan arreglada. Y está claro que no soy la única, ya que todos la miran con asombro. Acostumbrados a verla siempre con vaqueros rotos y chaquetas de cuero, verla con ese vestido Balmain de corte egipcio y un precioso estampado nos deja boquiabiertos. Es una lástima que no se vista así más a menudo, aunque siempre esté guapa.

Julie se da cuenta de que ha incomodado a su hija, por lo que tras regalarle una nueva sonrisa, vuelve a marcharse para unirse al grupo de mujeres. Cuando mi vista se cruza con la de Serena, le regalo una pequeña sonrisa.

–Espectacular –Le digo. Ella asiente, seguramente forzadamente.

–Bueno... Escuchadme –Cesar D' Lorian llama nuestra atención–. Hoy tenemos un invitado muy especial que tiene que estar al llegar. Todos lo conocéis así que espero que lo recibáis como se merece.

Me muero por saber quién es, aunque si ya lo conocemos... El timbre

suena, y Alexandre confirma lo que todos pensábamos.

–Y me parece que acaba de llegar –Todos miramos hacia la puerta–. Aquí está mi hijo.

–¿SCOTT? –grita Annie con su desagradable voz.

¿Scott? ¿Scott O' Connor? Todos nos encontramos con un impresionante rubio de ojos mezcla entre verde y gris. Madre del señor. Hace dos años, Scott también se fue de Providence, enviado por su padre a California para hacer negocios. Tarde o temprano iba a volver, lo que no me esperaba es que fuese ahora mismo. Y está claro que no soy la única. Los rasgos de Scott son muy parecidos a los de su hermano y su primo: duros, serios. Lo único que lo diferencia de Roy y Bruno es que una sonrisa burlona suele acompañar a su rostro. Está buenísimo. Dos años han hecho que se muscle más de lo que ya estaba y... Jesús, lo que pueden hacer dos simples años con las personas.

–Me cago en la puta –Bruno está también alucinado–. ¿Scotty? Menudo cabrón, ya podías haber avisado de que volv...

–¡Scott! –Cuando sus padres terminan de darle un abrazo, me lanzo hacia él, echándole los brazos al cuello para darle un gran abrazo. De los O' Connor, es el único con el que me llevo bien desde el principio. Le quería mucho y cuando se fue me dolió. Me separo y sonrío–. Mírate, estás tremendo.

–Es una lástima que mi hermano sea tu novio, rubia.

–Éramos pocos y parió la abuela –comenta Hugo.

–Hugo –dice Cesar con tono amenazante.

Yo río ante el comentario de Scott y le doy un beso en la mejilla, ignorando el de Hugo.

–Y yo que me creía que compartíais todo... –Bromeo.

–Ni se te pase por la cabeza, Scott –Amenaza Roy, acercándose–. Sé que eres capaz de pensarlo -cuando llega, le da un abrazo a su hermano, de esos masculinos en los que parece que están peleándose por ver quién da más fuerte al otro en la espalda.

–Tranquilo, hermanito, aunque lo piense no te lo contaré –Bromea. Lo cierto es que si a Scott le gusta una tía, le da igual pasar por encima de quien sea, pero sé que a mí solo me ve como una gran amiga.

–Dejadle respirar, que todos queremos saludarle –Interviene mi tía Grace. Sé que a mi familia sí que le gusta Scott.

–Joder. Ahora voy a tener competencia con las tías –Dylan también se acerca a saludar, bromeando.

–Dylan, que acaba de llegar, hijo. Solo piensas en mujeres.

–Ay, mamá, no puedo evitarlo.

–Bueno, terminad de saludar y nos sentamos en la mesa. Ahí podremos

hablar –anuncia Emily, la tía de Hugo que, como siempre, habla lo justo y necesario. Aunque a veces habla más de la cuenta y, otras, se calla más de lo que debería. La odio.

Damon le da un apretón en la mano y murmura un “bienvenido” claro y educado. Tampoco es que le caiga muy bien, aunque sí mejor que Roy.

–¿Serena? –Ambos primos se miran. Serena lleva más tiempo sin verlo que los que nos quedamos aquí en Providence. En dos pasos está frente a ella, aunque no tiene intención de abrazarla–. Joder, cómo has... crecido. Estás guapísima –Ella simplemente asiente.

–Hola, Scott.

Terminamos por sentarnos en la mesa tras saludar todos a Scott. Está claro que el tema de conversación principal va a ser él. La mesa es enorme, justa para los veinte que estamos y para que aún así sobre espacio. En los extremos, se sientan los anfitriones: Cesar y Emily, Hugo y Bianca. En uno de los lados largos de la mesa, a la derecha de Cesar, están los padres de Bruno y Serena, los de Dylan, mis primos, yo y Roy. A la derecha de Roy queda Hugo, en el extremo corto de la mesa. a la izquierda de Emily están mis tíos, los padres de Roy, Scott, Serena, Bruno y Annie, quedando Bianca, en el extremo junto a Hugo, a la izquierda de esta.

–Bueno, Scott –dice Cesar mientras empiezan a servirnos la comida–. ¿Qué

tienes que contarnos?

–Pues... –Se rasca la barbilla en un gesto pensativo–. Lo cierto es que nada interesante. Los negocios han ido muy bien, mi padre lo sabe. He aprendido muchas cosas y... El viaje a Providence ha sido largo pero inmejorable, últimamente las azafatas de vuelo resultan muy complacientes.

–Hijo, por Dios –Alice rueda los ojos y ríe.

–¡Estás guapísimo, Scott! –dice Annie. De verdad, qué desagradable que es–. Seguro que todas suspiran por ti –Sonríe tontamente.

–No me quejo –Se limita a responder.

–Bueno, Annie, lo cierto es que a nadie nos importa el éxito que tenga tu hermano con las mujeres –Hugo rueda los ojos.

–Vaya. Hugo, se ve que estás de un humor inmejorable, me alegra que te haya gustado mi visita.

–No quepo en gozo, campeón –Ironiza.

Hugo y Scott llevan años sin verse, más que el resto, y no parece que las cosas vayan a cambiar entre ellos. Siempre se llevaron mal y parece que seguirá siendo así. Si no fuera porque Bruno y Hugo parecen caerse bien entre sí, pensaría que el problema de Hugo es con los O' Connor en general.

–¿Vas a venir a la universidad? –Le pregunto. Está claro que va a ser otro

rompecorazones.

–Claro, ya me he matriculado en Br...

–¿Por qué mejor no hablamos del tema estrella del día? –Le interrumpe Hugo. Parece molesto, además de que odia no ser el centro de atención–. Ya que por fin habéis hecho oficial lo vuestro –Nos mira a Roy y a mí–. Parecéis muy enamorados –Sonríe encantadoramente, con esa maldita sonrisa que le forma dos hoyuelos en los lados, y le da un trago a la copa de vino.

Alzo una ceja centrando mi mirada en él. ¿Ahora le interesa nuestra vida?

–No sabía que Roy y yo te interesáramos tanto como para que lo convirtieses en el tema estrella del día –sonríe dulcemente, como solo yo sé hacerlo–. ¿Qué quieres saber, Hugo?

–No tenemos por qué decirte nada –Interviene Roy, notablemente molesto–. Ni a ti ni a nadie. A quien no le guste nuestra relación que se aguante.

–Roy –Advierte su padre.

–A mi no me gusta vuestra relación –Mi tío James clava sus ojos azules en Roy–. Y no voy a aguantarme. Simplemente voy a tolerarla si es lo que Nikki quiere.

–De acuerdo.

–No me interesa –Vuelve a decir Hugo, retomando la conversación–. Es

simple curiosidad. Se ve que os queréis muchísimo –Me devuelve la misma sonrisa cargada de ironía, y sé lo que está pensando.

–Joder, un momento –Interviene Dylan y me mira, asintiendo–. Tengo que preguntar una cosa súper importante.

Acaba de salvarme el culo. Bueno, a mí y a Hugo, ya que si hubiese seguido hablando sé que habría soltado todo lo que pasó. Y Dylan se ha dado cuenta, ya que lo sabe todo. Recordar los labios de Hugo sobre los míos, sus manos sobre mi cuerpo... me produce un escalofrío. Damon también lo sabe, pues se lo conté a ambos cuando volvimos de Miami. Dylan ya lo sabía a pesar de que yo no hubiese dicho nada todavía, pero Damon también tenía que saberlo. ¿Sus consejos? El de Dylan: que me lo tire. El de Damon, evidentemente más maduro: Que siga a mi corazón, pero que no juegue a dos bandas. Como si quisiera hacerlo... Solo quiero que mi corazón se calme para saber qué quiero realmente.

–Qué remedio –masculla Roy.

–No, si la pregunta es para Hugo. O bueno, para cualquiera de su familia – Se encoge de hombros–. ¿Dónde está el baño en esta casa? Es que me meo una barbaridad.

Me es imposible aguantar una carcajada. Sorprendentemente, Bruno también ríe. Está claro que él sabe más de lo que parece.

Las miradas se centran en Dylan y no precisamente para decirle dónde está el baño, a pesar de que él ya se ha puesto de pie, esperando una respuesta. Todo saben que conoce perfectamente dónde está, pues ha estado aquí más veces de las que se puede contar, y ha usado el cuarto de baño también incontables veces.

–Bueno, ¿alguien me responde, o no?

Hugo

–Sigue todo el pasillo de frente y la quinta puerta a la izquierda – Finalmente es mi prima Bianca la que responde. Parece estar encantada de poder decirle algo a Dylan, puesto que se le nota a diez mil kilómetros que le gusta y no se da cuenta de que el solo la quiere para meterle la polla pero, en fin, allá ella.

–Gracias, Bianca, que Dios te lo pague con un buen novio –Le dice Dylan mientras sale del salón. Reconozco que el gilipollas tiene gracia y tengo que contener la risa al ver la cara que pone mi prima. Se ha quedado totalmente chafada.

–Disculpadlo, tiene unas cosas este hijo mío... –Intenta excusarlo su madre.

–Ya desde pequeño apuntaba maneras –Señala su tía Dianne.

Genial. Ahora lo más probable es que se pongan a contar mil historias sobre cuando todos éramos pequeños. Y, precisamente ahora, es lo último que me apetece recordar.

–Dylan siempre fue un niño muy inquieto –Apunta George, su padre.

–Recuerdo el día en que Nikki los encerró en el armario a él y a Damon – ¿Qué decía? Cómo odio no equivocarme nunca–. Se pasaron horas en el armario hasta que los encontramos.

Yo también recuerdo ese día, más que nada porque yo fui el principal ejecutor de esa trastada. Yo le dije a Nikki que lo hiciera, que sería divertido. Y, por supuesto, lo hizo. Miro a Nikki por encima de la copa, mientras doy un largo trago. No necesito verme para saber que en este momento mi expresión es de nostalgia. Nostalgia que, en realidad, no pretendía mostrar, pero que está ahí y es inevitable. A este paso me emborracho.

Ella me mira justo a la vez que yo lo hago y sé por su expresión que está pensando lo mismo que yo.

–Dylan hasta lloró –Añade Nikki con una sonrisa.

–Será nenaza –dice Bruno mientras niega. Sé que Dylan no le cae mal, así que no es un insulto. Al menos no en parte.

–¿Que decís de mí? –pregunta Dylan al tiempo que llega y se sienta de

nuevo en su lugar.

–Bruno dice que eres una nenaza porque lloraste cuando Nikki te encerró en el armario –Le contesto yo.

–Eso es mentira –niega tajantemente, aunque yo sé que es verdad, ya que yo estaba escondido debajo de la mesa con Nikki cuando lo sacaron del armario.

–Bueno, lo cierto es que todos sabemos que mi sobrina estaba muy mal influenciada cuando era pequeña –Alza una ceja y me mira a mi directamente, aunque lo dice con gracia.

–Tienes toda la razón James, Bruno era una pésima influencia para ella –Le contesto con la mejor de mis sonrisas y miro de reojo a Nikki.

Sonrío de medio lado al ver como no puede evitar soltar una pequeña risa, a pesar de estar cabreada conmigo, aunque lo intenta ocultar metiéndose un trozo de carne en la boca. Esa boca...

Roy bufa, obviamente no le hace gracia. Que se joda.

–Desde luego –Asiente Bruno y se encoge de hombros–. Hugo era la mejor influencia para ella. Irse supuso que se volviera mala. Por cierto... ¿por qué te fuiste? Todavía tenemos esa pregunta –Ahí, a pillar. Jodido Bruno. Me tenso en cuanto escucho la pregunta, aprieto el tenedor y miro fijamente el plato.

–Eso no es asunto tuyo, Bruno –Le reprende su padre.

–Pero sí mío... –Joder, Nikki.

Lo cierto es que yo tampoco tengo muy claro el motivo por el que me fui, aunque lo intuía. Cuando cumplí nueve años, me contaron la historia de mi madre, lo que supuestamente pasó con ella, y yo empecé a hacer preguntas, demasiadas preguntas para su gusto. Creo que es más que evidente por qué decidieron alejarme de aquí, lo tengo claro después de la última visita que le hice a mi madre.

–Bueno, consideramos que la educación de Hugo sería mucho mejor en un colegio militar que aquí. Siempre fue un niño muy rebelde y necesitaba disciplina –Una mierda. Me encanta su papel de tío responsable.

–Podría haberme respondido él perfectamente –Eso, Bruno, tú sigues calentando el ambiente.

–Bruno –Inquiérese su padre en tono amenazante.

–¿Qué? –Le contesta desafiante. Por lo que se ve hoy todos tenemos ganas de fiesta.

De reojo veo que Nikki ha bajado la vista hacia su plato, igual que he hecho yo. Seguramente estamos pensando lo mismo. No se cree nada, y con razón. Pero entonces, alza la vista de nuevo y la clava en mi tío Cesar para hablar.

–¿Por qué no le dijiste que intenté mandarle cartas y jamás quisiste coger una sola para mandársela?

–Nikki –Escucho el golpe que da Roy en la mesa con el puño–. Eso no incumbe ahora.

–Lo hace –dice ella sin apartar la vista de mi tío.

–Nikki, cielo... –Empieza a decir Dianne.

–Deja que se defienda sola, Dianne –Apunta James tajantemente.

Yo me limito a agarrar con más fuerza el tenedor, conteniéndome. No le he contestado a Bruno simplemente porque si le contesto con la verdad, con lo que realmente pienso, tendría que implicar a mi madre. Solo espero que no la mencionen a ella porque entonces se van a ir todos a tomar por culo.

–Nikki, sinceramente no creo que eso sea un tema par...

–No es un secreto que mi sobrino estaba muy unido a ti cuando era un crío, Nikki –interviene mi tía–. Si le hubiésemos dado tus cartas –Las cuales pienso pedirle tarde o temprano–, nunca se habría adaptado a su nueva vida porque tan solo estaría pensando en volver –Como siempre, sabe perfectamente lo que tiene que decir en el momento apropiado. Como si lo tuviera todo calculado. Nunca me gustó, nunca.

–Mentirosos –dice Nikki, pero ambos sabemos que no se refiere solamente

a lo que ha dicho.

–Rubia... –Dylan niega, advirtiéndola de que no siga hablando, pero Nikki no parece tener intención de callarse precisamente.

–No sé cómo Hugo ha sido capaz de volver aquí –dice mirando a mi tía Emily. Y no se me pasa por alto la mirada de Cesar hacia ella–. Con unos tíos como vosotros, preferiría morir en el servicio militar.

Tiene razón. Yo también lo hubiese preferido, de no ser porque aquí tengo a mi madre. Y... bueno, a Nikki también.

–Niñata insolente y... –Empieza a decir mi tío tras golpear la mesa, furioso.

–Nikki, se acabó. Compórtate –Le regaña James.

Ella asiente.

–Al menos yo si tengo educación –dice y sigue comiendo ante la atenta mirada de todos, y yo hago lo mismo.

–Bueeeeno. Pues parece que el reunirse todos para comer tras tantísimo tiempo ha resultado lo mejor, desde luego –Ironiza Bruno y yo estoy de acuerdo con él.

–Hugo, Hugo –La irritante voz de Annie me obliga a levantar la vista del plato–. ¿Y dónde están tus padres? –Esta niña es gilipollas, todos lo saben.

–Su padre murió cuando él era un niño –dice mi tío Cesar en un tono desenfadado, sin darle demasiada importancia.

–¿Y su madre? –Insiste Annie. Alguien debería ponerle un esparadrapo en la boca y no dejarla hablar nunca.

–Annie, basta. Eso no es asunto tuyo.

–Su madre está enferma, y está siendo tratada –Genial.

Doy un fuerte golpe en la mesa y me levanto apartando la silla de una patada. Se acabó. Ya no soporto más tantas mentiras, mi madre no está enferma, y odio escucharlo de la boca de la arpía de mi tía.

–Que os den por culo. A todos.

–HUGO D’LORIAN –Mi tío se pone en pie dando un fuerte golpe en la mesa–. Siéntate. Ahora.

–Lo dicho, esta cena es lo mejor que hemos podido hacer en mucho tiempo.

–Cariño... –Le dice Julie a Bruno.

–Bruno. No te lo repito más. Cállate la boca –David mira a su hijo amenazadoramente pero Bruno se encoge de hombros. Cómo se parecen él y Serena.

–Que susceptibles estáis todos hoy... –Suspira Dylan.

–No te metas tú también, anda, hijo –Inquiere George.

–Me importa una mierda la madre de Hugo –dice Roy. Le habría dado un puñetazo de no ser porque prefiero que a todos les importe una mierda mi madre, al menos de momento–. El tema de hoy era mi hermano.

–Por mí pueden seguir, esto está mucho más interesante –dice Scott, al que parece estar divirtiéndole mucho todo esto. Menudo gilipollas.

Yo sigo mirando desafiante a mi tío, hasta que inevitablemente desvió la mirada hacia Nikki. Me mira suplicante, pidiéndome que me siente. Pero es que no me apetece seguir en toda esta pantomima absurda, no pienso tolerar ni un solo comentario más sobre mi madre.

–Hugo... –Mi tío me sigue mirando amenazadoramente.

Lo miro, miro a Nikki nuevamente, y me siento mirando el plato de nuevo.

–Bravo –Escucho decir a Serena de repente. Ya me extrañaba no haberla escuchado en toda la comida y, por el tono de su voz, sé que va a explotar en este momento–. Realmente he hecho bien en venir a esta ridícula cena, me encanta ver la falsedad de la que está plagada el mundo. Lo realmente curioso es ver cómo puede concentrarse tanta en una sola habitación. Porque clar...

–Para –susurra Bruno dándole un codazo a su hermana, aunque no le vaya a hacer caso.

–Serena –dice su padre en tono amenazante, pero como esperaba, se lo pasa por el forro igual que ha hecho con Bruno y continúa.

–Porque claro, es obvio que entre Nikki y Hugo no pasa nada, y que mi primo y ella se quieren muchísimo. ¿A que sí? –Ironiza–. También es evidente que los tíos de Hugo no le ocultan nada, ¿verdad? Y lo mejor de todo, es que resulta más que claro que todos nos llevamos de maravilla –Suelta una risa irónica–. Venga, no me jodas, que estamos aquí como putos subnormales cenando cuando todos sabemos que ni la mitad de nosotros nos tragamos los unos a los otros. Que viva la falsedad.

Maldita Serena. Sin duda esta tía tiene huevos. Sé que yo a ella no le caigo bien, ya que no se molesta en ocultarlo, pero ella a mí sí. Y la verdad, es que aunque Serena es una tía preciosa, sin duda lo que más me atrae de ella es la personalidad que tiene.

–TOMA YA –exclama Dylan de repente y aplaude a Serena, hasta que su primo Damon tira de su chaqueta obligándolo a sentarse de nuevo–. Perdón

No se me pasa por alto las miradas que se dedican Roy y Nikki después de escuchar a Serena, pero ninguno dice nada.

–¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza? Los problemas que tengáis entre vosotros, niños, no es problema de los adultos. Si no os soportáis, mataos si queréis, pero no echéis a perder una cena por vuestros dramas –dice su padre

con tono indiferente. David no me gusta. Cuando mira a sus hijos no lo hace con el cariño propio de un padre y eso que yo nunca he tenido uno.

Serena

“Esa duda.

Ese momento que me recuerda que sigo siendo humana”.

Alzo una ceja.

–¿Perdona? ¿Precisamente hablas tú de tener poca vergüenza? No me hagas hablar, que ya has visto que no tengo ningún problema –digo en tono amenazante, y estoy segura que el comentario tan solo lo entenderemos Bruno, él y yo–. La cena no la ha echado a perder nadie, esta cena estaba condenada al fracaso desde el principio y, sinceramente, yo sí que me he cansado de esta mierda –Me levanto.

–Serena –Vuelve a murmurar mi hermano.

–Siéntate, niña, y deja de faltar el respeto. No me hagas hablar tú a mí si no quieres que te avergüence en público. Tengo una conversación pendiente contigo, y creo que la preferirás en privado.

Frunzo el ceño, igual que lo hace mi hermano al escucharlo. No tengo ni puta idea de a qué se está refiriendo.

–¿Qué coño dices? Yo no tengo nada que hablar contigo.

–Siéntate –Ordena con voz amenazante, ante la mirada de todos–. ¿Estás segura de que quieres que lo diga en voz alta?

No me siento, pero tampoco me voy. No tengo ni idea de a qué se refiere. Se me viene a la mente todo el asunto de los robos. ¿Se lo habrá contado Bruno? No, claro que no. No sería capaz de hacerme eso por muy cabreado que este conmigo. Pero... no entiendo qué otra cosa puede ser. Por otra parte prefiero cualquier cosa antes que tener que verme a solas con él. Me siento y me encojo de hombros.

–Di lo que te salga de los huevos, probablemente sea mentira, como gran parte de lo que te sale por la boca.

Mi padre sonrío triunfal, ignorando la mirada de odio que le dedica mi hermano. Yo me preparo para lo que vaya a decir, ya que viniendo de mi padre, puede ser cualquier cosa.

–¿Por qué no nos cuentas ese episodio de Miami en el que casi te violan tres tíos, Serena?

–¿Qué? –Mi hermano se vuelve hacia mí como un resorte–. Es una broma, ¿no?

No. No. No. No ha dicho eso. No ha podido decir eso. Noto todas las

miradas puestas en mí, pero me da igual. Yo solo veo a mi padre. ¿Cómo se ha enterado de eso? Es imposible joder. Estaba sola. Lo único que se me ocurre es que finalmente Marco decidiera contárselo pero... no. Eso no puede ser. Me dijo que no lo haría. Aunque lo cierto es que las palabras de los tíos no suelen valer una puta mierda, así que no me extrañaría nada. Ignoro a mi hermano. Lo noto con la vista fija en mí y por el rabillo del ojo lo veo tensarse al ver que no contesto.

–¿Cómo... cómo cojones sabes eso?

–Por eso tenías sangre en el cuello la noche que llegamos... –Bien Hugo, muy oportuno. Un aplauso para ti.

Bruno aprieta los puños y da un golpe en la mesa con fuerza, haciendo que la copa se derrame. Genial. No me altero a pesar de que está furioso, era la reacción que esperaba de él.

–¡¿CASI TE VIOLAN Y NO SE TE OCURRE CONTÁRMELO?! –grita, interrumpiendo a mi padre que iba a decir algo.

–¿Eso es cierto...? –Grace me mira preocupada, tiene guasa que se preocupe más alguien que ni siquiera es de mi familia.

–Lo es. Tengo contactos que me informan, aunque Bruno y a Serena lo desprecien –Sonríe triunfante–. ¿No se lo contaste a tu hermano? Y yo que

pensaba que estabais muy unidos... Venga, cuéntale como te quedaste inconsciente y casi te fuerzan.

Menudo cabronazo. Lo odio. Lo odio con toda mi alma.

–Serena, me cago en la puta. ¿Qué cojones está diciendo? ¿Y cómo lo evitaste? –pregunta Bruno, igual de alterado.

–Marco le salvó el pellejo –contesta mi padre.

Bruno mira a mi padre. Sé lo que acaba de pensar cuando ha escuchado el nombre de Marco.

–¡¿Y A ESE DESGRACIADO NO SE LE OCURRE CONTÁRMELO?! – chilla Bruno aún más alto.

–Dios mío, hija... David, ¿cómo no me habías contado nada? Mi niña... – Genial. Mi madre se pone a llorar. A buenas horas...

–No llores Julie, tranquila... –La intenta consolar mi tía Alice.

Debí suponer que el hijo de puta del guardaespaldas nos siguió, a pesar de que le dejamos bien claro que no lo hiciera. Como yo lo pille... me cago en la puta, no sabe en el lío que me ha metido. Tuve la suerte de que me siguiera a mí y no a mi hermano. De puta madre, joder. Levanto la vista y miro a mi hermano fijamente.

–Tú estabas borracho y, además, no fue para tanto, no pasó nada. Deja de

gritar, Bruno –Me mira con dolor en cuanto menciono el hecho de que estaba borracho, y me arrepiento al instante de haberlo hecho.

–Y aún hay más. También casi te ahogas, ¿no? –dice mi padre, y noto cómo la sangre se me congela en la venas. Eso sí que no...

–¿Pero qué cojones?! ¿Qué estás hablando ahora? –Exclama Bruno histérico, haciendo aspavientos a mi lado.

–Cuéntale, Serena, cuéntale.

Maldito hijo de puta. Esa noche...

“Última noche. No ha estado tan mal como yo pensaba. Estaba convencida de que la convivencia sería imposible y que, tarde o temprano, me acabaría matando con alguien, pero milagrosamente no ha sido así. Aunque lo cierto es que he tenido numerosos encontronazos con muchos de mis compañeros, no han sido nada grave. Yo pensaba que tras la noche movidita del primer día, todo iría a peor, pero después de eso, las cosas han estado bastante calmadas en general, básicamente por el hecho de que Bruno no se enteró de nada, sino todo habría sido diferente. Mucho mejor así. Además, él ya ha tenido su propia pelea diaria, ya que no ha parado de discutir con Mia día sí, día también, son insoportables, y estar con ellos en la suite ha sido insufrible. De hecho he estado a punto de cambiarme varias veces de habitación a lo largo de toda la semana, pero la verdad es que el

hecho de haber tenido a Bruno tan cerca me ha ayudado bastante. Estar con él me mantiene más tranquila de alguna forma.

Sin duda lo que voy a echar de menos de este sitio es la playa. Es realmente impresionante ver cómo se refleja la luna llena en esa agua tan clara. Además, desde siempre el sonido del mar me ha relajado. A cualquier otra persona quizás le acojonaría estar a estas horas en la playa, pero a mí no. El lujo de Miami es que todo está lleno de farolas y focos que hacen que se vea con claridad. El mar está oscuro, cierto, pero aun así se ve bastante bien.

Mientras voy caminando por la arena, dejo que el agua llegue hasta mis pies descalzos. Entonces, se me ocurre algo. Me paro en seco para observar a mí alrededor. No parece que haya nadie, y mucho menos a estas horas, ya que mis paseos nocturnos de las tres de la mañana no creo que sean comunes en el resto de mis compañeros.

Me quito el vestido azul que llevo atado al cuello y lo dejo caer al suelo. Todavía no me he quitado el bikini que tan poco me gusta, aunque sea negro. Es demasiado provocativo. Aunque Bruno insistiera en lo mucho que le gusta al regalármelo. Me recojo el pelo con una goma que siempre llevo en la muñeca y comienzo a andar hacia el mar, adentrándome en el con cuidado, dejando que las olas golpeen mi cuerpo como tanto me gusta.

Me relajo nadando en el mar. El agua no está caliente y lo prefiero. Me gustan las cosas frías, de hecho siempre me ducho con agua fría. Hundo la cabeza varias veces y dejo que las olas me lleven a su ritmo. Es entonces cuando me doy cuenta que me he alejado demasiado de la costa, estaba tan relajada que ni siquiera me he dado cuenta que había llegado hasta aquí.

Me dispongo a nadar de nuevo hacia la costa cuando el viento empieza a soplar y una ola me golpea con fuerza en la espalda, hundiéndome. Saco la cabeza del agua y toso el agua salada, sin embargo el mar no me da tregua, el viento sopla con fuerza y las olas me vienen por todas partes, sin darme opción a nadar. Lo intento con todas mis fuerzas en dirección a la costa, pero es inútil, estoy nadando contracorriente y el mar tiene más fuerza que yo. Es entonces cuando grito por pura desesperación, aunque sé que nadie me va a oír a estas horas. El mar me va tragando poco a poco, y puedo notar como el agua me llega a los pulmones. Voy a morir ahogada, irremediabilmente.

Lo siento Bruno, quería un mejor final para mí, para nosotros.

Nos lo merecíamos.

No puedo respirar. Noto cómo el agua encharca mis pulmones que empiezan a arder. Me duele. Me duele mucho. Ni siquiera tengo aire para gritar ya que el mar me ha engullido por completo. Me estoy muriendo. Lo

noto. Poco a poco el cuerpo deja de responder a mis intentos de salir de ahí, simplemente ya no tengo fuerzas. Es entonces cuando noto que algo tira de mí con fuerza, aunque ya es una sensación lejana y distante. Probablemente sea el mar que me arrastra sin remedio. Por primera y última vez en mi vida, he perdido la batalla, y es precisamente en este momento cuando todo se vuelve negro.

Noto mi cuerpo. Al menos eso creo. Diría que estoy tumbada, y que noto la arena bajo mi cuerpo, pero no estoy segura. Quizá ya esté muerta y esto sea el putito infierno, ya que estoy segura que en el cielo no hay sitio para mí. ¿Pero qué cojones digo? Si nada de eso existe. Estoy delirando. Pero entonces no entiendo cómo noto este dolor en el pecho, en mis pulmones. Se supone que cuando estas muerta todo el dolor acaba ¿no? Noto una sensación extraña en el cuerpo, unos labios, un cosquilleo electrificante. ¿Qué coño está pasando?

De repente siento cómo el aire empieza a entrar de nuevo en mis pulmones, lo que hace que todo el agua que tengo dentro salga. Y abro los ojos. Me incorporo de golpe tosiendo, tosiendo hasta que me arde el pecho, y solo cuando he conseguido calmarme, noto una presencia a mi lado. Levanto la vista lentamente, con precaución, ya que quien sea esta peligrosamente cerca de mí. Entonces... Lo veo.

Es Marco.

Clavo mi mirada en la suya, respirando entrecortadamente. Acaba de salvarme la vida, otra vez...”

Solo espero que el gilipollas del guardaespaldas no se quedase hasta el final.

No sé cuánto rato llevo callada, ni si me siguen mirando o no. Lo cierto es que ya no me importa. No quería recordar esa jodida noche, me siento gilipollas. He tratado de no pensar en ello todos los putos días desde que volvimos, pero no puedo evitarlo. Por un jodido momento, me sentí vulnerable. Con un hombre. Y lo peor es que me sigo sintiendo del mismo modo cada vez que recuerdo lo que pasó. Y yo, Serena O’ Connor, me he puesto este ridículo vestido solo por el hecho de pensar que ese hombre estaría en esta asquerosa cena, y ni siquiera sé por qué, ni para demostrar qué. Definitivamente me he vuelto loca. Me levanto nuevamente de la mesa y miro directamente a mi padre.

–Yo no tengo que contar nada, cuéntalo tú, que se te ve en tu salsa. Solo así demuestras la mierda que eres contando con orgullo como casi se muere tu hija, solo por el simple hecho de dártelas de todopoderoso –Me giro y salgo de ese condenado salón dando un fuerte portazo, notando las miradas de todos en mi espalda.

Bruno

Serena se va, y con motivos. No da tiempo a nadie para replicar, pues todos estamos demasiado en shock como para intentar detenerla y tampoco es que nadie quiera plantarle cara. Cuando sale, lo único que hago es mirar a mi padre.

–¿Por qué cojones no me lo habías dicho a mí? -le pregunto con rabia–. ¿Tenías que hacerlo delante de todos y avergonzarla?

–Yo se lo he advertido, Bruno –responde y se encoge de hombros. Clava sus ojos azules en los míos, invitándome a retarle. Hoy no voy a acobardarme, hoy no, papá. Me da igual el castigo que venga luego.

–Estabas deseando ver cómo nos avergonzabas hoy a uno de los dos. No podías aguantar las ganas, ¿verdad? Eres asqueroso –Ahora soy yo el que se pone en pie ante la mirada atenta de todos. A ver quién tiene cojones de decirme que me siente.

–Siéntate, Bruno –Él, solo él–. Ahora mismo –Y una mierda.

No lo hago, no me siento. Me voy de ahí con la misma rabia que Serena, dándole una patada a mi silla, que cae al suelo haciendo bastante ruido. El portazo de la puerta de entrada también resuena por la casa. Me subo en mi

Ferrari y arranco, dirigiéndome a un lugar en concreto. No tengo ni puta idea de adónde ha ido mi hermana, pero me da igual. Estoy furioso con ella y con Marco. ¿Cómo han sido capaces de ocultarme algo así? Marco lo entiendo, pues mi hermana lo habrá acojonado para que no hable, pero, ¿ella? Pensaba que confiaba en mí, pero ya veo que no. Aparco y entro en el Desire's Club, dirigiéndome directamente a la barra.

–Absenta –Pido. La camarera me mira con los ojos como platos y va a replicar probablemente tanto por la bebida como por mi edad, aunque aparente más de los que tengo. Pero sabe quién soy–. Absenta, he dicho.

–Señor, no me permiten...

Una mirada, y tengo a la camarera sirviéndome.

Roy y Damon están en la cena, así que no podrán impedirme que me beba lo más fuerte que tengan. Así es como se pilla una buena borrachera rápidamente.

Capítulo 19

Corazón de hielo

*“Si yo tuviera un corazón,
escribiría mi odio sobre el hielo,*

y esperaría a que saliera el sol”.

(Gabriel García Márquez)

Bruno

*“En el cielo hay ángeles
y en el infierno viven los demonios pero,
de todos ellos,
ninguno con ojos como los tuyos”.*

(Desconocido)

Me bebo el primer chupito de absenta de un trago, como tiene que ser, y lo mismo hago con los tres siguientes. Lo próximo que me pido mientras que la gente se prepara para ver el espectáculo es whisky a palo seco.

–¿Por qué no disfruta del espectáculo, señor? –Me pregunta la camarera mientras me sirve el vaso.

–Eso voy a hacer –respondo en cuanto veo a las chicas salir al escenario. Van con gabardinas, pero no dudo que debajo de ellas vayan muy ligeras de ropa. Hay una de ellas que se me queda mirando fijamente mientras sus compañeras salen. Es normal.

El club está ahora mismo a oscuras por la parte del escenario y los asientos, así que no se me ve muy bien, pues la luz está concentrada en las chicas. Todas van iguales: con peluca, máscara y gabardina. Camino con mi

vaso en la mano hacia uno de los sillones libres que hay, casi de los primeros en el escenario, y me recuesto para deleitarme.

La chica que me miraba deja de hacerlo, y sale al escenario más tarde de las demás, cuando ya están colocadas, para situarse en el medio. Todas están de espaldas al público ahora. Las luces que las iluminaban se apagan y un foco de luz blanca alumbra solo a la del medio. Empieza a sonar la canción Express de Christina Aguilera. La chica se gira, empezando a cantar con una increíble voz. Baila a la vez con unos movimientos perfectamente coordinados, lentos, precisos y notablemente trabajados. Me suena de algo, pero no le doy importancia. Solo sé que esa chica está clavando el número y deja a las demás, que tan solo bailan, por los suelos. Ella se lleva la corona. Por un momento la música se detiene, dando margen a todas de desabrocharse la gabardina. El público, excepto yo, grita y silba. Quiero verle la cara. Su baile, la voz y la canción están escogidos para provocar, justamente lo que la gente que frecuenta el Desire's quiere. Y lo está consiguiendo. No la he visto y me pone. Clava su vista en mí, y frunzo el ceño. ¿La conozco? A pesar de estar cerca del escenario, creo que el alcohol ya ha hecho algo de efecto en mí, pues soy incapaz de saber si conozco a esa chica o no. Teniendo en cuenta que lleva peluca, máscara y no se queda quieta, tampoco es una tarea muy fácil. Pero me suena, me suena muchísimo y no sé por qué.

Con ayuda de dos hombres que le tienden la mano, la cantante baja del

escenario de forma ágil y sensual. Les baila a ambos seductoramente pero guardando la distancia. Sorprendentemente, no alargan las manos para tocarla, solo babea por ella, relamiéndose.

Sigo todos sus pasos mientras bebo. ¿Qué cojones tendrá esa tía que tanto me llama la atención y me gusta...? Pasa por mi lado, sin mirarme, y eso me molesta. Quiero que me mire, que se acerque a mí y me baile, que contonee su cuerpo clavando sus ojos en los míos, y quiero llevármela luego al camerino para empotrarla contra la pared. Puto alcohol, hace que se me vaya la cabeza más de lo normal.

Tras bailarle a otros cuantos hombres, finalmente se acerca a mí. Se coloca en frente, pero en un principio no me mira. Simplemente contonea su cuerpo de forma lenta y sensual, acercándose más a mí que al resto de hombres. Era de esperar que yo fuera un punto débil para ella, o cualquier mujer. Incluso me dedica más tiempo, prácticamente lo que queda de número. Apoya ambas manos sobre el sillón y es entonces cuando por fin me mira, directamente. La reconozco al instante. Ni el alcohol, ni una peluca, ni una máscara harían que no la reconociese por esos ojos verdes que solo ella tiene. Será desgraciada. La muy puta... Joder.

Sin perder el hilo de la canción, me canta muy cerca de mi boca. En la última nota de la canción, se acerca a mi cuello y me besa suavemente. Es apenas un roce, pero... es suficiente...

–Mia –susurro cuando me da el beso en el cuello.

Todos aplauden cuando terminan, excepto yo. No pienso aplaudirle. Simplemente la miro y, a pesar de la cercanía, me controlo. Me controlo por no hacerla mía aquí mismo, delante de todos. Doy un nuevo trago a mi vaso sin apartar la vista de ella, y lo dejo de nuevo sobre la mesita. No sé qué decir. No tengo nada que decir. Además, si abro la boca sé que voy a decirle algo que no quiere escuchar, puesto que soy incapaz de decir cosas buenas, así que... Lo mejor es quedarme callado, sin apartar mi vista de ella.

La veo tragar saliva, y sé que está nerviosa. Finalmente consigue apartarse de mí, se da la vuelta y se aleja. Sube de nuevo al escenario, hace una reverencia y le regala a los presentes una espléndida sonrisa. Antes de que las luces se apaguen y ella desaparezca detrás del escenario, me mira nuevamente.

Me bebo lo que me queda en el vaso de un trago, y hago a la camarera traerme varios chupitos más de absenta y otro vaso de whisky. En menos de diez minutos me he bebido todo. Mi cuerpo se resiente, pues la cantidad de alcohol que llevo en él es bastante grande. Pero, por desgracia, estoy acostumbrado a beber tanto. El alcohol debilita a algunos y activa a otros. Yo soy de los segundos. No puedo sacarme de la cabeza a Mia bailando y cantando, la manera en la que me ha provocado para luego revelarme que era ella. Dudo que fuese su intención pues, conociéndome, probablemente lo último que ella querría es que yo lo supiera. Pero si pensaba que no iba a

reconocerla... Joder, menudo cabreo. Me cago en la puta. ¿Qué cojones pretendía bailándome y con ese beso? Ahora mismo voy a averiguarlo. Me encamino hacia la puerta en la que pone "privado", en un rincón de la sala y, sin pensármelo, abro. Ya podía al menos estar cerrada para ponerme las cosas más difíciles y tener que echarla abajo... Esto ha sido demasiado fácil. Me encamino por el pasillo en dirección a los camerinos, pues sé perfectamente donde están, ignorando las otras salas.

–Eh, aquí no puede entrar, señor, es pr... –Me dice un técnico.

–Cállate, gilipollas. Soy Bruno O' Connor –En seguida se calla, y yo sigo avanzando.

El cabreo por culpa de Mia y por mi hermana se han fusionado. Lo único que quiero es pegarle a algo, destrozar cosas y dar voces. Así que la mejor opción es tener una buena pelea con Mia, como las que tenemos a diario en la universidad, como la que tuvimos en Miami... Nuestros gritos diarios terminan por hacer que ambos nos desahogemos, pues sé que ella también lo hace. Es nuestra manera de liberar la ira. Y yo voy a hacerlo ahora mismo.

–¡Eh! ¡Bruno! ¿Se puede saber qué coño haces?

Oigo la voz de Roy, pero lo ignoro. La calidad del Desire's es inigualable, pues hasta estos pasillos y los camerinos están llenos de lujo. Todas las estrellas de las puertas de los camerinos son rosas. Además, casi todas están

abiertas, por lo que las chicas me miran sorprendidas. Solo hay una estrella que es dorada y la puerta está cerrada. Y sé que ahí está ella. Giro el pomo para entrar, pero está cerrada, así que doy un golpe con el puño.

–¡ABRE LA PUTA PUERTA, ZANAHORIA!

Roy me empuja hacia atrás, apartándome de la puerta.

–Bruno –dice en tono amenazante, aunque estoy demasiado borracho para hacerle caso–, te lo repito, ¿qué coño haces aquí y montando este escándalo?

–Dile a esa zorra pelirroja que salga ahora mismo o juro que tiro la puerta abajo, Roy.

–¿De qué pelirroja hablas? Aquí no trabaja ninguna pelirroja, Bruno. No puedes estar aquí, así que sal fuera donde está todo el mundo o lárgate.

–No me toques los cojones, Roy –Gruño y me lanzo contra la puerta, empujando–. ¡Me cago en la puta, dile que salga ahora mismo!

–BRUNO –chilla–. No me toques los cojones tú a mí. O te largas, o mando que te echen por la fuerza. Este sitio es mío, y no voy a permitir que vengas aquí a montar un numerito de borracho, por muy primo mío que seas.

Señalo a Roy, notando las venas de mi cuerpo marcadas, pero acabo quitando el dedo y pasándome la mano por el pelo.

–Que os den por culo a todos. Doy un nuevo golpe a la puerta con el puño,

y me encamino por el pasillo hasta el final para irme.

Solo quería desahogarme.

Solo quería respuestas.

Putas respuestas.

Mia

“¿Qué es un hogar sin madre?”.

(Alice Hawthorne)

Doy vueltas por el camerino. Bendito Roy. Menos mal que ha aparecido porque si no estoy segura de que habría echado la puerta abajo. Pego la oreja a la puerta y, cuando escucho los pasos de Bruno alejarse, quito el pestillo, ya que estoy segura que Roy venía a verme a mí, y querrá una explicación de esto.

Estúpida. Estúpida. Estúpida. ¿En qué momento se me ocurrió hacer semejante gilipollez?

En cuanto abro la puerta, Roy me mira y entra, suelta un largo suspiro pero no dice nada. Simplemente se apoya en el tocador y me mira, esperando a que hable yo primero, como era de esperar.

–Gracias –digo simplemente mientras me siento en la silla que hay al lado del tocador. Aún no me he cambiado, estaba a punto de hacerlo cuando Bruno

ha llegado como un loco—. No pensaba verlo aquí, me dijiste que teníais una cena familiar —Suspiro—. De todas formas ha sido mi culpa, me he acercado demasiado.

—Sí, bueno, la cena ha sido un completo desastre, tal y como esperaba. Ha habido... problemas, así que Serena y Bruno fueron los primeros en irse —Cómo no, los hermanitos O'Connor dando la nota, menuda novedad—. Sabía que él iba a venir aquí. Y tú... —Me mira—. Te has arriesgado, Mia. Conociéndole no tendrías que haberte acercado a él

Suspiro y niego mientras me deshago el moño que recogía mi melena pelirroja.

—Ya lo sé, he sido una gilipollas, pero... —No he podido evitarlo, iba a decir. Pero me callo—. Menos mal que has aparecido

Roy asiente.

—Que no se vuelva a repetir, Mia. Sabes que Bruno vendrá a menudo ahora que sabe que estás aquí.

Asiento también. Solo espero que eso no sea cierto, ya que tener a Bruno por aquí rondando constantemente está claro que no puede acabar bien, seguro que la volverá a liar como ha hecho esta noche, y yo no sé hasta qué punto podré controlarme para no salir y gritarle todo lo que se me pase por la mente, como hago habitualmente. Le odio.

—No volverá a pasar, de verdad —Empiezo a quitarme las pulseras que

llevaba en las muñecas, y hasta que no me las he quitado no me doy cuenta de las marcas que tengo. Trato de eludirlo levantándome rápidamente de la silla, empezando a relatar-. Quitando esto, por aquí todo ha ido muy bien. El bar estaba a revent...

–Si te crees que no las he visto, vas mal –Me interrumpe. Estaba claro que no se le iba a pasar por alto. Pasa la vista de mis muñecas a mis ojos-. ¿Por qué sigues con él, Mia? No lo entiendo –Es lo único que pregunta, y sé perfectamente a qué se refiere.

Yo también me hago esa pregunta a diario, ¿Por qué sigo con él? ¿Realmente tengo que soportarlo? No lo sé. Pero lo cierto es que ahí sigo, día tras día. Y hay un motivo, por supuesto que lo hay. Por un momento llegué a pensar que cuando mi padre me prometió que no iba a beber más, lo haría, pero me equivoqué. Desde hace unos días ha vuelto a beber, más que antes, con las consecuencias que eso conlleva, como prueban mis muñecas. Realmente no me extraña que Roy me haya preguntado, cualquier persona con un mínimo de cordura me preguntaría. Tengo un trabajo y gano un buen sueldo, podría coger mis cosas y largarme a vivir a otro sitio. Pero es que... no puedo...

“Otro día más en esta sala de espera. Creo que en este último año, he pisado más el hospital que mi propia casa. Desde que a mi madre le detectaron el cáncer, no ha faltado a sus revisiones periódicas ni tampoco a

las asquerosas sesiones de quimioterapia. Sin embargo, esta vez es diferente. Sé que no puede ser una buena señal que los médicos lleven horas metidos en esa habitación, y que nadie sea capaz de decirme nada.

Llevo ya cuatro años en España, cuando tenía diez años mis padres decidieron que viniéramos a vivir aquí, puesto que mis abuelos estaban muy mayores y necesitaban cuidados especiales. Mi abuela Francesca murió al poco tiempo de llegar nosotros a España, a causa de la misma enfermedad de mi madre, con la diferencia de que ella había tenido la oportunidad de disfrutar de la vida, y sin embargo mi madre tiene treinta y cinco años. Fue un duro golpe para todos, sobre todo para mi madre y mi abuelo, Carlos. El murió a los dos años de morir mi abuela, porque simplemente su corazón decidió dejar de latir, nunca se recuperó de la pérdida y siempre quiso reunirse con ella cuanto antes, a pesar de los esfuerzos de mis padres por mantenerle ocupado, ya que le visitábamos prácticamente a diario. Pero supongo que la soledad y el dolor también son una enfermedad muy grave y totalmente incurable.

Por lo que sé, la historia de amor de mis abuelos fue increíble, como de película romántica. Mi abuela era una preciosa italiana que vivía en Sicilia y mi abuelo, un turista español que simplemente estaba de viaje. Por lo que me han contado fue amor a primera vista, y desde entonces nunca más volvieron a separarse. Mi abuela no se lo pensó cuando él le propuso

venirse a España a vivir, lo dejó todo por él, y fue aquí, en Madrid, donde nació mi madre, Adriana.

La historia de mis padres fue muy parecida, ya que cuando mi madre conoció a mi padre, no dudó en irse a vivir con él a Providence, ahí fue donde yo nací, pero aún así me encanta que mi nombre sea de origen italiano. Aunque mi idioma natal siempre ha sido el inglés, podría decirse que tanto el español como el italiano, siempre han estado muy presentes en mi vida, ya que mi madre se encargó de enseñármelos desde muy pequeña, igual que hicieron sus padres con ella. Por eso cuando llegué a España, apenas me costó adaptarme.

Han sido cuatro años duros. Sobre todo para mi madre, que ha visto morir a sus padres en un intervalo de tiempo demasiado corto, y para rematar, su enfermedad. Yo ni tan siquiera me he planteado la idea de que ella pueda morir, simplemente no lo acepto. Sin embargo, como ya he dicho, esta vez es diferente.

Anoche mi madre sufrió una crisis muy fuerte, nunca la había visto así. Vomitaba sangre y se quedó prácticamente inconsciente en los brazos de mi padre. Cuando llegó la ambulancia, se la llevaron de emergencia, mi padre se fue con ella y me ordenó que me quedase en casa. Como siempre. No he dormido nada en toda la noche, mi familia se ha ido a la mierda, nada está bien, mi padre ha cambiado. Desde que le diagnosticaron la enfermedad a mi madre el año pasado, ya no es el mismo. Todo el día esta de mal humor, y en más de una ocasión lo he visto borracho.

Esta mañana, a primera hora cogí un taxi y me vine al hospital. Cuando he preguntado por ella nadie me ha querido decir nada, simplemente me han dicho que espere. Pobrecita niña, pensarán. Estoy hasta las narices de esperar, y justo cuando voy a levantarme, una enfermera se acerca a mí.

—¿Mia Watson?

Asiento y me levanto del incomodo asiento.

—Sí, soy yo.

—Ven conmigo —No me gusta la expresión de su rostro. Es de... ¿lástima?

La sigo a través del pasillo, no me gustan los hospitales, ni el ambiente que se respira, enfermos por todas partes, familias que quizá estén como yo en este momento, a la espera de lo inevitable. Para frente a la puerta de una habitación y me mira.

–Tu madre quiere hablar contigo.

–¿Se va a poner bien, verdad? –digo mirando la puerta. No me atrevo a mirarla a ella, ya que no quiero ver su expresión al hacerle la pregunta. Simplemente quiero que me mienta, y ya está.

–Te está esperando –Y dicho esto, se aleja por el pasillo.

Vacilo un momento antes de girar el pomo y entrar. Mi madre está tumbada en la cama, realmente tiene un aspecto horrible, nunca la he visto tan mal. Está blanca, demasiado blanca. Las ojeras moradas están increíblemente pronunciadas y... sus ojos verdes no brillan. Sin embargo, en cuanto me ve, su preciosa sonrisa le ilumina el rostro por un momento y tengo que contenerme por no echarme a llorar aquí mismo. Mi padre está a su lado, y no tiene mejor aspecto que ella, realmente también parece enfermo. Cuando él me ve, simplemente se levanta, le da un beso en la frente a mi madre y pasa por mi lado. Evita mirarme directamente a los ojos, pero se perfectamente que ha estado llorando.

–Mi niña –dice mi madre con la voz ronca, cuando mi padre cierra la puerta. Se nota que le cuesta respirar–. Ven, acércate

Me acerco a mi madre y me siento sobre la cama, a su lado. No digo nada, puesto que realmente no sé qué debo decir. Me duele mucho ver a mi madre de este modo, sin su preciosa melena pelirroja. Y en definitiva, tan enferma.

–¿Te duele mucho? –Es lo único que se me ocurre preguntar, y me siento idiota al instante. Claro que le duele. Le dolerá una barbaridad.

–No, mi niña –Miente–. Los médicos me han dado unas medicinas que hacen que no sienta nada.

Y escucharla decir eso, es lo que hace que me rompa. Sin darme cuenta las lágrimas resbalan por mis mejillas. Ya no pueden hacer nada por ella, simplemente no quieren que le duela.

–No, preciosa, no llores –Me dice con dulzura limpiándome las lágrimas–. Pase lo que pase, yo siempre voy a estar contigo, siempre. Aquí – Me coloca una mano en el pecho y se me hace imposible no seguir llorando. Mi madre se va a morir, se está despidiendo de mí.

–No me dejes, mamá –Me rompo por completo, y me lanzo a sus brazos. Me apoyo en su pecho y lloro, lloro como no he sido capaz de hacer en todo este año, ya que en ningún momento había pensado que este momento podía llegar–. No te mueras tú también, por favor...

Su pecho se convulsiona, y sé que también ha empezado a llorar. Noto su mano acariciando mi pelo, y me obligo a mí misma a dejar de llorar, aunque

solo sea para mirarla. Esta vez soy yo la que le limpio a ella las lágrimas y ella cierra los ojos al notar mi mano acariciando su mejilla. Guardaré este momento para siempre.

–Mi niña, mi niña preciosa –Abre los ojos y me mira como solo una madre puede hacerlo. Ese amor que solo ellas son capaces de darnos y que nadie nunca podrá sustituir–. Vas a ser una mujer increíble pero, qué digo, ya lo eres –Suspira–. Eres fuerte Mia, yo sé que eres muy fuerte, eres como yo. Por eso, mi niña, tienes que hacerme una promesa.

Asiento. Lo que sea. ¿Cómo podría negarme en un momento así? Haré todo lo que ella me pida, aunque sea lo último que haga en mi vida.

–Cuida de tu padre, él no es fuerte, no es como tú. Él no sabe estar solo, así que... prométeme que, pase lo que pase, vas a cuidar de él, prométemelo Mia –Con cada palabra que pronuncia su voz va siendo menos audible y tose, se está ahogando.

Contengo las lágrimas de nuevo, y asiento con firmeza.

–Te lo prometo, mamá. Siempre cuidaré a papá, pase lo que pase.

–Esa es mi niña –Me sonrío orgullosa mientras me acaricia el rostro, y esta vez soy yo la que cierra los ojos para disfrutar del contacto, ya que sé que puede ser la última–. Lucha mi niña, no te rindas nunca, vales muchísimo Mia, brilla, brilla como solo tú sabes hacerlo.

Asiento, me he puesto a llorar otra vez. Soy incapaz de pronunciar una

palabra, tan solo quiero memorizar este momento, sus gestos, su expresión, sus palabras...será lo último que recuerde de ella.

–¿Te puedo pedir otro favor? –dice mi madre, al ver que no digo nada.

–Claro –contesto con la voz entrecortada–. El que quieras.

–Cántame Mia, cántame la canción.

Sé perfectamente a qué canción se refiere sin necesidad de que me diga el nombre. “My heart will go on”, la banda sonora de Titanic, su película favorita. Desde niña me ha escuchado cantarla y disfruta haciéndolo. Me obligo a mí misma a recomponerme, inspiro hondo y empiezo a cantar. Mi madre sonrío, cierra los ojos y respira hondo. Está tranquila, podría decirse que hasta la veo feliz”.

Y así, con el sonido de mi voz, mi madre respiró por última vez, dejando consigo la promesa más difícil que habré hecho en toda mi vida.

–¿Mia? –La voz de Roy, y su mano en mi hombro, interrumpe mis pensamientos. No sé cuánto rato he estado callada–. ¿Estás bien? Lo siento si te ha molestado que...

–No –le interrumpo–. No me ha molestado, tranquilo –Trato de sonreírle, Roy es de los pocos amigos que tengo, por no decir el único, y agradezco que se preocupe por mí.

Él asiente. Da por hecho que no voy a decir nada más y agradezco que no me haga más preguntas, puesto que sabe que no voy a responder.

–¿Necesitas que te lleve a casa? Si quieres te espero fuera.

–No, todavía tengo que cambiarme y... prefiero ir dando un paseo.

–Está bien, Mia –Me acaricia levemente la mejilla. Sé que Roy no es una persona cariñosa, con Nikki nunca le veo muestras de cariño un público, salvo pequeños gestos, como este. Por eso sé que Roy me aprecia realmente—. Hasta mañana

–Hasta mañana, Roy –Sonrío y él sale dejándome a solas.

Solo entonces me permito llorar. Sola, como siempre. A veces siento que la promesa que hice, fue demasiado grande.

Ojalá estuvieras aquí, mamá, qué distinto sería todo en este momento...

Capítulo 20

Palermo

“No puedo pensar en ninguna necesidad en la infancia tan fuerte como la necesidad de la protección de un padre”.

(Sigmund Freud)

Nikki

El vuelo hasta Palermo no se me hace demasiado largo a pesar de la duración de este. Dylan no se ha callado durante gran parte del trayecto, por lo que Damon y yo hemos estado entretenidos. Cuando finalmente se le ha secado la lengua y se ha dormido, he estado viendo los últimos diseños de mi tía Dianne. Son fabulosos, como siempre, pero me ha permitido retocar algunos para darle un toque más juvenil. Esta nueva línea es muy buena y me muero por lucirla y presentarla.

Mañana trece de octubre ya cumpla diecinueve años. Todos los años vengo

unos días antes de mi cumpleaños a Sicilia para ver a mis abuelos, ya que el propio día trece suelo celebrarlo en casa. Pero este año es distinto. Por una parte, mis abuelos están mayores y quiero disfrutar de ellos lo máximo posible, ya que no los veo mucho. Y por otra parte... este año no he querido hacer fiesta. Han cambiado muchas cosas en unos cuantos meses y sé que no saldría bien. No con Hugo cerca de mí y menos estando sin hablarnos. En la prensa ya han salido noticias en las que se pregunta por qué no hago una increíble fiesta como todos los años. He respondido lo mismo a todos los medios: mis abuelos están enfermos, aunque no sea del todo cierto.

Cuando el jet aterriza el sol está empezando a ocultarse, lo que nos ofrece un paisaje precioso.

–Dylan, despierta –Le dice Damon, pero no le hace ni caso–. Eh, Dylan.

Como no parece que vaya a despertarse con una simple sacudida, Damon coge su botella de agua y le derrama a Dylan en la cara una buena cantidad. Se despierta sobresaltado, poniéndose en pie enseguida.

–¿Qué coño...? –Parpadea y nos mira a Damon y a mí, que estamos aguantando la risa–. Sois un par de gilipollas.

–Dylan, no digas palabrotas –Le dice tía Grace con una sonrisa, siempre tan buena.

–Pero si es que son unos desgraciados. Ahora me estoy meando.

La limusina de los abuelos nos está esperando en el aeródromo, aunque ellos no han venido aquí, pues nos están esperando en casa. Los siete nos metemos en la limusina y nos ponemos rumbo al barrio más lujoso de Palermo, alejado del centro.

La casa de mis abuelos es preciosa. Muy al estilo italiano, lujosa y enorme. Tras atravesar la verja principal hay un bonito jardín muy bien cuidado. Sé que en la parte de atrás hay una gran piscina y una fuente con tres delfines en el centro que escupen agua y yo adoraba de pequeña. La fachada de la casa es blanca, con columnas dóricas a lo largo del porche. La sencillez le da un toque muy elegante a la casa. Solo tiene dos plantas, pero es enorme. El tejado es de tejas marrones y los balcones de la segunda planta también tienen columnas.

Los abuelos están esperándonos en la puerta, con una espléndida sonrisa.

–¡Mis bambinos! –exclama la abuela Dora al vernos, caminando hacia nosotros. A pesar de que sabemos hablar perfectamente italiano, suelen ser ellos los que nos hablan en nuestro idioma–. ¡Estáis cada vez más guapos!

–¡Nonna! –Sonrío acercándome a ella y dándole un gran abrazo y un beso.

–Mi Antonella, querida, mírate, estás espléndida –Me llama por mi nombre italiano, como hacen siempre que estamos aquí. La abuela Dora es guapísima a

pesar de su edad. Ahora lleva el pelo blanco, pero sé que tuvo una melena rubia impresionante cuando era joven. Sus ojos azules, al igual que los del abuelo Filippo los hemos heredado todos: mi tíos James y George, Dylan, Damon y yo.

–Eh, eh, que yo también quiero un abrazo de la abuela –Dylan me aparta y le sonrío, dándole después un gran abrazo–. Te he echado de menos, nonna.

–Y yo a ti, bello. Estás más fuerte, Carson.

Damon espera pacientemente a que terminemos de saludar a la abuela y llegue su turno.

–Il mio grande ragazzo –Le dice–. Eres un hombre guapísimo, Diego.

–Gracias, abuela. Tú sigues igual de preciosa que siempre, los años no pasan por ti.

–Tan cortés como siempre.

Dejamos que el resto de la familia salude a la abuela y vamos directos a por el abuelo, que se ha quedado en la puerta mirándonos con una gran sonrisa.

–¡Nonno! –exclamamos Dylan y yo a la vez, peleándonos con empujones por ver quién le abraza primero. Damon aprovecha la pequeña lucha para esquivarnos y ser él quien saluda primero al abuelo Filippo. Él también tiene

unos bonitos ojos azules y sé que su pelo, ahora también blanco, fue oscuro hace años. La única imperfección que puedo apreciar es el maldito bastón que lleva desde hace muchísimos años por culpa de su cojera.

–Pasad dentro, está empezando a refrescar demasiado –Nos dice tras darle cada uno un beso.

Mientras cenamos, es la abuela la que nos acribilla a preguntas a todos, especialmente a Dylan y a mi, por estar empezando este año la universidad. Se muere por saber cómo nos va, pues ella piensa en la universidad como algo fabuloso. Es nuestro primer año a pesar de que deberíamos de estar ya en segundo curso. Pero todos repetimos un curso de instituto y no precisamente por tonterías. A Dylan lo pillaron tirándose a una en los baños de chicas, lo que supuso su inmediata expulsión, que le hizo repetir el último curso. Yo soy una vaga, las cosas como son. Nunca he sido buena estudiante a pesar de que mis notas son altas, pues suelo remontar en los últimos exámenes. Pero me confié demasiado en el instituto y me salté demasiadas clases. Y cuando iba no atendía, ya que me sumergía en mi archivador de diseños y me pasaba las horas trabajando en ellos. Por lo tanto, también hice el último curso dos veces. Tengo entendido que Serena, tras llegar al internado la lió de una manera impresionante, llegó a quemar un aula, le abrieron expediente y tuvo que repetir el curso en el que llegó. Bruno no fue precisamente por malas notas. Recuerdo perfectamente que, de hecho, era siempre el que sacaba la nota más

alta de la clase, lo que le producía una indiferencia que cabreaba a los que no conseguían superarle. Pero en mitad del último curso empezó a suspender lo que, sumado a los continuos problemas en los que lleva metiéndose desde que tengo uso de razón, le hicieron perder el curso. Podría haber remontado perfectamente, los profesores confiaban en su capacidad intelectual y estaban dispuestos a dejar pasar todos los destrozos que solía hacer a diario, pero que le pillaran en la biblioteca metiéndose una raya hizo que su oportunidad se fuera a la mierda. Me enteré de que Mia repitió noveno (el correspondiente en España) por la muerte de su madre, pues tuvo una mala racha, y con motivos. Y Hugo... No lo tengo claro, ya que nunca quiere hablar. Pero la perra de su tía Emily lo dejó caer una vez. Dijo algo acerca de que Hugo le pegó a un superior en alguno de los tantísimos años que estuvo en esa maldita escuela militar porque le preguntó algo acerca de su madre. En fin, hay ocasiones en las que el dinero no puede comprarlo todo, así que aquí estamos, todos empezando la universidad un año más tarde.

—...increíble. Lleno de tías por todos lados —Escucho que está diciendo Dylan cuando salgo de mi trance. Damon me está mirando y sé que me pregunta con los ojos si estoy bien. Me conoce demasiado bien. Asiento levemente, aunque tarda unos segundos en darse por satisfecho y apartar la vista.

—¿Y tú qué, Antonella? ¿Hay algún muchacho en tu vida? —pregunta mi

abuela. Todas las miradas se posan en mí—. Ya me he enterado de que el joven D' Lorian ha vuelto a Providence. Él fue tu amor de la infancia, ¿sigue siendo así?

Siento como si me faltara la respiración. Dylan y Damon me miran con comprensión. Solo ellos saben con detalle lo que ocurre en mi vida. Solo ellos saben que me besé con Hugo. Solo ellos saben que ese puto beso me hizo plantearme mi relación con Roy durante un tiempo. Pero ni siquiera ellos saben lo que realmente pasa por mi mente cuando mencionan a Hugo.

—No —respondo tras unos segundos y consigo forzar una sonrisa—. Estoy saliendo con Roy O' Connor.

—¿Roy O' Connor? —pregunta el abuelo Filippo, frunciendo el ceño.

—Nunca me ha gustado ese chico —dice la abuela Dora—. Siempre ha sido un maleducado y muy frío. ¿Te trata bien?

—Sí, no tenéis de qué preocuparos. Roy es muy bueno conmigo.

—A mí siempre me gustó el muchacho D' Lorian, a pesar de que era un trasto —La abuela sonrío—. Me gustaría ver en quién se ha convertido.

Es un hombre increíble, abuela, en un hombre increíble.

Ponemos a los abuelos al día de todo lo que ha pasado en Providence desde la última vez que los vimos, antes de verano, pero más bien son Dylan,

Damon y mis tíos los que hablan. Yo me limito a escuchar y a añadir algo de vez en cuando, pues Hugo se ha metido de nuevo en mis puñeteros pensamientos.

–Tenemos algo importante que decir –El abuelo llama nuestra atención mientras terminamos de cenar y le habla a tío James–. Salvatore, hijo mío, sé que tu negocio, tu imperio, está en pleno auge allí en Providence. Hasta ahora tu hermano te ha servido de ayuda, pero todos sabemos que aquel negocio no lo necesita. Y menos ahora que tienes a estos jóvenes en la familia tan bien instruidos.

–Papá, ¿qué quieres decir? –pregunta mi tío George.

–George siempre ha sido un pilar importante en mi negocio, padre, ¿estás diciendo que no ha hecho su trabajo bien? Porque puedo asegurarte que te equivocas –responde James.

–No, no. No es eso. Lo que quiero decir es que allí ya no lo necesitas. Tienes herederos muy bien preparados para cuando te hagas viejo, y tienes todo en orden. Sin embargo...

–Tú aquí no tienes ningún heredero –Termina él la frase por su padre. Es el primero en entender por dónde va la conversación.

–Exacto, Salvatore. Por eso quiero proponer algo. Filippo, hijo mío –El

abuelo mira a su hijo menor, que tiene el mismo nombre italiano que él—. Estamos demasiado mayores para seguir llevando el negocio aquí en Sicilia. Hay cosas que ya se nos escapan de las manos, y no tenemos aquí a ningún heredero inmediato. Por eso te propongo que Grace y tú os hagáis cargo de Sicilia.

Tanto George como Grace parecen sorprendidos.

—¿Lo dices en serio, papá? Por supuesto que sí, claro que me haré cargo — George mira a mi tía Grace—. Si tú estás de acuerdo en venir a vivir aquí, claro está.

—Claro que sí, cielo —Afirma ella. Y entonces todos miramos a Dylan, que aprieta la mandíbula.

—Sinceramente... ¿Me necesitáis aquí? —pregunta, y todos sabemos lo que realmente está preguntando.

—Te necesitamos, sí. Pero podemos prescindir de tu ayuda siempre y cuando acudas si realmente eres necesario por algún motivo —Le responde su padre.

—¿Entonces...?

—Puedes quedarte en Providence. Si tu tío quiere hacerse cargo de ti, claro está.

–¿Bromeas? –pregunta James con una sonrisa–. Ni en broma me hago cargo de él.

–Venga ya, tío James, si estás llorando por dentro solo de pensar que podría irme de tu casa.

–No sabes cuánto estoy sufriendo solo de pensarlo.

–Será un placer cuidar de Dylan –Ríe tía Dianne, diciendo lo que realmente piensa su marido–. Aunque ya son todos mayorcitos para cuidarse solos.

Terminamos de cenar y yo soy la primera en retirarme para irme a dormir. No porque no tenga ganas de seguir charlando con ellos, sino porque realmente necesito descansar y aclarar mi traicionera mente antes de mañana. Tengo terminantemente prohibido pensar en él el día de mi cumpleaños. De nuevo.

–Eh, rubia –Damon se asoma por la puerta de mi habitación cuando me meto en la cama–. No te tortures demasiado, intenta descansar.

–Gracias –Le sonrío y él me guiña un ojo. Qué guapo es, joder–. Te quiero.

–Y yo a ti, piccola.

Felices diecinueve, Nicole Antonella Evangeline Thompson.

Bajo a desayunar con mi familia para empezar bien el día de mi cumpleaños, pero cuando camino por el pasillo que va hasta la cocina, me detengo en seco frente a una vitrina repleta de fotografías. Cada vez que vengo a esta casa intento evitarla o no mirarla cuando paso por aquí. Pero hoy, el día en que cumplo diecinueve años, me es imposible no pararme a mirar las fotografías que llenan la vitrina.

Mis abuelos de jóvenes, mis tíos en diferentes edades, mis primos y yo de pequeños... Y mi padre.

Leonardo Thompson. Hay muchas fotografías de él, también a diferentes edades. Sé cuál es la última fotografía que se hizo y que mis abuelos tienen. Aún es joven en la foto, tan solo tiene veintiséis años. Tiene el pelo rubio oscuro, casi castaño, con un poco de melena, muy corta, pues se nota que estaba empezando a dejar que le creciese el pelo en ese momento. Sus ojos azules son preciosos, clavados a los míos. Ambos tenemos la misma mirada. Mi padre era guapísimo, un hombre increíblemente atractivo. Es una pena que no pueda saber cómo es ahora, con cuarenta y cinco años, porque no hay más fotos a partir de esa. Porque fue la última que se hizo antes de abandonarnos a todos, antes de abandonarme a mí.

La nostalgia me invade rápidamente. Nunca conocí ni a mi padre ni a mi madre, pero doy gracias de no haberla conocido a ella. Al parecer, todos la

odiaban, era una bruja sin corazón que tan solo manipuló a mi padre por ser un hombre muy rico, pues quería casarse con él para tener parte de su fortuna. No sé mucho de esa historia, pues realmente parece que nadie la conoce por completo, ni siquiera son capaces de dar una versión verídica de los hechos. Solo sé que, cuando nació, mi madre nos abandonó a mi padre y a mí por algún motivo que desconozco, lo que alivió a todos los Thompson. Lo que no se esperaban es que mi padre me dejara en manos de su hermano James y también se marchara sin dar explicaciones. ¿Dónde fue? Nadie lo sabe. ¿Por qué? Lo desconocen. Se llevó todo su dinero, sacándolo de las cuentas de los Thompson, para que así nadie pudiera localizarlo. Y diecinueve años después nadie sabe dónde está Leonardo Thompson o si sigue vivo.

La nostalgia es sustituida por la rabia y el dolor. No deseo conocer a mi madre, pero... Siempre he querido saber de él. Los Thompson son nobles, leales... Él también tenía que serlo por cómo hablan de él. Siempre me he preguntado por qué me abandonó, por qué no me llevó con él, por qué no quiso a su hija. ¿Acaso no quiere saber en qué me he convertido? ¿No quiere estar con su familia y conmigo? ¿No quiere conocer a quién él mismo engendró? Las preguntas acuden a mi mente provocándome punzadas de dolor al saber que jamás encontraré la respuesta. Él sí que tiene que saber quién soy, pues salgo en la prensa, en la televisión, en internet... Esté donde esté le han tenido que llegar noticias mías, ¿no? Pero sin embargo, yo no tengo ni idea de qué ha sido

de él. Y duele, vaya que si duele.

–Pequeña, no te tortures –Mi abuela aparece a mi lado y me acaricia la cara con ternura, repitiendo las palabras que anoche me dijo Damon, refiriéndose ambos a dos cosas distintas. Será verdad que me torturo demasiado.

–Solo estaba pensando –respondo volviendo a mirar la foto de mi padre.

–Lo sé, pero te estás formulando preguntas que te hacen daño –Ella mira la foto también–. Es guapo, ¿eh? Todo un caballero: elegante, rico y amable.

–Eso parece, sí –Me muerdo el labio inferior para no llorar.

–No sé qué le hicieron para obligarle a irse –murmura mi abuela y niega.

–¿Qué? –Frunzo el ceño y ella me mira–. ¿Obligarle? Nos abandonó porque quiso. Me dejó aquí porque no quería una hija.

–Eso es lo que todos creen. Pero yo discrepo, Antonella. Es mi hijo, yo lo crié. Lo conocía igual de bien que a Salvatore y Filippo. Leonardo jamás se habría ido así como así sin un motivo. Y no lo tenía, te lo aseguro. Y sé que tu abuelo y James piensan como yo.

–Entonces, ¿por qué no ha vuelto? –Me atrevo a preguntar. No hay muchas respuestas a esa pregunta, y una de ellas es la peor que se le puede hacer a una madre. Mi abuela jamás querrá pensar en la posibilidad de que su hijo haya

muerto.

–Ojalá lo supiera. Pero te aseguro que tu padre no se fue porque quiso –
Vuelve a afirmar.

–No sé ya qué pensar, nonna...

–Sé que tienes que estar muy dolida por pensar que tu padre no te quería. Pero, piccola, conocía a mi hijo. Seguro que fue esa mala pécora de Rebecca la que tuvo algo que ver con su marcha. Tu madre era una desgraciada.

–Lo sé –Tanto los Thompson, como los O’ Connor y los D’ Lorian piensan eso, y tiene que ser por algún motivo. Bueno, Cesar y Emily D’ Lorian no han hablado tan mal de ella como mi familia y la de Roy.

–Era una interesada, una arpía que solo quería el dinero de tu padre. No lo amaba. Ni siquiera sé de dónde salió –Niega–. Algún día podré darle su merecido por haber hecho que mi hijo se fuera. Lo único que hizo bien esa mujer fue traerte al mundo. Gracias a Dios que no te pareces en nada a ella, pequeña mía. Ni en apariencia, ni en carácter. Eres igual que tu padre, te miro y lo veo a él reflejado en tus ojos. Eres su viva imagen. Y eres lo único que me queda de él.

Las lágrimas amenazan con salir. De hecho, una lo hace, y es mi abuela la que tiene que secármela con ternura.

–No llores, preciosa. Estoy segura de que volverá. Venga, vamos a desayunar.

Ojalá vuelva de verdad. Ojalá pueda conocer a mi padre. Y ojalá mi abuela siga aquí para volver a ver a su hijo.

Entramos ambas en la cocina, donde ya está el resto de la familia.

–¡FELIZ CUMPLEAÑOS! –gritan todos en cuanto entro, sacándome una sonrisa.

–Desayuno especial para la princesa de la casa –anuncia Dylan, tirando de mí para sentarme en la mesa.

Al menos así dejaré de pensar durante un rato.

Capítulo 21

Valor

“La cobardía es cómo decides ser en la vida real”.

(Cuatro;

Bruno

No soy un cobarde.

Y es por eso por lo que tengo los cojones suficientes, de nuevo, de pisar la casa de mi padre. Aunque para qué engañarme. No los tengo tan bien puestos como creo tenerlos. Si estoy aquí es porque sin mí sería mi madre la que sufriese todas las consecuencias, la que se llevase los golpes. Además, mi padre me cerraría el grifo y me quitaría todo mi dinero. Podría vivir perfectamente sin su dinero, ya que a lo largo de los años he ahorrado muchísimo, y podría seguir manteniéndonos a mi hermana y a mí con mi... trabajo, ya que eso no puede quitármelo mi padre. Pero las cosas cambiarían demasiado si me desheredara, y es algo que no puedo permitirme, pues influiría en todos los ámbitos de mi vida.

Soy un cobarde.

Pero intento ocultarlo.

Tras abrirme la verja de la casa del “señor gobernador”, “todopoderoso”, “rey del mundo”, hijo de la gran puta, aparco mi Ferrari y subo hacia su despacho, donde me ha citado. Sé perfectamente a lo que vengo: a recibir unos cuantos latigazos porque, seguramente, estará cabreado, como siempre, por

algún motivo que me hará saber mientras me tortura. Si le apetece explicármelo, claro.

Entro sin llamar, como la mayoría de veces. Ya que me va a pegar, que me pegue con motivos. Mi padre está sentado tras su escritorio, hablando por teléfono. No le digo nada, él a mí tampoco. Simplemente me mira con sus fríos ojos mientras habla. No me invita a sentarme, pero yo lo hago igualmente, frente a él, manteniéndole la mirada.

Hay un momento en la vida en que te preguntas cómo la tuya ha llegado a determinado punto. Yo lo he hecho demasiadas veces y lo hago siempre que tengo a mi padre frente a mí. Es un hombre horrible, detestable y asqueroso. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que yo soy como él. Los padres son el ejemplo de sus hijos, su modelo a seguir. Y yo, por desgracia, he tenido que aprender de mi padre y no de mi madre, que es dulce y buena. Mi mirada, fría como la de Serena, es como la de mi padre. Jamás ha mostrado un sentimiento, siempre ha sido una fachada fría sin emoción alguna. Y yo aprendí pronto a no mostrar tampoco sentimientos, pues eso te hacía débil. Fue su falta de emoción lo que asustaba a un niño chico que recibía latigazos a diario. Y ese niño fue creciendo aprendiendo una dura lección: los sentimientos y las emociones te destruyen, te hacen débil. Mi rostro, siempre tenso, siempre con la mandíbula apretada, es la muestra del dolor que llevo años conteniendo, la rabia que acumulo en mí, y que se traspasa a todo mi cuerpo, también casi siempre tenso.

Los escalofríos, la tensión al tocarme, deja ver el miedo al contacto con cualquier persona. Porque el único contacto que he tenido han sido golpes. Excepto por Serena, la única que puede tocarme sin acojonarme.

Cuando tu padre es un maltratador, te sueles convertir también en uno, en la mayoría de los casos. ¿Por qué ha de ser el resto del mundo feliz si tú no lo has sido? El egoísmo que se encierra en cada persona alcanza límites insospechados. En mi caso, el egoísmo no tiene límite. Me quejo de él, y ese es el problema. Me quejo de en lo que me he convertido: mi propio padre. Un maltratador egoísta que necesita descargar su ira a base de golpes para intentar ser feliz. Y lo peor es que no lo consigo. No consigo ser feliz, llevo muchos años sin serlo.

Es por eso que llega un punto en el que ya te has acostumbrado a no mostrar emociones ni sentimientos y no tienes que esforzarte por no hacerlo, te sale solo. Odio a la gente, no siento nada por ellos: ni lástima, ni alegría, ni emoción, ni caridad, ni odio. Nada. Me he convertido en alguien... Repugnante, esa es la palabra.

Convertirme en un machista puro y duro también es algo que aprendí. Cuando era pequeño, defendía a mi hermana como familia y como mujer. Pero él siempre me hizo ver que ellas eran débiles, pero que tenían la capacidad de controlar a los hombres. Es por eso que me enseñó a no dejarme doblegar, a

controlarlas, me mostró que no valían nada. Y el pensar que la mujer es un simple objeto vive en mí.

Me doy asco, muchísimo asco. Pero es así como soy, como me han educado. Y va a ser siempre así, porque dudo que haya una sola alma, un ángel, en este cruel mundo que tenga paz suficiente en su interior para transmitirme un poco de ella y hacerme feliz por, aunque sea, cinco minutos de mi miserable vida. No existe nadie en este mundo que sea capaz de aguantar a alguien como yo y tenga cojones a intentar cambiarme, a intentar hacerme ver que el mundo no es una mierda, y que yo no tengo por qué hundirme con él.

–Bruno –Mi padre, tras colgar, pronuncia mi nombre de tal manera que tengo que contener el escalofrío que amenaza con recorrer mi cuerpo—. En pie.

Tardo unos segundos en obedecer, pero acabo haciéndolo. Me pongo de pie, sin dejar de mirarle.

–¿Sigue viviendo la repudiada de tu hermana contigo, Bruno? –Me pregunta.

–La repudiada de mi hermana no. Mi hermana, Serena, sí –respondo con altanería, lo que hace que el rostro de mi padre ensombrezca.

–Quítate la camiseta –Ordena. Él se quita el cinturón a la misma vez que yo le obedezco, de nuevo. Me odio.

Le mantengo la vista durante unos segundos antes de girarme y preparar la espalda para recibir los latigazos. Me muero por saber cuál será el monólogo de hoy mientras me tortura.

El primero llega más rápido que de costumbre. El cuero del cinturón hace que la piel de la espalda me pique a pesar de estar ya acostumbrado. Aunque, en realidad, no creo que nadie se acostumbre jamás a que le peguen. No me quejo. No grito, no suelto ni un solo sonido, y sé que mi silencio durará poco.

–Dime, hijo mío –Tiene el valor de decirme hijo mientras me da el segundo latigazo–. ¿Sabes qué significa la palabra “mafia”?

Pero, ¿es gilipollas o qué cojones le pasa? Claro que la sé. No tengo ni puta idea de a qué viene esto, pero los debates que tiene consigo mismo cada vez que me pega, nunca tienen sentido. Más que nada porque siempre me hace preguntas que no vienen a cuento, que no tienen motivo específico, pero se responde él solo. Lo único que quiere es que le escuche, demostrar quién es el que sabe más de los dos. Y cree que es él.

–Sí –Gruño.

–¿Y sabes de dónde proviene esa palabra? ¿Sabes su origen, Bruno?

–Claro que lo sé –Otro latigazo que esta vez deja escapar un gemido de mi garganta.

–Hay varias teorías –Y ahora es cuando voy a tener que escuchar todas y cada una de ellas, a pesar de saberlas a la perfección–. Los árabes ocuparon Sicilia, la cuna de la mafia, entre los años 965 y 1060. Tenían un vocablo –Me sorprende que sepa lo que es un vocablo–, que en árabe es “mahya” y significa “bravuconería”, “jactancia”, “chulería”. También es posible que venga de la palabra “mu’afah”, que es “protección de los débiles”. Quizás venga de la expresión toscana “maffia”, que quiere decir “miseria”. Aunque esta última la pongo en duda. ¿Miseria en la mafia? –Chasquea la lengua y niega. No cuento ya los latigazos que llevo, y eso que solo ha empezado a hablar. La espalda me arde, me duele, y ya he empezado a soltar quejidos a pesar de que me da rabia hacerlo–. Otra teoría es que provenga de la obra “I mafiusi di la Vicaria”, pues la palabra mafia apareció representada por primera vez en esa obra en 1862. Era un drama popular creado por Giuseppe Rizzoto y Gaetano Mosca. A partir de esa obra, la palabra mafia se usó para referirse a los grupos de personas violentas y temibles, ligados entre ellos con secretos. Es una buena teoría, ¿eh? Demasiado falsa.

Escuece, joder. El cinturón de cuero está empezando a levantarme la piel como tantas otras veces, y todavía queda un rato más. Mi padre habla lentamente, deteniéndose en cada palabra y en cada explicación. Desgraciado, hijo de puta, mal nacido.

–La penúltima teoría tampoco es muy de mi agrado, pero la tolero. Quizás

sea el acrónimo de la frase “Mazzini Autorizza Furti, Incendi, Avvelenamenti”. Su traducción es “Mazzini autoriza robos, incendios y envenenamientos”. Giuseppe Mazzini fue un promotor de la unidad italiana. Tuteló a varios indigentes que comenzaron a organizarse y a llevar a cabo crímenes bajo protección de la flota británica.

Latigazos y más latigazos. Noto la sangre correr por la espalda, las heridas en carne viva. Tengo sangre en las palmas de las manos por clavarme las uñas de tanto apretar, a pesar de tenerlas cortas. Los músculos me duelen de tenerlos tensos, los dientes me chirrían de tanto apretarlos. Venga, Bruno, está terminando.

–Y por último, aunque hay más, y mi favorita –Está acabando, sí, pero va a contarme una historia. No es muy larga, me la sé de memoria, pero también sé que va a hacer que parezca interminable. Algunos niños crecieron leyendo cuentos Disney. Yo crecí con cuentos de la mafia–. Cuenta una leyenda siciliana que en la primavera de 1382, una chica joven, campesina, pobre, salió de su aldea por la mañana para dirigirse a Palermo. Iba a casarse. Pero por el camino, la muchacha fue atacada por un hombre. La violó y la mató. Era un soldado francés, de la guardia de Anjou. El hombre que iba a ser su marido, tras enterarse de lo ocurrido, hirvió de rabia. Buscó al soldado y no paró hasta que dio con él. No tardó nada en arrojarle contra su cuerpo, gritando: “¡Morte alla Francia, Italia Anhela!”. Pero el soldado, más hábil que el hombre, lo

mató con su propia arma. La traducción del grito del hombre es “Muerte a Francia, Italia Anhela”.

Un último latigazo, más fuerte que el anterior, me saca un grito de rabia y dolor más alto que los que he soltado hasta ahora. Lo peor es que mi padre disfruta viéndome sufrir.

–Dime, Bruno, ¿cuál es tu teoría favorita?

Sé que no quiere que responda pero, aunque fuese a hacerlo, nos interrumpen. Lllaman a la puerta, y uno de los hombres de mi padre entra.

–Señor, el cargamento está llegando –Le informa, ignorando el hecho de verme en el estado que estoy: con la espalda sangrando y destrozada. Mi padre asiente.

–En seguida vamos. Bruno, vístete, tenemos trabajo.

Ni siquiera puedo ir a curarme. Tengo que conformarme con ponerme la camiseta encima de las heridas ensangrentadas, y reprimir los quejidos de dolor. Joder, cómo escuece, me cago en la puta.

–Nos vemos en el aeródromo –Me dice antes de salir.

Está empezando a oscurecer cuando el avión aterriza en el aeródromo privado. Está rodeado por guardias de seguridad, y por los hombres de mi

padre. Toda seguridad es poca.

La puerta del avión se abre y en primer lugar bajan dos tíos corpulentos. Conozco a los hombres que hay aquí, a pesar de que no recuerde los nombres de todos. Más bien no les doy importancia. Tras los dos gorilas, bajan cuatro más, pero esta vez acompañados de cuatro mujeres. Tres rubias y una morena. Las cuatro son altas, de cuerpos esbeltos. A pesar de que lleven los ojos vendados con una tela que les cubre gran parte del rostro, se aprecia que son mujeres guapas. No podía ser de otra forma. Solo una de ellas camina decidida mientras los hombres tiran de sus brazos para conducir las hacia los coches. Las otras tres van dando tropezones y me parece escucharlas sollozar. La que se mantiene firme, al igual que las otras, sabe perfectamente qué hace aquí, y no parece importarle. Mujeres así hay muchas, aunque no lo parezca.

Cada una es montada en un coche, blindados y con los cristales tintados. Una vez que mi padre piensa que todo está en orden, me hace un gesto.

—Ya sabes qué tienes que hacer.

Metemos a las cuatro en una habitación preparada con los utensilios necesarios para lo que vamos a hacer. La rubia sigue manteniéndose altiva, dos de ellas ya han dejado de sollozar, pero otra no para de llorar y temblar. Esa va a ser la que más problemas de, lo estoy viendo.

Los hombres la sientan en unas sillas alineadas en la pared. La sala es sencilla. Paredes verdes, sin decoración. El techo está lleno de focos que alumbran muchísimo con luz blanca. Hay una camilla en el centro de la sala con sujeciones para las muñecas y piernas. Al lado, una mesa metálica contiene varios utensilios necesarios para el proceso.

En la sala estamos cinco hombres. Dos encargados de extraer la mercancía, uno encargado de vigilar la puerta, otro de vigilar a las chicas y yo, de supervisar todo.

–Traedme a la primera. La rubia con cojones –Indica uno de ellos, Ronald. Ella se levanta en cuanto la mencionan, sin miedo alguno. El hombre la agarra del brazo y le quita la venda de los ojos. La rubia, una tía buenísima, parpadea un par de veces para acostumbrarse a la luz, y nos observa a todos. Se detiene en mí y me da un repaso con la mirada, pero yo no cambio mi expresión. Sonríe y mira después hacia la camilla, donde va a tumbarse. Se deja guiar encantada, y no se queja cuando la inmovilizan de manos. Después le quitan los pantalones y las bragas, y le inmovilizan los pies, con las rodillas flexionadas y abierta de piernas–. No pareces tener miedo, rubita.

–No lo tengo –Su acento es ruso. Ronald se pone unos guantes de silicona y escoge el primer utensilio. Yo avanzo hacia adelante y me coloco junto a la chica.

–¿Sabes por qué estás aquí? –Le pregunto en ruso. Ella no parece sorprendida al oírme hablar su idioma. Es más, se muerde el labio y sonrío antes de hablar.

–Lo sé perfectamente –responde en su idioma–. Mi vida era una mierda, así que esto no será mucho peor. Es más, me gusta la idea.

–No eres la primera mujer que me dice eso y, aun así no deja de sorprenderme –Me encojo de hombros.

–¿Tú quién eres? –Tiene el descaro de preguntarme.

–Tu superior –Le respondo fríamente.

Ronald empieza a trastear en la vagina de la rubia, que no se queja.

–Me llamo Svetlana –Me informa como si me importara.

–A partir de ahora serás Samantha.

–Lo tengo –Informa Michael. Empieza a tirar con unas pinzas hacia atrás, sacando de la vagina de Svet... Samantha lo que esperábamos. Un paquete con heroína perfectamente protegida–. Esta ya está. Traedme a la siguiente.

–Señor –Uno de los hombres me llama. Lo veo escuchar por su pinganillo y de nuevo dirigirse a mí–. Ha habido un problema.

–¿Qué pasa?

–Acompáñeme –Asiento y voy tras él.

Mientras caminamos por los pasillos de esta gran mansión, escucho los gritos procedentes de la habitación que acabamos de abandonar. La segunda chica no está portándose tan bien como la rusa.

Esas cuatro mujeres traían en su interior cargamentos que después venderemos a un narcotraficante profesional: heroína procedente de Pakistán, heroína china, hez de opio y morfina en polvo. No es nuestro trabajo encargarnos de las bolsitas. Simplemente colaboramos con el narcotraficante de vez en cuando. Lo que nosotros queremos de verdad es a ellas, no la droga. Las cuatro se convertirán en prostitutas. Las que hagan su trabajo bien, irán ascendiendo hasta convertirse en putas de lujo. Las que no... Morirán. Nuestra red de prostitución es increíblemente extensa, y se importan y exportan mujeres de todos sitios, haciendo que el negocio sea a nivel mundial. Lo mejor es que las solicitudes para los servicios de nuestras chicas son increíblemente altas diariamente. Aquí trabajamos bien, solo admitimos lo bueno. Lo malo se desecha.

–Aquí.

Entramos en otra habitación, donde hay dos hombres mirando hacia un cuerpo que hay en el suelo.

Una de las mujeres que trajimos la última vez, muerta. Tiene una cuerda

atada al cuello, y el otro extremo atado a las piernas, que están encogidas. Las manos las tiene inmovilizadas también con cuerdas en el torso, de modo que le ha sido imposible liberarse. Está claro lo que le ha pasado. Ha sufrido calambres por todo el cuerpo durante horas, durante...

–¿Cuántos días? –pregunto.

–Dos.

Durante dos días, en esa postura. El cuerpo ya no aguantaba más sin estirarse, por lo que finalmente lo hizo. Estiró las piernas, estrangulándose a sí misma.

–¿Motivo? –Vuelvo a preguntar.

–No cumplió bien su trabajo. Agredió al cliente. Pensábamos desatarla ahora, tras enseñarle la lección pero, ya ve, señor. No ha aguantado.

–No habría durado nada. Es mejor así. Deshaceos de ella.

–Sí, señor.

Mi trabajo aquí ha terminado por hoy. Tendré que venir de nuevo pronto para ver qué han hecho con las cuatro nuevas y ver que todo está en orden.

Pertenecer a la mafia es un trabajo duro, sin duda.

Capítulo 22

Heridas abiertas

“Si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento”.

(Viktor Frankl)

Serena

Estoy furiosa. Muy furiosa. Doy gracias por que mi hermano tenga un saco de boxeo en el gimnasio de casa, es mi deporte favorito y se ha convertido en una necesidad diaria para mí el desahogarme de este modo. Mientras golpeo el saco una y otra vez no puedo parar de recordar la espalda ensangrentada de Bruno. Él cree que no me he dado cuenta puesto que en cuanto ha llegado se ha encerrado en su habitación. Pero la camiseta ensangrentada en la basura, a pesar de sus esfuerzos por ocultarla, no miente. Ese hijo de puta lo ha vuelto a hacer, le ha vuelto a reventar la espalda a mi hermano y, probablemente, no haya parado de hacerlo en todos estos años, pero Bruno sabe ocultarlo, la práctica, o simplemente que su cuerpo ya está acostumbrado, pero... ¿Qué cojones? Nadie se acostumbra a que te peguen palizas a diario, nadie.

Realmente es totalmente surrealista que un hijo tenga que acostumbrarse a las palizas de su padre. Las mías empezaron con seis años, a pesar de que en alguna ocasión Bruno se cambiaba por mí.

“Las mujeres no valéis nada”, “no deberías haber nacido”, “eres débil”, “los hombres siempre estarán por encima de ti”.

Parece que estuviese aquí, es como si pudiera escucharlo en este momento. Frases como esas me han atormentado a lo largo de toda mi vida, junto con el sonido de los latigazos en mi espalda. El sonido de esas palabras, el desprecio con el que son pronunciadas han ido incrementando mi odio poco a poco, durante demasiado tiempo. Pasé los primeros años de mi vida escuchando a mi padre hablarme de la repugnancia que le producía el hecho de tener una hija, del asco que yo le provocaba.

Golpeo con más fuerza el saco, quiero hacerme daño, noto como las gotas de sudor me cubren el rostro. Estoy empapada, pero no me detengo, sino que le doy más fuerte.

Él siempre quería más de mí, siempre necesitaba más de mí. Se supone que cuando eres una niña no tienes preocupaciones, no tienes presiones. Yo crecí presionada a demostrarle a mi padre que no era menos que ningún hombre, pero no era suficiente, nunca lo fue. Si no hubiese sido por mi hermano, probablemente habría terminado haciendo una locura.

Odio a los hombres, los odio con toda mi alma, y sé que es algo irracional, no todos son así, pero el asco que me provocan cada vez que me tocan es demasiado intenso. Me he acostado con hombres, por supuesto que sí, pero soy yo la que manda, no ellos en mí. Nada de besos, nada de caricias, y nada que implique más allá del puro sexo. Lo paso mal, la verdad. Mi pasado ha hecho que el tener relaciones con hombres se convierta en algo muy duro, en algo doloroso. Pero las necesito, necesito tenerlas para verlos rendidos a mí, y mandar en ellos. Al igual que mi hermano, me tensa cada vez que alguien me toca y, sí, sigue siendo irracional, ya que no tengo motivos más que el hecho de tener a un padre que me ha educado así, pero es lo que sé, es lo que me ha enseñado, es lo que tengo grabado a base de sangre y ya nada ni nadie podrá cambiarlo.

No soy débil, me he pasado la vida demostrándome a mí misma que soy mejor que cualquier hombre, que ellos no pueden conmigo. De hecho, cuando me ofrecieron colaborar en los robos, no lo tuve claro hasta que no supe que con ello tendría la oportunidad de embaucar a muchos hombres. Lo mejor de robar no era la sensación de adrenalina que me provocaba, sino el hecho de manipular a esos hombres a mi antojo, de hacer con ellos lo que me daba la gana, de sentir que yo tenía el poder. A muchos llegué a matarlos, por supuesto a espaldas de los idiotas con los que trabajé, solo por el placer que me producía verlos sufrir en mis manos, suplicar por su vida. Es cruel, por

supuesto que lo es, soy una asesina, también es cierto. De hecho, matar a esos hombres no ha calmado mi rabia interna, mi lucha interior es constante, tan solo me producía esa sensación de adrenalina, era como estar escupiéndole a mi padre en la cara. “Sí, papá, yo he matado a todos estos hombres con mis propias manos, sin pestañear, sin dudar, yo he ganado” me repetía una y otra vez y, lo peor de todo, es que esas eran las noches que mejor dormía. Ni una sola pesadilla, ni un solo remordimiento, nada.

Soy un monstruo, soy cruel, mi padre me ha destrozado la vida, me ha convertido en una mujer despiadada, sin escrúpulos, disfruto con el sufrimiento de todos los hombres a cuantos puedo manejar pero nada, absolutamente nada consigue calmar esta opresión en el pecho. Tan continua, tan jodida, tan familiar. Me he pasado la vida enfadada conmigo misma, con el mundo, con todos. Pero, ¿qué esperaban? Mi padre es un hijo de la gran puta, no me quiere, nunca me ha querido, y no quiero ser como él, quiero ser mejor que él. Ya lo soy.

Cuando tenía diez años, quemé la clase de música. Sabía que ese día tocaba paliza, bueno, todos los días tocaba, así que pensé: ya que me va a pegar, por lo menos que sea con motivo. Pero no lo hizo, y ojalá lo hubiese hecho.

Ese día mi padre me llevo a una casa abandonada a las afueras de

Providence, podría volver a ese lugar con los ojos cerrados. Supuse que la paliza iba a ser tan brutal que no quería que nadie nos interrumpiera, sin embargo, se fue. Esperé horas a que alguien viniera a buscarme, no podía regresar caminando. Recuerdo que se hizo de noche, y fue entonces cuando escuché el sonido de un coche acercándose a la casa. No entendía nada, no podía ser que el único castigo que recibiera fuese quedarme unas cuantas horas encerrada en una casa abandonada, aunque cualquier otro crío a mi edad se hubiese acojonado, pero no era mi caso.

Entonces, cinco hombres se bajaron del coche. Me sonaba de haberlos visto en alguna ocasión reunidos con mi padre, de hecho dos de ellos eran sus propios guardaespaldas. No me escondí, aunque algo en mi fuero interno me gritaba que lo hiciese, esos hombres venían a hacerme daño, pero mi orgullo me impedía esconderme, eso es justo lo que mi padre hubiese querido y, por una vez, debí dejar que él ganase.

Los detalles sobran. Esos hombres me violaron con el consentimiento de mi padre. Me arrancaron la virginidad a los diez años. Lloré, chillé y supliqué, pero nadie me escuchó. Me dejaron en el suelo, tirada, desnuda, y dolorida. Mi padre vino a buscarme a la mañana siguiente, impasible, como si no hubiese pasado nada. Fui todo el camino callada, me pasé una semana encerrada en mi habitación, en la cama, sin hablar ni una sola palabra, tenía escalofríos continuamente y las pesadillas eran constantes. Mi madre, por

supuesto, creía que estaba enferma, llamó a varios médicos pero ninguno supo decir qué tenía. Cómo me hubiera gustado gritarle a la cara lo gilipollas que es, ¿cómo cojones es posible que no se enterara absolutamente de nada? De todas formas no pensaba decírselo, primero, porque nunca me hubiese creído y, segundo, porque mi padre habría ganado, habría podido conmigo, quería llevarme al límite hasta reventar, y no pensaba darle esa satisfacción. Tampoco se lo conté a Bruno, él si me habría creído, claro que sí, pero la humillación era demasiado grande.

Esa noche, mi padre no solo me arrancó la virginidad, despertó en mí a la bestia que él estaba creando, absorbió la poca humanidad que quedaba en mí y me convirtió en el monstruo que soy ahora. Por supuesto, me recuperé, y todo volvió a la normalidad y, cuando digo todo, me refiero a las palizas diarias, otra vez. Sin embargo, a partir de aquello fue diferente, ya no podía causarme más dolor del que me había hecho, y todo me parecía soportable en comparación a esa noche.

Fui maltratada durante nueve años, sin parar, día tras día. Hasta que cumplí los doce. Ese día celebre mi cumpleaños de la mejor forma posible, y no me refiero a regalos, ni tampoco a una ridícula fiesta de esas que tanto les gusta a las adolescentes hormonadas.

Ese día llevé a cabo el plan que tanto tiempo llevaba preparando, y aquella

horrible casa fue mi lugar escogido, no podía ser de otra forma. Cité a esos hombres en aquella casa, haciéndome pasar por mi padre. No merece la pena entrar en detalles de cómo lo conseguí, soy demasiado inteligente y ellos demasiado estúpidos, picaron en mi trampa, y se acabó.

Fueron llegando poco a poco, y yo fui matándolos uno a uno. Los torturé hasta que ya casi no les quedó sangre en el cuerpo, y me regocijé en su dolor. Es triste decir que ese fue el mejor día de mi vida, pero lo cierto es que lo fue. Quemé la casa, dejando mi obra de arte con ella, como tenía que ser. Grabé absolutamente todo, y me aseguré de que llegara a manos de mi padre. Habría dado hasta lo que no tengo por ver su cara.

En dos días, estuve fuera de Providence. Mi padre le explicó al resto de mi familia que simplemente ya no podía más conmigo, que necesitaba una educación severa y que lo mejor es que me mantuviese alejada de la familia un tiempo, y le creyeron, por supuesto, menos Bruno, él sabía que había pasado algo, pero yo no se lo conté, ya que eso implicaba el resto de la historia. Además, el señor gobernador no podía arriesgarse a un escándalo de tal calibre: su única hija, una asesina. Me habría alegrado de largarme de no ser porque mi hermano tuvo que quedarse con él. Bueno, más bien decidió quedarse con él, y eso me dolió. Le pedí, incluso le rogué, que huyéramos, pero el no quiso, por mi madre.

En cuanto a ella... prefiero ser el monstruo que soy a ser como ella. Ella sí que es débil, y yo nunca me habría podido perdonar a mí misma si estuviese en su situación. No la culpo, al menos no del todo, pero tampoco puedo evitar sentir rencor hacia ella. Siempre en su burbuja, en su mundo, nunca hizo nada por defender a sus hijos, nunca. No sé si porque no ponía interés en enterarse y prefería omitirlo, o básicamente porque es gilipollas. Prefiero la segunda opción, duele menos. Bruno la defiende, yo no, ni lo haré nunca.

Aprendí desde muy pequeña que la única manera de sobrellevar toda esta mierda, es que te importe todo tres cojones, y así he vivido. Sin importarme nada ni nadie salvo yo, y mi hermano. Mi hermano. Solo hacia él he logrado sentir algo diferente a la propia indiferencia, al odio que me producen el resto de hombres. Lo quiero. Gracias a él sé que bajo toda esta capa de hierro queda algo bueno en mí, algo que no sea un sentimiento ponzoñoso, de rabia, rencor o dolor.

A veces, cuando me miro al espejo, siento miedo de mi misma. En mis ojos azules lo veo a él y siento asco, ya que no hay nada. Mis ojos son como la tormenta que rodea mi cuerpo, de nada sirve el color, pues están vacíos, y carecen de emociones.

Así me hizo él. Así me ha hecho ser.

En realidad, siempre he sabido que estoy hecha para estar sola. No sé

querer y dudo que alguien sepa quererme a mí, y lo entiendo. Yo soy dolor, los sentimientos matan, y yo soy una bomba de relojería que, cuando explota, arrasa con todo lo bueno que haya a su alrededor, llenándolo de veneno, mi veneno.

Y eso, por mucho tiempo que pase, seguirá siendo así.

Estoy empapada, me duelen las muñecas y la respiración se me sale del pecho. No he parado de golpear el saco en ningún momento, aunque siempre tengo la sensación de necesitar más. Apoyo la frente bañada en sudor en el saco, y cierro los ojos, tratando de recuperar mi respiración normal.

Voy a ir a verlo. No le tengo miedo, hace muchos años dejé de tenérselo. Él ya no puede hacerme más daño, es imposible.

Me doy una ducha para quitarme el sudor, me seco el pelo, y me visto como sé que menos le gusta. Pantalones rotos, una camiseta sencilla de color blanco, botas militares y cazadora de cuero. Cojo las llaves de la moto, una Kawasaki Ninja verde y negra que me ha regalado Bruno y, justo cuando me dispongo a salir, llaman al timbre.

Abro la puerta y no tengo tiempo para reaccionar. Dos hombres me tapan la cabeza con una bolsa negra y entre ambos me llevan a lo que parece ser una furgoneta. No se lo pongo fácil, ya que me remuevo chillando y grito todos los insultos que están en mi vocabulario habitual. Tengo la ligera sensación, y no

suelo equivocarme, de que no habría sido necesario ir a ver a mi padre, ya que él ya tenía planeada una “agradable visita”.

El trayecto no es largo, a los diez minutos escucho el sonido de una verja abriéndose, ese sonido me resulta familiar y es entonces cuando estoy segura de que mis sospechas son ciertas. Entre los dos hombres, me cargan de nuevo y esta vez, no opongo resistencia, se dónde estoy.

Cuando me quitan la bolsa y mis ojos se acostumbran de nuevo a la luz, no me sorprende encontrarme en el jodido despacho de mi padre, en el suelo. Tras su mesa está él, mirándome con sus ojos fríos e inhumanos, como los míos. Me apresuro a levantarme y le sostengo la mirada, impasible. No seré yo la primera que hable, a fin de cuentas él me ha traído aquí por la fuerza. Cómo me gustaría saltar por encima del escritorio y estrangularlo ahí mismo, una imagen que se representa demasiado apetecible en mi mente y algún día haré. Todo llega.

–Hola, hija –dice por fin con ese tono de superioridad que tanto odio. ¿Cómo se atreve a llamarme hija?

–No me llames así, me da asco escucharlo de ti –replico en el mismo tono.

Ignora por completo lo que he dicho, se levanta y se dirige a la mesa que hay con el whisky. Y, sin mirarme, pregunta:

–¿Algo de beber? –No respondo, me limito a desviar la vista–. Me lo tomaré como un no –Sentencia mientras se sirve él una copa–. Siéntate – Ordena–, tenemos que hablar.

Me quedo de pie, cuanto más lejos de él, mejor.

–¿Sabes, Serena? Si no fueses mujer serías perfecta –Ya empieza con sus putos monólogos interiores. Siempre soltaba mierdas de ese tipo mientras me pegaba–. Eres inteligente, muy inteligente, tu coeficiente intelectual supera la media normal, al igual que el de tu hermano y...

–También es superior al tuyo –digo con regocijo. Puedo ver como aprieta la mandíbula, pero rápidamente se repone.

–No me interrumpas –dice con voz autoritaria, como si eso me asustara. Me limito a poner los ojos en blanco, esperando que siga con su mierda.

–Como iba diciendo, es una lástima que hayas sido mujer. He de reconocer que tienes agallas, Serena. Me has desafiado hasta límites insospechados, nadie se habría atrevido a hacer eso, nadie. Eres fuerte, eres muy fuerte, y...

–Para el carro –Interrumpo de nuevo, lo que hace que sus ojos se conviertan en dos finas rendijas. Sé que se está conteniendo por no pegarme un bofetón. Juro que si me toca lo mato–. ¿A dónde coño quieres llegar con todo esto? No tengo tiempo para escuchar tu mierda, ni tampoco me interesa la

opinión que tengas de mí, por mí te lo puedes meter todo por...

–Cállate o tu hermano pagará las consecuencias de tu imprudencia, niña –
Me callo al instante y esta vez soy yo la que aprieta la mandíbula–. Quiero que trabajes para mí, quiero que ayudes a tu hermano.

Me hace tanta gracia cuando lo escucho, que no puedo evitar soltar una carcajada.

–Estás de coña, ¿verdad? ¿Qué parte no entiendes de “no quiero tener nada que ver contigo”? Prefiero estar muerta que tener algo que ver con eso.

–¿Estás segura de que es tu última palabra, Serena? –Se toca el cinturón con una asquerosa sonrisa pintada en la cara.

Tengo que contar hasta diez para no saltar sobre él. Aprieto los puños hasta hacerme daño con las uñas en la palma de la mano y hablo con la mandíbula apretada.

–A mí no me vas a destrozar la espalda como hiciste con él ayer, antes te mato.

–Tú lo has dicho –Ignora mi amenaza–. A ti no. Pero a él sí, y se dejará sin oponer resistencia. Pero... está en tu mano cambiar eso si trabajas para mí.

Cabrón. Sabe perfectamente que no puedo negarme a eso. No digo nada, desvío la mirada pensativa. Si acepto, él volverá a tener todo el control sobre

mí. Nos tendrá controlados a los dos. Eso es lo único que le importa, no soporta no tener el control absoluto sobre todo, y más si se trata de mí.

–Serena –Empieza de nuevo–. Si no aceptas, no solo Bruno sufrirá las consecuencias, tú también tendrás un ca...

–¿Es que no te das cuenta? Ya no me importa, no me importan tus jodidas amenazas, no me importa lo que puedas hacerme, nada de lo que puedas hacer contra mí me importa. Ya no puedes hacerme más daño del que ya me has hecho, me has hecho así, pero lo que has creado se ha vuelto contra ti, porque soy inmune a toda tu mierda. Sabes perfectamente que mi único punto débil es Bruno, sabes que él no va a plantarte cara como yo lo hago por mamá, y que lo seguirás teniendo a tus pies, pero a mi ella me importa una mierda, él es lo único que me importa. Así que, de puta madre, tú ganas. Trabajaré para ti, pero te juro que si le tocas un solo pelo...

–No me amenes Serena, te lo advierto.

–...si le tocas un solo pelo –Prosigo mirándolo fijamente–, no sabes de lo que soy capaz. Bueno, si lo sabes, así que estas avisado.

Me doy la vuelta para salir, pero me interrumpe antes de que abra la puerta.

–Serena –No me giro, pero tampoco salgo–, mañana a primera hora te llegará un mensaje con el lugar donde debes ir.

–Tengo clase.

–Ya las recuperarás. Ni se te ocurra llegar tarde.

Cierro tras de mí con un portazo. Bajo las escaleras a toda prisa y me paro un segundo para respirar hondo. Maldito hijo de la gran puta. Cojo un jarrón que reposa sobre la mesa y lo estampo con fuerza en el suelo. Él ha ganado, sabía que si me amenazaba con Bruno yo no podría negarme. Finalmente ha conseguido volver a controlarme, cómo lo odio.

Noto una presencia detrás de mí. Me giro y veo al guardaespaldas de mi padre mirándome con fijeza. También algunas empleadas de la limpieza se han acercado para ver de dónde provenía el golpe. En cuanto los miro, agachan la mirada.

–¿Se puede saber qué cojones estáis mirando? A trabajar, que para eso os pagan.

Salgo disparada hacia la salida. Necesito salir de esta casa cuanto antes.

Capítulo 23

La Sirenita

*“Números para las cuentas,
palabras para las damas,
la mano para los amigos,
y las balas para los enemigos”.*

(El Padrino)

Marco

Ya están aquí. Tal y como exigí, hoy a media mañana. Ni un solo minuto de retraso, como era de esperar.

Las dos furgonetas se detienen a escasos metros de la entrada de mi casa. Las dos son iguales: blancas con el logo de una empresa aunque, por supuesto, no pertenezcan a ella. Creo que esta vez es de televisiones. Dos automóviles sencillos que no llamen demasiado la atención, aunque eso tampoco es que fuese un problema.

Salen dos hombres de cada furgón. Uno de ellos es Bruno. Les dice algo que no logro escuchar y se acerca a mí mientras los otros tres abren las puertas de los furgones y empiezan a sacar cajas.

–Eh –me saluda.

–Mira que eres antipático, chaval –Le respondo y bufa.

–Le quitas seriedad a todo, pedazo de imbécil.

–Señor Reeves –Me dice uno–, ¿dónde lo ponemos?

–Seguidme –Indico. Entro en casa, seguido de Bruno y de los hombres cargados. Mi perro, por supuesto, viene detrás–. No, Doraemon, tú te quedas aquí.

–¿Doraemon? El otro día se llamaba Bart –Desde luego, a Bruno le desconciertan los cambios de nombre de mi perro.

–Yo que sé, siempre se me olvida cómo lo llamo. ¿Qué más da? Me obedece le llame como le llame.

–Cómo sabe quién le da de comer...

Cruzo el recibidor y me dirijo hacia debajo de las escaleras, donde hay una falsa pared. Es una puerta camuflada que se abre solamente con mi huella dactilar. Coloco mi mano en el lector no visible fácilmente para el resto y, con un pitido, la puerta empieza a abrirse.

Hay unas escaleras hacia abajo, oscuras. Al final hay otra puerta, la cual abro girando el pomo y entro.

Ahora nos encontramos en mi laboratorio personal y privado. Aquí es donde se hace la magia. Es una sala de paredes y suelo blanco, muchísima luz y una cantidad de mesas y armarios.

–Id poniendo las cajas en el suelo, donde pilléis –Indico, y los hombres obedecen. Miro a Bruno—. ¿Está todo?

–Todo. En alguna de las cajas va también la heroína que trajeron mis chicas.

–Perfecto. Esta noche haré alguna entrega.

Como siempre, no seré yo quien entregue la droga a los compradores. No me mancho las manos tanto, no soy estúpido aunque Serena se empeñe en

decirme todos los días en la universidad que lo soy. Le daré la droga a varios muchachos de los que trabajan para mí, y ellos se encargarán de venderla. Hoy tocará de nuevo ir a la discoteca, pues es el lugar más fácil y discreto. Y tendré que ir para supervisar que todo vaya bien y sin problemas, camuflado.

–Marco –Bruno me mira fijamente con la mandíbula apretada. Oh, no–.
¿Qué pasó en Miami?

–Que a todos se os fue la puta cabeza –respondo, sabiendo que no es esa la respuesta que quiere. No me pregunta como profesor, me pregunta como amigo.

–Mira, no me toques los cojones, ¿vale? Estoy conteniéndome por no destrozarte todo tu puto laboratorio y luego partirme el cuello y meterte la heroína por el culo, así que más te vale contarme qué pasó.

No puedo. Se lo prometí, y no puedo romper una promesa así como así a pesar de que debería por la gravedad de la situación. Como profesor ya actué. Denuncié a esos chicos pese a las súplicas de sus profesora y los conseguí llevar ante el tribunal. Serena se opuso en rotundo a declarar, pero finalmente (sin saber cómo) acabó aceptando tras insistirle durante varios días. Creo que fue para que me callase, sep. Esos chicos están cumpliendo ahora unos cuantos años de cárcel, lo que satisfizo enormemente a Serena a pesar de que creo que tenía otros planes para ellos.

–Bruno... Si te soy sincero, le tengo más miedo a tu hermana que a ti. Sin malos rollos, ¿eh? –Alzo las manos con las palmas abiertas–. Pero es que impone más que tú, qué le vamos a hacer. Así que prefiero que te cargues esto y me hagas cagar heroína antes que enfrentarme a la ira de tu hermana si te lo cuento. Le corresponde a ella hacerlo.

Bruno gruñe, pero no replica porque sabe perfectamente que, si se lo contase, Serena sería capaz de destrozar toda mi casa y la suya. La única que puede contarle qué pasó, con pelos y señales, es ella.

“En cuanto toma la primera bocanada de aire, me aparto para dejarle espacio. Está viva. Cuando se incorpora y me mira, me permito relajarme, cerrar los ojos y suspirar, notablemente aliviado.

–Joder, qué susto... –La miro de nuevo–. ¿Estás bien?

Serena se lleva las manos a la cara, frotándosela, pues le picarán los ojos de la sal. Asiente lentamente y suspira. Levanta la vista de nuevo y permanece callada unos segundos que parecen eternos, mirándome. “Gracias”, supongo que iría aquí. Pero claro, Serena no da las gracias dos veces, ya me las dio. Simplemente vuelve a frotarse los ojos.

–No tienes que darlas –digo, a pesar de que no haya dicho nada. Y ahora

tendría que comportarme como el profesor que soy. Debería preguntarle qué narices hacía a estas horas bañándose en la playa, con las olas que hay... Pero ya se ha llevado un buen susto y sé que, si abro la boca, es capaz de lanzarme al mar y dejar que yo me ahogue, así que...-. Ten más cuidado –Es lo único que le digo. Me pongo en pie, dispuesto a irme, pero le ofrezco la mano para levantarla. Ella la mira, pero no parece tener intención de cogerla. Se levanta ella sola.

Sin embargo, el cuerpo le juega una mala pasada, manifestando el resentimiento que sigue teniendo, y pierde el equilibrio con una mueca de dolor. Rápidamente la agarro de la cintura para que no se caiga, pero su peso tira de mí y ambos caemos en la arena. Yo encima de ella. Genial. No sé por qué, pero soy incapaz de levantarme. Bien, Marco, bien. Eres la puta hostia. Estás encima de la hermana de tu mejor amigo, que casi se muere ahogada, el otro día casi la violan y, además, es tu alumna. Cojonudo, sí.

–Apártate –dice mirándome fríamente. ¿Ya está? ¿Sin pegarme? ¿Sin gritarme?

Mi cuerpo no reacciona. Y es, probablemente, la primera vez que esto me pasa. A pesar de saber que esta tía es capaz de sacarme los ojos y venderlos en el mercado negro por tan solo haberla tocado, no me aparto. Y no es porque no tenga motivos para hacerlo, ya que tengo muchos. Es simplemente

que no puedo. Y que en lugar de apartarme de ella, simplemente me lo ordene... No ayuda. Mi sonrisa traviesa acude a mi cara y alzo una ceja.

–¿Por qué no me quitas tú, O’ Connor? –¿Qué cojones haces, Marco?

La fuerza acude a ella y me empuja, haciéndome rodar por la arena para quedarse ella sobre mí, a horcajadas. Le doy el placer de creer que puede conmigo, ya que no he ejercido fuerza alguna para que no me mueva. Es más, hasta la he ayudado a conseguirlo. No dice nada, simplemente me mira. Esta tía es la hostia. No pierdo la sonrisa en ningún momento. Pongo mis manos tras la cabeza y río.

–Ah, bueno, que te gusta dominar... Tranquila, mocosa.

–Que te den por culo, payaso –Se impulsa para levantarse y se quita de encima, con demasiada tranquilidad.

–Oye, que soy tu profesor, un respeto. Además, no me va que me den a mí. Me va más ser el que da, ¿eh? –Me quedo como estoy, tumbado, mirándola descaradamente. Joder, que tengo veinticinco años, todavía estoy en plena juventud, y Serena es una tía espectacular, por lo que no pienso cortarme en mirarla. Aunque debería, sí, pero no hay nadie por aquí.

Ella está buscando algo, seguramente su ropa, pero se gira de nuevo para mirarme.

–¿Qué cojones estás mirando?

–Cojones ningunos –Me encojo de hombros y me acaricio la barba lentamente–. Te miro a ti.

–Pues no lo hagas, no me gusta.

–Pues te aguantas –Me incorporo y me quedo sentado en la arena, con los brazos apoyados en mis rodillas. A pesar de la oscuridad, la luz de la luna hace que la vea perfectamente. Tan fría como la propia luna, como el agua del mar que casi la engulle... Y, de nuevo, me quedo mirándola fijamente.

Serena rompe el contacto, aunque yo siga centrado en ella. Se pone el vestido que recoge del suelo y se le pega al cuerpo ya que aún sigue mojada, y comienza a andar para salir de la playa.

–Ni se te ocurra decírselo a Bruno –Sisea al pasar por mi lado, salpicándome de arena.

Frunzo el ceño. ¿Cómo no voy a decírselo? ¿Esto tampoco? No puedo ocultarle tanto. Ignoro lo que me provoca el verla con ese vestido pegado, y me pongo en pie. Cojo la camiseta que me he quitado para lanzarme al agua a por ella y salvarla, poniéndomela también a pesar de seguir algo mojado y voy tras ella.

–Serena –Como me ignora, nada nuevo, no tengo más remedio que agarrarla del brazo y obligarla a girarse. En cuanto la tengo mirándome, la suelto. Sé que no le gusta que la toquen, como a su hermano. Creo saber el por qué, pero nunca me he atrevido a preguntar, ya que sé que no obtendré respuestas–. ¿Cómo pretendes que no le diga a tu hermano que casi te mueres? Bastante que le oculto que casi te violan.

–Pues muy fácil: cerrando la boca. ¿Quieres un croquis? –Suspira y pone los ojos en blanco.

–Sé perfectamente cerrar la boca, cosa que es evidente que tú no –Ya que siempre suelta todo lo que le viene a la cabeza y nos hace pensar a todos que está como una puta cabra. Qué narices, lo está–. Pero no me puedes pedir que le oculte tantísimas cosas a tu hermano. Te recuerdo que soy tu profesor, que no sé por qué cojones se os olvida a todos que sigo siendo un puto profesor –Creo que esta conversación ya la hemos tenido antes... Ah, sí, cuando casi la violan, porque Serena solo se mete en problemas–, y estoy en la obligación de contárselo a tus padres –Hago una pausa para que digiera la información. Sé lo suficiente. Sé que Bruno odia a su padre. Sé que no tienen una buena relación, que desearía verle muerto. Y tiene sus motivos que, como he dicho, no me ha contado, pero los supongo. Y sé que Serena tiene ese mismo sentimiento hacia su padre-. Y por no hablar de que tu padre es el mismísimo gobernador.

–Escúchame bien, gilipollas –Me agarra por la camiseta para acercarme a ella. Noto su aliento sobre mis labios, lo que hace que suelte un pequeño suspiro, con el que finjo que me aburre. Esto tampoco es nuevo, es todo como un flashback. El mundo se está riendo de mí.

–Te escucho –respondo. No me suelta. Veo sus ojos bajar hasta mis labios. La muy descarada se recrea mirándolos durante unos segundos y después alza la vista para centrarla en mis ojos. Mierda. No, Serena, no. No, Marco, no. No se juega con las alumnas. No se juega con las hermanas de los mejores amigos. No se juega con las hijas de los gobernadores. No se juega con mafiosas. No se juega con locas. Pero ya me he contenido antes... Acercó mis labios a los suyos lentamente... y, cuando se rozan, me separo y la miro–. Espera, ¿ibas a besarme?

–¡Claro que no! –grita, apartándose en seguida–. Claro que no iba a besarte. Antes me suicido que besarte a ti... –Hace una pausa, pensando seguramente cómo insultarme, pero... Espera, ¿está nerviosa? Serena O’ Connor está nerviosa–. GILIPOLLAS –Concluye y se gira para irse.

–Joder, si es que ya podías haber sido más original, mocosa. Si te has puesto hasta nerviosa –La sigo–. Es normal, si yo en el fondo te entiendo.

–¿Qué? ¿Que yo me he puesto nerviosa? ¿Que yo me he puesto nerviosa? –Se señala fingiendo un tono dramático, sin girarse. Se para de golpe, lo

que hace que me choque contra su espalda, aunque no me aparto—. Por favor, no seas ridículo. Y deja de seguirme, joder. Eso sí que me pone nerviosa, el tenerte pegado al culo.

Serena es alta, pero yo lo soy más, así que puedo mirarla perfectamente desde arriba.

—Es que voy hacia el mismo sitio que tú, princesita nerviosa.

Se gira como un resorte al escuchar esa palabra. Por Dios, que no me mate... Bueno, de momento solo me señala furiosa.

—No. Me. Llames. Princesita —dice remarcando cada palabra—. Y métete el nerviosit... —da un paso atrás, pero se tropieza con las tablas de madera del suelo que hay para salir de la playa, y tiene que, de nuevo, acudir a mis brazos para agarrarse y no caerse. Me mira a los ojos, con la respiración alterada.

Trago saliva al tenerla de nuevo tan cerca, nerviosa, vulnerable... Quiero besarla, ¿para qué mentir? Pero probablemente me partiría la cara, así que solo se me ocurre preguntar:

—¿Puedo besarte?

Traga saliva al escucharme.

—Está claro que eres gilipollas sin remedio.

Sin más preámbulos, tira más de mi camiseta, salvando la distancia que quedaba entre nosotros, y me besa. Serena O' Connor me besa. Mis labios reciben los suyos con ansia, la misma con la que ella me besa. No es un beso suave, ni mucho menos. Es hambriento, desesperado, por eso, su lengua se abre paso entre mis labios en cero coma, con rabia, con avidez. Está fría y sabe a sal, pero me gusta. La agarro por la cintura para besarla mejor, apretándola contra mí, uniendo mi lengua a la suya. Joder.

Termino por separar mi boca de la suya, no porque no quiera seguir besándola, sino porque necesito mirarla. Me relamo los labios lentamente y sonrío de medio lado.

–¿Ves como sí querías besarme?

Rueda los ojos, negando y aparta mis brazos que rodeaban su cintura.

–Que te jodan –Se gira y yo río. Me encanta, me encanta su mal humor. Creo que es por eso por lo que todavía no la he mandado a la mierda como hace todo el mundo, aunque a ella le dé igual.

–Pero, ¿dónde vas? Que ahora venía el momento en que te hacía el amor aquí en la arena, a lo “Tres metros sobre el cielo”, con la banderita y todo.

–¿Qué cojones hablas? ¿Qué es eso? –pregunta. Fallo mío.

–Es una película italiana. Bueno, y española –respondo–. La tengo en

casa, cuando quieras podemos verla –Me encojo de hombros–. Es para mayores de doce años, ¿podrás verla?

Se ríe. Serena se ríe, aunque sé que es algo involuntario, y que lo hace por tal de no matarme, y juro que jamás he oído nada igual. Abro los ojos y alzo las cejas sorprendido. ¿Acaba de...? Se calla al instante al percatarse de lo que hace, y desvía la mirada.

–¿Acabas de reírte? –pregunto. Gilipollas, es evidente, ¿no la has oído? Pues claro que lo he hecho. Es... Niego.

Es lo más bonito que he escuchado nunca. La risa de una persona que vive atormentada, infeliz... ¿Con qué frecuencia reirá Serena? Dudo que muy a menudo, así que guardo este momento en mi mente, porque no sé si alguna vez se volverá a repetir. Si su risa fuese una canción, sin duda sería mi tono de llamada predeterminado. Y estaría llamándome constantemente a mí mismo desde otro teléfono para oírlo una y otra vez.

Aprieta la mandíbula y niega. Ojalá pudiera saber qué ronda por su mente.

–Simplemente tenías que haber seguido besándome, joder –Se gira y empieza a andar. De nuevo, alzo las cejas, sorprendido. Avanzo hacia ella y la detengo agarrándola por ambas manos.

–De acuerdo.

Vuelvo a besarla, pero en lugar de con la ferocidad con la que ella lo ha hecho antes, con delicadeza. Le doy un suave beso, y vuelvo a apartarme.

–Si de todos modos tu vida está ligada a mí, ¿no ves que te la he salvado ya dos veces?

–¡¿PERO ES QUE NUNCA TE CALLAS?! –exclama–. Tío, eres un puto corta rollos de mierda. Como folles igual... Qué lástima –Resopla.

–Cuando quieras lo comprobamos –Me encojo de hombros–. Sabes que pueden expulsarme por tu culpa, ¿verdad? Porque me has besado. Esto es acoso a un profesor... Bueno, en todo caso te expulsarían a ti –Sonrío y me callo, creo que ya ha tenido suficiente de mí. Abre la boca para responder, seguramente con una burrada, pero se calla cuando sigo–. ¿Sabes...? Podría dejar de hablar y seguir besándote. Pero no eres esa clase de chica que se conforma con un simple beso, ¿verdad? Seguramente sea demasiado aburrido para ti. Y, ¿sabes por qué no me callo? Porque me encanta ver cómo reaccionas ante cada chorrada que digo. Me pasaría la noche entera así si consiguiera hacerte reír de nuevo.

–Esto nunca debería de haber pasado, ni volverá a pasar –responde apartando la vista–. Olvidalo.

–Me ofendes –Me llevo una mano al pecho dramáticamente, haciéndome el dolido. No sé si me molesta que me diga eso o me alivia. Es pronto para saberlo–. Anda, vámonos ya. Procura meterte en la suite y no volver a lanzarte al mar, que no eres la Sirenita –Me encantaría saber cómo se las ha apañado para que ni siquiera su hermano se percate de que no está en la habitación.

–Payaso –Rueda los ojos, girándose para volver, por enésima vez, a intentar irse–. ¡Ah! –Se para en seco y me mira directamente–. Obviamente esto lo vas a borrar de tu mente. Bruno nunca se va a enterar de que tú y yo... Bueno, eso. Porque si no, te corto los huevos y se los doy de comer al chucho que me ha dicho Bruno que tienes. Claro, ¿no?

–Pobre Homer –Alzo las manos de forma inofensiva y asiento–. Sí, señora. Pinky promise. Omertá –Le guiño un ojo.

–Bien –Finalmente vuelve a girarse y, esta vez, sí que logra salir de la playa sin interrupciones. Le dejo su espacio para irse, y minutos después, me marchó yo, tras echarle un último vistazo al agua.

–Serena la sirena –Niego y me río yo solo. Menuda noche.”

Capítulo 24

A punta de bala

*“Si hay algo seguro en esta vida,
si la historia nos ha enseñado algo,
es que se puede matar a cualquiera”.*

(El Padrino)

Hugo

Vitrina número uno: armas de fuego cortas. Comprende todo tipo de revólveres y pistolas. Distingo varios revolver Colt Anaconda del calibre 44 Magnum, posee una gran precisión y se maneja muy fácilmente. También algunos Webley Mk VI, este modelo son piezas de coleccionista, hace muchos años que se dejaron de producir, sin embargo, no me extraña que estén entre nuestra colección de armas, por eso somos quienes somos.

Vitrina número dos: armas de fuego largas rayadas para tipo deportivo, de calibre 5,6 milímetros, percusión anular, de un disparo, de repetición o semiautomáticas.

Vitrina número tres: Carabinas y pistolas, de tiro semiautomático y de repetición; y revólveres de doble acción.

Podría seguir así con las veinte vitrinas de cristal que me rodean, separadas por categorías. Enumerando una a una todas las armas que contienen, podría decir el tipo, su calibre, su precisión, cuál es mejor, o cuál es peor. Para eso me educaron. Abro una de las vitrinas y elijo un revólver del calibre 9.

En esta misma habitación, abro una puerta que va a dar a la sala de tiro. Me pongo las gafas protectoras, pero no los cascos, estoy acostumbrado al sonido de las balas, y me coloco frente a una de las dianas, esta es demasiado fácil. Apunto, quito el seguro y disparo sin vacilar. Diana.

–Vaya, Hugo, veo que no has perdido práctica.

La desagradable voz de mi tía se escucha tras de mí y no me hace falta girarme para saber que está apoyada en la puerta, probablemente con su característica sonrisa falsa y de superioridad pintada en la cara.

Me giro y... bingo.

–No, ya ves que no –Me limito a responder y me giro nuevamente apuntando a la siguiente diana, situada un poco más lejos.

–Me alegro. Te recuerdo que en una hora tienes que ir al enc...

–Sé lo que tengo que hacer en una hora, pero gracias por hacer de alarma –
Disparo de nuevo. Diana otra vez.

–No me hables así, Hugo, a mí tu chulería no me parece graciosa –La noto acercarse por detrás, hasta situarse justo a mi lado.

Me encojo de hombros, disparando a la última diana. Nuevamente da en el centro.

–Lástima. Pero... ¿Qué quieres que te diga? Nadie te ha pedido que me recuerdes nada, sé perfectamente lo que tengo que hacer.

–Desde que fuiste a ver a tu madre estás más altanero que de costumbre, y ya es decir –De reojo la veo alzar una ceja. Me está provocando.

Quizá es porque, por tu culpa, mi madre está encerrada, puta. Juego con la pistola entre los dedos y la miro directamente. Ella ni se inmuta.

–¿Tú crees? Será que tú sí que has perdido la costumbre de aguantarme.

–No juegues conmigo, Hugo. Te lo advierto –Y sé que en realidad no es una advertencia, sino una amenaza.

–¿Qué cojones pasó con mi madre? Ella no intentó matarte y si lo hizo fue porque tú la provocaste.

–Tu madre intentó matarme porque está enferma, tiene un problema mental, esa es la única verdad.

–Entonces yo también tengo un problema mental –Porque yo también tengo ganas continuas de retorcerle el pescuezo de víbora que tiene.

Mi tía alza una ceja.

–¿Qué quieres decir? –Sabe perfectamente lo que he querido decir, no es gilipollas. Simplemente quiere ver si tengo huevos a decírselo a la cara.

–Quiero decir que entiendo que mi madre quisiera matarte, probablemente no sea la única que tenga ganas –Le echo un vistazo rápido a la pistola, mientras sigo jugando con ella entre los dedos. Sería capaz de meterle un tiro entre ceja y ceja en este mismo momento–. Ella no está loca. Eso os lo inventasteis no sé con qué objetivo, o por qué. Pero te juro que lo voy a descubrir, y lo vais a pagar muy caro

–¿Me estás amenazando? –Ríe de forma estúpida–. No seas ridículo, Hugo, sinceramente no sé quién te habrá metido toda esa sarta de bobadas en la cabeza, seguramente habrá sido la idiota de Nikki Thomps...

–No se te ocurra hablar mal de ella –La corto. Nadie insulta a Nikki en mi presencia–. Y, sí, te estoy amenazando.

–Te recuerdo que soy tu familia.

Ahora sí que me hace gracia. No puedo evitar soltar una carcajada con ganas. Mi familia, dice...

“–La familia no es lo más importante. Cuando crezcáis tendréis que enfrentaros a situaciones en las que estaréis solos. Únicamente os tendréis a vosotros mismos, así que vosotros debéis ser lo más importante. Buscad vuestras metas y pasad por encima de quien sea, como sea, hasta de vuestra propia familia si es necesario –nos repite mi tío por enésima vez a mi prima Bianca y a mí.

Todos los días la misma canción cuando le pregunto por mi madre. Sin embargo, yo la sigo echando de menos. Esto quiere decir que él... ¿Pasaría por encima de mí si fuera necesario? ¿Me mataría como sé que ha hecho con otra gente? ¿Pisotearía a su propia familia?

–Pero...

–Ni pero, ni nada –Me interrumpe–. Venid conmigo.

Sigo a mi tío a través de la sala de armas, y mi prima me sigue a mí. Ella, como siempre, está asustada, es una miedica. A mí sin embargo me encantan, por eso me deleito en mirarlas colocadas tras las vitrinas de cristal, donde cada día después del colegio venimos a nuestra clase particular para aprender a diferenciarlas. Siempre he querido disparar, pero mi tío todavía no nos lo ha permitido. Es normal, tengo diez años y Bianca siete.

Bajamos al sótano y, cuando mi tío ilumina la sala, me quedo paralizado en las escaleras y Bianca suelta un grito detrás de mí. En mitad de la sala

hay un hombre atado de pies y manos a una silla de madera. Está todo lleno de sangre, ya que sin duda le han dado una buena paliza. A su lado, una mujer que no está en mejor estado que él, también atada. Y por último un chico joven, es bastante más mayor que yo, calculo que tendrá unos dieciséis años, más o menos.

Mi prima vuelve a gritar y sale corriendo. Yo sin embargo soy incapaz de mover un músculo, observando la escena.

–Ven aquí, Hugo –Parece que mi tío ya se esperaba que yo era el único que iba a quedarse.

Vacilo antes de moverme, hasta que finalmente termino de bajar las escaleras colocándome a su lado, incapaz de apartar la vista de las tres figuras que ahora me observan con detenimiento. A pesar de la sangre, distingo que los tres tienen unos profundos ojos azules, y el pelo muy rubio.

El hombre dice algo en un idioma que no llego a comprender, pero que sí distingo. Es ruso. Mi tío le contesta en el mismo idioma de malas maneras. Es un dialecto realmente feo, me resulta demasiado brusco y tremendamente exagerado el modo de pronunciar.

Ahora mi tío dirige su mirada hacia mí y sonrío. No me gusta para nada cuando sonrío de ese modo, ya que doy por hecho de que no me va a gustar lo que viene a continuación.

–Mátalos –dice simplemente. Seguro que he escuchado mal.

–¿Có... Cómo?

–Ya me has oído, Hugo, que los mates. Acaba con ellos –dice mientras coloca en mis manos su revólver.

–Pero yo no...

–¿Qué tu no qué? –Cómo odio que me interrumpa–. ¿Sabes quién es esta gente?

Niego mientras los miro de nuevo. El más joven me mira de un modo amenazante, realmente me asusta un poco, aunque nunca lo reconocería, y mucho menos delante de mi tío.

–Esta gente nos ha extorsionado, nos han querido robar mucho dinero, así que hay que deshacerse de ellos. Así funciona esto, ojo por ojo. La ley del más fuerte es la única que vale.

–No puedo –Niego con firmeza apartando la vista de ellos. Solo soy un crío, esto no está bien.

Es cierto que siempre me han llamado la atención las armas, pero nunca me había planteado que llegara el momento de tener que disparar contra alguien y justo en este momento. No estoy preparado, aunque soy consciente que algún día tendré que hacerlo.

–Sí puedes. ¿Sabes que ellos lo harían si tuvieran oportunidad? Te matarían sin vacilar, a ellos no les importa una mierda tu vida.

Los miro de nuevo, los tres tienen sus ojos clavados en mí, como si entendieran lo que mi tío me está diciendo. No tienen miedo, puedo verlo en sus ojos.

–Empuña el arma –Mi tío interrumpe mis pensamientos colocándose detrás de mí–. Hazlo, Hugo.

Le hago caso, empuño el arma como le he visto hacer a él otras veces, pero las manos me tiemblan.

–¿Qué cojones haces? Cálmate, respira hondo, no dejes que los sentimientos te dominen. Tú tienes el poder.

Cierro los ojos y respiro hondo. Cuando los abro, la mano ha dejado de temblar.

–Eso es, chico, muy bien. Ahora fija tus ojos en él, no tienes miedo, marca el objetivo y dispara.

Trago saliva y, cuando le miro a los ojos, tengo miedo. Voy a matarlo. Voy a quitarle la vida a una persona. Pero se supone que es lo que tengo que hacer, ¿no? Él nos ha intentado robar y eso está mal. Pero yo lo voy a matar y...

–Su hermano violó a tu madre cuando tú eras pequeño, le hizo mucho daño –Eso hace que reaccione de golpe. ¿El hermano de este hombre le hizo eso... a mi madre? Agarro con más firmeza la pistola–. La violó, le pegó, Hugo, sin ninguna compasión. ¿No quieres venganza? ¿No quieres verlo sufrir? Tu madre le suplicó que parara y no lo hizo, la violó y la dejó tirada en medio de un...

El tiro retumba por toda la sala y, sin embargo, me sorprende a mí mismo de no haberme asustado. No quería seguir escuchando lo que el hermano de este hombre le hizo a mi madre. Le he dado en el pecho, lo he matado. La mujer que había a su lado se remueve en su asiento, chillando en ese idioma tan odioso. Sin embargo el muchacho me mira impasible, da miedo, mucho miedo. Se me cae la pistola de las manos, a mis pies.

–Bien hecho, chico –Lo miro y me sonrío orgulloso. ¿De verdad estás orgulloso de lo que acabo de hacer?

No quiero seguir mirando, simplemente me giro y me dirijo a las escaleras para subir.

–Lección de hoy: no dejes que los sentimientos te dominen, tienes que dejarlos a un lado, siempre. No hay compasión, Hugo.

Asiento y comienzo a subir. Pero no me giro cuando escucho los disparos que retumban por toda la sala, pues ya se lo que acaba de ocurrir. Mi tío ha

terminado lo que yo no he sido capaz de hacer, la mujer ya no grita, y ya no noto la mirada del muchacho quemándome la espalda.

¿Realmente tendré que hacer esto algún día con mi propia familia?”

–Mi única familia está metida en un puto centro de loqueros, por tu bendita culpa. Así que no seas patética, tú no eres mi familia. No te caigo bien y tú a mí tampoco. Siempre ha sido así, dejemos la falsedad a un lado.

–Como quieras, Hugo. Pero déjalo estar, no te conviene remover mierda, créeme.

–Mierda es la que sale de tu boca continuamente. Déjame en paz y metete tus consejos por el culo –Me guardo la pistola a la espalda, enganándola con el cinturón y salgo dejándola ahí, con la palabra en la boca.

Si algo tengo claro es que si tuviera que matar a alguien de mi familia, empezaría por ella.

Y lo peor es que lo haría sin vacilar.

–Ocupaos de él. Yo tengo que ir a por un cargamento de armas que llega a las seis.

El almacén abandonado está que se cae a trozos. Sinceramente no me siento seguro estando aquí, tengo la sensación de que puede derrumbarse en

cualquier momento así que si tiene que aplastar a alguien que no sea conmigo dentro.

–Hugo D’Lorian –pronuncia mi nombre con un marcado acento ruso, desagradable. Nunca me ha gustado ese idioma, pero esa voz... me resulta familiar–. Los mismos ojos que la perra de tu madre.

Oh, oh. Mal hecho. Me giro como un resorte y de dos zancadas estoy frente a él. Tengo que agacharme para estar a la altura, puesto que él está de rodillas. El pelo rubio, en la mejilla tiene una notable cicatriz, y los ojos... esos ojos azules. Me sonrío asquerosamente.

–¿Es grande, verdad? –Sé que se está refiriendo a la cicatriz–. La zorra de tu madre me la hizo cuando la disfruté –Mi cara de asco es proporcional al odio que siento en este momento. Sabe que va a morir, que ya no tiene nada que perder. Sin embargo, podría haber sido rápido, pero ahora...

–Traed a su familia. No va a quedar vivo ni el puto perro.

Mis hombres sacan de una sala a su mujer y a sus dos hijos. Su mujer es preciosa, idéntica a su hija que debe tener unos diecisiete años, más o menos. Su hijo es más mayor que yo, cálculo que unos veinticinco. El puto ruso se remueve con fuerza, gritando lo que probablemente serán insultos que no llego a comprender y que, por otra parte, me dan igual.

–Haced con ellas lo que queráis. Llevadlas a algún prostíbulo de los O’Connor, probablemente les sirvan.

Se las llevan entre gritos y con un gesto ordeno que me traigan a su hijo, colocándolo de rodillas frente a mí.

– Maldito perro, hijo de puta. Te voy a matar, te voy a arrancar las tripas, no sabes...

Agarro el cuello de su hijo, el movimiento es rápido. Él no tiene por qué sufrir, cae frente a mí, pero ni siquiera me molesto en mirarlo. Me centro en su padre, parpadea varias veces mirando a su hijo y después me mira a mí. Puedo ver en sus ojos el odio, el rencor, me partiría en mil pedazos si pudiera, lo sé. Paso por encima de su hijo y de nuevo me coloco frente a él.

–¿Qué decías? –Esta vez soy yo el que sonrío–. Maté a tu hermano con solo diez años, he matado a tu hijo, y a tu mujer y a tu hija les van a reventar el coño día sí, día también –digo lentamente, remarcando cada palabra. Solo de pensar que este hijo de puta le hizo eso a mi madre...

–Nos veremos en el infierno, Hugo D’Lorian –Entonces me escupe. Tiene cojones, no lo niego.

–Dalo por hecho –Me levanto mientras me limpio la cara con asco–. Cortadle la lengua y dejadlo que se ahogue –Nunca tendría que haber

mencionado a mi madre con su asquerosa boca.

Mientras mis hombres lo aprisionan nuevamente, sigue insultándome. Cuando le cortan la lengua, lo cuelgan boca abajo. Los espasmos son horribles, y el charco de sangre a su alrededor es considerable. No puedo evitar acordarme de Nikki, ella sería incapaz de ver esto, odia la sangre. El simple hecho de recordarla hace que sonría por un momento, y observo la escena con satisfacción.

Me siento en una silla frente a él, será mi preciosa cara lo último que vea antes de morir. Me enciendo un cigarro, y lo observo ahogarse lentamente, cuánto debe estar sufriendo... Sin embargo, soy incapaz de sentir lastima por él. No merece vivir, no merece mi compasión, puesto que él haría lo mismo conmigo si pudiese. Mi tío me lo enseñó. Además, violó a mi madre, debería cortarle los huevos y dárselos de comer al perro.

—Quemadlo todo, que no quede ningún rastro —digo mientras me levanto cuando por fin se queda quieto. Que se pudra en el infierno. Algún día nos veremos las caras, y volveré a matarlo si es necesario.

Realmente me doy miedo a mí mismo, quizá me haya convertido en lo que mi tío siempre quiso, para lo que él me educo. Sin embargo, lo que él no sabe es que sus enseñanzas pueden volverse en su contra "...por encima de quien sea, Hugo, hasta de tu propia familia".

Y eso es precisamente lo que haré.

Recuperaré a mi madre y descubriré la verdad, cueste lo que cueste, y quitaré de en medio a todo el que se cruce en mi camino para impedirlo, aunque tenga que acabar con lo que queda de mi ridícula familia, y digo ridícula, porque sin duda, nos viene demasiado grande el nombre. Jamás hemos sido una familia.

Y a partir de ahora, menos que nunca.

Capítulo 25

Princesa de la mafia

“El mundo es tuyo con todo lo que hay dentro”.

(Scarface. El precio del poder)

Nikki

No he parado de bailar en toda la noche, por lo que me he merecido este pequeño descanso que he hecho mientras Kai se enrolla con un rubio impresionante en uno de los sillones de la discoteca. Hemos pasado toda la mañana y parte de la tarde de compras y, evidentemente, yo he vuelto a casa con el doble de bolsas que Kai, como siempre, aunque él también arrasa en las tiendas. Y esta noche he aceptado acompañarle, de nuevo, a esta discoteca que frecuentan más homosexuales que heteros. De hecho, es probable que yo sea la

única heterosexual de todo el local. Muchas tías ya me han comido con la mirada, pero la mayoría saben quién soy, y que no soy de su grupo. Otras sí que han intentado ligar conmigo, pero las he despachado rápidamente.

Ya son las cuatro de la mañana y, aunque no es tarde para una noche de fiesta, mañana, bueno, hoy, tengo que asistir a una reunión que ha convocado mi tío con el resto de familias. Es por la tarde, pero yo necesito pasarme toda la mañana durmiendo. Así que en cuanto Kai termina de comerle los morros al rubio y se acerca a mí con una sonrisa que resalta sus hoyuelos, le invito a irnos.

—¿Nos vamos ya? —Le pregunto, aunque la sonrisa de tonto no se le quita de la cara—. Ya has tenido lo tuyo, menudo tío te has pillado...

—¿Verdad? Joder, qué bueno estaba —Suspira—. Venga, vámonos.

El no tener coche propio habría supuesto tener que coger un mugriento y asqueroso taxi a estas horas, ya que Louis, mi chófer, no está disponible para mí las veinticuatro horas del día. Pero, haciendo gala de la enorme generosidad de Dylan, hemos cogido prestado su Bugatti. Sin permiso, claro está. Estoy deseando comprarme un coche propio, en concreto un Lamborghini Aventador en color blanco, pero de momento tendrá que esperar. Además, soy una gran conductora, de las mejores. Es probable que sea una de las mujeres que mejor conducen de todo el país. Adoro echar carreras con mis primos y

patearle el culo a Dylan de vez en cuando. Y cuando tenga mi propio coche... Va a ser brutal.

–Me ha dado su número –Me dice Kai mientras nos dirigimos a la puerta–. Aunque dudo que lo llame, no quiero compromisos.

–Haces bien, disfruta de tu soltería y enróllate con todos los que puedas.

–Eso haré, preciosa –Kai me guiña un ojo y yo río. Lo adoro.

Salimos de la discoteca y nos dirigimos hacia el coche, aparcado unas calles más abajo, en un callejón donde hay pocos coches, pues a esta hora hay muchos borrachos y no quería arriesgarme a dejarlo muy a la vista y que algún borracho lo rayase; Dylan me mataría.

Cuando llegamos, veo que hay dos tíos apoyados en el coche: uno sentado en el capó y otro apoyado en la puerta, ambos riendo. Oh, no, nadie toca el Bugatti de mi primo. Kai me mira, esperando ver mi reacción, que no tarda en dejarse ver.

–Eh –exclamo mientras nos acercamos a ellos–. ¿Podéis apartaros del coche, por favor?

La primera vez tiene que sonar amable, pero si tengo que volver a repetirlo, no lo será.

–Oh, Nikki Thompson –dice uno de ellos. Ninguno se aparta del coche–. Al

ver el Bugatti pensábamos que iba a ser Dylan Thompson el que viniera a por él. Pero que seas tú la que ha aparecido pone las cosas mucho más fáciles.

–¿Qué narices habláis? –Interviene Kai, frunciendo el ceño–. Apartad.

–¿Que nos apartemos? ¿Y quién nos lo va a impedir, tú, marica? –dice el otro. Eso me cabrea. Sé que a Kai ya no le molesta que lo insulten de esa manera, pues está acostumbrado, pero a mí me cabrea.

–Mirad, par de gilipollas. Somos capaces de tumbaros y partiros la cara antes siquiera de que os de tiempo a reaccionar –espeto, lo que provoca las carcajadas de los hombres.

–Ay, no, no la provoquéis... –murmura Kai.

–A ver, preciosa –Uno de ellos se aparta del coche y se acerca a nosotros. Ninguno de los dos retrocedemos. Yo le mantengo la vista alzando el mentón de manera altiva, como buena Thompson que soy. No le tengo miedo, más bien debería de tenérmelo él a mí. Si él supiera...–. Vamos a dejar las cosas claras, ya que los ricos creéis siempre tener el poder. Tu amiguito va a sacar su cartera de Hello Kitty y va a darnos toda la pasta que tiene y, tú, vas a darnos ese precioso bolso azul que vale más que mi casa, para que podamos llevarnos todo lo que tienes en él, incluidas las llaves del Bugatti. Y después puede que nos divirtamos contigo un rato.

Ahora soy yo la que se ríe. Kai se pasa una mano por el pelo y resopla. Sabe perfectamente que no van a terminar muy bien si siguen así, y no quiere verme cabreada.

–Intenta cogerlo si puedes –Alzo una ceja, desafiándolo. Jamás va a conseguir el bolso.

El tío se lanza contra mí, pero es demasiado lento para mis reflejos, pues no le da tiempo a ver mi puño impactar en su cara. No estoy excesivamente fuerte, sigo siendo una muñequita, pero soy rápida y hábil, y sé defenderme y atacar. Tiene que retroceder unos pasos, ya que no se esperaba el golpe. Su descuido hace que avance y le dé un nuevo golpe que le parte la nariz, haciendo que empiece a sangrar.

–¡Hija de puta! –grita, llevándose las manos a la cara. Kai y el otro tío nos miran, el primero orgulloso y el segundo sorprendido. Este, al ver que su compañero necesita unos segundos para recomponerse, se lanza también a por mí.

Antes de que llegue, giro elegantemente sobre mis tacones, levanto una pierna y le clavo el tacón en la entrepierna, empujando. Él va a agarrarme la pierna, de hecho lo consigue, pero le doy un golpe con el bolso en la cabeza, lo que hace que me suelte y caiga al suelo, agarrándose el paquete.

–Siente lo que es un Balenciaga, imbécil –espeto. Agradezco no haber

traído hoy uno de los bolsos pequeños de fiesta, si no este mediano con asas.

–Nikki –La voz de Kai, angustiada, asustada, hace que lo mire. Mierda, mierda. El primer hombre lo ha agarrado por detrás y... le apunta en la cabeza con una pistola. Kai traga saliva y me mira sin saber qué hacer. Niego lentamente para darle a entender que no se mueva.

–Suéltale –Ordeno. No estoy nerviosa, no me altera ver una pistola. Lo que me cabrea es ver a mi amigo con una en la cabeza–. ¿Piensas dispararle aquí, que cualquiera puede escuchar el tiro?

–Lleva silenciador, muñeca –Me vacila.

–No, no lleva. ¿Te crees que soy gilipollas? –Y es cierto, la pistola no lleva silenciador, por lo que su mentira no cuela. Lo siento, amigo, has ido a engañarle a la persona equivocada. Él aprieta la mandíbula y aferra con más fuerza la pistola. Le mantengo el contacto visual. Necesito que siga mirándome a los ojos, que no aparte la vista de ahí–. Suelta a mi amigo.

–No –responde. Meto lentamente la mano en mi bolso, asegurándome de que no desvía la vista hacia él–. Danos todo lo que tengáis.

–Os he visto la cara –Me encojo de hombros–. Puedo denunciaros. Tengo buena memoria para las caras.

–No te servirá de nada si te matamos.

–Te digo lo mismo que antes. Inténtalo –Le sorprende mi valentía, pues alza una ceja y abre la boca para decir algo, pero se calla. Después lo veo sonreír y, creyendo que no me doy cuenta, desvía por unos segundos la vista a su compañero. Sé lo que pretenden pero...

–Ingenuos –digo, llamando su atención de nuevo. El que estaba en el suelo vuelve a tirarse a por mí, esta vez con una navaja en la mano. De nuevo, lento, muy lento. Saco la mano de mi bolso y le apunto con mi pistola, lo que hace que se pare en seco—. A ver, ¿quién va a disparar primero? ¿Tú a mi amigo o yo al tuyo? Y esta sí que tiene silenciador.

–Me cago en la puta –espeta el que tiene a Kai. Esto sí que no se lo esperaban. Kai tampoco. Aunque ya me ha visto antes empuñar una pistola, sigue sorprendiéndole. Sabe mucho, pero no ha visto nada.

–Suéltale –Ordeno—. Suéltale o te juro que disparo.

El tío vacila. ¿Quién vacila teniendo una pistola cargada y en la cabeza de una persona ante otra que simplemente apunta? Una de dos. O no tiene la pistola cargada, o realmente no confía en sus habilidades. Vuelve a tensarse y agarra a Kai con más fuerza. Mi amigo, haciendo caso a los consejos que le di la última vez, se queda quieto. No habla, no se mueve, solo observa. Bien hecho, Kai.

Me acerco lentamente al de la navaja, que en seguida la tira al suelo al ver

que no dejes de apuntarle. Su compañero, asustado por lo que pueda hacer, suelta a Kai y lo empuja, haciendo que caiga al suelo. No me preocupo, él sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Rápidamente, se arrastra detrás del coche, a cubierto. El hombre me apunta ahora a mí con la pistola, y yo al otro, que vuelve a coger la navaja. Genial, ahora tengo a mi izquierda una pistola y a mi derecha una navaja.

–Suelta la pistola, princesa –Me dice el que me apunta. Yo suelto una carcajada, dándole a entender que no voy a hacerlo. Las manos le tiemblan, está nervioso y sé que, si dispara, no acertará–. Suéltala o te mato.

–Adelante –Le digo–. Mátame.

Seguramente jugar con la muerte no es una buena idea. Pero cuando te has enfrentado a situaciones peores, algo como esto te parece insignificante y te percatas de que la línea que separa la vida de la muerte en este mundo no la traza nadie más que tú. Ni siquiera la propia muerte decide cuando acude a ti, tú decides cuando quieres que venga. Y, ahora mismo, no es un buen momento, la verdad.

Por eso, cuando el hombre, con manos aún temblorosas, aprieta el gatillo, yo ya estaba preparada. Me aparto con agilidad y rapidez, aunque no la suficiente. La bala me roza el brazo, pero termina penetrando en el cuerpo de su compañero. Los gritos del tío podrían superar perfectamente el ruido del

disparo. Solo espero que a estas horas a nadie le dé por venir hasta este callejón para comprobar si eso ha sido un disparo, porque no les gustará lo que van a encontrar. El hombre muere en el acto y el otro, furioso, vuelve a apuntarme. Esta vez no le dejo tiempo para disparar, soy yo la que aprieta el gatillo, apuntando a una de sus rodillas. Mi disparo no suena gracias al silenciador, pero el hombre grita con fuerza, cayendo al suelo. Yo no lo voy a matar directamente, seguramente muera él solo al desangrarse. Por lo tanto, no pienso quedarme mirando, ya que no soporto la sangre.

Kai sale de detrás del coche cuando ve que ya no hay peligro. Mira la escena horrorizado y luego me mira a mí, abriendo mucho los ojos.

–Nikki, tu brazo –Miro mi brazo y hago una mueca, más por el asco que por el dolor. Duele, joder, claro que duele. La bala me ha quemado un buen trozo de brazo, que está en carne viva y ensangrentado, pero tengo parte del brazo dormido, por lo que el asco que siento al ver la herida y las náuseas que me produce son superiores al dolor.

–Mierda, mi ropa –Hago una mueca. Kai se ríe al ver que eso es una de las cosas que más me preocupan. Suspiro—. ¿Has llamado a Dylan?

–Se ha cagado en mi vida por despertarle a esta hora, pero ya viene de camino.

–Gracias. Bien hecho, Kai.

–Sigo órdenes –Ríe y hace un gesto militar. Casi invocado, Dylan llega en su moto y se baja de ella veloz. Nos ignora, y directamente va hacia el coche.

–¡Mi niño! ¡Mi coche precioso! Por favor, decidme que no le habéis hecho nada al coche, por fav... Oh –Cuando se gira para mirarme y ve el panorama, se calla y se rasca la nuca–. ¿Estás bien, Nikki?

–No le ha pasado nada al coche –Ruedo los ojos–. Y sí, solo tengo una herida que necesito que me tapéis antes de que me desmaye por la sangre.

–Lo raro es que no hayas potado ya –Se acerca para mirar la herida y hace una mueca–. Puaj, qué asco.

–Dylan, no ayudas –Le miro horrorizada. Estoy intentando olvidar que tengo esa carnicería en el brazo porque, si la miro de nuevo, sé que puedo volverme completamente loca.

–Bueno, contadme qué ha pasado.

–Que estos tíos nos han intentado robar y Nikki ha puesto su modo malota en ON y... –Kai se encoge de hombros y señala a los hombres–. Ahí está el resultado.

–¿En serio? Nikki, no puedes cargarte a la gente solo porque toquen tu bolso. Puedes cagar el dinero que te ha costado en cualquier momento –dice Dylan indignado.

–Para empezar, nos han intentado matar –respondo. A ver si este se cree que mato por placer–. Y técnicamente no los he matado yo. Uno ha matado al otro y este... Se está desangrando, prefiero no verlo. Ya sabían demasiado. Además, querían jugar después conmigo. Y, para tu información, estaban apoyados en tu coche.

–¡Mi coche! ¡Mi bebé! –Abre mucho los ojos–. Los habría matado con mis propias manos.

– No tienes remedio –Río y niego–. ¿Y Damon?

–Viene de camino en el coche. Puedes irte, preciosa, de esto ya nos encargamos nosotros –Me da un beso en la frente con cariño–. Y que te curen esa herida. Por cierto... ¿me puedes explicar por qué has cogido mi coche sin permiso?

–Te quiero, Dylan –Le devuelvo el beso, en la mejilla y me meto en el Bugatti con Kai. Esto ya es trabajo de mis primos.

Aún recuerdo cuándo se enteró Kai de todo esto. Fue hace un par de años. Fue algo parecido a lo que nos acaba de pasar. Dos tíos lo cogieron para darle una paliza una noche que habíamos quedado para salir de fiesta. Llegó antes que yo al local, por lo que decidió esperarme fuera. Lo arrastraron hasta el callejón para molerlo a golpes y robarle. Gracias a Dios que aparecí a tiempo. Esa vez no hubo sangre, simplemente saqué la pistola y los amenacé con

matarlos ahí mismo si no se iban. No estoy segura de que llegaran a reconocirme, pues probablemente eso se sabría en todos lados. Kai me miraba flipado y, claro, tuve que explicarle por qué llevaba un arma encima. Confiaba en él, era mi mejor amigo, y sabía que no iba a abrir la boca. Y nunca lo ha hecho. Y sé que nunca lo hará.

Capítulo 26

Soy mejor que tú

*“El destino cometió un error contigo,
tenías que haber muerto.
Yo corregiré ese error”.*

(El Padrino)

Serena

Les advertí que no me volvieran a llamar, que ya no quería saber nada más de todo este asunto y ahora que Bruno lo sabe menos que nunca. Solo espero que tengan una buena explicación para molestarme, no me sobra el tiempo para perderlo en gilipolleces. La casa está a las afueras de la ciudad, por aquí no pasa prácticamente nadie. Llamo varias veces al timbre, impaciente, hasta que por fin me abren.

–Hola, preciosa –Tom no pierde su asquerosa costumbre de llamarme así. Se hace a un lado para dejarme pasar y yo entro sin ni siquiera mirarlo—. Veo que esta mañana estas más simpática que de costumbre.

–¿Qué coño queréis? –Ignoro el comentario mientras entro en el salón, sin duda estos inútiles se pegan la buena vida gracias a mi—. Te advertí que no me volvierais a llamar.

–Te necesitamos, Serena, sabes que no podemos hacerlo sin ti –Me giro al escuchar la voz de Harry, que en estos momentos está entrando en el salón.

–Ese no es mi problema, os dije cuando robamos en la farmacia que esa sería la última vez, así que no me volváis a molestar –Dicho esto, voy a salir, pero Nate aparece para interponerse en mi camino, poniéndose en la puerta al lado de su hermano.

Alzo una ceja. No me gustan las miradas que se dirigen entre ellos.

–¿Por qué tanta prisa, Serena? Creo que deberíamos hablar esto con más calma –Inquiere con una sonrisa de superioridad que no me gusta para nada. Algo se me está escapando y odio no tener la situación controlada.

–He dicho que no tengo nada más que hablar con vosotros, apártate de mi camino si no quieres que lo haga yo a mi manera –Voy a salir pero nuevamente se interponen en mi camino cerrándome el paso.

–¿Cómo llevas eso de ser la hija del gobernador? –Inquiere con una sonrisa de superioridad.

Mierda. Claro, debí suponer que durante el tiempo que llevan en Providence, han tenido que escuchar hablar de Serena O’Connor, la hija perdida/repudiada/rebelde del señor gobernador, según qué medio de comunicación leas dan una versión diferente.

Alzo una ceja de nuevo. No sé a dónde quieren llegar con esto, o bueno, en realidad si lo sé, pero espero por su bien que no sea así, porque entonces esto no va a acabar bien.

–Me imagino que a tu padre no le hará mucha gracia saber que su hija es una ladrona, imagínate que pasaría si todo lo que sabemos de ti llegara a manos de la prensa.

No me equivocaba. Mal hecho, chicos.

–Es muy fácil, muñeca, si nos sigues ayudando todo seguirá como hasta ahora –Añade Tom.

Está claro que no saben quién soy yo realmente, sino nunca se habrían atrevido a amenazarme. Soy la hija de ese señor, si, el mismo que esta de mierda hasta el cuello, como mi familia entera.

–Queremos volver a otra de las farmacias –Empieza a decir Harry–. La mercancía que encontramos allí la hemos vendimos en apenas unas horas, te sorprendería saber las barbaridades que nos han pagado por ella –Claro que no me sorprende, gilipollas–. Y solo tú sabes cómo abrir esa puerta.

–Y bueno, ya que estamos –Por si no la habían jodido lo suficiente, aquí llega Tom a rematarlo–. También podrías demostrarnos lo simpática que eres realmente –dice mientras se acerca a mí con una sonrisa, observando mi cuerpo con expresión lasciva y Harry y Nate le secundan riendo tontamente.

Yo sí que me voy a reír ahora. Si tenían alguna posibilidad de salir vivos de esta casa, acaba de extinguirse por completo.

Yo también le sonrío, dudo que me hayan visto sonreír alguna vez por lo que distingo perfectamente la sorpresa en el rostro de Tom, que rápidamente pasa a ser de deseo nuevamente. Se humedece los labios pasándose la lengua

por ellos, sin perder detalle de mi escote. Es tan repugnante. Si supiera que mi sonrisa lo único que quiere decir es "te voy a matar, hijo de puta, y me estoy riendo en tu asquerosa cara" probablemente no estaría tan cerca.

–Id a la habit... –Harry no termina la frase, puesto que el grito de dolor de Tom, mientras cae de rodillas le interrumpe. Y es normal, supongo que el hecho de que te retuerzan la polla como acabo de hacer debe doler.

–Maldita zorra –dice Tom con la voz entrecortada, retorciéndose en el suelo.

Veo como Harry y Nate van a lanzarse contra mí, pero es obvio que son demasiado lentos. Para cuando quieren llegar, ya tienen el cañón de mi pistola apuntándoles a la cabeza. Ambos se paran en seco, con una clara expresión de sorpresa, y levantan las manos casi a la vez.

–Seren...

–Al suelo. Ya –Quito el seguro de la pistola, Tom ha dejado de retorcerse, pero mantiene la expresión de dolor, está claro que no es capaz de moverse–.
HE DICHO QUE AL PUTO SUELO.

Harry y Nate obedecen, poniéndose de rodillas al lado de su hermano.

–Serena, baja la pistola. Está bien... Si no quieres ayudarnos de acuerdo, pero baja la pistola –Sabes que soy capaz de hacerlo, pero no creen que lo

haga realmente. Me limitaré a escuchar sus súplicas—. No te ensucies las manos con nosotros, te prometo que no diremos nada.

Tengo que aguantarme la carcajada. ¿Ensuciarme las manos yo? Qué va.

—Sí... Lo siento —Añade Tom con la voz entrecortada.

En fin, me he cansado y tengo prisa. Sin vacilar le disparo en la entrepierna, pero no suena puesto que mi arma lleva silenciador. Tan solo se oye el grito desgarrador que retumba por toda la casa. Siempre había tenido ganas de hacer esto. Harry y Nate se han quedado petrificados, observan a su hermano horrorizados desangrarse. A mí no me da ninguna pena, es un puto cerdo asqueroso, que no solo me ha amenazado, sino que se ha atrevido a insinuarme que hiciera de su puta particular.

—Nunca debisteis amenazarme .

Y nunca debimos entrar en las farmacias de los Reeves, aunque por supuesto en ese momento yo no era consciente de lo que ello implicaba. Cuando abrí ese armario lo último que pensé encontrar era droga. Y no cualquier droga, aunque no me meto, sé perfectamente distinguir entre la coca buena y la mala, y puedo decir con certeza que esa droga era pura, de lo mejor.

—Serena... Serena por fav... —Empieza a decir Nate, pero el disparo es certero y le da justo en el corazón. Hasta nunca.

Harry va a lanzarse contra mí, hasta se ha levantado. Pero nuevamente... demasiado lento, el tiro le da de lleno en la frente y cae a mis pies. Lo miro impasible, y dirijo la mirada hacia Tom, que sigue gritando y retorciéndose como un poseso. Qué pereza, me va a levantar dolor de cabeza.

Lo dejo ahí desangrándose mientras me dirijo al garaje. Rebusco entre los armarios hasta que encuentro lo que busco: gasolina. Empapo gran parte de la casa con ella y justo cuando voy a salir fuera, la puerta de la casa se abre y por ella aparece Nina, la mujer de Nate. No había pensado en ella hasta ahora.

—¡Serena! No esperab... —Se interrumpe al escuchar los gritos de Tom que todavía no se ha callado. Frunce el ceño y me mira primero a mí y luego al bote de gasolina—. ¿Nate? —Pasa por mi lado corriendo y escucho su grito cuando llega al salón.

No le doy tiempo a más. No tengo ganas de soportar ningún escándalo. Ha sido mala suerte que justo haya tenido que aparecer ahora. Cae al suelo en cuanto el tiro le atraviesa la cabeza. Daños colaterales que se llama. No tenía nada en contra de esta tía, pero tampoco podía arriesgarme a dejarla viva a ella.

Salgo fuera de la casa y echo la gasolina rodeándola en su mayoría. Cuando termino, me enciendo un cigarro. Esta situación me resulta familiar, demasiado familiar. Por lo menos Bruno ya no tendrá que preocuparse.

Sinceramente no tenía pensado llegar a este punto, nunca pensé que estos gilipollas fuesen tan inteligentes como para ponerse a buscar información sobre mí, y mucho menos amenazarme.

Los subestimé, y es culpa mía.

Miro el reloj. Mierda, las cinco y media y la puta reunión es a menos cuarto. Doy la última calada al cigarro antes de tirarlo y ver como la casa arde antes mis ojos. Por aquí cerca no vive nadie, así que tardarán un buen rato en divisar el fuego y avisar a los bomberos. Lo suficiente como para que de esos idiotas no queden ni los dientes.

Me pongo el casco, me subo en mi moto y arranco a toda velocidad para dirigirme a la reunión, donde estaremos todos, y si estamos todos... No. Evito pensar lo que eso implica, aunque inevitablemente un nombre parpadea en mi mente como un puto semáforo en ámbar. No nos hemos visto fuera de la universidad desde que ocurrió aquello.

Ojalá se hubiera ahogado él, joder.

Capítulo 27

Esto es la mafia, preciosa

“La mafia no perdona”.

Marco

Pues aquí estamos, esperando a que a la loca del grupo le dé la gana de llegar. No es por nada, pero no me gusta la impuntualidad cuando se trata de estos temas. Esto es un negocio, un trabajo, una forma de vida, una cosa muy importante, y retrasarnos durante un solo segundo puede tensar la cuerda entre la vida y la muerte. Bueno, todavía no se nos han dado instrucciones, pero da igual. El caso es que odio la impuntualidad y que sea Serena la que llega tarde me cabrea aún más y no sé por qué.

Estamos todos en una fila, yo soy el último en el extremo derecho. A mi lado está Damon, seguido de Dylan Hugo, Nikki, Roy, Bruno y Scott. Frente a nosotros están nuestros respectivos superiores, sentados, lo que indica quién manda aquí: David, Alexandre, James, Cesar y mi padre. George Thompson no está dado que pronto se trasladará a Sicilia, por lo que él ya no tiene nada más que hacer aquí.

No sé dónde ha quedado la mafia tradicional. ¿Cuál se supone que es el Don de aquí? Será que soy más mayor que el resto de los chicos, pero sé mejor que ellos que hay unas normas que deberíamos de cumplir. Y, en cierto modo, se cumplen. Lo que pasa es que le damos el nombre e importancia que nos sale de las narices. David y Alexandre son los Don de los O' Connor,

aunque pongo la mano en el fuego apostando que David es el más influyente entre los dos. James es el Don de los Thompson, Cesar el de los D' Lorian y mi padre, Marco, el de los Reeves. Y nosotros no somos más que su descendencia, los futuros Don, los herederos de sus imperios. Tenemos a muchísima gente trabajando para nosotros, pues no deberíamos de mancharnos las manos jamás, nosotros somos mejor que eso. Pero hay ocasiones en las que todos nos pringamos, de una forma u otra. Bruno lo ha hecho más de una vez, apuesto a que Serena ha seguido el ejemplo de su hermano y los últimos fueron hace unos días los Thompson, los cuales ya sé que han tenido su castigo. Creo que soy el único que aún no ha metido la pata hasta el fondo.

Jamás había trabajado con toda esta gente. Los Reeves llevan años siendo amigos de los O' Connor. También nos hemos relacionado con los Thompson y los D' Lorian, pero a menor escala. Siempre que he trabajado con alguien más aparte de mí mismo, ha sido con Bruno y Roy. Nunca he trabajado con otros chicos que no fueran ellos, pues con las otras familias solo ha sido con los Don con los que me he inmiscuido. Pero todo ha cambiado en pocos meses, y ahora estamos reunidos todos, por primera vez, para hacer algo importante que me muero por saber qué es.

—Antes de empezar... —Nikki alza una ceja y me señala—. ¿Por qué yo no tenía ni idea de que Marco era de los nuestros? Es mi profesor, no sé si me gusta o me resulta raro.

–Yo tampoco tenía ni idea –dice Dylan y se encoge de hombros. Estaban tardando mucho en preguntarlo desde que estamos aquí. Se me habían quedado mirando como si fuese un fantasma. Claro, ver a su profesor en una reunión mafiosa no era lo que se esperaban.

–Creo que solo lo sabían los O’ Connor –Hugo también se encoge.

–Solo lo sabían los adultos y Bruno –Explico yo. Aunque sospecho que Serena lo sabe desde hace tiempo–. Raro sería que no os hubieseis terminando enterando. No creáis que por esto os salvaré el culo en la universidad.

Ellos ríen y asienten.

Llevamos diez minutos esperando a que Serena llegue, y su padre ya pierde la paciencia.

–Esa desgraciada malcriada... –Empieza a decir.

–Vendrá –Le interrumpe Bruno. No me gusta la manera en que ambos se miran. Algún día mi amigo tendrá los cojones suficientes como para contarme qué narices pasa entre ellos, aunque me lo imagino, son demasiados años a su lado. Quizás sea yo el que debería de tener los huevos necesarios para decirle que sé lo que pasa.

–Como no venga en dos... –David es interrumpido cuando la puerta se abre. Todos nos giramos para mirarla. Sé que no va disculparse, todos lo sabemos. Se limita a dejar el casco en el suelo y se sitúa a mi lado, sin mirarme. Tiene su vista clavada de forma altiva en su padre. Y fría, muy fría. Esta no es la

Serena que me besó. Porque me besó ella, está claro.

Lleva unos pantalones de cuero ajustados. Joder, muy ajustados. Una camiseta blanca con escote y una de sus muchas cazadoras de cuero. Intento no mirarla demasiado pero, aunque hubiese querido, James empieza a hablar, seguramente para evitar que sea David quien lo haga y se dirija a su hija. A nadie le apetece presenciar otra pelea de los O' Connor.

—Bien, ya podemos empezar —dice—. Os necesitamos a todos hoy, por lo que lo primero que voy a pedir... exigir, es que dejéis a un lado las diferencias que tengáis entre vosotros, ya que sé que no todos os lleváis bien, y hagáis esto profesionalmente. Sabéis perfectamente lo que está en juego siempre, y lo de hoy es importante.

Seguramente a algunos les cueste más que a otros el controlarse, pero tendrán que hacer un esfuerzo si no quieren que todo se vaya a la mierda.

—En un par de horas van a llegar dos cargamentos a la ciudad —Explica Alexandre—. Uno por vía aérea y el otro marítima. Os dividiréis en dos grupos.

—¿Para quién es el cargamento? —pregunta Dylan. Creo que todos estábamos pensando eso. Nunca habíamos tenido que hacer esto antes. Bueno, no estábamos juntos, pero desde que pasó el verano sí que lo estamos, y nunca habíamos trabajado todos. Esto es gordo.

—Para todos —Interviene mi padre—. En ambos cargamentos vienen mujeres, droga y armas. No ha habido ningún problema en todo el trayecto, están

viajando en líneas privadas. No se les ha interceptado en ningún lado –Y, de todos modos, aunque lo hubiesen hecho el dinero es más poderoso que la ley, todo el mundo lo sabe.

–Está bien. ¿Y como nos vamos a dividir?

–Los grupos se harán como nosotros digamos –dice David–. Alexandre y yo hemos pensado que Roy irá con Scott al aeródromo y, vosotros dos –Mira a Bruno y después a Serena, más detenidamente–, iréis al puerto –No me gusta cómo mira a Bruno, pero menos aún cómo mira a Serena. Los ha puesto juntos por un claro motivo: separados pueden cagarla.

–Hugo –Cesar llama su atención–, tu irás al puerto también con ellos.

–Dylan y Damon, al aeródromo –Les ordena James. Después mira a Nikki con seriedad, detenidamente, y finalmente le sonrío–. Nikki, al puerto.

Ella le devuelve la sonrisa, sabiendo que cuenta con la confianza de su tío. Roy bufá a la misma vez que Hugo sonrío levemente.. Serena y Nikki son las dos únicas mujeres entre tanto hombre. Confío en las dos, pero a la vez no confío en ninguna. El temperamento de Serena puede hacer que todo se vaya a la mierda, y nunca he visto a Nikki en acción, por lo que podría dudar de si tiene valor suficiente, aunque después de lo que hizo el otro día sé que sí los tiene. Esta chica esconde más de lo que creemos. Por eso confío en ella, y en Serena porque, a pesar de cómo es, sabe lo que hace, y jamás titubeará.

–¿Y Bianca y Annie? –pregunta Scott de repente. Todos lo miramos y nos

echamos a reír, incluidos los adultos. Él alza una ceja—. ¿Qué?

—Estos dos años fuera te han sentado mal, hermanito —Le dice Roy dándole una palmada en la espalda—. Annie y Bianca son unas completas inútiles.

—A su edad yo ya sabía disparar entre ceja y ceja sin dudar —Añade Bruno.

—Ellas gritan cuando ven una araña. Son una deshonra.

Scott se encoge de hombros, por lo que seguimos.

—Marco, al puerto —Me dice mi padre. Oh, genial. No he tenido suficiente con lo que llevo vivido con este grupo de adolescentes locos que ahora encima tengo que trabajar con ellos. Por favor, que no intenten violar a nadie, ni ninguno se tire al mar, que no se emborrachen ni...

—Podéis iros —Anuncia James—. No falléis, chicos. Estáis capacitados para hacer esto, sabéis lo que tenéis que hacer. Estaréis vigilados así que si hay algún inconveniente tendréis protección.

Dicho esto, nos ponemos en marcha. No vamos a ir en nuestros propios vehículos, es demasiado arriesgado. Hay varios coches y furgonetas esperándonos abajo. Son completamente negras y están blindadas.

Roy le planta un beso a Nikki en cuanto salimos a la calle, antes de subirse a la furgoneta que irá al aeródromo. Mira a Hugo y sé que le está advirtiéndole de algo. Él suelta una carcajada y se sube a nuestra furgoneta. Nikki suspira y lo sigue. Madre, la que tienen esos tres montada.

Serena se mete tras Bruno, sentándose juntos. No me ha mirado ni una puta

vez. No hemos hablado desde que volvimos de Miami. ¿Discutir? Sí, más de una vez en mi clase, pero tan solo en referencia al equipo. Pero fuera de mi clase... Nunca.

Los cinco estamos metidos ahora en una furgoneta que, a pesar de que es amplia, parece quedarse corta para nosotros. Y eso que yo voy al lado del conductor.

–Tenéis que mantener los ojos abiertos en todo momento –Intervengo, girándome para mirarlos–. No podéis dudar.

–Tranquilo, Marco –Me dice Nikki. No puedo estar tranquilo–. No somos los mismos aquí que en la universidad.

–Eso espero, porque si no...

–No seas plasta –Me responde Bruno–. Sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer.

Yo simplemente asiento.

–Yo siempre lo hago todo bien aquí y en la universidad –A Hugo parece que el sobrase le sale con naturalidad–. Así que va a salir todo perfecto.

–Si cerrases la boca más a menudo para no decir esa clase de gilipolleces sí que sería todo perfecto, Hugo –Espeta la loca.

–Anda, Serena, pero si hoy estás más simpática que de costumbre –Eíe negando–. ¿Has follado?

–Tú sin embargo estás más gilipollas que de costumbre. ¿Ya has

conseguido follar con Nikki y se te ha subido o qué? –Hugo simplemente sonrío de medio lado y niega, pero la rubia no se queda conforme.

–Eh, eh –Nikki abre mucho los ojos ante lo que dice Serena–. Que yo no me he follado a otro que no sea Roy. Que Hugo quiera estar metido en mis bragas, y en las de todas, no significa que le corresponda.

–¿Que yo quiero estar metido en tus bragas? Por favor, rubia, ya quisiera Roy que se te mojaran con solo verlo, igual que te pasa conmigo –Sonríe y se le forman dos hoyuelos en las mejillas que hace que Nikki aparte la vista durante un segundo y vuelva a mirarlo.

–Estás demasiado flipado, Hugo –Replica Nikki–. No a todas nos gustan los imbéciles como tú.

–Tienes razón, Nikki, a todas no les gustan los imbéciles como yo, pero a ti sí –Le guiña un ojo.

–Lo que tú digas –Resopla.

Genial, lo que nos faltaba. Esto parece que no va a terminar.

–A esto me refiero –Suspiro y niego, no tienen remedio.

–El gilipollas eres tú, Marco, por escucharlos. Ignóralos como hago yo – Bruno cierra los ojos para pasar de todos.

–Ya, claro –No puedo quedarme sin decir nada–. Como que cada vez que se pronuncia el nombre de Mia tú te quedas callado.

Abre los ojos rápidamente y me mira de forma amenazadora. Niega muy

lentamente.

–No te metas en terreno prohibido, Marco.

–Claro –Me encojo de hombros y me giro de nuevo hacia delante.

–Pues a mí sinceramente me la suda lo que pase entre todos vosotros –dice Serena.

–Ay, Serena, mira que eres amargada. Ya sabemos que a Bruno se la pone dura Mia. Solo faltas tú así que, cuéntanos, ¿a ti quién te moja las bragas? –En cuanto Hugo le pregunta eso, vuelvo a girarme como un resorte para mirarlos. Serena se remueve en el asiento, pero no se queda callada.

–Tu puta abuela.

–Uno –dice Bruno, y no se me pasa por alto la mirada que me echa al ver cómo he mirado a su hermana–. Que nadie vuelva a meter a Mia en esta puta conversación, ni en ninguna. Me pone enfermo, no me la pone dura. Y, dos: no hables así de mi hermana o te tragas mi puño.

–Uno –Hugo imita a Bruno–: no te pone enfermo, dejémoslo en que te pone. Normal, la verdad. Y dos: creo que tu hermana se sabe defender muy bien ella solita.

–Tu gilipollez es lo que me pone nerviosa a mí –Resopla la Sirenita.

–Señor, hemos llegado –Me indica el conductor.

–Gracias a Goku –Resoplo. Bruno frunce el ceño y abre la boca para decirme algo, pero vuelva a cerrarla, niega y suspira. Nikki deja escapar una

pequeña carcajada. Menos mal que alguien entiende mi humor, porque Serena me mira con una ceja alzada.

Todos bajamos de la furgoneta y me quedo mirando a Serena. ¿Qué esperaba? ¿Que dijese que soy yo? Para empezar, solo nos hemos dado un beso. No sentimos nada el uno por el otro más allá de la curiosidad que tengo por su actitud y el odio que ella me tiene. Y, aunque hubiese algo más, ella jamás lo admitiría y menos en voz alta. Me sostiene la mirada de forma fría e impassible al percatarse de que la miro.

–Se acabaron las chorradas –digo apartando la vista–. A trabajar.

–No eres nuestro padre –Me espeta Bruno.

–No, está claro que no –respondo mirándolo con seriedad. A ver si así no me tocan los cojones ninguno de ellos más. Ya no quiero ni una broma y eso que el de las coñas soy yo. Pero ya fuera de la furgoneta se ha acabado todo. Bruno alza una ceja cuando le digo eso, captando mis palabras y niega a la vez que echa a andar.

Nos acercamos al embarcadero, donde el barco tiene que estar a punto de llegar. De hecho, se ve a lo lejos. Ya es de noche, de madrugada, pero es la mejor hora para llevar esto acabo.

Solo hay una cosa que me desconcierta de todo esto.

–Nikki... –Ella me mira–. ¿Cómo puedes hacer esto con tacones?

Suelta una carcajada y mira sus altos tacones. Siempre va fabulosa, y no

entiendo cómo puede estar cómoda así. Lleva unos pitillos muy ajustados de color negro, una camiseta gris y una chaqueta de cuero negra que seguro que valdrá hasta el triple que la que lleva Serena. Y sus botas tienen un altísimo tacón. Me hace gracia ver el contraste entre una chica y otra.

–No hay nada que me impida llevar los tacones –Se encoge de hombros–. Hay que estar espléndida siempre, nunca se sabe qué puede pasar.

–Bueno, podemos dejar de hablar de los tacones de la rubia. Personalmente pienso que estaría mejor sin nada, así sí que estaría espléndida –Concluye Hugo antes de ponerse serio.

Nikki no responde, simplemente suelta un suspiro y alza las manos como queriendo decir "¿veis como es él y no yo?". Acto seguido, todos nos colocamos y nos ponemos serios. Empieza lo bueno.

Nos quedamos en el embarcadero mientras el barco llega y atraca. Varios hombres empiezan a salir de él y se acercan a nosotros.

–Todo está en orden -nos informa un hombre. Es incapaz de mantenernos la mirada a cualquiera de nosotros durante más de medio segundo. Saben perfectamente quiénes son sus superiores y quién manda aquí, a pesar de que probablemente todos nos doblen en edad.

–Id descargando todo y metiéndolo en las furgonetas –Indica Bruno y señala con la cabeza las furgonetas que nos han seguido hasta aquí, unas cinco, bastante grandes.

–Sí, señor.

Del barco empiezan a bajar cajas. Todos sabemos lo que va en ellas: en algunas, droga y sustancias claramente ilegales y, en otras, armas de todo tipo y piezas.

–Las cajas con los números pares metedlas en las dos primeras furgonetas

–Indica Hugo. Esas son las armas, las otras son las sustancias–. Las impares en el resto.

Uno de los hombres tira una de las cajas al suelo accidentalmente, y se parte un extremo. Hugo no pierde el tiempo, defiende su mercancía.

–Pero, ¿tú eres gilipollas o qué cojones te pasa? ¿No sabes que lo que va ahí dentro vale más que tú?

–Lo... lo siento muchísimo, señor...

–Vamos, fuera de mi vista –Asiente, claramente intimidado, recogiendo la caja y llevándola hacia donde le ha indicado.

Las mujeres empiezan a bajar, dos rubias, dos morenas y una pelirroja. La pelirroja se resbala, la más débil de todas, probablemente las hayan traído sin comer.

–Maldita puta, levanta –Le espeta el que la lleva, obligándola a levantarse. Pero en cuanto le levanta la mano, Serena saca la pistola y le apunta tras quitarle el seguro.

–A ti nadie te ha dado permiso para tocarla, métela en la furgoneta, que es

tu puto trabajo.

Veo a Bruno apretar la mandíbula cuando la pelirroja se cae y no sé si es por el hecho de que se dañe una mercancía que luego se usara para cosas peores, o el hecho de que sea pelirroja. Prefiero no saberlo.

–Serena –Le advierte, y mira al tío indicándole con la cabeza que obedezca.

Uno de los hombres que pasan por delante de nosotros se queda parado y nos mira. Más bien mira a Serena y a Nikki, y sé lo que está pensando: ¿mujeres? Por su bien, espero que no diga nada. A Serena es incapaz de mirarla después de ver lo que ha hecho con el otro tío, pero con Nikki se recrea muy bien. Se atreve a sonreírle y lamerse los labios lascivamente. Y, si pensaba que Nikki era una princesita todo el tiempo, ella se encarga de desmentirlo.

–Si no quieres que te dé un tiro en los huevos y después te eche de comer a los tiburones, vuelve a ese puto barco, coge una caja y métela en la furgoneta. No te atrevas a mirarme de nuevo como si fuera una de esas mujeres.

El hombre aprieta la mandíbula, dándose cuenta que, mujer o no, Nikki está en esto hasta el fondo, como todos nosotros, y retoma su trabajo.

Sacan dos mujeres más del barco y, cuando pasan por delante de nosotros, puedo ver la diferencia entre una y otra. Ambas son morenas. Una camina sin quejarse, firme, a pesar de tener los ojos vendados, pero la otra va tropezando

y resistiéndose.

–¡Soltadme! –grita en nuestro idioma, pero con acento francés–. ¡Soltadme!

–Se remueve y acierta a darle una patada al hombre que la lleva, provocando que la suelte y caiga al suelo, a nuestros pies. Nosotros no nos movemos, ese no es nuestro trabajo. Aprovecha para quitarse la venda de los ojos y nos mira mientras que la ponen en pie nuevamente. La mirada que Bruno le dirige es fría, sin sentimientos. Le repugna, lo sé. Y va a castigarla por haberse quitado la venda. Y a los hombres por no haberla llevado atada–. ¿Qué... qué es esto? ¿Dónde estoy?

Ha tardado menos de lo que pensaba en preguntarlo, y me llama la atención que la otra chica ría ante su pregunta. No ve nada, y aun así habla con confianza.

–Querida... –habla la otra chica, también con acento francés–. Esto es la mafia.

Los cinco sonreímos cuando pronuncia esa última palabra. La mujer nos mira y aprieta la mandíbula tras tragar saliva. No estamos sonriendo para calmarla ni darle ánimo. Simplemente sonreímos porque este es nuestro mundo, y aquí mandamos nosotros. Mira a Serena y a Nikki alternativamente, como esperando que por ser mujeres ellas le ayuden. Sé que a ninguna de las dos les gusta el negocio de los O' Connor, pero no tienen ni voz ni voto, ni siquiera Serena. Y esto es lo que hay. Vuelven a colocarle la venda a la chica,

que grita, removiéndose.

Esto es la mafia, preciosa.

Apéndice de personajes

FAMILIA THOMPSON

Nicole Antonella Evangeline Thompson: personaje principal. Estudiante de ADE y Derecho en la Universidad de Brown, primer curso. Famosa por aparecer en numerosas revistas y entrevistas relacionadas con la moda. Modelo de pasarela, diseñadora. Novia de Roy.

Damon Diego Thompson: primo de Nikki. Dueño del Desire's club.

James Salvatore Thompson: tutor legal y tío de Nikki. Padre de Damon.

Hermano de George. Marido de Dianne. Dueño de la cadena de hoteles Diamond repartidas por todo el mundo. Don de la familia en Rhode Island, negocio familiar: tráfico de armas ilegales.

Dianne Thompson (de soltera, Hills): tutora legal y tía de Nikki. Madre de Damon. Hermana de Grace. Esposa de James. Dueña de la línea de moda Promise, y diseñadora de moda reconocida.

Dylan Carson Thompson: primo de Nikki. Hijo de George y Grace. Estudiante de primer año de ADE y Derecho en Brown.

George Filippo Thompson: tío de Nikki. Padre de Dylan. Hermano de James. Marido de Grace. Abogado. Don de la familia en Sicilia.

Grace Thompson (de soltera, Hills): tía de Nikki. Madre de Dylan. Hermana de Dianne. Esposa de George. Abogada.

Leonardo Thompson: padre de Nikki. Sin paradero conocido.

FAMILIA O'CONNOR:

Bruno O' Connor: personaje principal. Estudiante de ADE y Derecho en la Universidad de Brown, primer curso.

Serena O' Connor: personaje principal. Estudiante de Medicina en la Universidad de Brown, primer curso. Repudiada de la familia.

David O' Connor: Gobernador de Rhode Island. Padre de Bruno y Serena. Hermano de Alexandre. Marido de Julie. Don de la familia, negocio: tráfico

de mujeres, prostitución.

Julietta O' Connor (de soltera, D'Altroi): madre de Bruno y Serena. Esposa de David.

Alexandre O' Connor: padre de Roy, Annie y Scott. Tío de Bruno y Serena. Hermano de David. Marido de Alice. Senador.

Alice O' Connor (de soltera, Weasley): madre de Roy, Annie y Scott. Tía de Bruno y Serena. Esposa de Alexandre.

Roy O' Connor: hermano de Scott y Annie. Primo de Bruno y Serena. Novio de Nikki. Dueño del Desire's Club. Estudiante de tercer año en Brown de ADE y Derecho.

Scott O' Connor: hermano de Roy y Annie. Primo de Bruno y Serena. Estudiante de ADE y Derecho en la Universidad de Brown, primer año.

Annie O' Connor: hermana de Roy y Scott. Prima de Bruno y Serena. Estudiante de instituto, undécimo grado.

FAMILIA D' LORIAN

Hugo D' Lorian: personaje principal. Estudiante de ADE y Derecho en la Universidad de Brown, primer año.

Bianca D' Lorian: prima de Hugo. Estudiante de instituto, undécimo grado.

Cesar D' Lorian: tío de Hugo. Padre de Bianca. Marido de Emily. Dueño de los concesionarios de lujo D' Lorian de todo el mundo. Don de la familia,

negocio: tráfico de armas ilegales.

Emily D' Lorian (de soltera, Webster): tía de Hugo. Madre de Bianca. Esposa de Cesar. Senadora.

Sara D' Lorian: madre de Hugo. Hermana de Cesar. Ingresada en un centro psiquiátrico.

FAMILIA REEVES

Marco Reeves: personaje principal. Entrenador del equipo de fútbol de Brown. Profesor suplente de química.

Marco Reeves: padre de Marco. Dueño de una cadena de empresas farmacéuticas por todo el país. Don de la familia, negocio familiar: fabricación y tráfico de drogas.

Elizabeth Reeves (de soltera, Young): madre de Marco. Fallecida.

FAMILIA WATSON:

Mia Watson: personaje principal. Estudiante de ADE y Derecho en la Universidad de Brown, primer curso. Prostituta de lujo. Bailarina y cantante principal en el Desire's Club.

Michael Watson: padre de Mia. Empresario fracasado. Alcohólico.

Adriana Watson (de soltera, Ruiz): madre de Mia. Fallecida.

OTROS PERSONAJES

Kai Hummel: mejor amigo de Nikki. Hijo de los famosos diseñadores Chris y Linda. Homosexual.

Anthony: Chulo de Mia.

Jeff: amigo de Bruno.

Darren: amigo de Bruno.

Agradecimientos

En primer lugar, nos gustaría agradecer comúnmente a todas las personas que conocieron a nuestros protagonistas antes que nadie.

Ana Idígoras: Serena te quiere tanto como tú a ella. Gracias por entenderla. Jorge Ocaña, por ser el primer chico que se atrevió a leer esta historia y, sorprendentemente, engancharse a ella. A Isabel Nebreda, por ser la lectora y fan que todo autor querría tener. Gracias por vivir la historia y sentirla tan real. Marta Lario, por su gran crítica sincera hacia nuestro libro y su apoyo durante tantos años. Sara, prima de María, por tu apoyo y estar ahí siempre que te hemos necesitado. Marta Antón, por engancharse a la lectura con este tocho y con tanta rapidez. Ángela Antón, por disfrutar este libro junto a su prima con la misma intensidad. Delia Yeste, Mara Martín y María Gallardo por aventurarse para dar también su opinión.

Soledad Heredero, por su increíble corrección y apoyo durante todo el proceso. Yaiza Rodríguez, por todo lo que ha hecho por nosotras y aguantar nuestras historias. Estefanía Jiménez, por su pedazo de corrección y tiempo dedicado a nosotras. A Sabrina Martínez Garrido, por la preciosa portada que nos ha creado.

A todas las personas que mediante comentarios en cada publicación de Facebook nos han animado en más de una ocasión: Sofía Sopa de Letras,

Yolanda Palma, Jehu (que conoció a los personajes antes de ser escritos), Elena Castillo, Mercedes Fernández, Isabel García... En general, a todos los que se han interesado por nuestra historia.

A nuestras familias, por estar siempre ahí para nosotras.

Gracias a todos por hacer este libro posible.

Ahora yo, María, quiero agradecer personalmente a la que ha sido mi compañera durante todo el proceso de escritura: Adriana, gracias por confiar en mí y por hacerme creer que yo sí soy capaz de hacer algo tan bonito como lo que hemos creado juntas. Con esta historia hemos llorado, hemos reído y hemos sentido con nuestros personajes. No solo he ganado la maravillosa experiencia de escribir un libro, sino que gracias al inicio de este proyecto, gané a la mejor amiga que se pueda tener. Sin duda, este libro me ha cambiado la vida y tú, también. Mía, Hugo, Serena y yo te queremos. GRACIAS.

Y yo, Adriana, quiero agradecer a mi rubia por esta increíble experiencia. Gracias, María, por escribir esta historia conmigo. Te dije que eras capaz a pesar de no haber escrito nunca, y ya lo ves. Esto no habría sido posible sin ti, sin tus ideas. Como a ti, este libro me ha cambiado la vida, nos ha dado una amistad increíble a pesar de la distancia, y tú, por supuesto, también. Lo que

hemos creado ha sido precioso, además de difícil, exasperante y duro. Reír, llorar, sufrir y pasárnoslo de maravilla ha formado parte de esta experiencia, y me muero por repetirla de nuevo. Nikki, Bruno, Marco y yo te queremos.
GRACIAS.

¡LA HISTORIA CONTINÚA!

Síguenos en nuestras redes sociales para estar al tanto de todo.

Facebook:

Adriana Criado

María Pascual Martín

El juego de las seis máscaras

Twitter:

@AdrianaCriado

@Mariapm10_

Email:

adrianacriado@hotmail.es

BIOGRAFÍA



Adriana nació en Granada el 10 de abril de 1996, donde reside actualmente. Estudiante en la Universidad de Granada, lleva dedicando su juventud a la escritura. A los 16 años publicó “Rastreadores de Dragones”, a los 18 “Éxtasis” y “Adicción” y ahora, con 19, “Omertá”. en compañía de su casi hermana María. Le encanta, además de escribir, leer,

viajar y la equitación. Su sueño es llegar lejos con sus libros y que todo el mundo la lea.

María nació en Salamanca el 28 de noviembre de 1996. Ha estudiado un bachillerato de sociales y “Omertá” es el primer libro que publica, junto con



su mejor amiga Adriana que, según ella misma, es como si fuera su hermana. Siempre le ha encantado leer y hacer deporte. Actualmente se está preparando para entrar en enfermería este mismo año, aunque le habría gustado ser actriz.

